



LEON TROTSKY

El revolucionario indomable



Joshua Rubenstein

Lectulandia

Piolet en mano, el 20 de agosto de 1940 Ramón Mercader entró en la sala donde trabajaba Lev Davidovich Bronstein, es decir, Leon Trotsky. Pocos segundos después, el grito de dolor del refugiado Coyoacán resonaba por toda la casa, por todo el mundo...

Trotsky siempre fue un símbolo de la resistencia. El ingobernable genio de la revolución bolchevique, comisario de guerra y hombre de confianza de Lenin hasta su enfermedad, había sido apartado de sus funciones por la alianza, circunstancial, formada por Zinoviev, Kamenev y Stalin. Deportado y expulsado de la URSS en 1929, su nombre se asocia desde entonces tanto con la revolución permanente y la feroz crítica al estalinismo como a la alta traición.

Con esta equilibrada y rigurosa biografía, Joshua Rubenstein acerca su maltratada figura a los lectores del siglo XXI, a todos aquellos que, en tiempos de confusión, sientan deseos de saber quién fue en realidad este revolucionario sutil y brillante, del que se ha hablado mucho y a menudo sin demasiado fundamento.

«Un retrato accesible de un hombre de carisma legendario cuya vida abarcó continentes y cuyas ideas encendieron una revolución y su contragalope». Kirkus.

Lectulandia

Joshua Rubenstein

Leon Trotsky

El revolucionario indomable

ePub r1.0

Titivillus 05.07.15

Título original: *Leon Trotsky: A Revolutionary's Life*
Joshua Rubenstein, 2011
Traducción: Ricardo García Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*En la historia no se ha logrado nada importante
sin fanatismo.*

LEON TROTSKY

PRÓLOGO

Leon Trotsky vive en la memoria colectiva. Trotsky, una figura revolucionaria sobresaliente y sagaz escritor, encabezó un levantamiento que contribuyó a perfilar la política del siglo xx. Siendo aún adolescente se entregó al antizarismo en la clandestinidad, y a partir de este momento jamás renegó de su compromiso con la revolución. Realizó labores de organización, escribió, difundió panfletos y artículos, padeció el exilio en Siberia, abandonó a su primera esposa y a sus hijas... todo en aras de oponerse a un gobernante profundamente conservador. Pero cuando hizo realidad su sueño y, contra todo pronóstico y expectativa, descubrió que era uno de los dirigentes de una revolución victoriosa, adoptó los mismo métodos del régimen que antes había denunciado.

A diferencia de las de otros biógrafos de Trotsky, sobre todo la de Isaac Deutscher, mi aproximación a su vida no es la de un admirador o un partidario, ni tampoco pretendo criticarlo por sus fracasos personales, reales o supuestos, como creo que pretendía hacer Robert Service en otra biografía reciente. Del mismo modo que he tenido que reconocer la valentía que exhibió posteriormente cuando se enfrentó a Stalin y las premuras que él y su familia tuvieron que soportar, no me he sentido atraído por su ímpetu revolucionario cuando intentó debilitar al Gobierno Provisional en 1917 u oponerse a Stalin desde el exilio reanudando sus esfuerzos para derrocar a un dictador. Trotsky comprendió de lleno que Stalin estaba forjando un régimen que aplicaba un barniz de socialismo para disimular unas intenciones atroces. También percibió los riesgos de la ambigua respuesta de Stalin al ascenso de Hitler cuando el Kremlin no insistió al partido comunista alemán a trabajar codo a codo con los socialdemócratas alemanes para oponerse a los nazis. Trotsky fue uno de los primeros que anticipó que el triunfo de Hitler sembraría la desgracia entre sus camaradas judíos de Europa y que Stalin trataría de fraguar una alianza con Hitler si la apertura soviética hacia las democracias occidentales no conducía a ningún sitio. Pero jamás reconoció que Lenin y él habían sido responsables de un rechazo de los valores democráticos que Stalin aprovechó muy pronto para fines más perversos. Trotsky aseguraba que Lenin y él pretendían moldear otro tipo de dictadura.

La historia está repleta de héroes trágicos similares. Sueñan con la justicia y, luego, causan estragos.

EL JOVEN REVOLUCIONARIO

El mundo siempre lo conocerá como Leon Trotsky, pero cuando nació el 26 de octubre de 1879 al sur de Ucrania, cerca de la ciudad de Jerson, le pusieron por nombre Lev Davidovich Bronstein. Sus padres, David y Anna Bronstein, tuvieron ocho hijos. Leon fue el quinto de los nacidos y el tercero de los que sobrevivieron; hubo cuatro que murieron de pequeños a causa de la difteria o la escarlatina. Los Bronstein no eran los típicos judíos rusos. A diferencia de la mayoría de los cinco millones de judíos a quienes el zar obligó a residir en la denominada Zona de Asentamiento o de Residencia [para judíos], un territorio que abarcaba gran parte de las actuales Bielorrusia y Ucrania, los padres de Lev vivían en una granja próxima a las tierras que el padre de David había empezado a cultivar en la década de 1850, cuando había abandonado Poltava para establecerse en un grupo de colonias judías fundadas por el zar Alejandro I a principios del siglo XVIII. Casi todos los judíos rusos vivían en ciudades pequeñas, en las márgenes de la vida social y cultural rusa, y veían su existencia cotidiana constreñida por un sinfín de restricciones legales que los relegaban a la condición de ciudadanos de segunda.

En 1879 el zar Alejandro II estaba afianzado en el trono, pero en esa fecha se produjo un giro espectacular para el destino de los judíos de Rusia y la lucha contra la dinastía Romanov. Al principio de su mandato, Alejandro II había llevado a cabo muchas reformas significativas tras la derrota de Rusia en la Guerra de Crimea, entre las que se encontraban la emancipación de los siervos en 1861 y la introducción en las décadas de 1850 y 1860 de unas leyes que, en cierto modo, aliviaban las restricciones civiles que pesaban tradicionalmente sobre los judíos de Rusia. Puso fin al reclutamiento forzoso de los jóvenes judíos; amplió el derecho de los judíos a vivir más cerca de las fronteras de Polonia y Besarabia; ofreció a los comerciantes judíos prósperos más posibilidades de vivir en ciudades rusas importantes; y, al menos según la ley, permitió que los judíos con titulación universitaria prestaran servicios a la Administración por todo el Imperio ruso.

Los cambios no bastaron para aplacar las opiniones más radicales y los judíos siguieron siendo una minoría vulnerable y perseguida. El 26 de agosto de 1879, Voluntad del Pueblo, un grupo de oposición clandestino que ejercía la violencia para derrocar a la monarquía, proclamó su intención de matar al zar. Y en el mes de noviembre hubo una tentativa de hacer saltar por los aires el convoy ferroviario del

zar. Un mes después, el 21 de diciembre, en un rincón apartado del Cáucaso, vino al mundo Iósif Vissarionovich Djugashvili, que adoptaría el nombre de Stalin cuando se convirtió en un joven revolucionario.

Lev nació en una Rusia que seguía estando asediada por «la cuestión judía». Siete meses antes de nacer Lev, los judíos de Rusia quedaron conmocionados por un ataque inesperado. El 5 de marzo de 1879 se juzgó en la ciudad de Kutaisi a un grupo de judíos acusados de cometer el asesinato ritual de una joven campesina en Georgia. La muchacha había desaparecido el día de la Pascua judía de 1878 y había sido encontrada muerta dos días después. El juez determinó que se había ahogado por accidente, pero la policía, convencida de que la fecha de su desaparición y las insólitas heridas que le habían encontrado en el cuerpo y las manos evidenciaban un acto delictivo, detuvo a nueve judíos de una aldea vecina. El juicio fue el primero por asesinato ritual que se celebró en el Imperio ruso y, aunque se absolvió a los acusados, suscitó una atención inusitada, incluida una campaña orquestada por la prensa de extrema derecha rusa para otorgar credibilidad a las acusaciones.

Fiodor Dostoievski, célebre por simpatizar con los desfavorecidos, sucumbió igualmente a la histeria que rodeó al asunto de Kutaisi; se obsesionó tanto con los judíos y «la cuestión judía» que introdujo la idea del asesinato ritual en su última novela, *Los hermanos Karamazov*, que concluyó en noviembre de 1880, pocos meses antes de morir. Dostoievski también había participado en los ataques contra los judíos de Rusia y de Europa en general. Los hacía responsables de los abusos del capitalismo y de la amenaza del socialismo y concluyó que Rusia no debería albergar ningún tipo de sentimentalismo comprensivo hacia la minoría judía.

David Bronstein no permitió que se interpusieran en su camino ni los episodios antisemitas ni la desconfianza generalizada hacia los judíos. Hizo gala de un espíritu emprendedor muy llamativo comprando una hacienda que llevaba el nombre de Ianovka por su anterior propietario y, a continuación, aumentando sus posesiones; ya fuera adquiriéndolas o alquilándolas indirectamente cuando en 1881 se reanudaron las restricciones de compra de tierras contra los judíos. Ianovka estaba muy aislada, a unos veinticinco kilómetros de la oficina de correos más próxima y a casi cuarenta de la estación de ferrocarril. Llegó un momento en que Bronstein gestionaba casi 1200 hectáreas. Poseía rebaños de vacas y de ovejas, un molino y un trillo, y atraía los negocios de otros campesinos, que recurrían a él para separar el grano de la paja y molerlo. También poseía un horno para cocer barro. Los ladrillos que fabricaba llevaban un sello con el apellido de la familia y hoy día todavía se pueden encontrar en la zona edificios que llevan impresa la palabra «Bronstein» bien visible en sus muros. En una ocasión, Trotsky recordaba arrepentido lo mucho que su padre había luchado para enriquecerse: «A fuerza de trabajar infatigable, dura e inexorablemente sobre la primera tierra adquirida, con sus brazos y los ajenos, mi padre fue saliendo adelante poco a poco». Pero el énfasis de sus padres en el trabajo impuso una gran carga emocional sobre sus hijos. «La tierra, el ganado, el molino, la recolección,

absorbían todas las energías de aquella casa. Las estaciones se sucedían, y la rotación de las faenas no dejaba tiempo ni humor para emplearlos en la vida familiar. Allí no había —a lo menos, no las hubo en los primeros años— caricias ni ternuras».

David era analfabeto y, según las memorias de Trotsky, sus padres hablaban una «mezcla rara» de ruso y ucraniano, lo que en un principio situó a Lev en una situación de desventaja en la escuela. En sus memorias calculaba que había cuarenta colonias judías que albergaban un total de unos veinticinco mil residentes judíos. Según Trotsky, a su padre le gustaba proclamarse ateo e, incluso, mofarse de la religión. Aunque no observaban los ritos tradicionales, su madre prefería no realizar labores de costura y demás tareas menores en sábado, ni ir a la ciudad, donde otros judíos podían verla. Trotsky no lo dice así, pero en las haciendas vecinas y en la ciudad debía de haber una presencia judía lo bastante numerosa como para que ella se sintiera cohibida. Cuando los niños eran pequeños, David y Anna Bronstein celebraban las festividades en una sinagoga cercana. Pero cuando la familia se enriqueció y los niños crecieron, la observancia fue menguando.

Cuando Lev tenía siete años, sus padres lo enviaron a la aldea próxima de Gromokley, donde viviría con unos parientes (el tío Abram y la tía Rachel), para asistir a su primera escuela, una *heder* judía. Estudió aritmética, aprendió a leer ruso y se esperaba que estudiara la Biblia en el original hebreo y, luego, tradujera pasajes al yiddish. «No hice amistad con ninguno de los chicos de la escuela —recordaba—, pues no hablaba yiddish».

En general ver un poco del mundo lo puso en contacto con una realidad más cruda que la que veía en casa. Gromokley pertenecía a un grupo de asentamientos judíos y alemanes. Un día, Leon vio cómo una multitud hostigaba con reproches e insultos a una joven denostada por tener una moral disoluta y la expulsaba de una aldea judía. «Esta escena bíblica se me quedó grabada para siempre en la memoria», escribió más adelante. (Algunos años después, su tío Abram se casó con esa mujer). Lev apreciaba que los hogares judíos eran poco más que cabañas ruinosas con el tejado destrozado y unas vacas escuálidas en el jardín, mientras que los asentamientos alemanes de las inmediaciones estaban limpios y bien equipados. El experimento con la escuela fue un fracaso, de modo que Lev regresó a casa al cabo de tres meses. Evidentemente, la ambigua actitud judía de sus padres minó todo compromiso religioso que Lev pudiera haber asimilado en la *heder*.

De todas formas, Lev era brillante y estaba ansioso por aprender. De vuelta en casa se dedicó a leer todo lo que encontraba y a copiar fragmentos en un cuaderno. También ayudaba a su padre con los libros de cuentas y dio muestras de tener un talento para los números que tal vez habría llevado su vida por unos derroteros distintos de los que el destino le tenía reservado. Pasaba el tiempo merodeando por los alrededores de la granja y conoció a peones y campesinos. Hubo un trabajador en particular, el mecánico Ivan Grebien, que le fascinó y le enseñó las herramientas y el funcionamiento de la maquinaria. Grebien también gozaba del respeto de los padres

de Lev, que invitaban a su mecánico a comer y a cenar con toda la familia. En sus memorias, Trotsky se tomó el tiempo de recordar a Ivan Grebien como la figura más sobresaliente de su primera infancia. Tal vez fuera una afirmación sincera, pero no podemos evitar preguntarnos si simplemente a Trotsky no le venía bien colocar a un trabajador en el núcleo de su formación en un hogar que, por lo demás, estaba marcado por valores burgueses de clase media y por un padre a quien Trotsky creía capaz de explotar por igual a trabajadores y campesinos.

El rumbo de la vida de Lev cambió en 1887, cuando Moisey Shpentzer, un primo hermano por parte de madre y mayor que él, fue a pasar el verano con él. Shpentzer era de Odessa y, aunque le habían excluido de la universidad por una ofensa política poco importante, se ganaba modestamente la vida como periodista y estadístico. Su esposa, Fanny, había sido directora de una escuela laica para niñas judías. Lev y Shpentzer congeniaron, y este último debió de quedarse impresionado por aquel joven tan precoz que no cumpliría nueve años hasta el mes de octubre, ya que propuso llevarlo consigo a Odessa para que prosiguiera allí su educación bajo su protección y la de su esposa. En la primavera de 1888 Lev recorrió trescientos veinte kilómetros en tren y barco de vapor para llegar a Odessa.

Los Shpentzer convirtieron a aquel chico sin pulir en un joven culto y educado. Monya, como le llamaba Lev, le enseñó «a sostener una copa, a lavarse, a pronunciar... palabras». Lev empezó a prestar atención a la ropa y adoptó para siempre el hábito de vestir adecuadamente. Fue en esa época cuando asumió el llamativo aspecto físico que el mundo acabó por reconocer como distintivo de él: el pelo negro, fuerte y ondulado sobre una frente alta y unas gafas redondas sobre los ojos azules. A los Shpentzer les preocupaba que el joven Lev estudiara demasiado; «me entregué a los libros con ardor. A la hora del paseo, tenían que arrancarme a viva fuerza», recordaba Trotsky refiriéndose a aquella época. También disfrutaba meciendo a la hija recién nacida de los Shpentzer. Cuando creció, fue Lev quien «la vio sonreír por primera vez, [...] le enseñó a andar y [...] le enseñó a leer». (Aquella niña adoptó el nombre de Vera Inber y se convirtió en una célebre poetisa moscovita.)

[1] Max Eastman, el periodista neoyorquino radical que trabó amistad con Trotsky en la década de 1920, conoció a los Shpentzer y le parecieron «amables, tranquilos, bien dispuestos e inteligentes».

En un principio, el alojamiento era modesto; Lev durmió cuatro años en el comedor, detrás de una cortina. Pero los Shpentzer le ofrecieron un hogar imbuido de pasión por la literatura en una ciudad cosmopolita que alimentaba su curiosidad y nutría su imaginación. Le enseñaron ruso, lo iniciaron en la literatura clásica europea y rusa (concretamente, les encantaba Dickens) y no temían que sus estanterías albergaran libros prohibidos como la obra teatral de Leon Tolstoi *El poder de las tinieblas*, que los censores del zar acababan de proscribir; Lev les escuchó debatir sobre la obra y, acto seguido, la leyó.

Sin embargo, por lo que respectaba a la política en la casa de los Shpentzer,

«reinaba el descontento hacia el régimen, pero se le tenía por inamovible. Los más audaces llegaban a soñar con una Constitución que se conquistaría dentro de muchos años». Según lo recuerda Trotsky, el propio Shpentzer suscribía opiniones liberales moderadas, teñidas de «vagas simpatías socialistas, a la manera tolstoiana». Los adultos se mostraban cautelosos ante Lev y evitaban hablar de política porque «es posible que les contuviera el miedo de que fuese a contar algo a mis amigos, pues en aquellos tiempos era peligroso irse de la lengua». Por motivos similares, no le permitían leer periódicos con la esperanza de protegerlo de las ideas radicales.

Fue en Odessa cuando se interpuso en el camino de Lev el antisemitismo oficial. En 1887, en el marco de un conjunto de restricciones generalizadas contra los judíos tras el asesinato de Alejandro II, un nuevo decreto gubernamental endureció la cuota y el proceso de selección de alumnos judíos en la educación secundaria. Dependiendo de las circunstancias, los judíos podían verse limitados a un diez por ciento del conjunto del alumnado. Las restricciones afectaron directamente a Lev. Por ser judío tenía que aprobar un examen para ingresar en la Realschule de San Pablo, el centro que los Shpentzer habían escogido para él. Pero Lev no aprobó el examen por el hándicap de su edad (era un año menor que los demás alumnos de su clase) y las carencias de educación formal, y tuvo que pasar un año en un grupo especial para preparar el ingreso.

Quizás ese incidente representara la primera ocasión en que Lev se topó con prejuicios por su origen judío. Pero igual que sucediera en la casa de sus padres, no desarrolló ningún apego emocional, y menos aún espiritual o religioso, al hecho de ser judío; Eastman señalaba que «no fue algo que calara en su corazón cuando era un niño», de manera que este episodio de discriminación oficial contra los judíos no reforzó ningún residuo de lealtad por el hecho de pertenecer al grupo más perseguido por el imperio. Trotsky era sincero cuando escribió en *Mi vida* lo siguiente: «Es muy probable que estas desigualdades raciales contribuyesen a estimular mi descontento con el régimen existente; pero esta causa se esfumaba en contacto con otras manifestaciones de la injusticia social, y no ejerció sobre mí influencia alguna decisiva ni independiente».^[2] Otros socialistas judíos de su generación recordaban su infancia de otro modo. Tanto Yuli Martov como Pavel Axelrod, que fueron estrechos colaboradores de Trotsky cuando llegó a Londres por primera vez, se preocuparon de recordar el odio y la discriminación antisemitas que padecieron; Martov, concretamente, no olvidó jamás el miedo atroz que pasó de niño durante el pogromo de Odessa de mayo de 1881. Para Lev, las referencias adversas a sus antecedentes eran «simplemente otro tipo de grosería». Basándose en su amistad con Trotsky, Eastman insistía en que aquellos incidentes «no dejaron huella [...] en la conciencia que tenía de sí mismo». Muy pronto, Trotsky pasó a considerar su educación en el seno de una familia judía como un simple accidente de nacimiento. Alejado de sus padres, se distanció del origen judío común. Su identidad judía carecía de contenido positivo alguno.

Pese a que la Realschule de San Pablo había sido fundada por los luteranos alemanes, no era un centro sectario y admitía a un alumnado muy diverso. «No se acosaba a ninguna nacionalidad», recordaba Trotsky, y los niños recibían instrucción religiosa acorde con el credo de sus respectivas familias. «Un bondadoso señor llamado Ziegelmann enseñaba a los alumnos judíos la Biblia y la historia del pueblo de Judá», escribió Trotsky. Pero «estas lecciones no las tomaba nadie en serio». El padre de Lev todavía quería que estudiara la Biblia hebrea: «era un prurito de su orgullo paterno». Lev recibió enseñanzas de un anciano judío muy culto, pero las clases a que asistió durante varios meses, como recordaba Trotsky, «no me fortificó gran cosa en la fe de los mayores». A pesar del supuesto ateísmo de David Bronstein, aquel periodo de formación estaba concebido para preparar a Lev para el rito del Benei Mitzvá por el que, a los trece años, se le pasaría a considerar un joven maduro y responsable, aspecto que Trotsky no detalló en sus memorias. La ceremonia jamás se celebró.

Odessa, con su importante puerto en el Mar Negro, era una ciudad absolutamente cosmopolita. Allí vivían ucranianos, rusos, judíos, griegos, armenios, alemanes, italianos y franceses, junto con otras comunidades más exóticas de turcos, tártaros, persas y sirios. En la década de 1830, la ciudad había adquirido la fama suficiente para que el personaje de Papá Goriot de la novela homónima de Honoré de Balzac formulara en su lecho de muerte el sueño de viajar a Odessa. Para Dostoievski, Odessa estaba a punto de ser demasiado cosmopolita. No solo era «el núcleo de nuestro socialismo rampante», como afirmaba en una carta de 1878, sino también «la ciudad de los judíos». Odessa mantenía unas relaciones comerciales pujantes con Europa, Asia y Estados Unidos por ser el centro de exportación de grano ruso.

La vida en Odessa brindaba a los judíos vías de acceso a la sociedad y la cultura rusas; seguramente la ciudad era el lugar más moderno en el que se podía vivir dentro de los límites de la Zona de Asentamiento. Una vez más, como sucedió en los años que pasó en Ianovka, Lev vivía entre muchos judíos. Los habitantes judíos superaban con creces la cifra de 100 000 y constituían más de un tercio de la población de la ciudad. La esposa de Shpentzer dirigía un centro laico de secundaria para niñas judías, mientras que en las últimas décadas del siglo XIX vivieron en la ciudad muchas figuras literarias hebreas y yiddish de primer orden, como Hayim Nachman Bialik, Saul Chernijovsky, Ahad Ha'am o Simon Dubnow. Nada de lo anterior impresionaba a Lev.

Más bien creció en el seno de la cultura secular más genérica de Odessa. Lev descubrió la ópera y el teatro y empezó a escribir poemas y relatos. Moisey Shpentzer fundó una editorial de orientación liberal y, muy pronto, los escritores y periodistas se hicieron habituales de su casa y entusiasmaban a Lev con su presencia y su pasión por la literatura. A su juicio, los «escritores, periodistas y actores encarnaban a mis ojos el más atractivo de los mundos, al que solo los elegidos tenían acceso».

Cuando lo admitieron en San Pablo, Lev pasó muy pronto a ser considerado el

mejor alumno de su clase. Moisey Shpentzer recordaba con entusiasmo que «nadie tenía que responsabilizarse de su formación, nadie tenía que preocuparse por sus clases. Siempre hacía más de lo que se esperaba de él». Pero en la escuela pasó momentos difíciles. Lev se expresaba con franqueza y, en un momento de candidez, se recordó a sí mismo como alguien «orgullosa, irascible, y de seguro que también intransigente», rasgos que jamás lo abandonaron. Dirigió una revista escolar, pero supo interrumpir su publicación cuando un profesor le indicó de modo amistoso que el Ministerio de Educación habían prohibido expresamente semejantes iniciativas. En otra ocasión, en segundo curso, Lev se unió a otros compañeros para abuchear y silbar a un profesor francés muy impopular. Algunos compañeros cobardes denunciaron a Lev y el profesor que había sido blanco de las burlas, satisfecho por haber confirmado la identidad del jefe de los bellacos, hizo que expulsaran a Lev durante lo que quedaba de curso.

Trotsky extrajo una lección reveladora de este incidente. Comprendió que en la escuela había distintos grupos de categorías morales: «los acusones y envidiosos de un lado, y de otro los amigos, bravos y nobles, y, flotando entre los dos, la masa neutral de los vacilantes e indecisos. [Estos tres grupos] —escribió Trotsky en 1929— no se diferenciaban gran cosa de aquellos con los que luego habría de tropezarme repetidamente en la vida, bajo las más diversas circunstancias». Los Shpentzer le brindaron apoyo emocional, pero Lev estaba inquieto por la reacción de su padre y sintió alivio (y algo más que sorpresa) cuando David Bronstein mostró comprensión e incluso cierto placer al enterarse del insolente abucheo de Lev, aquel detestable comportamiento que tanto había enojado al profesor.

Lev fue readmitido al año siguiente y recuperó enseguida la supremacía entre sus compañeros de clase. Pero su carácter rebelde no había sido sometido por completo. Cuando estaba en quinto curso, un profesor de literatura perezoso e incompetente llamado Anton Gamow no corregía nunca los trabajos escolares de los chicos. Enfadados, Lev y otros se negaron a hacer más redacciones y obligaron al profesor a asumir sus responsabilidades. Los chicos fueron castigados por la insolencia pero, por lo demás, conservaron su prestigio. El apellido Gamow no se perdió en la historia. Su hijo, George Gamow, nació en Odessa en 1904, estudió física en San Petersburgo y desertó a Europa occidental en la década de 1930. Llegó a Estados Unidos y se convirtió en un físico teórico admirado por todos, célebre por sus trabajos sobre cosmología y física cuántica y por ser autor de libros de divulgación científica para el público en general.

Ingresar en la adolescencia en medio de la vida sofisticada e intelectualmente efervescente de Odessa supuso para Lev conflictos con su padre. Cuando regresaba a la granja por vacaciones, Lev se sentía ajeno, como si «entre mí y los recuerdos asociados con mi niñez se alzara ahora un no sé qué nuevo que era como un muro». Tal vez David Bronstein fuera un hombre rudo. Trotsky le dijo a Max Eastman que a su padre «los vecinos le habían respetado en buena medida por el miedo que les

despertaba». Lev comprendió que su padre no vacilaba en velar por sus intereses cuando lo vio discutir con los campesinos en el molino por cuestiones de dinero relacionadas con el grano.

A veces veía desarrollarse alguna clase de injusticia y le preocupaba que su padre se aprovechara de los menos favorecidos. Lev permanecía atento a toda clase de desprecios: si su padre se mostraba tacaño a la hora de dar una propina a algún mozo que cargara con el equipaje o si los trabajadores de la granja cobraban lo que les correspondía pero «las condiciones fijadas eran mantenidas con gran rigor». En una ocasión, una vaca entró en un trigal de su padre. David Bronstein se quedó con el animal y juró que se lo quedaría en prenda hasta que el propietario reparara los daños. El campesino se opuso y suplicó sombrero en mano y con lágrimas en los ojos, «postrado como si fuera una anciana menuda necesitada de ayuda». Lev quedó abatido por la pena y trastornado por la humillación del campesino y la actitud implacable de su padre. Solo encontró consuelo cuando sus padres le aseguraron que habían devuelto la vaca y absuelto al dueño de reparar los daños. Trotsky empezaba a vislumbrar las tensiones sociales y económicas existentes entre su próspero padre y los trabajadores y campesinos cuyo medio de subsistencia dependía de él. Lev descubrió que simpatizaba con ellos y empezó a sentirse incómodo con la forma de vida de su padre. Había algo que le importaba más: «El instinto de adquisición, los puntos de vista y los hábitos de vida pequeñoburgueses; de ahí me alejé con un impulso poderoso e hice todo lo posible por no regresar jamás». El hecho de que a Trotsky le gustara recordar este tipo de incidentes podría ser más revelador de su sensibilidad adulta que de su experiencia real de la infancia. Como señaló Isaac Deutscher, el biógrafo más famoso de Trotsky, «muchos han visto escenas semejantes y aún peores en su infancia, sin que después se hayan hecho revolucionarios».

En 1894 Lev estaba en sexto curso en Odessa cuando el 1 de noviembre murió el zar Alejandro III. A los estudiantes, «la noticia nos pareció algo inmenso e inverosímil, pero lejano; algo así —recordaba Trotsky— como un terremoto ocurrido en lejanas tierras». Alejandro III solo había vivido hasta cumplir cuarenta y nueve años y su hijo, Nicolás II, no había sido formado adecuadamente para asumir el trono. Trotsky tenía quince años y vivía a centenares de kilómetros del centro de la vida política rusa. Apenas había empezado a indignarse por la opresión autocrática que, al cabo de pocos años, fundiría sus destinos con los del zar cuyo inesperado ascenso al trono acababa de producirse.

En 1895 Lev había pasado siete años en la Realschule de San Pablo, incluido el año inicial que dedicó a preparar el ingreso. El centro de San Pablo solo ofrecía seis cursos, de modo que Lev tuvo que buscar otra escuela para cursar un último año de educación secundaria. Para estar más cerca de sus padres, Lev cambió Odessa por Nikolaiev, una ciudad pequeña y provinciana a orillas del Mar Negro.

Cuando rememoraba los años de adolescencia, Trotsky creía que se había marchado de Odessa sin haber adquirido conciencia política; según sus propias

palabras, con «confusos sentimientos de rebeldía, pero nada más». No conocía el nombre de Friedrich Engels, que había muerto en 1895, y «me hubiera visto en un aprieto para decir algo concreto de Marx». La situación cambió en 1896, en su último año de escuela secundaria, cuando empezó a poner en cuestión «el lugar que me correspondía en la sociedad humana». Como vivía con una familia cuyos hijos eran mayores que él, se vio expuesto a las argumentaciones apasionadas de personas concentradas en convertirlo a la nueva fe del socialismo. Él reaccionaba siempre con «un tono de superioridad irónica» al intento de engatusarlo. Hasta la señora de la casa señalaba con gratitud la resistencia que él ofrecía y lo ponía como ejemplo de madurez en el juicio ante sus fervorosos hijos.

Pero entonces, de repente, como si su resistencia anterior se fundara en parte en una atracción subyacente por las ideas radicales, Lev hizo pública su conversión y puso «proa a la izquierda con una violencia que no dejaba de asustar a algunos de mis nuevos amigos y correligionarios». Su vida cambió bruscamente. Descuidaba sus trabajos escolares, faltaba a clases y empezó a recopilar «folletos clandestinos». Se lanzó «devoradoramente sobre los libros» y empezó «también a leer periódicos [...] a través del prisma político». Fueron los primeros pasos de su despertar político.

Lev también conoció a antiguos exiliados sometidos a vigilancia policial y se sintió atraído por el jardinero de la señora de la casa, un checo llamado Franz Svigovsky, cuyo interés por la política convirtió su modesta cabaña en un habitual lugar de paso de jóvenes y activistas políticos. Svigovsky introdujo a Lev en la literatura política seria, en el acaloramiento del debate político y en las discusiones, a menudo crípticas pero apasionantes, por las reivindicaciones enfrentadas del movimiento populista y el recién surgido partido marxista de los socialdemócratas. Un miembro de ese entorno, Grigori Ziv, en unas memorias que constituyen una de las pocas fuentes de información independiente sobre la vida de Trotsky en la época en que escogió la senda de la revolución, recordó posteriormente que las reuniones eran «de naturaleza inofensiva». Skvigovsky lograba que todo el mundo se sintiera cómodo; hablaban con franqueza en el ambiente distendido e informal de su jardín, seguros de no sentirse vigilados por la policía. De manera que se reunían «como las polillas ante una lumbre». Pero, según Ziv, las reuniones tenían «la peor de las reputaciones [en Nikolaiev] [...] porque se las consideraba núcleo originario de toda clase de terribles conspiraciones». La policía enviaba espías que solo informaban de que Svigovsky era un anfitrión generoso a quien le gustaba ofrecer té y manzanas a sus invitados y enzarzarlos en discusiones extravagantes.

Lev no podía ocultar a sus padres los cambios acaecidos en su vida. David Bronstein visitaba a veces Nikolaiev por motivos de trabajo. Cuando se enteró de las nuevas amistades de Lev y de su falta de interés por la escuela, reafirmó su autoridad paterna... pero no sirvió de nada. La situación dio lugar a «una violenta discusión» en la que Lev defendía el derecho a seguir su propio camino. Rechazó el apoyo material de su padre, pues no quería aceptar dinero y la consiguiente petición de obediencia,

abandonó la casa en la que vivía y se marchó con Svigovsky a una cabaña más grande que aquella en la que vivía ese hombre. Lev se convirtió en uno de los seis habitantes que compartían un alojamiento colectivo.

El compromiso político de Lev fue pasando de forma intermitente de la curiosidad adolescente a la acción política. En un principio se sintió perdido entre teorías políticas rivales. Estudió a autores británicos, como el filósofo utilitarista Jeremy Bentham o el liberal John Stuart Mill, cuyas obras habían sido prohibidas en las bibliotecas y cursos universitarios. Leyó el célebre libro *Qué hacer*, de Nikolai Chernyshevsky, escrito en una cárcel de San Petersburgo en 1862. Chernyshevsky era una figura persuasiva de la historia rusa. Al principio fue un líder para los jóvenes idealistas radicales, pero luego pasó de la crítica frontal de la cultura rusa a promover la revolución absoluta. El régimen zarista lo envió a la cárcel y, luego, a un exilio de varios años en Siberia y otras ciudades alejadas de Moscú y San Petersburgo. Chernyshevsky murió en 1889, no muchos años antes de que empezara a afianzarse la pasión de Lev por la política; al igual que muchos otros jóvenes radicales rusos, Lev seguramente consideraba como una especie de santo a Chernyshevsky.

Pero, como acabó por descubrir Lev, los autores occidentales como Mill o Bentham, e incluso uno ruso como Chernyshevsky, pese a todos los ideales románticos atribuidos a su apellido, iban quedando cada vez más lejos de las polémicas surgidas en la década de 1890 tras la muerte de Alejandro III y el ascenso de Nicolás II. Concretamente, los estudiantes universitarios empezaban a enfrentarse a la autocracia. Casi todos los estudiantes de San Petersburgo, Moscú y Kiev se negaban a prestar juramento de lealtad al nuevo zar cuando se les pedía.

Nicolás II también tuvo que hacer frente a otros adversarios más subversivos. Los jóvenes radicales rusos se debatían ahora entre dos concepciones rivales de la revolución: los populistas consideraban que la abrumadora mayoría de la población, los campesinos, representaban una de las alternativas más verosímiles de resistencia. Adoptaron una visión romántica de los campesinos, en especial cuando el zar Alejandro II abolió la servidumbre en 1861. Pero cuando los campesinos no lograron responder al sueño de los populistas de derrocar la monarquía, estos últimos recurrieron a los actos de terrorismo en un intento vano de acabar con la autocracia.

Autores marxistas como Georgi Plejanov instaban a los revolucionarios antizaristas a apartar sus esperanzas de los campesinos, a rechazar los actos de terrorismo individual y a centrarse en organizar a los trabajadores para exigir socialismo y democracia. Fue tras el llamamiento a la acción de Plejanov cuando Vladimir Ulianov —Lenin— y otros radicales marxistas fundaron la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, un paso que desembocó enseguida en la detención de Lenin en diciembre de 1895.

Lev y su círculo de amigos no pudieron evitar verse influidos por los acontecimientos, aun cuando vivieran lejos de los núcleos urbanos de Rusia, donde revolucionarios como Lenin esperaban organizarse. La mayoría de los miembros del

círculo de Svigovsky se consideraban populistas. Adscribían sus simpatías a los revolucionarios románticos de Rusia que pensaban que únicamente los ataques violentos contra el zar y sus ministros lograrían acabar con la autocracia. En 1881 habían conseguido matar a Alejandro II. Seis años más tarde, otro grupo de revolucionarios, entre los que se encontraba Alexander Ulianov, el hermano mayor de Lenin, se propuso matar a Alejandro III, pero se descubrió su conspiración. Alexander Ulianov fue detenido y, a continuación, ahorcado el 8 de mayo de 1887.

Lev se incorporó a los debates de la casa de Svigovsky en un momento afortunado. El grupo estaba dividido de forma muy desigual; casi todo el mundo defendía y apoyaba el punto de vista populista dejando aislada a una joven llamada Alexandra Sokolovskaya, quien defendía en solitario las teorías de Karl Marx. Lev se declaró impulsivamente populista y, muy pronto, encabezó el ataque contra Sokolovskaya. Ziv recordaba el espectacular impacto que Lev causó en todo el grupo. «Dados sus sobresalientes dones y su talento», Lev «ya llamaba la atención de todos aquellos que visitaban a Franz». Era «un defensor audaz y decidido» que disfrutaba con una buena discusión y se divertía recurriendo al «sarcasmo despiadado» contra las ideas marxistas y cualquier otra posición que Sokolovskaya se atreviera a propugnar.

Lev no excluía insultarla. Según Ziv, Lev acudió a una fiesta de Nochevieja en 1897 con la asombrosa noticia de que las tesis de Sokolovskaya se habían impuesto; ahora era un marxista comprometido. Su conversión la entusiasmó. Sin embargo, Lev guardaba otra sorpresa. Levantándose las gafas, se volvió hacia Sokolovskaya y dejó estupefacto al grupo con una desdeñosa invectiva: «Malditos sean todos los marxistas —proclamó— y todos aquellos que quieren introducir aridez y penuria en todos los órdenes de la vida». Enojada y humillada, Sokolovskaya abandonó el grupo convencida de que jamás volvería a dirigir la palabra a Lev. Luego se marchó para siempre de Nikolaiev. El estilo directo y duro de Lev dejó una impresión muy vívida. «Será un gran héroe o un gran sinvergüenza —comentó un amigo—. Podría ser cualquiera de las dos cosas, pero seguro que alcanzará la grandeza».

Pese a sus comentarios sarcásticos contra Sokolovskaya, Lev, en realidad, avanzaba hacia la socialdemocracia. La frustración ante la autocracia zarista se extendía entre los jóvenes y las ideas marxistas animaban cada vez más sus actividades. Por lo que a Lev se refería, parece probable que sucumbiera al hechizo del marxismo porque aunaba un proyecto para la acción con un debate intelectual feroz, la combinación ideológica y tonificante que definiría su vida durante décadas.

En 1897 Lev concluyó los estudios de secundaria con diplomas y se trasladó durante un breve plazo a Odessa, donde vivió con un tío y valoró la posibilidad de matricularse en la universidad para estudiar matemáticas. Pero no pudo resistir el reclamo del compromiso político. En Odessa «entabló amistades de carácter informal con los trabajadores, accedió a literatura ilegal, dio clases particulares a varios estudiantes y pronunció conferencias clandestinas para los chicos de mayor edad de

la Escuela de Comercio» antes de tomar un vapor que le llevaría de regreso a Nikolaiev y al jardín de Svigovsky.

En sus memorias, Trotsky recordó un terrible incidente de principios de 1897 que polarizó a la juventud de todas las rusias. Una joven estudiante, presa política, se quemó a lo bonzo en la ignominiosa fortaleza de San Pedro y San Pablo de San Petersburgo. Hubo protestas estudiantiles en las calles, que se saldaron con muchas detenciones y deportaciones a Siberia. Lev estaba decidido ahora a ir más allá de las discusiones francas sobre doctrina política. Enojado y entusiasmado, estaba dispuesto a dar los primeros pasos concretos para desafiar al régimen zarista: organizar a los trabajadores de Nikolaiev. En aquella época había en la ciudad unos diez mil trabajadores y artesanos especializados. Adoptó su primer seudónimo, Lvov, y empezó a abordar a los trabajadores invitándolos a participar en pequeños y discretos grupos en los que se discutiría sobre la literatura política clandestina que Lev y otros distribuían o redactaban. Consiguió reunir a unos doscientos trabajadores en lo que él denominó la Liga Obrera del Sur de Rusia, para la cual reclutó a cerrajeros, carpinteros, electricistas, costureras y estudiantes. Años después, Trotsky recordaba aquel éxito inicial con su entusiasmo característico. «Los obreros acudían en tropel a nosotros, como si las fábricas nos hubieran estado esperando desde hacía largo tiempo —escribió en sus memorias—. [...] No les buscábamos, venían ellos a nosotros». Alexandra Sokolovskaya también participó, dispuesta, al parecer, a dejar en suspenso su animadversión y trabajar codo a codo con su joven y prepotente camarada.

Lev se entregó al trabajo. El sindicato necesitaba un periódico, una especie de motor con el que reforzar su identidad y aglutinar a los trabajadores. Lev se hizo cargo del proyecto y bautizó al periódico con el nombre de *Nasbe Delo* (Nuestra Causa). A falta de máquina de escribir, se dedicaba con meticulosidad a «escribir las proclamas o los artículos que luego yo mismo me encargaba de transcribir en caracteres de imprenta». La labor podía llegar a suponer hasta dos horas por página. «A veces, me pasaba semanas enteras con las espaldas dobladas y no me levantaba de la mesa más que para asistir a alguna reunión o dirigir un curso obrero», recordaría posteriormente. Sirviéndose únicamente de una ciclostil antigua donada por un mecenas acaudalado, conseguía elaborar entre dos y tres mil copias de cada número.

Lev empezaba a marcar una pauta distinta en su vida. Su actividad revolucionaria y su vida profesional como periodista y editor descansaban sobre su firme convicción en el poder de la palabra. A medida que fue madurando y pasando por dolorosas fases de transición en la vida, se reafirmaba en una idea fundamental: fundar o, al menos, trabajar para un periódico, clandestino o no, y luego dejar prendidas sus ilusiones en la atención que esperaba despertar y la influencia que confiaba en ejercer. En Nikolaiev tuvo la satisfacción de apreciar un efecto visible entre los trabajadores de la ciudad. Según los criterios revolucionarios, Lev y sus camaradas estaban intentando consolidar unas metas modestas entre los trabajadores: insistir en el aumento del

salario y en la reducción de jornada. Sus panfletos también se ocupaban de las condiciones de trabajo en los astilleros y fábricas de la ciudad, así como en los abusos cometidos por patronos y autoridades.

Grigori Ziv formó parte de la iniciativa. Años después recordaría cómo Lev era la fuerza impulsora subyacente al sindicato. «Nuestro grupo fue la primera organización socialdemócrata de Nikolaiev —escribió—. Estábamos tan emocionados con el éxito que vivíamos en un estado [...] de entusiasmo crónico. En el caso de la mayoría de los éxitos estábamos indudablemente en deuda con Bronstein, cuya energía era inagotable y cuyas múltiples facetas de su incansable ingenio y su imparable energía no conocían límites». Lev solo tenía dieciocho años. Todavía no se había definido enteramente como marxista, pero ya hacía gala del compromiso apasionado que marcó su vida adulta. Aceptaba la necesidad tanto de estudiar la dinámica de la revolución como de perseguir metas revolucionarias entre los propios trabajadores. Para Trotsky, según expuso a los jóvenes militantes españoles en 1932, «el estudio del marxismo al margen de la lucha revolucionaria puede formar a ratas de biblioteca, pero no a revolucionarios. Y la participación en la lucha revolucionaria sin estudiar el marxismo estará repleta de peligros, será menos fiable y resultará ser tuerta».

El éxito de Lev como dirigente llamó la atención de más gente, aparte de los trabajadores. La policía también empezó a reparar en él, si bien tardó cierto tiempo en descubrir que el responsable de tanta conmoción no deseada era un pequeño grupo de jóvenes activistas encabezado por un adolescente. Las detenciones empezaron en enero de 1898. Casi todos los miembros del grupo fueron arrestados en Nikolaiev; pero Lev, temiendo ser detenido también, buscó refugio en la campiña, donde también se encontraba Svigovsky. La policía los detuvo a ambos el 28 de enero. Trasladaron a Lev a una cárcel de Nikolaiev (el primero de los veinte encarcelamientos que sufrió, como le gustaba decir) y, a continuación, a otra de Jerson, donde permaneció varios meses.

Las cárceles zaristas eran lugares espantosos. Un régimen atroz configuraba las condiciones físicas. Las autoridades acabaron por comprender que Lev era el cabecilla y, decididos a doblegar su voluntad, lo sometieron a una presión poco habitual. Se le aisló en una celda pequeña, fría y plagada de bichos. Se le entregó un colchón de paja para dormir, pero se le retiraba al amanecer para que no pudiera sentarse con comodidad durante el día. No se le permitía salir al patio para hacer ejercicio, ni se le podían enviar libros, periódicos, jabón o ropa interior limpia. No se le interrogó ni se le comunicaron los cargos que pesaban contra él. A otros sindicalistas encarcelados les fue aún peor. Fueron torturados, se suicidaron, se volvieron locos o aceptaron delatar a camaradas a cambio de un mejor trato. Pero Lev perseveró, pese a la soledad extrema. «Jamás viví en un aislamiento tan completo», recordaba refiriéndose a esa época. Para eliminar tensiones caminaba sin cesar dentro de la celda, «me propuse la empresa de dar mil ciento once pasos en sentido diagonal». En cierto momento las autoridades carcelarias suavizaron las condiciones

y permitieron que su madre, que sin duda tuvo que sobornar a alguien, lo visitara para llevarle jabón, ropa blanca y fruta.

En verano de 1898 fue trasladado a una cárcel de Odessa donde, una vez más, padeció reclusión en aislamiento pero, al menos, tuvo la satisfacción de que lo interrogaran por primera vez. En la cárcel se enteró por medios clandestinos de que en Minsk se había celebrado el congreso fundacional del Partido Obrero Socialdemócrata; pese a su pomposo nombre, el «congreso» había consistido en una reunión de nueve delegados, casi la totalidad de los cuales fueron arrestados al cabo de pocas semanas; difícilmente un presagio muy favorable para una facción del mismo partido político que en nombre del comunismo alcanzaría el poder diecinueve años después.

Como disponía de tiempo y el régimen carcelario era menos severo, Lev se entregó a la lectura. La biblioteca de la cárcel solo contenía literatura religiosa. Para ampliar sus conocimientos de lenguas extranjeras, leyó la Biblia en inglés, francés, alemán e italiano. Como podía recibir libros del exterior, leyó las obras de Charles Darwin, que reforzaron su compromiso con el ateísmo. También escribió ensayos, entre los que se contaba una historia de la francmasonería y otra sobre el papel del individuo en la historia.

Pasaron casi dos años completos hasta que conoció cuál iba a ser su condena definitiva: él y otros sindicalistas iban a ser deportados a Siberia cuatro años. Era una sanción administrativa; no hubo juicio alguno. Desde Odessa los trasladaron a Moscú y los hicieron esperar otros seis meses en una prisión de tránsito. Fue allí donde Lev tuvo noticia por primera vez de la existencia de Vladimir Lenin y empezó a leer obras rigurosas de pensamiento marxista. También se desató en él una fascinación imperecedera por Ferdinand LaSalle. Al igual que Lev, LaSalle, el fundador del Partido Socialdemócrata alemán, había nacido en el seno de una familia judía de clase media. Igual que el hombre en el que Lev acabaría convirtiéndose, LaSalle era célebre por sus dotes de orador y dirigente. Ambos recurrían a una personalidad carismática para despertar la lealtad de las multitudes. Y ambos abandonaron sus orígenes judíos y sustituyeron la fe de sus padres por la creencia sincera y globalizadora en el socialismo revolucionario.

Lev también reanudó el contacto con Alexandra Sokolovskaya. Ante la perspectiva del exilio en Siberia decidieron casarse. El padre de Lev se opuso enérgicamente al matrimonio, convencido de que aquella mujer mayor que su hijo había sido la responsable de descarriarlo. Pero Lev se impuso. La boda tuvo lugar en la primavera de 1900 y fue celebrada por un rabino en la celda de Lev. Lo normal sería preguntarse si el impulso que desembocó en este matrimonio era auténtico. Los presos políticos solían casarse porque así adquirirían derecho a ser deportados juntos y, por tanto, a evitar el aislamiento absoluto. Lenin y Nadezda Krupskaya, por ejemplo, habían sido deportados a ciudades diferentes en 1897; pero entonces solicitaron autorización para casarse, lo que le concedió a ella el derecho de acompañarlo a una

pequeña ciudad del centro de Siberia. Por lo que se refiere a Lev y Sokolovskaya, la tensión inicial entre ambos bien pudo reflejar algo más que una discrepancia ideológica. Lev «se enfureció y bramó de ira» para superar la oposición de su padre. Una vez casados, fueron enviados con un grupo de convictos muy numeroso. El viaje a Siberia duró tres meses, pues se detuvieron en prisiones de tránsito antes de llegar al río Lena, donde fueron depositados en una barcaza con un grupo de soldados y, al cabo de tres semanas más de lenta deriva río abajo, llegaron a la ciudad de Ust-Kut.

Era un lugar desolador, un centenar de chozas de campesinos rodeadas de barro en primavera y otoño, plagado de mosquitos irritantes que acosaban a todo el mundo en verano y con unas temperaturas muy inferiores a los cero grados en invierno. Lev estudió a Marx «con las páginas del libro plagadas de polillas». Poco después de llegar a Ust-Kut también empezó a escribir para *Vostochnoe Obozrenie* (Revista Oriental), un periódico de Irkutsk. Sus artículos empezaron a aparecer de forma periódica. Lev demostró ser mucho más que un corresponsal destinado en una aldea. Escribía sobre asuntos públicos y se fue dedicando cada vez más a la crítica literaria, un tipo de colaboración que le facilitaba introducir sus ideas sorteando a los censores. Escribió sobre autores clásicos rusos y, como era un lector voraz, dedicó artículos a Ibsen, Hauptmann, Nietzsche, Maupassant, Andreyev o Gorki. Exiliado, pero decidido a continuar participando en la revolución, adoptó otro seudónimo inspirándose en una palabra que encontró en el diccionario de italiano: Antid Oto.

El río Lena servía como medio de comunicación por cuyo curso navegaban de norte a sur y viceversa los exiliados políticos de toda clase de tendencias, deseosos de encontrar camaradería y de compartir noticias políticas y de la revolución. Lev conoció a Felix Dzherzhinsky, que posteriormente sería el primer jefe de la pavorosa checa (la policía secreta bolchevique), y a Mijail Uritsky, que acabó siendo presidente de la checa de Petrogrado. Los exiliados debatían y percibían que el impulso revolucionario se apartaba del populismo para orientarse hacia el marxismo. Tuvieron noticia de atentados terroristas: en aquellos años los miembros del Partido Socialista Revolucionario mataron a tiros al ministro de Educación y al del Interior. Lev era contrario a los actos de terrorismo. «Nuestra misión, decíamos, no es quitar de en medio a unos cuantos ministros zaristas, sino barrer revolucionariamente el sistema», insistía.

Al ver que los poderes coordinados del régimen oprimían a la sociedad en general y relegaban a los activistas como él a la clandestinidad, Lev defendió en un ensayo que había llegado el momento de crear un partido centralizado capaz de coordinar la actividad revolucionaria. No era el único que sostenía semejante idea. En el verano de 1902 recibió su primer ejemplar de *Iskra* (Chispa), un periódico marxista publicado en Zúrich por socialdemócratas rusos; Vladimir Lenin era uno de ellos. En 1900 se había liberado del exilio interior a Lenin y muy pronto había recibido autorización para salir de Rusia y viajar a Europa, donde el régimen suponía que causaría menos problemas. Lev también recibió un ejemplar de *Qué hacer*, obra de Lenin (así titulada

por la anterior obra homónima de Chernyshevsky). Tanto en *Qué hacer* como en *Iskra*, Lenin intentaba ganar partidarios para la causa del marxismo bajo la bandera de un partido profesional y disciplinado de revolucionarios. (*Iskra* era algo más que un periódico; era el aparato orgánico central encargado de dirigir el movimiento socialdemócrata en general). Fascinado, Lev adoptó la determinación de unirse a Lenin en Europa.

Desde una perspectiva histórica es natural creer que la tragedia del bolchevismo arranca aquí, que fundar este tipo de partido representó el germen que desembocó en los horrores vividos con Lenin, Trotsky y Stalin. Pero dadas las condiciones imperantes bajo el régimen del zar, también pudo haber sido el único modo en que un movimiento socialista se enfrentara a la autocracia. En todo caso, una cosa era desafiar de forma clandestina al poder ejercido por un regente despiadado y, otra bien distinta, gobernar con propósitos igualmente inquebrantables.

Cuando Lev planeó viajar a Europa, él y Alexandra Sokolovskaya tenían ya dos hijas, Zinaida y Nina, esta última de solo cuatro meses. Pese a lo duro que resultara criar a las niñas en solitario en las inhóspitas condiciones del exilio siberiano, Sokolovskaya comprendió que Lev necesitaba reincorporarse a la lucha. Esta, que raras veces vio a Trotsky después de aquel momento, le prodigó siempre una lealtad respetuosa. Jamás renegó de él durante la represión del fascismo y, en última instancia, pagó con su vida aquella entrega.

Lev decidió marcharse en el momento en que «empezaron las fugas en masa», tantas que los exiliados tuvieron que acomodar el ritmo de salida con el fin de no colapsar el sistema. Lev tenía que partir antes del otoño, estación en que los caminos se volvían intransitables. Aquel mes de agosto, él y otro exiliado se ocultaron bajo el heno en la parte trasera de un carro hasta que llegaron a una estación de ferrocarril. Sus amigos de Irkutsk le suministraron ropa decente. Y él llevaba un pasaporte falso «extendido a nombre de Trotsky, nombre que había escrito al azar, sin sospechar ni mucho menos que había de quedarme con él para toda la vida». Trotsky era el nombre de uno de sus carceleros de Odessa; tal vez lo que le atrajera de ese nombre fuera la semejanza con el término alemán que significa «perseverante» (*trotzig*). El resto de su fuga «no tuvo nada de romántico». Cuando llegó a Samara, los socialdemócratas, que estaban aliados con Lenin e *Iskra*, lo acogieron, le asignaron otro alias (*Pero*, o pluma) y le pidieron que visitara otras ciudades grandes de Ucrania para reunirse con otros revolucionarios. El viaje fue infructuoso; todos los que encontró eran intelectuales. Para entonces, Lenin ya había tenido noticia de él y de su talento literario e intelectual. Envió de inmediato un mensaje urgente pidiendo que Trotsky informara al cuartel general de *Iskra* en Europa.

Con la ayuda de la organización de *Iskra*, Trotsky salió clandestinamente de Rusia para dirigirse a Austria. Llegó a Viena, donde lo recibió el doctor Victor Adler, el líder del Partido Socialdemócrata austríaco. Trotsky convenció a Adler de que «la causa de la revolución reclamaba mi presencia en Zúrich», donde Lenin lo aguardaba.

Sin embargo, este se encontraba en ese momento en Londres. Con la ayuda de Adler, Trotsky llegó a Inglaterra vía Zúrich y París en octubre de 1902. Era la primera hora de la mañana cuando golpeó tres veces en la puerta del apartamento de Lenin, como le indicaron que hiciera. Lenin todavía estaba en la cama cuando Nadezda Krupskaya abrió la puerta y saludó calurosamente al joven. «Ha llegado “la pluma”», le anunció a Lenin. Así fue como Lenin y Trotsky se conocieron. Juntos, quince años más tarde, encabezaron un levantamiento armado en Petrogrado.

LA REVOLUCIÓN DE 1905

Lenin siempre sabía escuchar y Trotsky tenía mucho que decir. Aunque era joven e inexperto, la fama de Trotsky como escritor y dirigente había llegado a Europa antes que él. Lenin y sus compañeros, los editores de *Iskra*, seguían los acontecimientos de Rusia lo mejor que podían, leyendo periódicos y literatura clandestina, ansiosos por estar al tanto de la revolución y la reacción. Aunque las experiencias de Trotsky en Nikolaiev y Odessa representaban una aventura de poco calado, demostraban a Lenin hasta qué punto las ideas marxistas se habían infiltrado por todo el imperio y habían servido de inspiración a jóvenes elocuentes y comprometidos que algún día, quizá, *lograrían* que triunfara la revolución.

El mismo día que se conocieron, momentos después, Lenin presentó a Trotsky a los demás miembros del consejo de redacción de *Iskra*. Todos eran revolucionarios veteranos que habían sufrido detenciones, cárcel y exilio interior, y que ahora no podían regresar a Rusia con garantías. Entre ellos se encontraba Vera Zasulich y Yuli Martov, que acogieron a Trotsky en la pensión en que se alojaban. Zasulich, la única mujer editora, se había labrado cierta reputación en 1878 cuando disparó a Fiodor Trepov, el gobernador militar de San Petersburgo. La capturaron en el acto y la juzgaron ante un jurado que la absolvió; a continuación, Zasulich huyó al extranjero. Yuli Martov, un descendiente de eruditos hebreos cuyo nombre auténtico era Tshedarbaum, era amigo íntimo de Lenin. Martov, un intelectual destacado entre los marxistas rusos, había conocido a Lenin en San Petersburgo en 1895. Lenin quedó impresionado ante la insistencia de Martov sobre la necesidad de llevar la actividad marxista más allá de limitarse a explicar las obras de Karl Marx. Tenían que organizar a trabajadores reales, al auténtico proletariado en cuyo nombre desarrollaban labores de agitación política. Él y Lenin contribuyeron a fundar la Asociación para la Lucha por la Emancipación de los Trabajadores. El acto les valió ser detenidos. En 1897 Martov intervino en la creación del Bund, un partido socialista judío muy popular. Durante algún tiempo creyó que los judíos tenían que organizarse aisladamente y por sí solos, idea que abandonó más tarde.

Los demás miembros de *Iskra* eran Georgi Plejanov, el legendario fundador del marxismo ruso y el más anciano del grupo; Pavel Axelrod, que, como Trotsky, era un judío del sur de Ucrania que repartía su tiempo entre Londres y Zúrich; y Alexander Potresov, un estrecho colaborador de Lenin desde los tiempos de San Petersburgo.

Como dejaba patente este reducido pero influyente grupo, muchos

revolucionarios eran judíos, un hecho que, al menos, algunas autoridades zaristas reconocían como mérito propio, pues las medidas antisemitas del régimen habían empujado a aquellos jóvenes a abrazar la causa revolucionaria. Nada menos que un personaje como el conde Sergei Witte, ministro zarista que era uno de los altos cargos rusos con miras más amplias, reconocía en sus memorias que los judíos adquirieron relevancia en el movimiento revolucionario debido a que «carecían de derechos, así como a los pogromos que el gobierno no solo toleraba, sino que de hecho organizaba». Además, Lenin tenía un bisabuelo materno judío que se llamaba Moshko Blank, pero es poco probable que él mismo, sus aliados o sus enemigos conocieran el dato en aquel momento.

La llegada de Trotsky a Londres resultó muy útil para Lenin. Los editores de *Iskra* estaban divididos. Como eran seis, a veces resultaba difícil conformar una mayoría. La situación desanimaba a Lenin; quería que Trotsky, con sus dotes naturales y su energía juvenil, se incorporara al consejo con la esperanza de que su socio votara a su favor cuando surgieran discrepancias. Plejanov puso obstáculos; quizá sintiera celos ante el ingreso en el grupo de un hombre más joven que él. Plejanov ya se sentía amenazado por la decidida autoridad que Lenin tenía entre los editores, y Trotsky era casi diez años más joven que este último. A Plejanov también le incomodaba que hubiera otro judío en el grupo. A los demás editores les gustaba Trotsky y querían que se incorporara. Ante las críticas de Plejanov, no apoyaron el ingreso de Trotsky en el consejo, pero sí recibían de buen grado sus artículos.

Trotsky llamó la atención con rapidez e impresionó a Lenin por ser un hombre con «unas dotes excepcionales». A petición de Lenin pronunció discursos en Londres, Bruselas, Lieja y París. Durante una visita a Francia conoció a su segunda esposa, Natalia Sedova, una estudiante de arte de la Sorbona quien se encargaba de acoger en París, buscar alojamiento e indicar cuáles eran los restaurantes baratos a los emigrados políticos como Trotsky. Este se sintió atraído por ella en cuanto la vio bajar las escaleras de su modesto hotel. Aunque nunca se divorció formalmente de Alexandra Sokolovskaya, Natalia Sedova se convirtió en la compañera de su vida y en la madre de sus dos hijos varones. Max Eastman la conoció en Moscú en la década de 1920 e imaginó que dos décadas antes era «una joven sosegada y con convicciones que tenía los ojos tristes y los pómulos un poco altos». La habían expulsado de un internado femenino por instigar a su clase a no acudir a los servicios religiosos y a leer literatura revolucionaria en lugar de la Biblia. Luego viajó a Ginebra y se unió a los activistas de *Iskra*. Según Eastman, cuando Sedova conoció a Trotsky en París ella ya había realizado al menos un viaje clandestino a Rusia para introducir literatura ilegal.

Trotsky también publicó en *Iskra* colaboraciones sobre un amplio abanico de temas. Escribió sobre el segundo centenario de la ignominiosa fortaleza de Schlüsselburg del zar Pedro el Grande, donde había estado recluido Alexander, el hermano mayor de Lenin, antes de ser ejecutado. La cárcel representaba para Trotsky

un símbolo de la corrupción y la violencia ilegítima de la autocracia. Pero aun cuando castigara al régimen, expresaba su desprecio hacia los liberales que también lo criticaban. Trotsky no tenía paciencia alguna con los pusilánimes liberales, «esa oposición legítima a un gobierno anárquico». Otro artículo trataba sobre los planes del zar para obligar a la población finlandesa a adoptar la lengua rusa. Finlandia era una provincia semiautónoma del Imperio ruso y, como es natural, defensora de su autonomía política y cultural. En un artículo, Trotsky denunciaba la expulsión de Máximo Gorki de la Academia Imperial, en otro rechazaba al recién creado Partido Socialista Revolucionario y calificaba su defensa del terrorismo como un sucedáneo inútil de organización del proletariado... la única solución para el punto muerto político en que se encontraba Rusia.

Durante los primeros meses que pasó Trotsky en Europa occidental, a principios de abril de 1903 llegaron procedentes de Rusia noticias estremecedoras de la formación de un pogromo contra los judíos de Kishinev, la capital de la provincia besarabia de Moldavia (hoy día también se conoce a esta ciudad por el nombre de Chisinau). En la ciudad de Dubasari, cuarenta kilómetros al norte de Kishinev, se había encontrado el cadáver de un niño cristiano ruso asesinado. La prensa antisemita local había construido la acusación de que los judíos habían asesinado al niño con el fin de utilizar su sangre para elaborar pan ázimo tradicional con el que celebrar la inminente festividad de la Pascua judía: el libelo de sangre que llevaba siglos asediando a las comunidades judías. Los ciudadanos enfurecidos desencadenaron una espiral de violencia en la que mataron a casi cincuenta judíos, dejaron heridos a varios centenares y saquearon y destruyeron nada menos que setecientos hogares. Durante tres días no intervinieron ni la policía ni el ejército para poner fin a la violencia, lo que causó la inevitable impresión de que el régimen había estimulado o tolerado la creación del pogromo.

El pogromo de Kishinev suscitó reacciones profundamente enfrentadas. Para el ministro del interior, Vyascheslav von Plehwe, el pogromo no significaba nada más que una advertencia contundente a los judíos del imperio para que se apartaran de la causa revolucionaria. Cuando poco más adelante, en primavera, Plehwe concedió audiencia a un grupo de judíos de Odessa, hizo caso omiso de sus peticiones de ayuda y, por el contrario, los amonestó en tono amenazador:

Decid a la juventud judía, a vuestros hijos e hijas, decid a todos vuestros intelectuales, que no deben pensar que Rusia es un organismo viejo, decadente y en desintegración; una Rusia joven y desarrollada vencerá al movimiento revolucionario. Se habla mucho del miedo de los judíos, pero no es cierto. Los judíos son lo más valiente de la población. En el oeste de Rusia, aproximadamente el 90 por ciento de los revolucionarios son judíos y en el conjunto del país, en torno al 40 por ciento. No os ocultaré que nos preocupa el movimiento revolucionario de Rusia... pero debéis saber que si no apartáis

a vuestra juventud del movimiento revolucionario, os haremos la situación insostenible hasta el extremo de que tendréis que abandonar Rusia, ¡hasta el último de vosotros!

Luego, ese mismo verano, Theodor Herzl, un periodista vienés de primera línea y fundador del sionismo moderno, viajó a San Petersburgo, donde lo recibieron tanto Plehwe como Witte. Ambos reconocían que la política zarista empujaba a los judíos a apoyar la revolución. «Si yo fuera judío, seguramente también sería enemigo del gobierno», aseguró Plehwe a Herzl. A juicio de este, el movimiento sionista era capaz de ofrecer una vía más esperanzadora a la resistencia judía y pondría fin a «la deserción hacia el socialismo».

Los socialdemócratas judíos del entorno de Lenin rechazaban los puntos de vista de Herzl y despreciaban a los autoproclamados dirigentes de los judíos rusos que consideraban que la resistencia judía al zar era un acto de autodestrucción. Martov denunció todo llamamiento que los sionistas u otros hicieran a los judíos para que se abstuvieran de participar en la política de Rusia. Para Martov, todo aquello era «deleznable propaganda sionista reaccionaria», una tentativa de aprovechar el devastador impacto del pogromo sobre las masas judías incultas, como si la indiferencia política los protegiera. Martov no suscribía en modo alguno semejante lógica. Era una fórmula nauseabunda, «una alianza con la autocracia, una alianza con los asesinos de Kishinev». Para Martov y Lenin, el sionismo y toda clase de reivindicación particularista de los judíos no servían más que para beneficiar a las autoridades zaristas reaccionarias.

Trotsky adoptó una actitud similar. Una figura de la relevancia de Chaim Weizmann, quien más adelante sería el primer presidente de Israel, se encontró con Plejanov, Lenin y Trotsky entre los grupos de estudiantes judíos rusos de Suiza. Aquellos judíos jóvenes, obligados a estudiar en Suiza a causa de las restricciones impuestas a su educación en su tierra natal, vivían angustiados por las condiciones en que vivían los judíos en Rusia. Weizmann estaba canalizando entre ellos el apoyo a la causa sionista. Pero aquellos dirigentes marxistas no vacilaron en expresarle su desprecio hacia los sentimientos nacionales judíos. Según Weizmann, «ellos no podían comprender por qué un judío ruso iba a querer ser otra cosa que un ruso. Ellos imprimieron el sello de indigno, de atraso intelectual, de chovinista e inmoral al deseo de los judíos de dedicarse a los padecimientos y el destino de los judíos».

Trotsky llevó la cuestión un paso más allá. En el verano de 1903 siguió los debates del VI Congreso Sionista de Basilea; fue en esa reunión donde los delegados rechazaron la oferta británica de entregar un territorio en África oriental (el denominado Proyecto Uganda, aunque el territorio en cuestión se encuentra en la actual Kenia) para establecer una patria judía provisional, propuesta que el propio Herzl había aceptado en un principio antes de ceder a la presión de los delegados. Trotsky escribió muy pronto una descalificación mordaz de Herzl. En un artículo

publicado en *Iskra* en enero de 1904, Trotsky lo criticaba porque lo consideraba «una figura repulsiva» y «un aventurero desvergonzado» que despilfarraba su tiempo solicitando «la ayuda de los príncipes del mundo». A juicio de Trotsky, el sionismo era «un espejismo trágico». Solo le importaba que los sionistas rusos se unieran a los socialdemócratas y no acudieran al Bund cuando se malogaran sus sueños de una patria nacional en Palestina. Plejanov también criticaba al Bund porque consideraba que eran «sionistas mareados».

Pero Trotsky no mostraba indiferencia hacia los padecimientos de los judíos. En la época del pogromo de Kishinev se encontraba en Londres inmerso en el Partido Obrero Socialdemócrata de Lenin. El pogromo le afectó en lo más profundo e hizo muchas referencias a él en sus escritos y discursos. Aquella primavera se implicó en una disputa en Kiev entre los socialdemócratas y sus rivales del Partido Socialista Revolucionario. Los socialdemócratas habían planeado celebrar una manifestación el Primero de Mayo, tan solo unas semanas después de que se produjeran los violentos sucesos de Kishinev. Pero comprendían que una manifestación así podía convertirse en una excusa para crear otro pogromo que permitiría al régimen camuflar sus políticas culpando a los izquierdistas de las medidas antijudías que tomaba. En un artículo publicado en *Iskra* en el mes de junio, Trotsky arrimaba el hombro al bando de los socialdemócratas:

Bajo la lacerante impresión de los sucesos de Kishinev, y ante el aluvión de monstruosos rumores propagados por la policía, Kiev esperaba que los pogromos coincidieran con las manifestaciones. Las autoridades se disponían a reprimir las manifestaciones con brutalidad so pretexto de acabar con el pogromo contra los judíos. Se han hecho toda clase de preparativos para formarlo. Bajo semejantes condiciones, echarse a la calle habría supuesto librar batalla contra el enemigo en el marco de las condiciones especiales creadas por él. Evitar una batalla así no significaba reconocer la derrota. Significaba reservarse el derecho de escoger un momento más favorable.

A medida que se aproximaba el verano, Trotsky trabajó codo a codo con Lenin para planificar el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata. Con *Iskra* como núcleo de su partido político, Lenin contaba con que esta reunión consolidara su concepción de adónde podía conducir el movimiento. Si bien solo llevaba nueve meses en Londres, Trotsky ya era un personaje convincente. Sus dotes de escritor y orador sobresalieron en el congreso y con posterioridad.

Hoy día se considera que el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata fue uno de los puntos de inflexión de la historia del movimiento revolucionario ruso. Se inauguró en Bruselas el 17 de julio. Pero la policía belga puso tantos obstáculos a los delegados que muy pronto levantaron el campamento rumbo a Inglaterra, donde el 29 de julio reanudaron las deliberaciones en una iglesia del norte de Londres. En el

congreso participaron cuarenta y cuatro delegados con derecho a voto y catorce con voz. Trotsky representaba a la Unión Socialdemócrata de Siberia.

El congreso tuvo que abordar enseguida varias polémicas. El primer debate serio tenía que ver con el lugar que ocupaba el Bund en el seno del movimiento socialdemócrata. El Bund era supuestamente un partido marxista. Organizaba el apoyo de los trabajadores judíos a una revolución socialista que reconocería la autonomía cultural de los judíos en el seno de sus comunidades de Polonia y el Imperio ruso. Defendía el derecho de los judíos a preservar el yiddish como lengua y, con la anhelada revolución, a ser ciudadanos libres e iguales en las sociedades democráticas y socialistas.

El éxito del Bund y su oposición a la asimilación desconcertaba a los dirigentes socialdemócratas, tanto judíos como no judíos. Lenin, concretamente, se convirtió en un adversario frontal del Bund. Tenía otra idea de cómo solventar el «problema judío». Era un defensor de la asimilación en el contexto de una revolución socialista y se oponía a brindar cualquier apoyo a la autonomía cultural o nacional porque desviaría energías del objetivo principal de derrocar al zar. Al mismo tiempo, a Lenin le ponía nervioso el éxito del Bund organizando a los trabajadores judíos. El Bund había recabado la lealtad de decenas de miles, sobre todo en Polonia y en las provincias occidentales del imperio, con lo que mermaba el apoyo a los socialdemócratas clandestinos de Lenin. Lenin creía que debía atacar al Bund en *Iskra*. Según afirmaba en los meses anteriores a la celebración del II Congreso, «solo una clase media reaccionaria judía muy interesada en hacer retroceder la rueda de la historia puede clamar contra “las actividades de asimilación”». Para Lenin, el hecho de que los judíos no residieran en un territorio concreto y propio y que muchos se negaran a hablar «yiddish como lengua del pueblo con aquellos con quienes vivían» indicaba la voluntad de renunciar a una identidad independiente. La emancipación significaba la asimilación y la salvación de los judíos, literalmente.

En 1903, el Bund se presentó en el II Congreso insistiendo en que se le permitiera representar en exclusiva a los trabajadores judíos. Sus dirigentes aceptaron ingenuamente que el congreso explorara cuál era el mejor modo de que colaboraran el grupo de *Iskra* y el Bund, respetando ambos el papel exclusivo de este último entre las masas judías. Pero Lenin tenía otra opinión. Sabía que el punto de vista del Bund no serviría más que para socavar la idea de un partido centralizado y disciplinado de revolucionarios profesionales. Si a los judíos se les otorgaba una facción propia, entonces el partido podría desintegrarse en una amalgama de grupos paralelos o incluso rivales, identificados cada uno de ellos por su origen étnico o nacional.

El II Congreso se reunió poco después del pogromo de Kishinev en un clima de angustia profunda, un ambiente aún más enrarecido por el hecho de que nada menos que veinticinco participantes eran judíos. Lenin y el grupo de *Iskra* comprendieron que era mejor que los camaradas judíos como Martov y Trotsky fueran los que expusieran los planteamientos contrarios a las demandas del Bund. Trotsky fue

singularmente directo y se puso en pie muchas veces para responder al Bund y a sus argumentos. Identificándose a sí mismo y a otros como miembros del proletariado judío^[3] (un movimiento estratégico concebido para conferir verosimilitud a sus tesis), Trotsky defendió la integridad del programa del partido y afirmó que si el Bund proseguía en esa dirección mermaría la eficacia de un partido unido y centralizado: «¿queremos aniquilar físicamente a los camaradas que pertenecen a la organización del Bund?», preguntó Trotsky en tono retórico.

¿Queremos eliminar [su] fructífera labor de desarrollo de la conciencia del proletariado judío? ¿O lo que queremos destruir del Bund es únicamente su posición especial en el partido? ¿El Bund como representante exclusivo de los intereses del proletariado judío dentro del partido y antes de su fundación... o el Bund como organización especial del partido para la agitación del proletariado judío? Así es como se debe plantear el problema. Los estatutos que se nos proponen tienen como meta [...] levantar un muro entre nosotros y el Bund [...] El congreso debe pronunciarse de forma absolutamente unánime contra ese muro.

A juicio de Trotsky, la insistencia del Bund en que solo ellos tenían derecho a organizar a los trabajadores judíos llevaba implícita la desconfianza hacia los miembros no judíos del partido, como si no se pudiera confiar en ellos por una especie de odio antisemita manifiesto. «El Bund —afirmaba Trotsky— es libre de no confiar en el partido, pero no puede esperar que el partido vote no confiar en sí mismo». Además, si el Bund autorizara semejante reivindicación separatista en el partido, ¿cuánto más insistiría en mantener un estatus independiente para los judíos del seno de las naciones en que residían?

Expresándose como un asimilacionista, Trotsky dejó claro que no auguraba futuro alguno para los judíos al margen de las comunidades en las que vivían. Si era la religión lo que mantenía unidos a los judíos, entonces el triunfo del socialismo desembocaría en la desaparición de ese tipo de vínculos. Y si se tratara de un nacionalismo artificial, como el que representaban el sionismo o el Bund, entonces Trotsky no podía por menos que denunciar ambas tendencias. Sus tesis irritaron a los delegados del Bund; desde su punto de vista, los editores de *Iskra* parecían más decididos a oponerse al sentimiento nacional judío que a combatir el antisemitismo, incluso después de la violencia atroz de Kishinev. Un dirigente del Bund denunció la «burda falta de tacto» de Trotsky. Pero no se le pudo disuadir. Trotsky apoyaba la creación de un partido disciplinado que no tolerara facciones amparadas en criterios de raza o nacionalidad. Para este siempre era mejor respaldar una reivindicación universal antes que una preocupación provinciana. Una vez que triunfó el socialismo, los prejuicios centenarios y absurdos desaparecerían inevitablemente cuando se consolidara una atmósfera de igualdad y prosperidad común. La propuesta del Bund

se rechazó por abrumadora mayoría.

Trotsky fue igualmente directo con una segunda polémica. Los socialdemócratas habían sido criticados desde hacía mucho tiempo por otros socialistas más conciliadores que adoptaban lo que se denominaba una política de economicismo. Este enfoque propugnaba asumir las angostas preocupaciones económicas de los trabajadores y no poner en cuestión el poder del Estado. En este aspecto, Trotsky también defendía el punto de vista de Lenin. La clase gobernante aceptaría reformas y concesiones para los trabajadores únicamente si se le reclamaban exigencias revolucionarias. Sus discursos fueron tan vehementes y representativos del pensamiento de Lenin que se ganó el epíteto de «garrote de Lenin». Pero mientras el grupo de *Iskra* se alineaba con Lenin empezó a aflorar una discrepancia que resultaría ser fatídica tanto para el partido como para Trotsky.

A Lenin le parecía que el consejo de redacción de *Iskra* necesitaba una reforma. Tres de sus seis editores (Axelrod, Zasulich y Potresov) no colaboraban de manera sustancial en el trabajo del periódico; lo valioso era su aportación general para el partido. Al cesarlos y quedarse él con Plejanov y Martov, Lenin confiaba en dotar al periódico de mayor eficacia y afianzar el control que tenía sobre él. Pero la propuesta suscitó una gran desconfianza porque muchos delegados sentían un profundo respeto por aquellos veteranos editores. Trotsky fue uno de aquellos a los que incomodó la maniobra de Lenin.

La discusión fue seguida muy pronto por lo que parecía ser un debate rutinario acerca de a quién se podía considerar miembro del partido. Dos propuestas, una de Lenin y otra de Martov, parecían ser más o menos equivalentes. La idea de Lenin limitaba la pertenencia al partido a los activistas que «participaran personalmente en alguna de las organizaciones del partido»; Martov tenía en mente un partido con una organización más flexible, que permitiera incorporarse a los individuos que «colaboraran personalmente» en las actividades del partido aunque no tuvieran que ser de manera necesaria miembros de una sección del mismo. Al igual que Lenin, Martov reconocía la necesidad de organizar un partido de conspiradores profesionales y disciplinados, pero también quería fundar un partido de trabajadores masivo. Era un círculo que no se podía cuadrar.

Este tipo de debates llevó al partido a la fatídica escisión entre las alas bolchevique y menchevique. Con Lenin, los bolcheviques, a quienes se llamaría muy pronto por ese nombre (y que connota el significado de «estar en la mayoría» pero, en realidad, esto no era del todo cierto en el seno de la socialdemocracia rusa), adoptaron medidas más intransigentes y, por lo general, se negaban a trabajar con aliados liberales y defendían una dictadura del proletariado en lugar de cualquier posible democracia burguesa. Los mencheviques («miembros de la minoría») acabaron adoptando políticas más conciliadoras, estaban dispuestos a colaborar con partidos liberales que se opusieran a la autocracia y mostraban mucho mayor respeto por los procedimientos democráticos y las libertades civiles.

Fue aquí donde Trotsky, después de semanas de contribuir a que Lenin cosechara victorias, empezó a distanciarse de la manera de ver las cosas de este. Lo que en un principio le había atraído, ahora le perturbaba. Aunque Trotsky siguió comprometido con la creación de un partido profesional, también empezó a interpretar las acciones de Lenin bajo una óptica diferente: creía que añadía exigencias superfluas para pertenecer al partido, lo que dificultaría la participación de los trabajadores reales. Trotsky temía que Lenin estuviera llevando la idea de un partido centralizado hasta el extremo de debilitar su utilidad y capacidad de convocatoria. Podía coincidir con Lenin en lo que se refería al Bund o a las opiniones reformistas inútiles de los economicistas. Pero cuando Lenin y Martov se vieron discrepando acerca de lo que significaba ser miembro del partido, Trotsky se aproximó al segundo y se alejó del primero. Tal vez la decepción fuera paulatina, consecuencia de numerosas discrepancias de tono menor. Pero la ruptura de Trotsky con Lenin, surgida en mitad del congreso y después de semanas de haber contribuido a consolidar la idea de Lenin de cómo debía ser el partido, rememoró cambios de actitud bruscos y similares.

De repente, Trotsky se convirtió en un crítico frontal, incluso injurioso. Como había sucedido en su anterior conversión al marxismo después de haberse opuesto a él, Trotsky tendía a adoptar posiciones que antes había rechazado, un rasgo de su personalidad que en algunos momentos marcó su vida como revolucionario. En un informe redactado tras el congreso, acusó a Lenin de ser «el desorganizador del partido», un hombre dispuesto a imponer un «estado de sitio» con «puño de hierro». Lo comparaba con Robespierre, con la diferencia de que el ruso era una parodia del francés del mismo modo que «una vulgar farsa rememora una tragedia de la historia». Su ruptura duró catorce años y solía resaltarse en polémicas encendidas en las que Trotsky, concretamente, denunciaba a Lenin en los términos más incisivos.

El congreso dejó a los socialdemócratas en una situación caótica; a Trotsky, la escisión del partido le parecía «un crimen intolerable». Al mismo tiempo, Rusia sufría unos levantamientos políticos y una violencia que no hacían más que representar más problemas para la autocracia. Las malas cosechas habían dejado a los campesinos descontentos, mientras que la incipiente clase de trabajadores urbanos se sentía abiertamente irritada porque los sindicatos, que carecían de reconocimiento, no representaban sus intereses. El régimen desdeñó los informes de tumultos. Según comentaba Plehwe, «mis policías están capacitados para abordar la situación». El *Daily Mail* de Londres informaba de que Plehwe despreciaba «la energía y el valor de la organización revolucionaria de Rusia, de la cual pensaba que se conformaba con difundir literatura y no se atrevía a recurrir a la violencia».

Plehwe pagó por su complacencia. En julio de 1904 los socialistas revolucionarios lo asesinaron en San Petersburgo. Los periódicos de toda Europa dieron una cobertura destacada al incidente. En Bruselas, *L'Indépendance Belge* no podía evitar recordar a sus lectores quién era la víctima: «El genio malvado del Imperio ruso, [...] el señor de Plehwe fue el inspirador de una política de reacción

intransigente [...] Recordemos su actitud ante la matanza de judíos en Kishinev y el escandaloso proceso subsiguiente». La opinión pública de toda Europa deploraba el crimen sin llorar a la víctima.

Mientras Trotsky seguía la evolución política de Rusia, escribió artículos y panfletos que reclamaban la atención de otros revolucionarios. En agosto publicó *Nuestras tareas políticas*, un panfleto en el que diseccionaba el enfoque de Lenin del poder con una intuición muy aguda acerca de adónde conduciría. En poco más de un centenar de páginas concienzudamente argumentadas, Trotsky atacaba a Lenin personal y políticamente, desautorizándolo con unas invectivas sin precedentes: Lenin era «horrendo», «un fiscal desaseado» y un individuo «malintencionado y moralmente penoso».

Trotsky seguía compartiendo la fe de Lenin en un partido centralizado de conspiradores revolucionarios, pero ahora veía que en el corazón de esta idea había arrogancia. Lenin no confiaba en la clase trabajadora. El movimiento estaba dominado por un intelectual insensible que creía que su «teocracia ortodoxa» podía «reemplazar» a los trabajadores para llevarlos adonde tenían que ir, tanto si aprobaban o no las intenciones del partido. Trotsky exponía una clarividente pesadilla que sepultaría al país que trataban de salvar. «Estos métodos [de Lenin] llevan [...] a la organización del partido a “sustituir” al partido; luego, al Comité Central a sustituir a la organización del partido y, finalmente, al dictador a sustituir al Comité Central». Solo corría el año 1904, pero Trotsky detectaba que la teoría bolchevique de la revolución conducía inevitablemente a una dictadura personal. Isaac Deutscher señalaba que «era la acusación más estridente que cualquier socialista hubiera esgrimido alguna vez contra Lenin». Resultaba difícil imaginar cómo iban a superar aquellos dos hombres semejante división.

La crítica que Trotsky hacía de Lenin y de los bolcheviques subrayaba su condición de marxista independiente. Habitaba en un territorio intermedio entre los bolcheviques y los mencheviques, lo que le mantenía accesible a ambos bandos y le otorgaba libertad para moldear sus propias ideas y reaccionar ante el desarrollo de los acontecimientos sin necesidad de respetar la disciplina del partido, ni a un dirigente decidido como Lenin. Los sucesos de 1905 dejaron clara la situación.

El año anterior, Japón y Rusia habían librado una guerra a causa de intereses enfrentados en el Pacífico. Japón era un imperio más pequeño y Rusia confiaba en imponerse. Pero el ejército y la marina rusos no estuvieron a la altura de la tarea. El catastrófico momento culminante de Port Arthur en 1905, cuando la flota rusa resultó destruida, marcó la humillante derrota de Rusia. Lenin había solicitado apoyo a Japón argumentando que los revolucionarios tenían que acoger de buen grado toda fuerza capaz de menoscabar la autoridad de los Romanov. (Una década más tarde volvió a hacer un llamamiento a la derrota con el estallido de la Primera Guerra Mundial). La guerra contra Japón había debilitado espectacularmente el respeto hacia la monarquía. Aun así, Lenin no estaba preparado para contemplar el drama que muy pronto se

desplegaría en San Petersburgo. Trotsky sí.

El domingo 9 de enero de 1905, una marcha pacífica de hombres, mujeres y niños encabezada por un sacerdote ortodoxo, el padre Georgi Gapon, se abrió paso hasta el Palacio de Invierno. Portaban una solicitud para el zar Nicolás II en la que le pedían respeto a los derechos humanos universales y ciertas dosis de representatividad democrática. Había quien llevaba retratos del zar, iconos o pancartas de la iglesia para dar muestras de lealtad. Sin embargo, el zar no se encontraba en palacio. Cuando la marcha se aproximaba, se ordenó a los manifestantes que se dispersaran. Pero se negaron y siguieron avanzando. Los soldados apostados ante el palacio se pusieron nerviosos; los oficiales que estaban al mando, inquietos por el número de la multitud y a falta de órdenes acerca de cómo proceder, decidieron abrir fuego. Mataron a centenares de personas. Aquel día quedó grabado en la historia con el nombre de Domingo Sangriento. De inmediato, estallaron huelgas por toda Rusia acompañadas por manifestaciones iracundas y peticiones de acabar con el zarismo.

Trotsky se encontraba en Ginebra cuando se enteró de la noticia. Jubiloso ante la perspectiva de una revolución, apenas podía contener la emoción. «Sí, ella ha llegado», escribió.

La hemos esperado. Nunca hemos dudado de ella. Durante muchos años ella fue solo una deducción de nuestra «doctrina», de la que se mofaban las nulidades de todos los matices políticos [...] Con su primera ráfaga ha alzado en vilo a la sociedad [...] Antes del 9 de enero, nuestra demanda de una república les parecía fantástica, doctrinaria y repugnante a todas las eminencias liberales. Bastó un día de revolución, bastó un enfrentamiento magnífico entre el zar y el pueblo para que la idea de monarquía constitucional se hiciera fantástica, doctrinaria y repugnante [...] El verdadero monarca había destruido la idea del monarca [...] La revolución ha llegado y ha puesto fin a nuestra infancia política.

Trotsky no podía permanecer lejos de Rusia, aun cuando fuera un fugitivo del exilio siberiano y corriera el riesgo de ser condenado de inmediato a trabajos forzados en caso de que lo descubrieran. Viajó a Viena, donde se alojó en casa de Victor Adler, quien «estaba absolutamente absorto en los asuntos rusos y conseguía dinero, pasaportes y direcciones» para emigrados políticos como Trotsky que volvían en cascada a Rusia. Adler hizo que un barbero afeitara la barba de Trotsky y le hiciera un corte de pelo distinto, puesto que «su aspecto ya se había vuelto demasiado familiar para los agentes de la policía rusa en el extranjero». Natalia Sedova regresó por delante de él para buscar un apartamento adecuado y discreto en Kiev; por las facilidades de acceso a imprentas fiables, esta ciudad era el centro de la actividad clandestina para la resistencia marxista. Trotsky se reunió con ella en febrero viajando con un pasaporte falso. Llevaba dos años y medio fuera de Rusia. Cuando

huyó era un activista poco conocido con cierta facilidad para escribir y organizar. Ahora era un personaje reconocido, seguro de su interpretación teórica y de su autoridad ante la multitud. Recurriría a todas esas cualidades en la estela de la primera revolución de Rusia.

Trotsky se quedó varias semanas en Kiev viviendo en diferentes apartamentos, poniendo a veces nerviosos a sus anfitriones con su frenética actividad. Rodeado de visitantes y montones de periódicos, enviaba cartas, artículos y proclamas a editores de dentro y fuera del país. Sus proclamas circulaban por todas partes. Mientras Lenin y Martov permanecían fuera del país enzarzados en discusiones sectarias entre bolcheviques y mencheviques, Trotsky siguió avanzando por su cuenta. La situación en el interior de Rusia era fluida. La oleada inicial de huelgas y manifestaciones atravesó sus momentos más difíciles, desalentada por arrestos y ejecuciones. Luego, en junio, un motín de marineros en el acorazado *Potemkin* conmocionó a las fuerzas armadas. El *Potemkin* era el buque de guerra más poderoso de la flota del Mar Negro. Cuando los marineros se apoderaron del barco después de fusilar o encarcelar a los oficiales, las tripulaciones de otros barcos se negaron a intervenir. Pero la tripulación del *Potemkin* no pudo conservar el mando y finalmente entregó el buque a las autoridades rumanas. (El incidente se recordó durante años y quedó inmortalizado en la célebre película de Sergei Eisenstein).

Trotsky llegó a San Petersburgo en primavera. Siguió escribiendo, mientras que Sedova fue detenida «en el bosque, en una redada hecha por los cosacos el Primero de Mayo», según recordaría más tarde Trotsky. Estuvo encarcelada unos seis meses y, a continuación, fue deportada a Tver para vivir bajo vigilancia policial. Trotsky no estaba a salvo tampoco. Atenuado por el acoso de la policía secreta, abandonó San Petersburgo rumbo a Finlandia a finales del verano.

Mientras los tumultos continuaban, el zar se vio obligado a ofrecer una negociación, una asamblea consultiva a la que se denominó Duma de Bulygin en honor de un ministro del zar, Alexander Bulygin, que había redactado la propuesta. No se elegiría mediante sufragio universal y no tendría competencia para promulgar leyes. En sus memorias, el conde Witte calificó a la Duma que se propuso como «una monstruosidad [...] Será un organismo que permitirá a quienes están en el poder decir, de hecho “siempre escucharemos lo que tengáis que decir, pero luego haremos lo que nos plazca”». Para Witte, «un parlamento al que solo se otorgue poder consultivo es una invención de unos burócratas afeminados».

La propuesta gubernamental confundió a la oposición. El historiador Pavel Miliukov, líder de los liberales, aceptó la nueva Duma e instó a sus partidarios a votar en unas elecciones inminentes. Los liberales, que se aglutinaron en torno al Partido Democrático Constitucional (conocidos como el de los Kadetes por las siglas del partido, K-D), consideraban que la Duma era el primer paso hacia una monarquía constitucional, afín al modelo de gobierno británico. Martov y los mencheviques aceptaron también la Duma en un principio. Lenin y Trotsky urgieron ambos a

boicotearla.

Trotsky formulaba una crítica mordaz y concentraba su sarcasmo en Miliukov y los liberales. Entendía que el zar Nicolás II no tenía la menor intención de instituir una reforma genuina y desconfiaba de los gestos desganados del zar y de las concesiones bienintencionadas de los liberales. Denunciaba a Miliukov por afirmar que la Duma de Bulygin significaba el paso del Rubicón hacia un gobierno constitucional. «Este tipo de cosas, profesor —escribía Trotsky—, no se consiguen nunca firmando un pergamino; se producen en las calles y se obtienen con la lucha [...] Usted tiene miedo de romper con la Duma, porque para usted este espejismo constitucional parece auténtico en el desierto árido y yermo por el que transita el liberalismo ruso». Los liberales querían reformar el sistema; Trotsky pretendía derrocarlo. Desde su punto de vista, ningún proceso de cambio revolucionario podía suministrar la suficiente justicia social para satisfacer un sueño utópico.

En agosto, un decreto otorgó libertad de reunión a los estudiantes en los campus. Aunque el gobierno confiaba en que la medida aplacaría a los jóvenes exaltados, tuvo el efecto contrario, porque permitió que los partidos revolucionarios celebraran concentraciones y encendieran aún más sus pasiones. La fracasada guerra contra Japón, que concluyó con el Tratado de Portsmouth el día 5 de septiembre (el conde Witte representó a Rusia en una conferencia de paz celebrada en New Hampshire y liderada por el presidente Theodore Roosevelt), causó una decepción profunda en el zar. Como señalaba Trotsky en febrero de 1940 mientras en Europa se libraba una batalla más amplia, «la guerra no comienza con la revolución, sino que termina con ella».

Witte regresó a Rusia ese mes de septiembre. Quedó consternado por lo que encontró. Las provincias bálticas estaban sometidas a la ley marcial. Los distritos del Cáucaso vivían una rebelión declarada. Los judíos de Odessa, donde eran mayoría, «decidieron utilizar medios revolucionarios para librarse de sus problemas». Los campesinos estaban enfadados porque todavía no poseían tierras. Los soldados estaban inquietos porque los culpaban «de nuestras desgraciadas derrotas». Como señaló Witte, «la revolución estaba empezando a estallar a plena luz del día, con un gobierno incapaz de actuar y que, en algunos sitios, se desmoronaba y perdía autoridad [...] En pocas palabras, se pedía que acabara el régimen». La situación alcanzó un punto crítico en el mes de octubre, cuando una huelga de impresores se propagó por todo el país e implicó enseguida a los trabajadores del sector ferroviario y otros.

Trotsky, todavía en Finlandia, siguió los acontecimientos leyendo periódicos de San Petersburgo. «Los iba desdoblado, uno tras otro —rememoraba en *Mi vida*—. Y era como si un furioso huracán se precipitase al cuarto por la ventana abierta. [...] La revolución navegaba ya con las velas desplegadas». Pagó la factura del hotel y, esa misma noche, «dirigía la palabra a las masas desde la tribuna del Instituto Politécnico». El nombre de Trotsky dejaría de ser conocido únicamente entre los

lectores de los panfletos y proclamas clandestinas. Estaba ascendiendo al escenario de la historia.

Lenin permaneció fuera del país, atemorizado por su seguridad y sin tener claro cómo proceder. Estaba aguardando su momento. Trotsky no tenía tantos reparos. Cuando regresó a San Petersburgo encontró un país efervescente de rebeldía. La huelga general había paralizado Rusia y los trabajadores, inspirados por la idea de elegir a su propio organismo representativo (al que acabó conociéndose como el Soviet o Consejo de Diputados de Obreros), querían algo más que mejorar las condiciones laborales. Aspiraban a una reforma política a gran escala.

El Soviet era una institución democrática genuina. Sus centenares de diputados representaban a unos 200 000 trabajadores, aproximadamente la mitad de la fuerza de trabajo de San Petersburgo. Tanto los mencheviques como los socialistas revolucionarios enviaron a sus representantes y apoyaron el trabajo del Soviet. Trotsky, de hecho, apareció por primera vez en el Soviet como representante de los mencheviques. Los bolcheviques también estaban representados, pero mostraban la arrogancia de instar al Soviet a aprovecharse de su liderazgo; la idea no prosperó.

Ante la huelga de una clase trabajadora decidida, el zar dio un paso atrás y el 17 de octubre emitió el famoso Manifiesto de Octubre. Redactado por Witte, el texto dio un vuelco a la vida política. Según el documento, Rusia contaría en breve con un auténtico parlamento, mientras que el gobierno prometía por su honor conceder libertades individuales, libertades civiles y sufragio universal. Si el zar y sus ministros esperaban que las concesiones aliviaran la situación, enseguida quedaron curados de su ingenuidad. El Soviet reconoció con rapidez la autoridad de Trotsky y lo nombró vicepresidente. Aunque el presidente era un abogado joven y desconocido llamado Georgi Krustalev-Nosar, Trotsky fue el elemento decisivo para la capacidad de convocatoria del Soviet. Redactaba los manifiestos, editaba su boletín y era el orador más prestigioso de la ciudad. Hubo un momento en que era editor y escribía para tres periódicos diferentes.

Lenin, por el contrario, estaba anclado en Europa y todavía no se había enfrentado a una multitud de verdad. Los bolcheviques de la capital (y Lenin, en Europa) seguían mostrando cautela ante el Soviet, temiendo que «una organización electa no partidista [rivalizara] con el partido». Trotsky no lo veía igual. Para él, el Soviet podía ser algo más que un vehículo para promover los derechos de los trabajadores o reclamar reformas radicales; se podía convertir en un gobierno en la sombra, una alternativa a la autoridad misma, al menos en la capital.

Encabezado por Trotsky, el Soviet también reconocía la necesidad de defender a los judíos de los pogromos. En respuesta a la oleada de huelgas, el gobierno había fomentado los pogromos por todo la Zona de Asentamiento liderados por las Centurias Negras, un movimiento reaccionario extremista nacido con el arranque del siglo xx para apoyar al zar, realizar propaganda violenta y llevar a cabo ataques criminales contra revolucionarios y judíos. ¿Qué mejor modo de diversificar las

energías y la furia de la población? La escalada de violencia carecía de precedentes. En menos de dos semanas, inmediatamente después del Manifiesto de Octubre, se declararon pogromos en casi setecientas comunidades. En un solo día fueron asesinados en Odessa ochocientos judíos. Los ataques, que se prolongaron hasta septiembre de 1906, acabaron con la vida de algo más de tres mil judíos.

Para Trotsky, el zar era un «verdugo infatigable». En realidad, Nicolás II creía que «nueve de cada diez alborotadores son judíos», según le contó a su madre en una carta ese mismo otoño. En octubre, el Soviet tuvo conocimiento de los planes de iniciar un pogromo en la propia capital coincidiendo con un funeral en honor de los mártires caídos del Soviet. Trotsky percibía la vulnerabilidad del Soviet (y la probabilidad de que se desencadenara una violencia atroz) e instó a sus colegas a suspender el funeral. Aceptaron a regañadientes. Al mismo tiempo, decidido a no dar ni un paso atrás, organizaron grupos armados para defender a los grupos de judíos que vivían en San Petersburgo. Según ciertas fuentes, nada menos que doce mil hombres, armados con revólveres, garrotes o barras metálicas, se movilizaron para combatir a las Centurias Negras en caso de que intentaran imponer un pogromo: la decisión impidió con eficacia los ataques del régimen.^[4]

La huelga general ya había terminado pero, animado por Trotsky, el Soviet hizo públicas nuevas demandas: que el gobierno declarara una amnistía general para los presos políticos, eliminara los destacamentos militares de San Petersburgo, autorizara la creación de una milicia popular y reconociera la jornada laboral de ocho horas. Una vez más, el zar dio un paso atrás prometiendo una amnistía política con la esperanza de que una concesión más garantizara su autoridad. Solo entonces Lenin se sintió seguro para regresar a Rusia.

En el mes de noviembre, de regreso en la capital, Lenin comprendió que los bolcheviques tenían que aceptar el Soviet y encontrar un modo de trabajar con él. Y cuando vio el liderazgo pujante de Trotsky, Lenin fue lo bastante noble como para reconocer su supremacía. «Trotsky la ha obtenido gracias a su incansable y sorprendente trabajo», dijo a un colega. Una vez garantizada la libertad individual, los revolucionarios como Trotsky hablaban ante grandes multitudes mientras que la policía, obligada a respetar la promesa del zar, se mantenía al margen con impotencia. La prensa opositora proliferó. Como líder del Soviet de San Petersburgo, Trotsky encabezó la toma de un pequeño periódico, *Russkaya Gazeta* (Gaceta rusa). «En el transcurso de pocos días —recordaba—, el número de ejemplares vendidos subió de treinta a cien mil. Al cabo de un mes, los pedidos ascendían a medio millón». Pero el periódico bolchevique *Novaya Zhizn* (Vida nueva) y el menchevique *Nachalo* (Comienzo) gozaban de una difusión de más de cincuenta mil ejemplares y su publicación recibía el apoyo de acaudalados hombres de negocios que aceptaban la cruda realidad de que tal vez Rusia no volvería a vivir como antes.

El Soviet desafió al zar y parecía poner en peligro su trono. (Max Eastman, que durante algún tiempo promocionó la imagen de Trotsky en Occidente, escribió en

torno a 1905 que Trotsky «esgrimió de hecho durante algunos días una autoridad en Rusia que sobrepasaba a la del zar». Era una burda exageración). El Soviet conservó su posición cincuenta y dos días. El conde Witte, que ahora ocupaba el cargo de primer ministro del zar, esperó con paciencia a que los trabajadores y sus aliados perdieran su determinación. Empezó a reinstaurar la censura. Los llamamientos a convocar otra huelga general recibieron una respuesta muy débil. Las unidades del ejército dejaron de prestar atención a las proclamas revolucionarias. El día 3 de diciembre, Witte ordenó a los soldados que cercaran el Soviet. Trotsky, en un acto de clarividencia política y moral, gritó a sus seguidores que no opusieran resistencia, sino que descargaran los revólveres en lugar de entregarlos. Él y otros líderes quedaron bajo custodia policial.

Pero la revolución todavía no había concluido. El Soviet de Moscú, fundado en octubre, seguía decidido a resistir. Acompañados de estudiantes universitarios y de secundaria, los trabajadores rebeldes alzaron barricadas en las calles. Su acto de rebeldía se prolongó diez días antes de que el zar enviara unidades militares leales. Provistos de armamento pesado, mataron a más de un millar de personas, incluidos presos y civiles desarmados.

Cuando Trotsky volvió la vista sobre la revolución de 1905 consideró que fue un «ensayo general» repleto de enseñanzas nefastas que le sirvieron de mucho en 1917. A su juicio, «no había sido el movimiento de oposición de la burguesía liberal, ni el levantamiento elemental de los campesinos, ni los actos de terrorismo de los intelectuales, sino la huelga obrera, la que, por vez primera en la historia, había conseguido que el zarismo hincase la rodilla». Sus reivindicaciones e intuiciones teóricas como marxista quedaron confirmadas. Sería el proletariado el que tendría que tomar el poder; serían los trabajadores quienes tendrían que asumir el destino de Rusia.

Trotsky fue retenido unos diez meses en espera de juicio junto con otros dirigentes del Soviet en las célebres cárceles de San Petersburgo; primero en Kresty y, luego, en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, junto a la ribera del Neva. Él y sus camaradas fueron tratados con bastante deferencia. Las puertas de sus celdas no se cerraban con llave y les permitían leer libros enviados desde el exterior de la cárcel, así como reunirse e, incluso, discutir sobre los retos políticos que se les avecinaban. En esos meses nació su primer hijo, Lev.

Trotsky adquirió muy pronto una rutina productiva. Como hablaba alemán y francés con fluidez, dedicaba varias horas al día a leer literatura seria. Disfrutaba de su tiempo libre. «Tendido en el camastro, devoraba sus obras [de los clásicos de la literatura europea] con ese sentimiento físico de voluptuosidad con que los gourmets paladean un trago de buen vino o dan caladas a un buen cigarro». También escribió mucho. Hubo una obra en concreto que produjo ecos durante el resto de su vida.

Los bolcheviques y los mencheviques, que en 1905 se habían aproximado más en respuesta a los tumultos de Rusia, fraguaron el consenso de que las revoluciones

debían seguir una pauta determinada. Las sociedades feudales vivirían la industrialización, que alumbraría una clase media urbana. Esa clase tomaría el poder (la denominada revolución burguesa) e instituiría una democracia parlamentaria, que ampararía elecciones libres y libertades civiles. Pero la inevitable explotación del proletariado urbano volvería al capitalismo vulnerable ante la revolución. En sintonía con esta interpretación de Marx, un país como Alemania, agraciado con una clase trabajadora muy amplia y políticamente audaz, sería el primero en protagonizar una revolución proletaria. (En términos marxistas, la clase trabajadora de Alemania era más madura y estaba más evolucionada que las demás). Pero los marxistas rusos afrontaban un dilema desconcertante. El capitalismo estaba relativamente subdesarrollado en Rusia y el país todavía tenía que vivir su revolución burguesa. El zar permanecía en el trono ejerciendo una autoridad no cuestionada, mientras que la clase media rusa todavía era débil e indecisa. A juicio de Trotsky, fueron los trabajadores quienes casi derrocaron al zar en 1905. Pero su iniciativa revolucionaria había debilitado los principios marxistas clásicos.

Trotsky quería entender cómo se podía desarrollar una revolución marxista en una sociedad atrasada. Sopesando el dilema concibió dos teorías famosas: la del desarrollo desigual y combinado y la de la revolución permanente. En realidad, ya había empezado a desarrollarlas en 1904, cuando en Zúrich se descubrió dedicando tiempo al asunto con otro revolucionario llamado Alexander Helfan, o Parvus, que era su seudónimo en el partido. Pero fue en 1906, cuando Trotsky leía y escribía todo el día en la cárcel de San Petersburgo, cuando formuló de forma sistemática sus teorías en una recopilación de ensayos titulada *1905: Resultados y perspectivas*, también conocida como *Resultados y perspectivas: Las fuerzas motrices de la revolución*.

Según Trotsky, solo una lectura superficial de Marx obligaba a pensar que una revolución proletaria no podía triunfar más que en un país con un sistema capitalista muy desarrollado y una clase media fuerte, como en Alemania. Trotsky sostenía que el atraso relativo de Rusia, y sobre todo su falta de clase media y la ausencia de capital, podían fortalecer las expectativas de revolución, hacerla incluso más probable, cuando no inevitable. En Rusia ya estaba naciendo un proletariado urbano sin que se hubiera desarrollado un sistema capitalista con todas las de la ley. Si el proletariado acumulaba poder en Rusia, podía completar el proceso de modernización reservado de ordinario para la burguesía, un proceso de desarrollo capitalista que había caracterizado a los países de Europa occidental. En este sentido, Trotsky trataba de analizar las perspectivas que había para la revolución en Rusia en el seno de un conjunto de categorías marxistas, tal como él las entendía, en lugar de tratar de aplicar los principios marxistas de un modo mecánico.

En Rusia, la revolución se podía producir al mismo tiempo tanto en el seno de la burguesía como del proletariado, saltándose de hecho la fase burguesa. Los trabajadores tomarían el poder y, a continuación, instaurarían una dictadura del

proletariado. Con el poder afianzado en sus manos, este nuevo gobierno de los trabajadores y para los trabajadores estaría aislado en un primer momento y tendría que soportar la ira de los países capitalistas. La idea de la revolución permanente de Trotsky significaba que el socialismo no podía triunfar en un país, y menos en uno como Rusia, cuyo desarrollo económico iba tan rezagado con respecto al de otros países más avanzados. Para conservar el poder, el gobierno de los trabajadores rusos tendría que animar otras revoluciones en países europeos más desarrollados económicamente, que entonces acudirían en su ayuda. La teoría de la revolución permanente confirió al nombre de Trotsky un atractivo especial. Suscitó un debate y una polémica interminables en los círculos socialdemócratas y contribuyó a alejarlo de Lenin.

Pero desde la prisión, Trotsky tenía algo más que hacer que explorar la literatura europea y elaborar una nueva teoría de la revolución. Todos los acusados tenían que prepararse para la comparecencia ante un tribunal zarista. Los dirigentes mencheviques que seguían en libertad, encabezados por Yuli Martov, querían que se defendieran desde el marco del Manifiesto de Octubre: el zar había concedido libertades civiles y sus actos como dirigentes del Soviet no quebrantaban ni la letra ni el espíritu del manifiesto. Era el zar quien había quebrantado la ley al detenerlos. Pero Trotsky no podía aceptar el punto de vista de Martov: supondría negar que el Soviet estaba dispuesto a tomar el poder mediante una insurrección armada y legitimaría el régimen zarista. Trotsky no tenía interés en defenderse en el sentido ordinario. Pretendía apelar a una autoridad superior: las masas revolucionarias. Quería someter a juicio al régimen. Lenin y los bolcheviques apoyaban su intención de enfrentarse al tribunal. Su camarada desde hacía tantos años, Grigori Ziv, que también estaba encarcelado en San Petersburgo, recordaba posteriormente que Trotsky estaba «desbordante de calurosa simpatía hacia los bolcheviques, a quienes era espiritualmente afín, y mostraba hacia los mencheviques una antipatía difícilmente refrenable». Juntos, en la cárcel, los acusados elaboraron una estrategia legal común que asignaba a Trotsky la tarea de exponer los preparativos políticos para un levantamiento armado.

El juicio dio comienzo el 19 de septiembre de 1906. Bajo los cargos de tramar una insurrección armada, los acusados comparecieron ante un tribunal civil, en lugar de militar. La diferencia no era baladí; según la legislación rusa, no podían ser condenados a la pena de muerte. Los padres de Trotsky estuvieron presentes en la sala. Angustiados por el futuro de su hijo, su madre parecía confundida por el procedimiento. Su padre, más consciente de la talla y la elocuencia de aquel, estaba sentado «pálido, silencioso, contento y descorazonado a un tiempo mismo», según rememoraba el propio Trotsky.

El juicio no se desarrolló como pretendía el régimen. Preocupado por la popularidad de los acusados en la capital, el gobierno «convirtió el edificio del juzgado y las calles adyacentes [...] en un campamento militar». Pero el público no

se dejó intimidar y acudió masivamente a la sala del tribunal con flores y otros regalos para los acusados. La defensa se componía de cuarenta abogados. Según escribió Trotsky, prestaron testimonio más de doscientos testigos, entre los que había «obreros, fabricantes, gendarmes, ingenieros, recaderos, buenos burgueses, periodistas, empleados de Correos y Telégrafos, comisarios y agentes de policía, estudiantes de bachillerato, diputados de la Duma municipal, porteros, senadores, vagabundos, diputados obreros, profesores y soldados». Todos fueron sometidos a contrainterrogatorios, sobre todo por los acusados, quienes no tenían nada que ocultar y estaban deseando detallar la labor del Soviet.

Trotsky subió al estrado el día 4 de octubre. Su testimonio representó el momento culminante del juicio. Sin dejarse intimidar por el consejo de su defensor, Trotsky habló explícitamente de dos de las cuestiones más difusas que sobrevolaban la mente de todos: la cuestión de la insurrección armada por parte del Soviet y la utilización de los pogromos por parte del gobierno. No escatimó palabras.

¿Se consideró el Soviet [...] justificado al usar la fuerza y las medidas represivas en ciertos casos? A esta pregunta, planteada en tal forma general, mi respuesta es: Sí [...] En las condiciones creadas por una huelga general política, cuya esencia era la paralización del mecanismo del gobierno, la vieja fuerza gubernamental que ya había sobrevivido tanto tiempo, y contra la cual iba dirigida la huelga política, demostró ser completamente incapaz de hacer algo. Ni siquiera con los bárbaros recursos de que solo ella disponía estaba en condiciones de mantener y reglamentar el orden público. Mientras tanto, la huelga había sacado a centenares de miles de obreros de las fábricas a la calle y los había despertado a la vida política pública. ¿Quién debía hacerse cargo de la dirección de esas masas, quién podía llevar la disciplina a sus filas? ¿Cuál de los órganos del viejo poder gubernamental? ¿La policía? ¿La gendarmería? [...] Yo encuentro una sola respuesta: Nadie, excepto el Consejo de Diputados de Obreros.

El discurso de Trotsky, valiente e intuitivo, hacía gala de una fe absoluta en el cambio revolucionario. Pero no terminó ahí. A continuación pasó a ocuparse de los pogromos. En la trayectoria de Trotsky son relativamente pocas las ocasiones en las que habló públicamente de la violencia contra sus compañeros judíos. Él no consideraba que su origen judío fuera un elemento identitario fundamental y rechazaba la idea de que el padecimiento de los judíos fuera una de las razones para justificar su odio al régimen zarista. Pero detestaba los pogromos y entendía que el gobierno ruso los había alentado, tanto para castigar a familias judías inocentes por la actividad revolucionaria de otros judíos como para distraer la atención de sus seguidores de las auténticas causas de los disturbios del país. Trotsky nunca toleró los ataques físicos contra los judíos y solía intervenir para denunciar ese tipo de violencia

y organizar alguna defensa. «No tenemos duda de que, tras la fachada de las Centurias Negras, se hallaba el poderoso puño de la camarilla gobernante», declaró ante el tribunal.

Lo que tenemos no es una fuerza gubernamental nacional, sino un autómeta para el asesinato en masa. No puedo encontrar otro nombre para el aparato de gobierno que destroza la carne viva de nuestro pueblo. Y si me dicen ustedes que los pogromos, los incendios premeditados, la violencia, [...] si me dicen ustedes que todo lo que ha sucedido en Tver, Rostov, Kursk, Siedlce [...] si me dicen que Kishinev, Odessa o Bielostok representan la forma de gobierno del Imperio ruso, entonces, sí, entonces yo reconozco junto con el Ministerio Público que en octubre y noviembre nosotros nos armábamos contra la forma de gobierno del Imperio ruso.

Ningún revolucionario no judío practicante se había enfrentado jamás a las autoridades zaristas con unas palabras tan enconadas contra su animadversión violenta y antisemita.

En lo que representa una ironía exquisita, el tribunal tuvo que lidiar enseguida con la incontrovertible prueba de la complicidad del régimen con los pogromos. Un antiguo jefe de la policía de San Petersburgo escribió dos cartas al abogado defensor de Trotsky ofreciéndose a testificar y a suministrar pruebas fehacientes de la participación del gobierno en los pogromos. Según Lopukhin, la policía secreta del zar, la Ojrana, había impreso panfletos en los que reivindicaba el inicio de pogromos por todo el imperio. Lopukhin también se ofrecía a dar testimonio de que solo las acciones del Soviet habían impedido un pogromo en octubre de 1905, la andanada que el propio Trotsky y sus colegas habían conseguido impedir. El tribunal se negó a autorizar que Lopukhin testificara e impidió que sus pruebas se incorporaran al proceso; reconocerlas habría supuesto una acusación devastadora para el propio régimen, cosa que los jueces no iban a permitir. Ante la rotunda negativa, los acusados abandonaron la sala y boicotearon lo que quedaba del proceso. El veredicto de culpabilidad se pronunció ante una sala prácticamente vacía el día 2 de noviembre. Aunque los acusados quedaron absueltos de la acusación principal, la de insurrección, fueron declarados culpables de otros muchos delitos y, a continuación, condenados en rebeldía al exilio perpetuo en Siberia.

Tan solo dos meses después, el convoy de prisioneros, algunos de los cuales iban acompañados de sus esposas e hijos, fue llevado a toda prisa a la estación de ferrocarril e introducido en un tren con destino al este. Cuando atravesaron los Urales llegaron a Tiumén, donde fueron trasladados a otro convoy de cuarenta trineos tirados por caballos y llevados a Tobolsk. Solo cuando llegaron allí les dijeron cuál era su destino: la colonia penitenciaria de Obdorsk, una localidad remota situada junto al Círculo Polar Ártico, a casi mil seiscientos kilómetros de la estación de ferrocarril

más próxima. Trotsky comprendió entonces que cuanto más lejos fueran, más difícil les sería fugarse. «Todos los días descendemos un escalón más en el reino del frío y la barbarie», escribió en un cuaderno de notas. No estaba seguro de qué hacer. Envió instrucciones a su esposa pidiéndole que le mandara libros y asegurándole que, con su millar de habitantes, Obdorsk les brindaría un espacio en el que vivir juntos con su bebé.

Pero sus destinos cambiaron cuando el convoy llegó a la pequeña ciudad de Berezov. Como podía caminar por los alrededores, Trotsky conoció a otro exiliado político, un médico que le indicó que podía evitar proseguir viaje hacia el norte si fingía padecer ciática. La policía lo pondría bajo vigilancia en un hospital pero, a partir de ese momento, si tenía un poco de suerte, podría encontrar a algún campesino que le ayudara a huir. Al cabo de pocos días, Trotsky eludió a la policía local y partió envuelto en cálidas pieles en un trineo tirado por un reno y conducido por un guía audaz pero siempre borracho. Trotsky acabó adorando y admirando al reno. «Yo sentía por estas bestias el cariño que debe de sentir el piloto por el motor del aeroplano cuando vuela a unos cientos de metros sobre el océano», escribió en sus memorias.

Necesitaron una semana para atravesar cientos de kilómetros de tundra, en lo más crudo del invierno y sin apenas nada para comer. Calentaban nieve para obtener agua, se sentaban sobre la nieve y bebían té. Trotsky llevaba unas cuantas botellas de licor pensando que podrían servirle para intercambiarlas por comida u otros artículos básicos. Finalmente llegaron a un pequeño asentamiento de los Urales donde había una estación de ferrocarril desde la que pudo llegar a Perm. Desde allí se dirigió a San Petersburgo y a reunirse con su esposa y su hijo. Asomándose a la plataforma del tren, desde donde podía sentir el viento sobre la cara, Trotsky experimentó de repente el sentimiento profundo de la liberación, momento en que «mi pecho dejó escapar, involuntariamente, un grito de alegría y de libertad». Cuando llegó a San Petersburgo se quedó tan solo unos pocos días, pues era consciente de que la policía le seguiría la pista de inmediato. Él y su familia partieron hacia Finlandia, a donde se habían dirigido los emigrados políticos después del fracaso de la revolución de 1905. Tanto Lenin como Martov aguardaban en Helsinki para recibirlo. Lenin, Martov y Trotsky no regresaron a Rusia hasta la primavera de 1917. En ese momento, el zar Nicolás II ya no estaba en el trono y Lenin y Trotsky culminarían la revolución.

3

UN MARXISTA INDEPENDIENTE

Si bien la revolución de 1905 obligó al zar a realizar concesiones sustanciales, las reformas fueron retiradas enseguida cuando la autocracia recuperó el control del país y afirmó de manera implacable un renacimiento de su fuerza. En junio de 1907, el zar Nicolás II había disuelto la Segunda Duma, detenido y enviado a Siberia a representantes bolcheviques (tanto Lenin como Trotsky habían modificado sus estrategias y apoyado la idea de que los socialdemócratas defendieran la Segunda Duma, pensando que la medida resultaría valiosa para difundir sus ideas). El régimen también persiguió a varios millares de revolucionarios potenciales y los ejecutó tras someterlos a juicio sumarísimo.

Trotsky estaba a salvo en Europa, aclamado como el legendario jefe del Soviet de San Petersburgo que había retado al zar en las calles y en el tribunal de justicia. Llegó a Londres a finales de abril de 1907 para asistir al V Congreso del Partido. Allí acudieron infinidad de figuras importantes. El escritor Máximo Gorki buscó a Trotsky y se ocupó de elogiar sus panfletos políticos. Este discutió la teoría revolucionaria con la militante alemana Rosa Luxemburgo, que compartía buena parte de sus puntos de vista. Años después, en 1919, cuando murió brutalmente a manos de los reaccionarios alemanes, Trotsky la recordó con auténtica ternura: «Era una mujer pequeña, delicada y casi enfermiza, con rasgos de gran nobleza en la cara y unos ojos magníficos, por los que rebosaba el espíritu; esta mujer se imponía por la fuerza de su carácter y la audacia de sus pensamientos».

Ante semejante situación, el partido parecía desbordante de posibilidades variables. En un salón parroquial se agolparon trescientos cincuenta delegados, una cifra diez veces superior a los que habían asistido cinco años antes en Londres. En su última reunión como partido unificado, los bolcheviques y los mencheviques discutieron acerca de cuál era el mejor modo de participar en la Segunda Duma y sobre el papel de los campesinos y el liberalismo ruso en la lucha contra la autocracia.

Trotsky también prosiguió con su disputa con Lenin, el cual confiaba en devolverlo al redil. Hubo momentos en que sus opiniones coincidían; por ejemplo, Lenin acogió de buen grado la declaración de Trotsky sobre la necesidad de organizar tanto a los trabajadores como a los campesinos. Pero este último seguía conservando su propia opinión, ansioso por favorecer la reconciliación entre bolcheviques y

mencheviques, aun cuando se sintiera más alineado con estos últimos que con Lenin.

Al igual que Martov, Trotsky se sumó a las críticas de las «expropiaciones» bolcheviques, los atracos a bancos en el Cáucaso que muchos sospechaban que Lenin había apoyado para garantizar los fondos necesarios para las actividades del partido. Iósif Stalin también estaba presente en el congreso.^[5] Atendió a los debates pero no emitió opinión alguna, aun cuando estuvo muy involucrado en las «expropiaciones»; el congreso insistió en que Lenin pusiera fin a los asaltos a los bancos. Trotsky no se encontró con Lenin, ni siquiera reparó en él; pero Stalin sí se fijó en Trotsky. Poco después, en un informe sobre el congreso, aludió a la «hermosa inutilidad» de Trotsky, como si fuera poco más que un charlatán sobrevalorado. Lo cierto era que bolcheviques y mencheviques, por igual, se enfrentaban a un periodo de reacción desalentador durante el cual se distanciaron aún más. Pasó una década antes de que la Primera Guerra Mundial abriera las puertas a la revolución.

Respaldado por el congreso, Trotsky tenía que encontrar un lugar para sí mismo y su familia, tanto en el movimiento revolucionario como en la sociedad europea. Quería vivir en Berlín, donde pudiera observar de cerca al partido marxista más fuerte de Europa, el de los socialdemócratas alemanes. Pero la policía le dejó claro que no era bienvenido. En otoño de 1907, él, Sedova y su hijo Lev se habían establecido en Viena. Recurrió a su ingenio y a su pluma para ganarse la vida. Escribió para periódicos socialistas de Europa, para el bolchevique *Proletary* (Proletario) y para el menchevique *Luch* (Rayo), cuya distribución estaba autorizada en Rusia. También envió colaboraciones a un periódico pequeño de Odessa dirigido por un pariente de su madre, Moisey Shpentzer. Pero obtenía la mayor parte de sus ingresos como corresponsal en Viena del liberal *Kievskaya Mysl* (El pensamiento de Kiev), que contaba por todo el sur de Rusia con un número de lectores abundante y entusiasta. «Yo enviaba al periódico artículos sobre los temas más diversos, y a veces los más arriesgados, desde el punto de vista del censor. [...] En un periódico imparcial y legal como aquel, no podía decir, naturalmente, cuanto se me antojaba. Pero nunca escribí nada que no quisiera decir», recordaba Trotsky en *Mi vida*.

Trotsky tuvo la oportunidad de conocer a la flor y nata del radicalismo europeo: August Bebel, de Alemania, que antaño se había enfrentado a Otto von Bismarck, el imponente canciller de Alemania; Jean Jaurès, el célebre dirigente socialista de Francia; y Karl Kautsky, una figura venerada por los marxistas de Austria y de toda Europa. Trotsky también trabajó estrechamente con Adolph Yoffe, un camarada revolucionario de origen caraíta, nacido y criado en San Petersburgo.^[6] Yoffe padecía crisis nerviosas y buscó la ayuda de Alfred Adler, uno de los colegas de disciplina de Freud. Adler fue uno de los fundadores del movimiento psicoanalítico y había acuñado el concepto de complejo de inferioridad. Trotsky conoció también a Adler y se sintió desconcertado por las teorías de Freud. Trotsky jamás dejó de sentir fascinación por Freud y, posteriormente, no dudó en animar a sus compañeros bolcheviques a estudiar a Freud y reflexionar en qué aspectos el marxismo y el

psicoanálisis podían tener más en común de lo que los marxistas, concretamente, se interesaban en reconocer.

A medida que las perspectivas de revolución en Rusia se fueron desvaneciendo, Trotsky forjó una vida para sí mismo y su familia que era mucho más amplia que la existencia reconcentrada e introspectiva de sus compañeros revolucionarios. Leyó muchísima literatura europea, visitó museos y viajó por todo el continente para intervenir en conferencias socialistas. En 1908, él y su esposa tuvieron un segundo hijo, Sergei. Cuando los niños crecieron lo bastante para ingresar en la escuela pública en Viena, las normas imponían recibir educación religiosa en el credo de los progenitores. Trotsky era de origen judío y Sedova, ortodoxa rusa. Ambos eran ateos declarados y les habría encantado ignorar las normas escolares. Pero no tuvieron otra elección y decidieron escoger la fe luterana, que era corriente entre los judíos que se convertían en Rusia y Europa oriental. Según escribió Trotsky, «por entender que era la religión que mejor podían soportar las espaldas y el alma de un niño».

Al cabo de un año, Trotsky dirigía su propio periódico. Se llamaba *Pravda* (Verdad) y había sido fundado en 1905 por un pequeño grupo menchevique de Ucrania. Trotsky asumió la dirección del periódico en 1908. Su trabajo en *Pravda* significaba algo más que editar y escribir. Había que introducir clandestinamente el periódico en Rusia y Trotsky, con la colaboración de sus ayudantes, pegaba ejemplares en el interior de tubos de cartón con los que, después, enviaba láminas de arte para introducirlos en Rusia sin que los descubrieran en el correo. También trabó amistad con los marineros rusos que ayudaban a introducir los ejemplares clandestinos por el Mar Negro. Escaso de fondos, convenció a otros socialistas para que apoyaran la iniciativa y a menudo recurrió a la buena disposición de su esposa para empeñar objetos de valor de la familia. En ocasiones vendió libros de su biblioteca para obtener dinero extra.

Pravda se fue creando su público y atrapó a los lectores de dentro y fuera de Rusia. Con esa base, Trotsky intentó unificar las dos alas del movimiento socialdemócrata. Pero ni los bolcheviques ni los mencheviques se entusiasmaron con su actitud. Lenin habría recibido de buen grado la unidad, pero solo si se respetaban sus condiciones. No le interesaba negociar para llegar a un acuerdo con los mencheviques; quería que capitularan. Reaccionó con indiferencia a los intentos de reconciliación de Trotsky. Y por lo que se refiere a los mencheviques, sabían que Trotsky normalmente se alineaba con ellos y solo se preguntaban por qué tenía tanto interés en promover una unidad tan desafortunada.

Los continuos llamamientos de Trotsky a la unidad tenían cierto aire de idealismo ingenuo. Comprendía las diferencias ideológicas entre bolcheviques y mencheviques. Pero en una época de renacer del zarismo, Trotsky quería que bolcheviques y mencheviques reforzaran mutuamente su eficacia en lugar de disipar su energía conjunta en discusiones y polémicas inútiles. Entre tanto, sus afanes no llevaban a ninguna parte y delataban cierta incapacidad para reconocer la realidad política.

Velando por su posición como marxista independiente, estableció una pauta que años después contribuiría a causarle la ruina. Orgullosa, decidido y contento de defenderlo en solitario, no fomentó la creación de un grupo de partidarios en ninguna de las alas del partido.

En la primavera de 1912 *Pravda* tenía tanto predicamento entre los socialdemócratas que Lenin se apropió del nombre de la cabecera para su propio diario y delegó en Iósif Stalin, que entonces vivía en San Petersburgo, para que lo publicara allí. Trotsky protestó en un principio, pero al final cedió. El nuevo *Pravda* se labró un lugar en la historia y dejó al *Pravda* vienés de Trotsky como un antepasado remoto y olvidado.

Trotsky disfrutaba viviendo en Europa, pero permanecía atento a las tensiones subyacentes a la vida cotidiana. En octubre de 1912 estalló un conflicto en la península balcánica que dio lugar a dos desagradables guerras. En aquella época, la región estaba dividida en seis Estados independientes: Grecia, Turquía, Rumanía, Bulgaria, Serbia y Montenegro, junto a las provincias austrohúngaras de Dalmacia, Bosnia y Herzegovina. La primera Guerra de los Balcanes enfrentó a Turquía contra Bulgaria, que realizó conquistas significativas antes de que el Tratado de Londres pusiera fin al primer enfrentamiento. Pero en 1913 volvieron a desencadenarse las hostilidades cuando Bulgaria atacó Serbia y provocó la creación de una alianza entre Turquía, Grecia y Rumanía, que declararon la guerra a Bulgaria.

Trotsky dio cobertura informativa tanto a la primera como a la segunda Guerra de los Balcanes para el periódico *Kievskaya Mysl*. Viajó primero a Belgrado y, a continuación, a Sofía, donde fue testigo de la declaración de guerra de Bulgaria. Vio abarrotarse de refugiados las estaciones de ferrocarril, entrevistó a soldados que regresaban del frente y se encontró con periodistas europeos estúpidos y desinformados que no lograban comprender la gravedad del conflicto. Su descripción de un corresponsal británico constituye uno de los retratos clásicos de aquella época:

Es majestuoso, este embajador de la prensa. Sus piernas, con esas redondeces gruesas y seguras de sí mismas, ocupan la mitad del compartimento. Lleva unos calcetines tupidos y unas polainas por encima de las botas ignífugas, y viste un traje de una tela gris a cuadros, sostiene entre los dientes una pipa corta y voluminosa de la mejor calidad y una raya perfectamente labrada divide en dos su pelo, y unos pantalones cortos amarillos hechos con la piel de algún animal prehistórico, permanece sentado inmóvil leyendo a Anatole France [...] Es la primera vez que viene a la península balcánica, no sabe ninguna lengua eslava, no habla una palabra de alemán y tiene un dominio del francés compatible con la condición de britano orgulloso, no se asoma a la ventana, no habla con nadie. Provisto de todo este dechado de cualidades, viene a examinar los destinos políticos de los Balcanes.

Trotsky confiaba en que sus dotes de observación y su afilado estilo polémico transmitieran la complejidad de la tragedia. «Las fronteras entre los Estados enanos de la península balcánica no estaban trazadas de acuerdo con las condiciones o demandas nacionales —contaba a sus lectores—, sino como consecuencia de las guerras, las intrigas diplomáticas y los intereses dinásticos. Las grandes potencias (en primera instancia, Rusia y Austria) siempre han tenido un interés directo en predisponer a los pueblos y Estados balcánicos entre sí y, a continuación, cuando se han debilitado mutuamente, los han sometido a su influencia política y económica». Todo esto ya ha desembocado en «guerras entre Grecia y Turquía, Turquía y Bulgaria, Rumanía y Grecia o Bulgaria y Serbia». Para Trotsky, que investigaba la lamentable historia de una región «tan maravillosamente favorecida por la naturaleza y tan cruelmente mutilada por la historia», la única solución era una república federal balcánica.

Trotsky descubrió un buen montón de cosas de las que mofarse: la censura en Bulgaria y en Rusia, donde una parte de la prensa «ha sustituido el papel de periódico por una piel de becerro tensada sobre el bastidor de un tambor»; las atrocidades turcas contra los armenios; y una actitud displicente de Bulgaria hacia los estallidos de cólera. A veces, parecía que Trotsky hubiera sucumbido al pacifismo cuando presenciaba la quema de aldeas albanesas a manos de tropas búlgaras. «Fue el primer ejemplo real y auténtico que he visto en este teatro de la guerra de un exterminio mutuo y despiadado entre hombres». Concluyó que «el hombre depende de las condiciones. En las circunstancias de la brutalidad organizada de la guerra, los hombres se animalizan al instante sin darse cuenta».

Al informar sobre dos guerras, Trotsky comprendió que los conflictos legaban «una intensificación extrema de los odios nacionales». Y fue aquí, mientras investigaba a los judíos empobrecidos de Sofía y de numerosas aldeas judías de Rumanía, cuando elaboró su escrito más extenso sobre el destino de sus correligionarios.

No ocultó su disgusto hacia los judíos pobres y religiosos de Sofía. Bajo el peso de su extrema pobreza, «se contentan con la leyenda de la venida del reino de Sión», una desautorización inversa de sus anhelos sionistas. Sus cabañas recordaban la degradación de las aldeas judías de su infancia, donde los hogares judíos tradicionales no se podían comparar con las moradas limpias y bien cuidadas de sus vecinos alemanes. Para Trotsky, solo el socialismo señalaba la salida del gueto, y se sintió alentado por la presencia de radicales judíos, trabajadores que habían «huido de la maldición de los soniquetes religiosos y las supersticiones nacionales y habían trasladado sus esperanzas a la internacional socialista del trabajo». Nada le produjo mayor placer que conocer a un sindicalista judío que tenía colgado en la pared un retrato de Karl Marx.

En agosto de 1913 Trotsky remitió tres artículos esenciales sobre los judíos rumanos a *Kievskaya Mysl*. Haciendo acopio de toda la ira que fue capaz de

acumular, dejaba claro que los 300 000 judíos de Rumanía, privados de ciudadanía, eran parte del pueblo más perseguido de toda Europa. Infinidad de leyes restringían su participación en la vida civil, los lugares donde podían vivir y cuántas tierras podían poseer. A los niños judíos se les prohibía asistir a las escuelas primarias públicas. «Un judío no puede ser abogado, propietario de una farmacia, comerciante, ni agente de bolsa», informaba. Pero el gobierno exigía a los judíos que pagaran impuestos y los reclutaba para el ejército como si fueran ciudadanos normales. No pudo concluir más que «el antisemitismo se ha convertido en la religión de Estado, el cemento psicológico último que mantiene unida a una sociedad feudal podrida de arriba abajo».

Trotsky siguió describiendo el fracaso de las potencias europeas a la hora de proteger a los judíos de Rumanía. Según el Tratado de Berlín de 1878, Rumanía estaba obligada a garantizar la igualdad de derechos a todas las minorías nacionales. Trotsky manifestó su asombro al informar de que el canciller alemán Otto von Bismarck había hablado enérgicamente en defensa de los judíos de Rumanía más o menos en la misma época. «Ejerciendo como una especie de albacea del Congreso de Berlín, [Bismarck] se negaba a entablar ningún tipo de conversaciones diplomáticas con Bucarest mientras los judíos no gozaran de los mismos derechos que los demás [...] Llamaba la atención —proseguía Trotsky— lo próximo que está el corazón del Canciller de Hierro de los intereses de los judíos moldavos; los intereses de los Hohenzollern en esa monarquía oriental no eran nada para él frente al destino de algunos parias sin derechos».

Entonces Trotsky dio a conocer lo que había debajo de la aparente sensibilidad de Bismarck. El canciller estaba embarcado en una compleja maniobra para presionar al gobierno rumano a fin de que adquiriera acciones del propio ferrocarril rumano, generosamente financiado por banqueros alemanes que quebraron cuando el proyecto fracasó. Y el barón Gerson von Bleichröder, un banquero judío personalmente cercano a Bismarck y al káiser Guillermo I, era uno de los principales financieros que aspiraba a recuperar las pérdidas. «Poco a poco fue quedando claro que esa era la *principal* condición de Bismarck. Las abstracciones desnudas sobre la igualdad de derechos de los judíos eran engullidas por las gruesas acciones de los bancos de Bleichröder». Bismarck actuaba a su estilo. El asunto equivalía a «[...] una colosal pieza de chantaje político y financiero, en que lo que había en juego eran los cien millones de marcos invertidos por la nobleza prusiana [...] [mientras] que los derechos de los judíos de Rumanía ejercían de medio de extorsión». Una vez formalizado el trato, la «“resolución” de la cuestión judía quedó reducida a una formalidad vacía con la nacionalización de 900 judíos que habían prestado servicios en la campaña turca de 1876-1878. Los 299 100 judíos restantes quedaron en la misma situación que antes del Congreso de Berlín [...] Cuando se leen los documentos diplomáticos relativos a este asunto y la correspondencia privada de las partes implicadas, nunca se puede evitar cierto sentimiento de asco profundo»,

concluía Trotsky.

Pero no acababa ahí. Después de detallar las penurias de los judíos rumanos y las sórdidas maniobras diplomáticas que se aprovechaban de ellas, Trotsky pasaba a criticar la recién fundada Unión de Judíos Rumanos por negarse a «acometer medidas de agitación enérgicas entre las masas, a confraternizar con los elementos democráticos del pueblo rumano, a hacer un llamamiento explícito a la opinión pública de la población trabajadora de Europa». En cambio, esos dirigentes judíos se enorgullecían de su «pasividad para ganar tiempo» con la confianza en ganar credibilidad con la «discreción ilustrada de la oligarquía gobernante» proclamando su patriotismo y luchando contra los antisemitas rumanos «por un pedazo de la tierra de otro».

Estos artículos presentan unos rasgos asombrosos, casi innovadores. Ante la realidad del padecimiento de los judíos a manos de un régimen reaccionario, cuyas medidas represoras guardaban una sorprendente semejanza con las del zar, Trotsky propugnaba la emancipación y la igualdad de derechos; no retrocedió para reclamar la lucha de clases o una revolución proletaria. Parecía casi como si fuera un liberal anticuado que se hubiera lanzado a promover las libertades civiles.

Mientras Trotsky estuvo en los Balcanes, el caso de Mendel Beilis atrajo la atención de la sociedad rusa. El incidente se había iniciado en marzo de 1911, cuando un chico de doce años llamado Andrei Yuschisky fue asesinado en Kiev y su cuerpo arrojado al río Dniéper. Siguiendo instrucciones del Ministerio de Justicia, la policía dejó al margen a los culpables más plausibles y se esforzó en detener a un judío por el crimen. Escogieron a Beilis, un trabajador modesto de una fábrica de ladrillos, y lo acusaron de matar al chico para utilizar su sangre en la elaboración de pan ázimo tradicional para la festividad de la Pascua judía. Estallaron protestas por todo el mundo, incluida la prensa liberal y radical de Rusia. En Checoslovaquia, Thomas Massaryk encabezó una manifestación para protestar por el asunto, mientras que Estados Unidos derogó su acuerdo comercial con Rusia, en parte, por la acusación del libelo de sangre.

Pero la acusación se negó a transigir y prosiguió con un juicio con jurado en septiembre de 1913. Trotsky había regresado a Viena y pudo seguir el caso a través de un relato literal diario publicado en *Kievskaya Mysl*. Llama la atención que al menos tres abogados asociados a la defensa de Beilis tuvieran alguna vinculación con Trotsky: Oskar Gruzenberg y A. S. Zrudny habían participado en su defensa durante el juicio del Soviet de San Petersburgo en 1906, y Alexander Kerenski dirigió posteriormente el Gobierno Provisional cuando abdicó el zar Nicolás II. Fue el gobierno de Kerenski el que derrocaron Lenin y Trotsky en el otoño de 1917.

Trotsky presentó el caso Beilis como una tentativa deliberada de la autocracia para alentar el odio hacia los judíos. Buena parte de la iniciativa procedía del desprestigiado ministro de justicia Ivan Scheglovitov,^[7] que estaba detrás de la acusación, así como de las autoridades locales. Trotsky no pudo contener su ira. El

material que se expone a continuación, extraído de un artículo mucho más extenso aparecido poco después de la absolución de Beilis en el periódico vienés *Die Neue Zeit* (Nuevos tiempos), recoge toda la fuerza de la furia y el sarcasmo de Trotsky. Una vez iniciado el juicio, la acusación expuso las evidencias que tener en cuenta. Según las describía Trotsky:

Tenemos la pericia para el ritual, una abundancia de pruebas materiales que puede dejar estupefacto al jurado y, sobre todo, hay un judío vivo con una nariz aguileña y una barba negra [...] No había nada llamativo en la misma argumentación de la acusación; lo que asombraba era la falsedad expresa de la misma. Pero cuando un trabajador judío de a pie [...] es arrancado súbitamente de su esposa y sus hijos pensando en consumirlo de una forma u otra para regocijo de su Jehová, entonces es preciso visualizar un instante el estado de su desdicha durante veintiséis meses de encarcelamiento aislado para que se nos pongan los pelos de punta [...] Se había hecho todo lo posible por insuflar en el jurado de Kiev odio hacia Beilis por su condición de judío.

Durante el propio juicio, toda Rusia parecía haber pasado por la sala del tribunal:

Un zapatero de las afueras, un capitalista judío, un campesino que conducía una carreta, un detective de la policía, árabes callejeros, periodistas liberales, ladrones, un monje ortodoxo griego (un converso judío), un convicto, solteronas de conducta descocada, un sacerdote, un oficial de la gendarmería, un cajero de un banco en quiebra en el papel de patriota de primera línea, un antiguo revolucionario en el papel de investigador voluntario, un abogado-testigo, un profesor de medicina, un sacerdote católico, un profesor de una academia espiritual y un rabino judío, ladrones y gente «de buena reputación», especialistas eruditos y fanáticos, restos de la reacción pogromista y revolucionarios escindidos... todos desfilaron ante los ojos asombrados de doce personas sombrías, en su mayoría campesinos, situados deliberadamente allí por el ministro de Justicia para mayor conveniencia de aquel tribunal medieval.

Aliviado por el inesperado veredicto absolutorio del jurado (aunque sí afirmó que un desconocido había perpetrado aquel asesinato ritual), Trotsky revisó la transcripción del juicio y percibió que en su reacción había «primera y principalmente, un sentimiento de náusea física».

Es difícil averiguar las motivaciones subyacentes a la compleja reacción de Trotsky ante el juicio de Beilis o las condiciones en que vivían los judíos rumanos. Su compromiso con la justicia social tenía varias fuentes. Ni él ni sus allegados afirmaron jamás que su educación moral se hubiera fraguado con su experiencia

juvenil de judío sensible e intelectualmente precoz en un imperio gobernado por un autócrata antisemita. En sus memorias, Trotsky apenas dice nada sobre sus experiencias infantiles del antisemitismo. Hay ejemplo vívidos de judíos rusos de familias que, al menos, habían sido asimiladas de algún modo, que en todo caso recordaban la angustia de sus padres ante las noticias de los pogromos o el desarrollo del caso Dreyfus. Si hubo incidentes similares en la infancia de Trotsky, no los compartió. Pero cuando se topó con los judíos depauperados y desposeídos de los Balcanes y siguió el célebre caso Beilis, respondió con una ira muy elocuente. En dos ocasiones hizo mención del sentimiento de asco y náusea que le invadió al contemplar sus padecimientos. Tal vez no se considerara a sí mismo un judío en el mismo sentido en que lo eran ellos; él era un marxista, un internacionalista convencido, un hombre que se resistía a ceder a los atractivos estrechos y provincianos en nombre de un credo político universal. Pero aun así había nacido y se había criado como judío. Tal vez la crudeza de sus existencias tocara algo profundo en el interior de su vida emocional que tenía que vomitar, que arrojar, antes de que le obligara a verse a sí mismo en sus rostros. En momentos como estos, Leon Trotsky era un judío a su pesar.

Años después de las Guerras de los Balcanes y el caso Beilis, Trotsky fue testigo de incidentes peores de odio dirigidos contra los judíos, incluidos los pogromos a gran escala durante la guerra civil rusa y los ataques demagógicos de Hitler y los nazis. Pero nunca más volvió a aludir a aquel mismo lenguaje llano del asco. Siguió refiriéndose al caso Beilis en sus escritos. En el último año de su vida, en 1939, después de que Stalin hubiera orquestado el Gran Terror cuando las belicosas intenciones de Hitler se volvieron cada vez más patentes, Trotsky invocó la imagen de Mendel Beilis. «Retrospectivamente, a la luz de los últimos logros de la civilización, especialmente en Alemania y en la URSS, el juicio [de Beilis] parece hoy casi un experimento humanitario». Con Europa al borde de una calamidad monstruosa, Trotsky no podía pensar en un modo mejor de encarnar el sufrimiento del continente que invocando la imagen de un judío pobre y solitario acusado en falso de asesinar a un niño cristiano.

Aun cuando se entregara a su trabajo como periodista, Trotsky siguió profundamente implicado con los círculos del partido. En el verano de 1912 hizo otra tentativa infructuosa de promover la unidad. En aquel momento los bolcheviques habían reanudado su labor clandestina en el interior de Rusia; los mencheviques eran débiles y sus filas se habían dividido en diferentes grupos marginales. Trotsky invitó a los partidarios de Lenin y de Martov a reunirse en Viena con la esperanza de iniciar un diálogo productivo. Pero Lenin y los bolcheviques se negaron a asistir. De modo que Trotsky reunió a un grupo dispar de mencheviques, bolcheviques desafectos, miembros del Bund judío y sus propios partidarios. Se hicieron llamar «Bloque de Agosto». Una vez más, Trotsky mal interpretó los ánimos entre las filas de la socialdemocracia. Lenin estaba satisfecho con la división del partido; los

mencheviques, que tampoco tenían interés por reconciliarse con él, siguieron el juego a los esfuerzos de Trotsky. Fingieron interesarse por restablecer el diálogo y la unidad, dejando en manos de Trotsky las quejas sobre la obstinación y la arrogancia de Lenin. El episodio reforzó su decepción con Lenin, con la política de los emigrados en general y con su aislamiento en el seno del movimiento. Pero no estaba dispuesto a abandonar la causa de la revolución.

A principios de 1913, en Viena, Trotsky se encontró con Iósif Stalin por primera vez. Trotsky estaba visitando a un amigo de la época del *Pravda* vienés, Matvei Skobelev, un menchevique elegido para la Duma hacía poco tiempo. Estaban discutiendo sobre el derrocamiento del zar ante una taza de té cuando, según escribió Trotsky muchos años después,

sin que llamaran para advertirnos, se abrió la puerta de repente y apareció en el umbral una figura desconocida. No era muy alto, era delgado y tenía una cara oscura, gris, descolorida, sobre la que se apreciaban las huellas de la viruela. Llevaba un vaso vacío. Evidentemente, no esperaba encontrarme allí y su expresión no tenía nada de amistoso. Hizo un sonido gutural que se podría haber tomado por un saludo, se acercó al samovar, se sirvió un poco de té en silencio, y en silencio salió.

Skobelev le informó de que era Djughashvili, que era del Cáucaso y que acababa de ser elegido miembro del Comité Central Bolchevique, donde estaba labrándose un nombre. Quizá Trotsky tiñera su recuerdo, pero no parece haber nada falso en este retrato somero. En aquel momento, Stalin acababa de empezar a editar el *Pravda* bolchevique y no habría simpatizado mucho con Trotsky, que todavía estaba enzarzado en debates polémicos con Lenin. Stalin ya había manifestado su descontento con Trotsky calificándolo como otro intelectual inútil. Mostrar buena disposición hacia otra figura del partido tampoco formaba parte del carácter de Stalin, a menos que creyera que podía obtener algo. Conociendo su papel en la revolución de 1905 y después de haber visto el debate de Trotsky en el congreso del partido de 1907, Stalin podría perfectamente haber sentido que era un hombre al que, o bien tendría que adular, o bien tendría que desafiar: era demasiado pronto para decidirse por una de las dos opciones.

Es curioso que Trotsky esperara hasta 1939 para describir este primer encuentro. No lo incluyó en sus memorias ni en su biografía de Stalin, sino que lo refirió en un artículo titulado «El nuevo amigo de Hitler» en septiembre de 1939, poco después de la firma del Pacto de No Agresión entre Molotov y Ribbentrop, cuando los dos dictadores acordaron repartirse Polonia, lo que permitió a Hitler invadirla desde el oeste y dar comienzo a la Segunda Guerra Mundial. En 1939 el odio mutuo que se tenían y los ataques criminales de Stalin contra los hijos y la familia de Trotsky levantaron sin duda las restricciones que él mismo se había impuesto. A Trotsky

nunca le gustó atribuir sucesos históricos a la personalidad de figuras importantes; contravenía sus creencias marxistas. Tal vez tenía reticencias para vincular la conducta personal de Stalin (su comportamiento hosco y grosero y sus deformidades físicas) con el destino trágico de la revolución.

El 28 de junio de 1914, Gavrilo Princip, un joven serbobosnio, asesinó al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono del Imperio austrohúngaro. Seis semanas más tarde Europa estaba en guerra, enzarzada en unas alianzas que llevaron a Italia, Alemania y el Imperio austrohúngaro a un conflicto con Rusia, Francia e Inglaterra. El 3 de agosto Trotsky estaba en Viena cuando tuvo conocimiento de la noticia. Caminó por el centro de la ciudad consternado ante unas multitudes radiantes de fervor patriótico que «se lanzaban a la empresa de su mutua destrucción». Su espíritu le recordaba a San Petersburgo durante la huelga general de 1905. «No en vano — escribió en *Mi vida*— la guerra ha sido muchas veces en la historia la madre de la revolución». Había otras noticias igualmente descorazonadoras; a finales del mes de julio Jean Jaurès había sido asesinado en un café de París a manos de un nacionalista francés. Jaurès, el elocuente defensor de Dreyfus, el líder intelectual del socialismo francés, el fundador de *L'Humanité* y un antimilitarista convencido, había trabajado para evitar la guerra tratando de organizar huelgas en Alemania y Francia para impedir el conflicto. Trotsky había llegado a conocer y admirar a Jaurès. Ahora, su voz se había acallado.

Trotsky tenía poco tiempo para dolerse. Como ciudadano de Rusia residente en Austria, era un extranjero enemigo; alertado de la posibilidad de ser recluido, él y su familia huyeron en un plazo de tres horas a Zúrich, en la Suiza neutral, dejando atrás el trabajo de siete años de libros y escritos inacabados. Al día siguiente, Trotsky recibió otro golpe. En una votación realizada en el Reichstag, los socialdemócratas alemanes retiraron su oposición a la guerra. Su anterior compromiso con la paz y el internacionalismo había llegado a su fin. Trotsky no exageraba cuando escribió que la capitulación de los socialdemócratas alemanes fue «una de las decepciones más trágicas de mi vida». Marcó el escenario de buena parte de su pensamiento y su acción, enfrentándolo a los denominados patriotas sociales que apoyaban a sus gobiernos en la guerra. Buena parte de ellos eran colegas desde hacía mucho tiempo en las filas de los partidos socialistas de Europa. Una vez más, Trotsky no tuvo miedo de continuar en solitario.

Se quedó en Suiza dos meses. Era un refugio natural para los revolucionarios rusos; Nikolai Bujarin y Lenin se abrieron camino hasta allí, y Trotsky conoció en Zúrich al comunista alemán Karl Radek, quien había sido expulsado de Alemania por sus opiniones antimilitaristas declaradas. Trotsky causó una impresión muy vívida en Zúrich, donde los socialistas suizos acogieron de buen grado la denuncia que hacía de otros socialistas europeos que ahora apoyaban un bando u otro. Estimulado por los debates que bullían a su alrededor, Trotsky escribió su influyente panfleto *La guerra y la Internacional*.

Impaciente con todos los socialdemócratas que apoyaban la guerra, Trotsky se reservó una mordacidad especial para el partido alemán. No podía soportar su chovinismo triunfante ni su argumentación interesada: que Alemania había asumido una misión histórica progresista combatiendo a Rusia. «En nuestra guerra contra el zarismo —insistía Trotsky—, en la cual nunca hemos conocido una tregua “nacional”, jamás buscamos la ayuda del militarismo de los Habsburgo ni de los Hohenzollern». Era necesario rechazar «la inoculación de la ponzoña imperialista en el proletariado alemán y austriaco». Los socialistas deben defender la paz, pero no una que sirva para perpetuar el *statu quo* o permitir una alianza permanente de Estados e imperios capitalistas que arroje un equilibrio de fuerzas distinto sobre los cadáveres de los soldados y trabajadores. Trotsky reclamaba una paz democrática que prohibiera anexiones y garantizara la autodeterminación de las naciones más pequeñas, atrapadas en el seno de imperios imperialistas. En sus memorias, Trotsky se complacía de informar de que tres años después, tras la revolución bolchevique de 1917, un editor estadounidense publicó su panfleto en una traducción al inglés. Llamó la atención del presidente Woodrow Wilson, que en aquella época estaba trabajando en sus Catorce Puntos. Según Trotsky, Wilson estaba asombrado de que un marxista revolucionario anticipara muchos de los principios expuestos en sus propios planes para la Europa de postguerra.

Pero entonces Trotsky dio un paso más, en una dirección que Wilson jamás podía aprobar. En *La guerra y la Internacional*, Trotsky predijo que el conflicto desembocaría en el colapso del sistema capitalista y los Estados-nación tal como se conocían hasta el momento. «Nosotros, revolucionarios socialistas, no queríamos la guerra —escribió Trotsky—. Pero no la tememos». Defraudado por la guerra y la devastación, el proletariado internacional escogería la senda de la revolución socialista para fraguar «una patria mucho más poderosa, con mucha más fuerza de resistencia: los Estados Unidos republicanos de Europa, como base de los Estados Unidos del mundo».

Por titubeante que fuera el proceso de aproximación, fue aquí donde las opiniones de Trotsky y Lenin empezaron a converger. Al igual que Trotsky, Lenin preveía que la guerra ocasionaría desajustes profundos y, posiblemente, aceleraría la revolución. Y tal como había propuesto Trotsky, Lenin admitía que debido a «la desigualdad del desarrollo económico y político», en Rusia podría producirse un levantamiento que se propagara por Europa. También compartían la opinión de que, para que triunfara esa revolución (en un país que apenas había superado el feudalismo), sería necesario el apoyo de los partidos revolucionarios que inevitablemente tomarían el poder en el resto del continente.

En los primeros meses de guerra, el debate debió de haber sido fácil de desestimar calificándolo de murmuraciones de figuras en la sombra situadas en los márgenes de los grandes sucesos. Pero mucho antes de que quedara patente el descomunal alcance de la carnicería, Trotsky y Lenin comprendieron que la guerra cambiaría Europa para

siempre. Muchas otras personas, desde diplomáticos hasta antiguos aliados socialistas, se mostraban optimistas y auguraban con aire risueño que la guerra concluiría al cabo de pocos meses. Trotsky y Lenin pensaban de otro modo. Para ellos, se trataba siempre de una carnicería absurda.

En el mes de noviembre Trotsky abandonó Suiza rumbo a Francia y asumió el papel de corresponsal de guerra para el *Kievskaya Mysl*. Su familia se reunió con él en mayo de 1915 y se establecieron en las afueras occidentales de París. Durante una temporada, Trotsky dividió su trabajo entre escribir para el *Kievskaya Mysl* y las colaboraciones en *Golos* (La Voz), un diario ruso publicado en el exilio que dirigía el líder menchevique Yuli Martov. *Golos* compartía la oposición de Trotsky a la guerra. Hasta Lenin hizo notar la negativa del periódico a tolerar el patriotismo social de otros socialdemócratas. Al ver la coincidencia entre Lenin y Martov, ambos muy enfadados con Georgi Plejanov (que apoyaba a Rusia frente a Alemania afirmando que los monarcas alemanes y austríacos eran los auténticos enemigos del progreso democrático y el socialismo), Trotsky confió en que se pudiera alcanzar por fin la unidad de la socialdemocracia rusa. Pero la oposición a la guerra demostró no ser una razón suficiente para que bolcheviques y mencheviques se unieran. Martov, al menos, no compartía la opinión de Lenin de que los socialistas debían apostar por la derrota de sus países. Lenin llamaba a la guerra civil; Martov esperaba que se declarara la paz. Mientras debatían, *Golos* fue clausurado a principios de 1915, pero renacería dos semanas después con el nombre de *Nashe Slovo* (Nuestra palabra). Esta vez, Trotsky se unió a Martov como codirector.

A primera vista, *Nashe Slovo* no era un periódico imponente. Sus páginas raras veces superaban el número de cuatro y solían verse ajadas por espacios en blanco (lo que indicaba la labor de los censores militares franceses), pero el periódico tenía en todo caso una influencia desorbitada. Trotsky y Martov cedieron sus páginas a figuras que muy pronto desempeñarían papeles sustanciales en los destinos de Rusia. Vladimir Antonov-Ovseenko, a quien se atribuye la fundación del periódico, encabezaría posteriormente el asalto al Palacio de Invierno en octubre de 1917 y la detención del gobierno provisional. Solomon Lozovsky dirigió el movimiento sindical del Soviet durante la década de 1920 y fue viceministro de Asuntos Exteriores durante la Segunda Guerra Mundial. Anatoly Lunacharsky se convirtió en el primer comisario soviético de educación; Alexandra Kollontai pasó a ser comisaria de Bienestar Social y ejerció de embajadora soviética en Londres en el momento culminante de la Segunda Guerra Mundial. (Cuando Stalin tomó el poder, varios de ellos, sin que importara si habían sido bolcheviques o mencheviques, fueron detenidos y aniquilados). Con sus fuertes personalidades, discutían cuál debía ser su respuesta al conflicto como socialistas. Trotsky les pidió su punto de vista, ponderó sus propias opciones y se sintió cada vez más atraído por la coherente actitud antimilitarista de Lenin. No se unió a los bolcheviques, pero no podía ocultarse a sí mismo que estos eran quienes más se aproximaban a la expresión de sus opiniones.

Transcurrido un año de conflicto, los socialistas seguían discutiendo cómo reaccionar contra la guerra. A principios de septiembre de 1915, treinta y ocho delegados de once países de Europa se reunieron en la pequeña aldea suiza de Zimmerwald, en las afueras de Berna, para celebrar la primera conferencia socialista internacional desde el estallido de los combates. La legislación suiza prohibía que los ciudadanos de países beligerantes estuvieran en contacto, de modo que hizo falta cierta valentía para organizar la reunión. Trotsky y Lenin asistieron, y ambos desempeñaron un papel fundamental. Lenin, tal como se esperaba, insistió en que los socialistas pidieran la derrota de sus gobiernos y que la lucha convirtiera la guerra imperialista en una guerra civil en la que triunfaría el proletariado. Trotsky, de nuevo, se vio apuntando en la misma dirección que Lenin y, cuando los delegados debatieron, volvieron al primero para que resumiera las conclusiones. En última instancia, con todo, la posición de Lenin siguió siendo minoritaria y el Manifiesto de Zimmerwald, que redactó Trotsky, reflejaba las diferencias que persistían con el dirigente bolchevique. No propugnaba la guerra civil, por ejemplo. Pero el Manifiesto de Zimmerwald sí hacía un llamamiento a los trabajadores de toda Europa para que dejaran de apoyar a sus gobiernos y trabajaran por alcanzar una paz «sin anexiones ni indemnizaciones de guerra». Como proclamaba el manifiesto con palabras de Trotsky:

¡Hace más de un año que dura la guerra! Millones de cadáveres cubren los campos de batalla. Millones de hombres quedarán mutilados para el resto de sus días. Europa se ha convertido en un gigantesco matadero de hombres. Toda la civilización, creada por el trabajo de muchas generaciones, está condenada a la destrucción. La barbarie más salvaje celebra hoy su triunfo sobre todo aquello que hasta la fecha constituía el orgullo de la humanidad.

Lenin y Trotsky firmaron el manifiesto. Pero después el primero hizo pública una declaración en la que criticaba el manifiesto porque no lograba clarificar «los métodos de lucha contra la guerra». Aun cuando sobrevivió, el Manifiesto de Zimmerwald suscitó oposición. Los gobiernos de Francia y Alemania prohibieron dar cobertura informativa a la conferencia temiendo que el llamamiento pudiera mermar el apoyo a la guerra y a los sacrificios que requería. Hicieron falta tres años más de combates para que Alemania demandara la paz.

Inmediatamente después de la conferencia, Lenin se quedó en Suiza y Trotsky regresó a Francia. La reconciliación todavía no se había consumado. Trotsky reanudó su colaboración con *Nashe Slovo* y empezó a dedicar más tiempo a informar de los combates del frente occidental para *Kievskaya Mysl*. Recorrió toda Francia, entrevistó a soldados heridos, se mezcló con las tropas francesas y británicas en las plazas y cafés de las pequeñas ciudades. En las descripciones de la guerra de trincheras, en los retratos de soldados concretos y en los clarividentes análisis sobre que los franceses

pensaban que podían fiarse de las batallas defensivas masivas para salvaguardar la frontera, Trotsky transmitía sus auténticos sentimientos sobre la futilidad de la guerra.

Sin embargo, pese a su cautela, Trotsky era un hombre señalado en Francia. *Nashe Slovo* se siguió publicando, si bien, debido a la censura francesa, nada de lo que se publicaba podía herir la sensibilidad oficial. Pero cuando Rusia envió soldados al frente occidental, el país solicitó ayuda a Francia; tener allí a un revolucionario como Trotsky era incompatible con la presencia de las tropas rusas en su territorio. Los periódicos de derecha acusaban a los directores de *Nashe Slovo* de ser proalemanes; Trotsky estaba convencido de que los artículos eran obra de diplomáticos rusos. En septiembre de 1916 el gobierno francés ordenó a Trotsky que saliera del país. Pudo prolongar su estancia mientras buscaba algún lugar que lo acogiera. Temía ser detenido y deportado a Rusia, donde haberse fugado de Siberia una década antes le hacía vulnerable a ser condenado a cadena perpetua. Pero al cabo de seis semanas la policía francesa perdió la paciencia. Trotsky fue expulsado a España. Acompañado por dos policías, fue llevado al extremo sudoccidental de Francia, más allá de Biarritz, desde donde se le permitió pasar a España; en San Sebastián tomó por su cuenta un tren que le llevó a Madrid. No hablaba español ni conocía a nadie en España. Según recordaba en sus memorias, «no podía haber estado más solo ni siquiera en el Sahara o en la fortaleza de San Pedro y San Pablo». Dedicó el tiempo a visitar museos y a leer periódicos españoles con la ayuda de un diccionario.

Las autoridades españolas demostraron estar igualmente atemorizadas. Alertada de la presencia de Trotsky por su homóloga parisina, la policía le detuvo. Convencida de que sus ideas eran «demasiado adelantadas para España», lo enviaron bajo vigilancia a Cádiz, con la promesa de que lo mandarían a La Habana en el primer barco. Pero Trotsky tenía recursos. Se le permitió enviar telegramas a sus partidarios y consiguió obtener autorización para que su familia se reuniera con él en Barcelona, desde donde podrían embarcarse rumbo a Nueva York. Pasadas seis semanas en España, partió hacia el Nuevo Mundo en el desvencijado vapor *Montserrat*. «El mar estaba encrespado y nuestro barco se esforzaba por recordarnos la fragilidad de la vida humana», escribió años después. Pero al menos portaba la bandera neutral de España, lo que les proporcionaba un mínimo de protección frente a los submarinos alemanes. Entre los pasajeros que lo acompañaban había desertores acaudalados de diversos países y toda una mezcla de «indeseables» a quienes se estaba expulsando de Europa igual que a él. El viaje duró diecisiete días; llegaron al puerto de Nueva York (la calificó como «un montón de casas, húmedo e imponente») un sábado frío y lluvioso.^[8] Era el día 13 de enero de 1917. Trotsky se quedó allí solo diez semanas, pero fueron los días más aciagos de la historia de Rusia y Estados Unidos.

Una vez en Nueva York, se sintió atraído por los socialistas rusoparlantes como él. Nikolai Bujarin ya estaba allí porque había sido expulsado de Escandinavia. Trotsky se encontró con Bujarin menos de un día después de haber llegado y, muy

pronto, se unió a él como redactor de *Novy Mir* (Nuevo Mundo), un periódico socialista ruso emigrado con una posición manifiestamente clara contra la guerra. Reanudó su actividad como socialista revolucionario, pero como Estados Unidos todavía era neutral, se trataba de «una profesión que [...] no se consideraba en los Estados Unidos más criminal que la de un contrabandista de alcohol». Escribió artículos e impartió conferencias en Nueva York, Filadelfia y otras ciudades. Emma Goldman, la anarquista de origen ruso, salió de la sala impresionada cuando lo escuchó hablar: «Trotsky fue presentado después de varios oradores bastante aburridos —escribió en sus memorias—. Era un hombre de estatura media, con las mejillas demacradas, el pelo rojizo y una barba roja desordenada apuntada enérgicamente hacia adelante. Su discurso, primero en ruso y después en alemán, fue poderoso y electrizante.»^[9] Esa era la reacción habitual ante un discurso de Trotsky.

Viviendo en un pequeño apartamento en el Bronx, en la esquina de la calle 164 Este y la avenida Stebbins, Trotsky y su familia gozaron de comodidades desconocidas para un hogar de clase trabajadora de Europa: luz eléctrica, horno de gas, baño, ascensor automático e, incluso, una tolva para la basura. A sus hijos sobre todo les gustaba el teléfono, un aparato que no habían tenido en sus casas de Viena y París.

En el marco de su rutina diaria, a Trotsky le gustaba frecuentar el restaurante Triangle Dairy, en la avenida Wilkins del East Bronx, donde la mayoría de los camareros eran judíos rusos emigrados como él. Para su disgusto, se enteraron muy pronto de que Trotsky tenía una opinión muy particular sobre su profesión y su remuneración. Estaba convencido de que «dar propina era degradar la dignidad de un trabajador y de que una persona debía contar con un salario regular, lo suficiente para vivir, para no tener que depender de las propinas». Por principios se negaba a dejar propina y arengaba a otros clientes para que lo imitaran. La conducta no le sirvió para granjearse el cariño de los camareros; todos trataban de evitar servirle. También acabaron llamándolo «Leo Fonfatch», un juego de palabras con un término yiddish para referirse al habla nasal (*fonfend*), lo que era la forma de hablar de Trotsky, de quien pensaban que padecía algún problema de senos nasales o vegetaciones.

Los camareros conspiraron contra él. Como, uno tras otro, todos se negaban a atenderlo, «lo mandaban del puesto de un camarero al de otro, le ofendían, le gritaban, le ignoraban e, incluso, le vertieron sopa caliente encima». Al fin, un camarero nuevo se apiadó de Trotsky. Le servía de inmediato y Trotsky, en agradecimiento, comía deprisa y se marchaba para dejar sitio a otro cliente más generoso. Aun así, se negaba a dejar propina a su benefactor. Ese mismo camarero trató de disuadir a Trotsky de que regresara a Rusia y le instó a que «olvidara sus sueños *meshugana* de derrocar al zar». Trotsky no era de la misma opinión.

Este episodio insignificante destaca una paradoja existente en el núcleo de la actitud de Trotsky hacia su identidad judía. Aunque distaba mucho de considerarse judío, su actividad giró en torno a los judíos allá donde vivió. Tal vez era cuestión de

comodidad (si procedían de Rusia, hablaban su lengua materna), o quizá fuese cuestión de familiaridad: una vez fuera de Rusia, buscaba la compañía de personas semejantes.

Poco después de llegar a Nueva York, Trotsky fue recibido por Abraham Cahan, el mítico director de *Forverts* (Adelante), un diario publicado en yiddish con muchos lectores entre la comunidad inmigrante judía. Cahan y sus colegas eran socialistas; les entusiasmó conocer a Trotsky. El 16 de enero *Forverts* publicó una entrevista; poco después aparecieron cuatro columnas escritas por Trotsky. Todos los artículos reflejaban su posición internacionalista y su crítica hacia la guerra y los aliados. Resentido por haber sido expulsado de París, apuntaba naturalmente contra Francia afirmando que estaba supeditada al zar. Negaba ser proalemán, pese al hecho de que *Forverts*, al igual que la inmensa mayoría de lectores judíos rusos, adoptaba una posición proalemana confiando en ver la caída de la autocracia zarista. Sin las limitaciones de la censura militar, Trotsky abandonó toda precaución. En un artículo llegó incluso a aconsejar a los trabajadores estadounidenses que escogieran entre el internacionalismo y el patriotismo. «Es necesario elegir conscientemente entre una de estas dos orientaciones, que son incompatibles para los estadounidenses y, sobre todo, para los trabajadores estadounidenses judíos, que no han conseguido decidirse todavía». Al margen de su interés por el socialismo, es difícil imaginarse que muchos judíos rusos de Nueva York, después de haber llegado al *goldene medineb* (en yiddish, «el país dorado»), decidieran volverse contra Estados Unidos en nombre del socialismo revolucionario.

Además, los artículos de Trotsky aparecieron en una época en que el gobierno de Wilson se decantaba por la confrontación con la Alemania imperial. Estados Unidos se había declarado neutral inmediatamente después del estallido de las hostilidades y Wilson había sido reelegido en 1916 con la promesa de mantener al país al margen de la guerra de Europa. Pero los acontecimientos le obligaron a reconsiderar su postura. A finales de enero de 1917, Alemania declaró la guerra submarina sin limitaciones. Su estrategia era clara. El alto mando alemán creía que podía romper el bloqueo naval británico y castigar lo suficiente a Inglaterra antes de que Estados Unidos ingresara en la guerra. Pero entonces Alemania cometió un error de cálculo absurdo. Ese mismo mes de enero, los criptógrafos británicos descifraron un telegrama del ministro de Asuntos Exteriores alemán, Arthur Zimmermann, dirigido al embajador germano en México. Le proponía a este último país un plan audaz: si México declaraba la guerra a Estados Unidos, Alemania a cambio «reconquistaría los territorios perdidos de Texas, Nuevo México y Arizona». Para impedir que las comunicaciones de los servicios de inteligencia fueran interceptadas, los británicos esperaron al 24 de febrero para informar a la Casa Blanca; la prensa estadounidense informó de los hechos el día 1 de marzo. El telegrama de Zimmermann representó un punto de inflexión en la guerra. Los sentimientos antialemanes, que ya proliferaban tras el hundimiento del buque de pasajeros estadounidense *Lusitania* en mayo de

1915, crearon una olla a presión.

Ya no se podía seguir siendo neutral y se puso fin a todo sentimiento proalemán entre los judíos rusos de Nueva York. *Forverts* respondió en consecuencia. Anunció en primera plana que «si Alemania puede llevar a cabo realmente un movimiento diplomático tan estúpido, entonces todos los ciudadanos de Estados Unidos lucharán hasta verter su última gota de sangre para proteger a la gran república estadounidense». Trotsky no podía tolerar una actitud tan belicosa. Se oponía a la guerra y a cualquier atisbo del ingreso de Estados Unidos en ella. Trotsky siguió creyendo que, ante la alternativa de apoyar una posición antimilitarista o defender a Estados Unidos, los judíos estadounidenses, y los emigrados rusos en particular, debían resistir a todo llamamiento al patriotismo.

Con todo, la historia reservaba otra sorpresa. Cuando las huelgas y las protestas urbanas se propagaron por Rusia alimentadas por la escasez de alimentos y el catastrófico rumbo que adoptaba la guerra, llegó a Europa y a Estados Unidos la noticia de que el zar Nicolás II había abdicado el 2 de marzo. Nacida en 1613, la dinastía Romanov estaba acabada; el gobierno provisional, encabezado por partidos liberales de orientación occidental, tomó el poder con la esperanza de solventar los urgentes dilemas de Rusia.

Trotsky estaba decidido a regresar a Rusia. Se mantuvo al tanto de los acontecimientos lo mejor que pudo. Al ver a los liberales en el poder, acusó a los mencheviques de prestarles apoyo. Trotsky estaba seguro de que el fin de la autocracia y la consiguiente lucha de poder iría acompañada de revoluciones en Europa, muy probablemente en Alemania. No podía imaginar un futuro distinto. El 20 de marzo dirigió una reunión en el Casino de Harlem, en Upper Manhattan. Una noticia en ruso publicada en *Forverts* anunciaba una «reunión masiva» sobre «la revolución de Rusia». «Oradores en yiddish, ruso, inglés y otras lenguas. L. N. Trotsky hablará en ruso. Entrada gratuita.»^[10]

También había que plantar cara a Estados Unidos. La noche del 26 de marzo, justo cuando se disponía a marcharse, dirigió una concentración en Manhattan animando a la muchedumbre a reclamar la revolución: «Quiero que os organicéis y sigáis organizándoos hasta que logréis derrocar al gobierno maldito, putrefacto y capitalista de este país». Dos años después, durante una sesión del Senado dedicada a la propaganda bolchevique, un testigo del discurso de Trotsky en Nueva York lo describía como «el típico ruso; de pelo negro, tupido y rizado y de aspecto muy radical, tanto por la apariencia como por el discurso».^[11]

Su marcha al día siguiente parece haber estado desprovista de incidentes. Trotsky y su familia partieron de Nueva York a bordo del transbordador noruego *Christianiafjord*. Sus documentos estaban en regla; tenía un visado de tránsito británico y un permiso de entrada emitido por un cónsul ruso complaciente. Abandonó Estados Unidos «con la sensación del hombre que solamente ha podido echar una ojeada a la fragua en que se está forjando el destino de la humanidad».

Estados Unidos le había dejado huella, pero por mucho que se esforzara en regresar más adelante, el destino y las recalcitrantes autoridades estadounidenses impidieron que volviera.

Pocos días después de abandonar Nueva York, el barco fue detenido y abordado por las autoridades británicas en Halifax, Nueva Escocia. Trotsky y su familia fueron expulsados; él fue detenido y enviado a un campo de prisioneros de guerra alemanes en la cercana Amherst, mientras que a su esposa e hijos se les permitió permanecer en Halifax. Los británicos, impacientes por mantener a Rusia en la guerra, actuaban siguiendo instrucciones de las desconcertadas autoridades de Petrogrado, que es como se había rebautizado a San Petersburgo al principio de la guerra. Sería una imprudencia permitir que un revolucionario como Trotsky regresara a su patria. Otros pasajeros protestaron en su nombre ante los británicos, pero Trotsky, fiel a sus principios, se negó a hacerlo. No veía sentido a «acusar al diablo ante Belcebú».

Los británicos lo retuvieron más de tres semanas. Como era de esperar, Trotsky demostró ser un prisionero difícil. Convirtió aquel campo de ochocientos prisioneros de guerra alemanes en «un mitin continuo», donde exponía con sus discursos y pequeños debates que la guerra era un delito. Había tantos prisioneros que seguían sus palabras al pie de la letra que los oficiales alemanes solicitaron a los británicos que le prohibieran hablar ante los prisioneros de guerra, petición que el director se sintió encantado de hacer cumplir. Mientras tanto, en Rusia, la noticia de su detención desató protestas indignadas y desembocó en su liberación definitiva. A Trotsky se le dejó marchar el 29 de abril mientras lo acompañaban hasta las puertas unos marineros alemanes exultantes y la melodía de «La Internacional».

Trotsky y su familia tardaron casi tres semanas en llegar a Suecia. Desde allí viajaron hasta Finlandia y, a continuación, prosiguieron hasta Rusia, donde llegaron a Petrogrado el 17 de mayo. El zar había abdicado diez semanas antes. Lenin había regresado el 3 de abril y, al igual que él, Trotsky llegó en tren a la estación Finlandia. Allí lo esperaba una multitud para recibirlo. Reclamó una segunda revolución en nombre de los trabajadores, pero apenas había concluido de exponer sus pensamientos cuando unas manos lo levantaron en volandas. Ya había regresado en una ocasión a San Petersburgo, en 1905, había encabezado una revolución fallida y, luego, había huido del país sin saber cuándo ni cómo podría regresar. Ahora estaba en casa. Había otra revolución en ciernes.

LA REVOLUCIÓN DE 1917

En 1905, ante los jueces zaristas, Trotsky había declarado que «una insurrección popular no se puede organizar. Solo se puede prever». Veinticinco años después, en el exilio forzoso y ansioso por defender el papel que había desempeñado en el golpe bolchevique, Trotsky escribió su *Historia de la Revolución rusa*. Atrapado entre la urgencia por sostener la afirmación bolchevique de que las masas habían servido de inspiración para tomar el poder y la inevitable certeza del esencial papel que habían desempeñado Lenin y él, Trotsky flaqueó. Hacía hincapié en el insoslayable empuje de los acontecimientos («las revoluciones son momentos de arrebatadora inspiración de la historia», escribió en *Mi vida*) y en la necesidad contingente de que hubiera un liderazgo bolchevique. No podía pronunciarse de otro modo. En última instancia, la historia tendrá que dar la razón a la asunción inocente hecha en su diario de 1935. «Si no hubiera estado presente en San Petersburgo en 1917, la Revolución de Octubre se habría producido igualmente... *siempre que estuviera presente y al mando Lenin* [la cursiva es del traductor]. Si no hubiéramos estado presentes en San Petersburgo ni Lenin ni yo, no habría habido Revolución de Octubre». La revolución se habría podido hacer sin Trotsky, pero su éxito requería tanto de Lenin como de Trotsky.

En mayo de 1917 Trotsky regresó a una Rusia sumida en la agitación. El zar había abdicado tras una serie de manifestaciones violentas, huelgas fabriles y motines de soldados y marineros. Las protestas por la falta de pan se convirtieron en una revolución. El Soviet de los Diputados de Obreros de Petrogrado, que otrora había estado dirigido por Trotsky, afirmó su recuperación. El 1 de marzo el Soviet promulgó su célebre decreto número uno, por el que otorgaba a los soldados derechos democráticos e instaba a los oficiales del ejército a tratarlos con el máximo respeto. Al día siguiente, el Gobierno Provisional asumió el poder en Petrogrado y no dejó al zar Nicolás II más alternativa que la de abdicar.

Rusia parecía prepararse para instaurar una república parlamentaria. El Gobierno Provisional representaba el ascenso al poder de una Rusia potencialmente democrática. Garantizaba las libertades civiles y suprimía toda clase de restricciones para las minorías de Rusia, la más visible de las cuales era abolir la Zona de Asentamiento y conceder a los judíos la igualdad de trato ante la ley. Su primer presidente fue el príncipe Georgi Lvov, miembro de una familia aristocrática que hundía sus raíces en la historia del país. Al igual que otros Kadetes, tenía en muy alta consideración los valores liberales occidentales. El zar había abdicado en beneficio

de su hermano, el gran duque Mijail Alexandrovich, y en el seno del Gobierno Provisional se apoyaba en parte el respeto a los deseos del zar. Pero el gran duque declinó el nombramiento. La revolución no se circunscribiría al derrocamiento de Nicolás II.

Cuando el zar se marchó, los defensores de la monarquía y demás partidos políticos conservadores desaparecieron de la escena política. En la consiguiente situación revolucionaria, los partidos liberales como el de los Kadetes prevalecieron en el Gobierno Provisional y constituyeron el ala derecha del país. Los partidos socialistas, incluidos los bolcheviques, los mencheviques y los socialistas revolucionarios, constituyeron la izquierda. Lideraron el Soviet de Petrogrado y brindaron apoyo condicional al Gobierno Provisional, también en el esfuerzo de guerra, convencidos de que los campesinos, que representaban la mayoría de la población de Rusia, seguían confiando en la victoria.

Los dirigentes de estos partidos revolucionarios se apresuraron a acudir a la capital, algunos procedentes del exilio en Siberia y, otros, desde Europa y América. Con el derrumbamiento del régimen zarista recuperaron la libertad de movimientos. La llegada de Lenin la noche del 3 de abril supuso un punto de inflexión. Lenin estaba viviendo en Zúrich cuando abdicó el zar y quiso regresar de inmediato, pero tenía que encontrar un modo de atravesar las líneas alemanas. Al mismo tiempo, el Gobierno Provisional mostraba reticencias a aceptar su presencia en Rusia. Al cabo de semanas de negociaciones, Lenin acordó con el Estado Mayor alemán que se enviara un tren para transportarlo a él y a varias decenas de colegas hasta Petrogrado. Ese fue el célebre tren sellado. Estaba compuesto por un único vagón: los alemanes no examinarían pasaportes ni equipajes. Lenin quería que Rusia se retirara del conflicto armado, una actitud que venía bien a los propósitos del káiser Guillermo.

La llegada de Lenin polarizó a los bolcheviques. También los dejó confusos. En el tren había expuesto una nueva estrategia para el partido. Desde la caída de la monarquía, casi todos los bolcheviques habían prestado apoyo al Gobierno Provisional. Lenin tenía otro punto de vista. El día siguiente a su llegada asistió a una asamblea de socialdemócratas, una reunión convocada para debatir la reunificación de bolcheviques y mencheviques. Se celebró en el Palacio de Táuride, donde tenían sus oficinas tanto el Soviet de Petrogrado como el Gobierno Provisional. Lenin presentó sus célebres Tesis de Abril ante una audiencia estupefacta: los bolcheviques no debían seguir apoyando al Gobierno Provisional y tenían que romper con los mencheviques. Todo el poder debía recaer en manos de los soviets, que entonces podrían poner fin a la guerra y reorganizar el país de acuerdo con los principios socialistas. A Lenin le faltó poco para promover la derrota de Rusia en la guerra; si lo hubiera proclamado a gritos, el Partido Bolchevique podría ser declarado ilegal y verse obligado a operar en la clandestinidad.

Lenin se propuso debilitar el Gobierno Provisional. En sintonía con la interpretación tradicional de la teoría marxista, los socialdemócratas creían que Rusia

debía experimentar una revolución burguesa democrática acompañada de la industrialización y del aumento de la clase trabajadora urbana antes de que el proletariado pudiera tomar el poder. Pero ahora, aun cuando lo hiciera de forma indirecta, Lenin afirmaba que Rusia estaba dispuesta para instaurar una dictadura del proletariado auténtica; en 1905 la clase media no estaba lista para llevar a cabo una revolución democrática, mientras que la guerra acrecentaba la probabilidad de que estallaran revoluciones socialistas en Europa occidental. Lenin estaba empezando a parecerse a Trotsky. Además, este se había apresurado a denunciar al Gobierno Provisional mientras vivió en Nueva York. A medida que Lenin se iba aproximando a reclamar la toma del poder por parte del proletariado, sus ideas se iban haciendo eco de la petición de Trotsky de una revolución permanente. Al tanto de la comparación, algunos bolcheviques tildaron las Tesis de Abril de «trotskistas».

En todo caso, no era fácil que Lenin y Trotsky se reconciliaran. Cuando Trotsky llegó a Petrogrado el día 4 de mayo tardó varios días en ver a Lenin. Una vez que acomodó a su familia en una casa de huéspedes, se dirigió al Palacio de Táuride para acudir a una sesión del Soviet de Petrogrado. Sus colegas (mencheviques, bolcheviques y socialistas revolucionarios) no sabían cómo debían recibirlo. Según Angela Balabanoff, secretaria del movimiento de Zimmerwald y amiga desde hacía mucho, «lo contemplaban con rencor y desconfianza... en parte por miedo a la rivalidad». Pero no se le podía negar la participación. Como señalaban los bolcheviques, el presidente del Soviet de 1905 debía ejercer un papel de liderazgo en el nuevo Soviet; Trotsky fue nombrado adjunto al Comité Ejecutivo, pero sin derecho a voto.

En un principio Trotsky se alineó con un pequeño grupo de intelectuales socialdemócratas. Frustrados por los interminables debates nacidos del exilio, muchos, como Trotsky, se habían sentido distanciados tanto de los bolcheviques como de los mencheviques. Se denominaban a sí mismos «Organización Interdistritos». Pero ahora, oponiéndose a la guerra y a las medidas del Gobierno Provisional, el grupo pensó en la posibilidad de unirse a los bolcheviques. Se reunieron con Lenin enseguida y, tanto a él como a Trotsky, les quedó claro que sus puntos de vista convergían. Pero este seguía dudando si debía unirse al partido y renunciar a su independencia.

Las diferencias personales también contribuyeron a aumentar las reticencias de Trotsky. Por temperamento, Lenin y él eran casi extremos opuestos. Lenin tenía una veta puritana manifiesta y dedicaba todas sus energías a la causa de la revolución. Vivía con austeridad, solo leía libros que tuvieran algo que ver con su trabajo y se esforzaba al máximo por evitar complacencias sentimentales. En una ocasión, después de escuchar un concierto de la sonata *Appassionata* de Beethoven, señaló refiriéndose a sí mismo que «no debía escuchar música con demasiada frecuencia. Me hace querer decir cosas amables y estúpidas y allana las cabezas de las personas».

Trotsky no era así en absoluto. Aunque no fumaba y casi siempre evitaba beber

alcohol, disfrutaba del arte y de la música, leía mucho en varios idiomas, participó en la educación de sus hijos con su segunda esposa y le encantaba ir de caza y de pesca. Mientras que Lenin vestía como un oficinista, Trotsky, que no reprimía el cuidado de su imagen, vestía siempre como un meticuloso caballero burgués. Lenin era inteligente, pero su genio se limitaba a la acción política; tenía una mentalidad unidireccional. Bertrand Russell conoció a Lenin en 1920 y le quedó la impresión de que era «consciente en esencia de sus limitaciones intelectuales y su ortodoxia marxiana bastante estrecha». Lenin le espantaba. En cambio, Trotsky sentía un entusiasmo inagotable por aprender. Escribió sobre literatura, cultura, ciencia y tecnología. Como hemos visto, fue un periodista y un corresponsal de guerra excelente.

Pero las perspectivas de la revolución los reunieron. Lenin necesitaba la energía carismática de Trotsky, su capacidad para enfervorizar a las multitudes. Sin embargo, era este quien realizó el cambio más espectacular en el pensamiento. En sus años de oposición a Lenin, Trotsky rechazó la idea de que un partido de vanguardia tomara el poder con el apoyo de la clase trabajadora. Sin embargo, en la primavera y el verano de 1917, Trotsky comprendió la utilidad de unir sus fuerzas a las de Lenin en un momento en que un partido concreto podía tomar el poder en un país abrumado por los disturbios.

Que Trotsky afirmara su presencia particularmente en dos lugares significativos de la capital lo convertía en una especie de orador: el gran auditorio público denominado Circo Moderno y la base naval de Kronstadt, en las afueras de Petrogrado, donde los marineros se había declarado en rebelión contra sus mandos. El Gobierno Provisional quería imponer la disciplina a los hombres. Trotsky defendió a los marineros insistiendo en que «si un general contrarrevolucionario intenta rodear con una soga el cuello de la revolución [...] llegarán los marineros de Kronstadt y lucharán y morirán con nosotros». Se reunió con ellos a menudo y estableció lazos para que fortalecieran su fe en el socialismo. De todos los dirigentes revolucionarios, Trotsky fue el más próximo a los marineros de Kronstadt.

Sin embargo, fue en el Circo Moderno donde Trotsky cautivó a las multitudes. «Aquello era un torbellino de mítines» —escribió en sus memorias—. «Los mítines se celebraban en las fábricas, en las escuelas, en teatros y circos, en las calles y en las plazas pública». Jamás hubo un orador más deseado que él. Casi cualquier noche en el Circo Moderno, «no había una pulgada de sitio libre», recordaba Trotsky. La multitud «parecía también otro niño de pecho que tirase con sus labios resacos de los pezones de la revolución».

Para llegar a la tribuna, tenía que pasar por una angosta trinchera de cuerpos humanos, cuando no levantado en brazos por el auditorio. En aquella atmósfera recargada por la respiración y la espera explotaban los gritos y resonaba el rugido característico, apasionado, del Circo Moderno. En torno a

mí, encima de mí, todos, apretujados pechos, cabezas. Era como si la voz del orador saliese de una cálida caverna de cuerpos humanos. A poco que me moviese para accionar, tropezaba con alguien, el cual me daba a entender con un gesto amistoso, que no me preocupase ni le diese importancia, que siguiese hablando. No había fatiga que resistiese a la tensión eléctrica de aquella muchedumbre cargada de pasión.

En el Circo Moderno, Trotsky vio a sus hijas adolescentes, Zinaida y Nina. Vivían cerca con su madre. Al salir, «apenas me quedaba tiempo para hacerles una seña con los ojos o estrechar su mano cálida y tierna», escribió en *Mi vida*. Las había abandonado en 1902, pero habían sido educadas para admirarlo.

Los discursos de Trotsky confirmaron su hegemonía. El veterano bolchevique Anatoly Lunacharsky describía la convincente elocuencia de Trotsky con estas palabras: «el brioso ritmo de su discurso, su voz alta y absolutamente incansable, su maravillosa concisión, el tono literario de sus expresiones, la profusión de imágenes, la ironía feroz, el *pathos* fluido, una lógica absolutamente extraordinaria». Trotsky proyectaba una urgencia desafiante de la revolución, mientras que Lenin, que solía quedarse en la parte de atrás, mantenía la mirada fija en el funcionamiento interno del partido. Ahora eran socios en la revolución y sus ideas y personalidades se complementaban. «Acudí a Lenin combatiendo —dijo Trotsky en una ocasión a Max Eastman—, pero acudí sin reservas y por entero».

Esa misma primavera, los bolcheviques siguieron presionando a sus aliados socialistas más antiguos. En junio se celebró en la capital el I Congreso de los Soviets de Todas las Rusias, que se reunió durante tres semanas. Lenin y Trotsky asistieron y no perdieron ni un minuto en reprender a los mencheviques moderados y a los socialistas revolucionarios por su buena disposición para apoyar al Gobierno Provisional.^[12] Esos partidos congregaban ahora una inmensa mayoría del país, pero seguían respetando a los liberales, lo que permitía al príncipe Lvov y otros mantener a Rusia en la guerra y evitar complacer la exigencia de tierra de los campesinos. «La guerra se alargaba sin rumbo, sin interrupción e interminablemente —escribió Trotsky—. El gobierno no tomaba ningún tipo de medidas para escapar de ese círculo vicioso». Trotsky ansiaba otra revolución, esta vez hecha por y para el proletariado. Lenin aspiraba a objetivos similares. A principios de junio los bolcheviques anunciaron el plan de celebrar una gran manifestación en Petrogrado para oponerse tanto al Gobierno Provisional como al Soviet. En el aire reinaba un miedo inquietante a que los manifestantes fueran armados y se movilizaran para apoderarse del control de la ciudad. Bajo las presiones del Congreso de los Soviets, Lenin se vio obligado a dar marcha atrás y desconvocar la manifestación. Pero hubo otros que salieron de aquel episodio convencidos de que Lenin había tratado de organizar «una conspiración para derrocar al gobierno» porque los bolcheviques sabían, en palabras del dirigente menchevique Irakli Tsereteli, que «nunca llegarían al poder de ningún

otro modo». Ese mes, Trotsky se dirigió a un grupo de marineros revolucionarios en una plaza pública. «La fuerza de la Revolución francesa residió en la máquina que redujo una cabeza a los enemigos del pueblo —gritaba Trotsky—. Ese aparato estaba bien. Debemos tener uno en cada ciudad». Y vaya si lo tuvieron.

Ese verano se aceleró el curso de la historia, y no precisamente en beneficio de los bolcheviques. Mientras el Congreso de los Soviets celebraba una sesión, el ejército ruso pasó a la ofensiva en Galitzia. El Frente Oriental llevaba tranquilo desde la abdicación del zar; los ejércitos de Austria y Alemania estaban esperando que Rusia se viniera abajo. Pero el ministro de la Guerra, Alexander Kerenski, que era una figura destacada del partido revolucionario socialista y el personaje dominante del Gobierno Provisional, concentró al ejército para que atacara con la esperanza de que las tropas rusas *democráticas* de un país poszarista se impusieran a los ejércitos de unas monarquías desacreditadas. Cometió un grave error de cálculo. La ofensiva fracasó. Las unidades de combate rusas fueron repelidas o se retiraron a toda prisa, enfrentándose a sus oficiales y abandonando sus posiciones. A juicio de Trotsky, la ofensiva confirmaba el catastrófico liderazgo del Gobierno Provisional.

Aquella dramática derrota, junto con el empeoramiento de la situación económica, desembocó en un inesperado levantamiento al que los historiadores denominan «los Días de Julio». El Gobierno Provisional y el Soviet de Petrogrado, trabajando conjuntamente, demostraban ambos su incapacidad para resolver los graves problemas de Rusia. Frustrada, una multitud compuesta de trabajadores, soldados y marineros tomó las calles reclamando un gobierno auténticamente socialista. Exigían que los partidos socialistas moderados abandonaran la coalición con los Kadetes y se apropiaran del poder. Animados por consignas bolcheviques que pedían poner fin a la guerra e implantar reformas económicas y sociales más radicales, las gentes sitiaron el Palacio de Táuride. Su objetivo era al mismo tiempo el Gobierno Provisional y los mencheviques y los dirigentes socialistas revolucionarios que se negaban a romper con él.

Los historiadores siguen discutiendo si fue en ese momento cuando Lenin y Trotsky planificaron tomar el poder. La mayor parte de las versiones confirman que las manifestaciones los cogieron desprevenidos. Lenin estaba descansando en Finlandia. Trotsky permanecía en Petrogrado y se encontraba en el Palacio de Táuride cuando las multitudes se echaron a la calle. Viktor Chernov, ministro de Agricultura y uno de los líderes del Partido Revolucionario Socialista, fue capturado en el exterior del edificio e introducido en un coche por la fuerza. La multitud, encabezada por marineros rebeldes de Kronstadt, parecía estar deseando lincharlo. Trotsky se apresuró a salir en defensa de Chernov. «Sois el orgullo y la gloria de la revolución —gritó—. Habéis venido aquí [...] para enseñarle al Soviet que la clase trabajadora no desea ver a la burguesía en el poder. Pero ¿por qué perjudicar vuestra causa? —preguntaba Trotsky—. ¿Por qué ibais a ensombrecer y emborronar vuestra actuación con la violencia mezquina contra individuos escogidos al azar?». La

multitud seguía mostrándose hosca y hostil. Trotsky se enfrentó a ella pidiendo que levantara la mano quien estuviera dispuesto a hacer daño a Chernov. Nadie se movió. Al apreciar la situación favorable, Trotsky tomó de la mano a Chernov, un pobre hombre que apenas se enteraba de nada por el miedo que tenía, y lo condujo al interior del Palacio de Táuride. El episodio confundió y desmoralizó a la muchedumbre. Habían salido a la calle para exigir «todo el poder para los Soviets», mientras que Trotsky salvaba de su ira a un ministro revolucionario socialista. ¿Adónde conducían aquellos acontecimientos? Los huelguistas seguían atacando a ministros socialistas. Los marineros de Kronstadt se habían apoderado de la fortaleza de San Pedro y San Pablo. La escalada de los disturbios era imponente: hasta medio millón de personas tomó las calles el día 4 de julio. Hubo saqueos, hubo combates entre simpatizantes bolcheviques y agitadores de las Centurias Negras, e incluso disparos de francotiradores; perdieron la vida cuatrocientas personas. Pero sin unos líderes que ofrecieran un modo concreto de avanzar, las manifestaciones fueron desvaneciéndose poco a poco.

Los sucesos posteriores debilitaron la posición bolchevique. La prensa derechista publicó afirmaciones de que los bolcheviques eran agentes alemanes, una acusación vinculada al hecho de que Lenin llegara en el tren sellado y al rumor de que los bolcheviques también habían recibido financiación de Alemania. (Más adelante, se confirmó que el rumor era cierto). Al mismo tiempo, las noticias del colapso en el frente agravaron aún más el sentimiento antibolchevique, pues los generales afirmaban que la violencia de Petrogrado había debilitado la moral del ejército. De repente, eran los bolcheviques quienes eran vulnerables, y no los socialistas moderados que habían sido blanco de los manifestantes; y tampoco Kerenski, a quien se había hecho responsable de la debacle en el frente. Se dictó orden de detener a Lenin, quien se preguntó en voz alta ante Trotsky si es que iban a fusilarlos. Se prohibió la publicación de *Pravda*, cuyas oficinas fueron registradas; se desarmó a los trabajadores que simpatizaban con los bolcheviques y se habían organizado en unidades de la Guardia Roja; se impidió que los agitadores bolcheviques se dirigieran a las tropas. Lenin se escondió y no pronunció ningún otro discurso público hasta la Revolución de octubre. Trotsky, todavía en libertad, defendía públicamente a Lenin y las acciones de los bolcheviques; retó incluso al gobierno a que lo detuviera. Kerenski reprimió a Trotsky la noche del 23 de julio. Fue acusado de haber regresado con Lenin desde Alemania y de ser miembro del Comité Central Bolchevique. Ambas acusaciones eran literalmente falsas. Trotsky fue llevado a Kresty, la misma cárcel en la que había estado recluido en 1905.

Los sucesos de los Días de Julio pusieron de manifiesto la debilidad del Gobierno Provisional y de los partidos socialistas moderados. El conjunto del edificio de la Revolución de febrero, todas las instituciones y partidos emergidos tras la caída de los Romanov, revelaron ser frágiles. La confianza en el Gobierno Provisional se desplomó. Kerenski no pudo formar un gabinete de ministros estable. En el seno de

los cuerpos de oficiales siempre se había apreciado cierto resentimiento por la merma de la autoridad del ejército y por las reformas democráticas que, a su juicio, estaban arruinando a Rusia. Ese mismo verano, Kerenski nombró comandante en jefe al general Lavr Kornilov. Mientras resonaban por todo el país los llamamientos al orden, muchos oficiales pedían que Kornilov impusiera una dictadura militar.

Rusia vivió sumida en el asunto Kornilov durante una semana del mes de agosto. Empezó el 24 de agosto con el llamamiento de Kornilov a derrocar al Gobierno Provisional mientras sus tropas empezaban a avanzar sobre Petrogrado. Kerenski recurrió a los socialistas y los bolcheviques en busca de apoyo. Devolvió las armas a la Guardia Roja y pidió a los marineros de Kronstadt que defendieran la revolución. El plan de Kornilov se desmoronó enseguida y fue detenido el 31 de agosto. Kerenski fue el principal perdedor de este episodio, pues quedó en evidencia por haber nombrado a Kornilov y por las acusaciones de haberle instado en secreto a actuar. Kornilov confiaba en aplastar a la izquierda radical. Pero su derrota tuvo el efecto contrario al que pretendía: radicalizó el país y preparó el escenario para que los bolcheviques llegaran al poder.

Ahora los bolcheviques y sus aliados izquierdistas, entre los mencheviques y los socialistas revolucionarios, se aprovechaban de un aluvión de popularidad. De repente, los bolcheviques obtuvieron la mayoría en el Soviet de Petrogrado y en los soviets y comités del ejército de otras ciudades. Trotsky fue puesto en libertad bajo fianza el 4 de septiembre. Ahora era oficialmente un bolchevique; la Organización Interdistritos se había unido a Lenin mientras Trotsky estaba encarcelado y este había sido elegido para su Comité Central. Mientras Lenin permanecía oculto, Trotsky se convirtió en el principal portavoz de los bolcheviques; el 23 de septiembre, el Soviet de Petrogrado lo eligió presidente.

El discurso inicial de Trotsky fue conciliador. Escarmentado por los sucesos del mes de julio y la tentativa de golpe de Kornilov, habló con moderación. «Todos somos hombres de partido —afirmó Trotsky— y en más de una ocasión nos enfrentaremos entre nosotros. Pero dirigiremos el trabajo del Soviet de Petrogrado con sentido de la lealtad y de plena libertad para todos los partidos. La mano del Presidium nunca se prestará a aniquilar a una minoría». Faltaba un mes para que los bolcheviques tomaran el poder. Llegado el momento, Trotsky no consiguió cumplir su promesa.

Cuando el país quedó sumido en la confusión, Lenin percibió una oportunidad. Desde su refugio en Finlandia presionó al partido para que llamara a una insurrección armada. Desaprovechar un momento como este sería «una crasa estupidez o una mera traición», insistía Lenin. Pero la mayor parte de sus colegas no estaban listos. Dos de sus principales camaradas, Lev Kamenev y Grigori Zinoviev, discrepaban acerca de la toma del poder. (Kamenev estaba casado con la hermana menor de Trotsky, Olga). Temían las consecuencias de una derrota. Kamenev defendía la creación de un gobierno socialista de concentración; esa disponibilidad para trabajar con los

mencheviques y los socialistas revolucionarios de izquierdas distanciaron de Lenin a él y a otros. Zinoviev y él querían esperar a que Kerenski convocara la Asamblea Constituyente, que todos los partidos de la Rusia posterior al mes de febrero decían apoyar.

Trotsky proponía un enfoque distinto. Quería que el llamamiento a un gobierno íntegramente socialista procediera del Soviet de Petrogrado, lo que facilitaría el respaldo de los partidarios más vacilantes. Aconsejaba a los bolcheviques que esperaran hasta que el II Congreso de los Soviets de Todas las Rusias, convocado para el día 20 de octubre, acordara la transferencia de poderes; estaba seguro de que los bolcheviques contarían con la mayoría de los delegados.

Lenin y Trotsky creían que el equilibrio de fuerzas políticas del interior de Rusia favorecería a los bolcheviques. Lenin, además, insistió durante todo el otoño en que la revolución en Europa era inminente. Hacía mucho que Trotsky había afirmado que una revolución proletaria en Rusia desencadenaría levantamientos en el resto de Europa. Ahora sus opiniones se aproximaban.

Durante los meses de septiembre y octubre el país se preguntó qué harían los bolcheviques; a partir del mes de junio, la intención de Lenin de tomar el poder fue quedando cada vez más clara. En Petrogrado especialmente, el descontento por la guerra y la falta de comida reforzaron el apoyo a un cambio radical. En el mes de octubre el avance alemán empezó a plantear la amenaza de una aproximación terrestre y marítima a la capital. El Gobierno Provisional pretendía enviar al frente a la mitad de la guarnición de Petrogrado, una medida que despertó protestas iracundas entre los soldados, que eran los partidarios más convencidos de los bolcheviques; temían que semejante medida formara parte de una conspiración contrarrevolucionaria. Durante meses había corrido el rumor de que el gobierno estaba dispuesto a trasladar la capital a Moscú y entregar Petrogrado a los alemanes. Trotsky reconoció la lógica aplastante de semejante decisión. «Para algunos — escribió en 1919— entregar Petrogrado a los alemanes estaría muy bien. El tratado de paz la devolvería, pero lo haría saqueada por el militarismo alemán. Para ese momento la revolución estaría ya decapitada y sería fácil de controlar». Actuó para impedir una maniobra de semejante naturaleza. El 9 de octubre el Soviet de Petrogrado autorizó la creación del Comité Militar Revolucionario (CMR) para garantizar la defensa de la capital. Pero bajo la dirección de Trotsky, el CMR se convirtió en el principal vehículo de la insurrección.

Fue en medio de este clima cuando Lenin salió de su escondrijo el 10 de octubre y acudió a Petrogrado para reunirse con el Comité Central del partido. No lo veía desde el mes de julio. Ante su insistencia, la dirección del partido aprobó una resolución (por diez votos contra dos, emitidos en disidencia por Kamenev y Zinoviev) por la que defendía que los bolcheviques tomaran el poder mediante las armas. Pero no fijaba ninguna fecha concreta para el levantamiento. El Comité Central también escogió su primer Buró Político, del que formaban parte Lenin,

Trotsky, Zinoviev, Kamenev y Stalin. Pese a que su punto de vista era de oposición, Kamenev y Zinoviev fueron elegidos para ocupar puestos de dirección, una señal de que el partido seguía tolerando la diversidad política entre sus filas. Luego, Lenin regresó a Finlandia.

La situación dejó a Trotsky al mando de las fuerzas revolucionarias. Pronunciaba discursos para los trabajadores de las fábricas más grandes de Petrogrado, para los soldados en sus barracones, en concentraciones públicas por toda la ciudad. «Parecía que se dirigía a todo el mundo al mismo tiempo», escribió Nikolai Sujanov, un militante menchevique cuyas memorias sobre la revolución siguen siendo de las más fiables. «Todos los trabajadores y soldados de Petrogrado lo conocían y lo escuchaban. Su influencia sobre líderes y masas por igual resultaba abrumadora. Fue el personaje central de aquellos días y el héroe principal de aquel sobresaliente capítulo de la historia». Una vez programada la convocatoria del Congreso de los Soviets para el 20 de octubre, Trotsky estaba impaciente por contar con el apoyo suficiente para la transferencia de poderes. El 16 de octubre la guarnición de Petrogrado votó en contra de obedecer orden alguna de Kerenski para desplegarse fuera de la capital. Ese mismo día, Trotsky ordenó que se entregaran miles de rifles a la Guardia Roja; la orden fue obedecida, lo que confirmaba la autoridad del CMR. Cada día era ahora muy valioso.

Lenin, en esta ocasión muy caracterizado, salió de su escondite para reunir a los bolcheviques. Disponía de mayoría en el Comité Central, que estableció mediante votación que la fecha provisional del levantamiento sería el 20 de octubre. Kamenev, que seguía oponiéndose a tomar el poder (él y Zinoviev argumentaban que las fuerzas derechistas seguían siendo poderosas en el país, mientras que los bolcheviques y sus aliados revolucionarios no estaban en condiciones de «declarar la guerra a la totalidad del mundo burgués»), renunció a su cargo en el Comité Central y dejó patente su intención de alertar a la opinión pública. El 18 de octubre publicó un artículo en el periódico de Máximo Gorki, *Novaya Zhizn* (Vida Nueva), donde afirmaba que «instigar un levantamiento armado con anterioridad y con independencia del Congreso de los Soviets sería un paso inadmisibles e incluso fatídico para el proletariado y la revolución». Durante algún tiempo corrieron rumores de una insurrección, pero ahora, con el artículo de Kamenev, no se podían negar de forma tajante. En todo caso, Trotsky insistía ante el Soviet de Petrogrado en que no existía semejante plan; era una evasiva clara, cuando no una mentira flagrante. Lenin estaba fuera de sí; denunció tanto a Kamenev como a Zinoviev y quería que se les expulsara del partido. Sir George Buchanan, el embajador británico, contemplaba la evolución de los acontecimientos con una angustia desbocada. «No lograba comprender cómo un gobierno que se tuviera por tal podía permitir que Trotsky continuara incitando a las masas a cometer asesinatos y saqueos sin detenerlo», escribió en su diario. Pero Kerenski no actuó.

Ante la proximidad de la celebración del Congreso de los Soviets y con el

conocimiento explícito de las intenciones bolcheviques, los dirigentes de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios del Soviet de Petrogrado votaron para posponer el congreso cinco días; confiaban en contrarrestar a Lenin y Trotsky. Pero fueron los bolcheviques quienes se beneficiaron de su propuesta. Al cabo de pocos días, el CMR reafirmó su supremacía en la ciudad. Confirmó la lealtad de la guarnición de Petrogrado y, gracias a la intervención personal de Trotsky, reclutó a unidades militares de la fortaleza de San Pedro y San Pablo cuyas armas pudieran alcanzar el Palacio de Invierno. (Un año más tarde, con motivo del primer aniversario de la revolución, Stalin elogió a Trotsky por haber tomado esa medida). Kerenski y sus ministros estaban cada vez más indefensos.

La mañana del 24 de octubre, Kerenski ordenó el cierre de dos periódicos bolcheviques; sus hombres destruyeron ejemplares de las ediciones de aquel día y trataron de eliminar las planchas. Trotsky reaccionó de inmediato enviando trabajadores armados fieles a los bolcheviques para que defendieran las oficinas, al tiempo que destinaba a otras unidades a apoderarse de puntos clave de la ciudad. Kerenski intentó imponer su autoridad haciendo pública la intención de detener a Lenin, Trotsky y todos los demás dirigentes del CMR, así como de restablecer la disciplina entre los marineros de Kronstadt. Las amenazas no le llevaron a ninguna parte. Durante toda la tarde, grupos de soldados y trabajadores armados al mando del CMR se apoderaron de estaciones de ferrocarril y de puentes. Cuando llegó la noche eran los bolcheviques quienes controlaban Petrogrado. Apenas hubo violencia, si es que existió.

Esa misma noche, Fiodor Dan, el líder de la ejecutiva central menchevique, trató de impedir la toma del poder de los bolcheviques. El periodista estadounidense John Reed se encontraba en el auditorio cuando Dan alertó de que las provocaciones bolcheviques no desembocarían más que en un contraataque de la derecha. Dan prometió que el Soviet propiciaría ahora conversaciones de paz, que implantaría una reforma agraria. Las voces contrarias ahogaron su propuesta y rechazaron con sorna sus llamamientos por considerarlos demasiado limitados y tardíos. Entonces, Trotsky ocupó la tribuna. John Reed recogió el momento en *Diez días que estremecieron al mundo*:

Trotsky se encaramó a la tribuna aupado por una oleada de aplausos atronadores [...] Su rostro fino y afilado tenía un aspecto positivamente mefistofélico con la expresión de una ironía maliciosa.

«¡La táctica de Dan demostró que las masas (las fabulosas masas torpes e indiferentes) están enteramente con él! (Alborozo colosal)». Se dirigió al presidente con mucha espectacularidad. «Cuando hablábamos de entregar la tierra a los campesinos, os opusisteis. Entonces les dijimos a los campesinos: “Si no os la dan, ¡tomadla vosotros mismos!” y entonces los campesinos siguieron nuestro consejo. Y ahora defendéis lo que hicimos hace seis meses

[...] Dan os dice que no tenéis ningún derecho a iniciar una insurrección. ¡La insurrección es un derecho de todo revolucionario! [...] Si mantenéis la confianza absoluta, no habrá guerra civil. Nuestros enemigos se rendirán de inmediato y ocuparéis el lugar que legítimamente os corresponde, el de amos de la tierra rusa».

A medianoche, los bolcheviques modificaron la táctica. Al reparar en que el Gobierno Provisional era más débil de lo que pensaban, empezaron a tomar medidas más agresivas. La llegada de Lenin reforzó su decisión. Se había estado ocultando en Vyborg, un barrio obrero de las afueras abarrotado de partidarios del bolchevismo. Disfrazado (llevaba un peluquín y una venda que le cubría el rostro) llegó al cuartel general bolchevique situado en el instituto Smolny (un palacete en el que se alojaba una escuela primaria femenina de élite) acompañado por un único guardaespaldas. Ahora, el CMR empezó a instalar controles de carretera y a desplegar vehículos armados para patrullar la ciudad. Se apoderaron de las comisarías de policía, de la oficina de correos y teléfonos, del banco estatal y de la principal central eléctrica. Temiendo encontrar resistencia entre los reaccionarios, promulgaron la orden de «eliminar sin reservas la agitación de las Centurias Negras y [de que] ante el menor intento de establecer pogromos en las calles, se deben utilizar las armas sin misericordia». Pero apenas hubo disturbios ni resistencia armada. Solo las inmediaciones del Palacio de Invierno, donde se reunían angustiados los ministros del Gobierno Provisional, no estaban en sus manos. Lenin y Trotsky anunciaron el éxito de la ocupación la tarde del 25 de octubre, pero no fue hasta la mañana del día siguiente cuando las unidades bolcheviques detuvieron a los ministros del gobierno. Para entonces, Kerenski había huido hacia el frente con la esperanza de encontrar tropas leales que frenaran a los bolcheviques.

Mientras se producía el asedio del Palacio de Invierno, la noche del 25 de octubre se celebró el demorado Congreso de los Soviets. El drama político que estaba a punto de tener lugar fue tan históricamente significativo como la toma de la ciudad por las armas.

Los delegados asistentes al congreso ascendían a más de 650; representaban un amplio abanico de partidos socialistas, desde los más radicales, los bolcheviques y sus aliados de los socialistas revolucionarios de izquierda y los mencheviques internacionalistas, hasta los mencheviques y los socialistas revolucionarios más moderados. La insurrección se llevaba a cabo en nombre del Soviet de Petrogrado, de manera que era normal que los delegados asumieran que el objetivo del congreso era constituir un amplio gobierno de coalición de partidos socialistas. Los bolcheviques controlaban 300 escaños y presuponían que contaban con el apoyo de más de 80 socialistas revolucionarios de izquierda que les otorgarían la mayoría.

Yuli Martov, que hablaba en nombre de los mencheviques internacionalistas, instó al congreso a fraguar una coalición amplia. Pero otros delegados más comedidos

pusieron toda clase de reparos condenando a los bolcheviques por haber tomado el poder antes de que se reuniera el congreso. A su juicio, semejante acción marcaba «el comienzo de la guerra civil y la desmembración de la Asamblea Constituyente, y una amenaza para la revolución». Con eso, muchos de los mencheviques y socialistas revolucionarios abandonaron el salón y manifestaron incluso la intención de acudir al Palacio de Invierno para mostrar su solidaridad con el Gobierno Provisional. Gracias a su marcha, los bolcheviques comandaban ahora en solitario una mayoría absoluta en la cámara.

Una vez más, Martov intervino para suplicar que se evitara una guerra civil formando una coalición «aceptable para la democracia revolucionaria en su conjunto». Pero los bolcheviques, envalentonados por su mayoría, no tenían la menor disposición para negociar. Trotsky rechazó el llamamiento de Martov para negociar con unas palabras desbordantes de arrogancia y desdén. «Nuestro levantamiento ha sido victorioso. Ahora nos dicen: renunciad a vuestra victoria, ceded, iniciad una negociación. ¿Con quién? [...] ¿Con esos grupúsculos miserables que han quedado o con quienes hacen la propuesta? [...] Sois unos individuos miserables y aislados. Estáis en la ruina. Habéis desempeñado ya vuestro papel —le dijo a Martov a la cara—. Volved al lugar del que venís: a la papelera de la historia.»^[13] Ahora le tocó marcharse a Martov. A partir de ese momento, los bolcheviques encontraron el camino despejado para imponer una dictadura unipartidista. En febrero, el partido bolchevique apenas contaba con 25 000 miembros. Ocho meses más tarde había aumentado hasta más de 300 000 personas y estaba a punto de controlar un país de 150 millones de habitantes.

La historia puede ser un dios orgulloso e implacable. El desprecio de Trotsky hacia los mencheviques, incluido su viejo amigo Yuli Martov, presagiaba gran parte de la demagogia que acabó dominando el régimen bolchevique. Trotsky no solo rechazaba la interpretación más prudente, más tolerante y más liberal que hacían los mencheviques de lo que debía ser una revolución socialista; también estaba contribuyendo, y mucho, a sentar durante décadas las bases de un gobierno de una dictadura unipartidista despiadada.

Fue la insistencia de los bolcheviques en el monopolio del poder lo que desencadenó la guerra civil. Si hubieran aceptado formar una coalición con otros partidos revolucionarios, tal vez la medida habría mitigado a las fuerzas derechistas. O quizá no. La guerra civil, al fin y al cabo, fue iniciada por grupos derechistas y promonárquicos. Pero la concesión habría mermado el control absoluto de los bolcheviques y habría ensanchado el territorio para el diálogo político, cosa que Lenin y Trotsky no estaban dispuestos a consentir.

La relativa facilidad con la que habían tomado el poder en Petrogrado les dejó perplejos. Natalia Sedova visitó Smolny en los días inmediatamente posteriores al golpe. Encontró a Lenin y Trotsky agotados, con «el rostro [...] de color gris verdoso por la falta de sueño; los ojos hinchados, el cuello de la camisa sucio». Lenin y

Trotsky trataron de dormir en el suelo, pero la combinación de nerviosismo y fatiga les hizo ganar la batalla al sueño. «“Ya sabes, desde la persecución y la vida clandestina hasta llegar de repente al poder...”», susurró Lenin a Trotsky en tono vacilante mientras buscaba la expresión adecuada hasta decidirse por la alemana “*Es schwindelt*”: “produce vértigo”».

Cuando el Palacio de Invierno cayó en sus manos, los bolcheviques dominaron la siguiente sesión del congreso. Bajo la dirección de Lenin tomó tres decisiones relevantes. Aprobó un decreto sobre la paz que instaba a alcanzar un acuerdo justo y hacía un llamamiento a los trabajadores de Francia, Gran Bretaña y Alemania a que siguieran los pasos de sus hermanos soviéticos. Aprobó también un decreto sobre las tierras, por el que se abolía la propiedad de tierras de la aristocracia, la Iglesia y la familia imperial. El decreto provenía de los socialistas revolucionarios y, al suscribirlo, los bolcheviques ensancharon la base de sus apoyos entre los campesinos, a quienes ahora se animaba a emprender acciones colectivas y apoderarse de las grandes fincas que predominaban en el campo.

Por último, el congreso declaró la formación de un nuevo gobierno y un Comité Ejecutivo Central. Lenin pasó a ser el jefe del Sovnarkom (un término nuevo para referirse al Consejo de Comisarios del Pueblo), mientras que Trotsky fue nombrado comisario de Asuntos Exteriores. Lenin había propuesto en un principio que Trotsky fuera jefe del gobierno por deferencia a su papel en la toma del poder. Pero este declinó la oferta. La siguiente idea que se le ocurrió a Lenin para Trotsky era más difícil de resolver. Lenin le instaba a aceptar el puesto de comisario de Interior, desde donde dirigiría acciones contra la contrarrevolución. Apenas un día después de que los bolcheviques tomaran el poder, cuando la situación en las provincias todavía era incierta, Trotsky creyó que la presencia de un judío en el puesto de máximo garante de la ley entregaría a sus enemigos una herramienta muy valiosa. «¿Merecía la pena poner en manos del enemigo el arma que suponía mi estirpe judía?», preguntaba Trotsky. Ya era un golpe suficiente que la autocracia primero y, luego, el Gobierno Provisional, se hubieran desmoronado. No podía permanecer ajeno a sus orígenes judíos y los posibles efectos que causara, sobre todo entre los campesinos, donde las actitudes antisemitas seguían siendo generalizadas. Lenin tenía dificultades para aceptar la argumentación. «¿De modo que, hemos hecho una gran revolución internacional para que salga usted ahora con esas minucias?», replicó Lenin. Pero Yakov Sverdlov, que también era judío (y sería nombrado presidente de la Ejecutiva Central de los Soviets, presidente efectivo del país), coincidía con el razonamiento de Trotsky. Y fue Sverdlov quien propuso que Trotsky fuera comisario de Asuntos Exteriores, el segundo cargo más importante después del de Lenin.

Lenin y Trotsky constituyeron el rostro público del nuevo régimen. Todo recelo anterior sobre el papel de Trotsky quedó atrás. Lenin estaba agradecido por su recién hallada fe y, según una expresión que Trotsky solía citar, declaró que «a partir de aquel momento, no había habido mejor bolchevique».

Ahora les aguardaban retos monumentales. En los últimos días de octubre, Kerenski reunió varias unidades militares y trató de asaltar Petrogrado, pero Trotsky concentró soldados y guardias rojas y consiguió repeler el ataque. En Moscú, los bolcheviques se enzarzaron en encarnizados combates durante diez días para tomar el control de la ciudad. Al mismo tiempo, los mencheviques y los socialistas revolucionarios, acompañados por el poderoso sindicato ferroviario, siguieron oponiéndose al régimen de partido único. Trataron de negociar con los bolcheviques con la esperanza de ampliar el espectro del gobierno, e incluso para que Lenin y Trotsky fueran apartados de la dirección. Las negociaciones no condujeron a nada. Ante semejante oposición, Lenin y Trotsky instituyeron medidas represivas para consolidar el control sobre el país. El 27 de octubre, el gobierno promulgó su primer decreto, que autorizaba la censura de prensa en aras de eliminar la contrarrevolución. Para imponerlo, los bolcheviques enviaron grupos a destruir imprentas, requisar tinta y detener a los editores asociados a partidos de oposición. Según declaró Lenin en aquella época, «los periódicos opositores no eran menos peligrosos que las bombas y las ametralladoras». Un mes después ordenaron que se detuviera a los principales Kadetes, a quienes tildaron de «un partido de enemigos del pueblo». Luego detuvieron a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios y dirigentes campesinos de derechas; esos fueron los primeros pasos para la creación de un Estado policial. Como señaló en aquellos años el filósofo Nikolai Berdyaev, «en el comunismo ruso la voluntad de poder es más fuerte que la voluntad de libertad».

Este tipo de medidas alarmó a los bolcheviques moderados y a los socialistas, que no dudaban en advertir de la aparición de un terrorismo político y de la probabilidad de que estallara una guerra civil. Trotsky no desistió de su propósito. Comprometidos con la defensa del control de los bolcheviques, Lenin y Trotsky adoptaron toda clase de medidas que consideraran necesarias para conservarlo. «Mostráis indignación por el terror desnudo que aplicamos a nuestros enemigos de clase —afirmaba Trotsky—, pero permitidme deciros que en el plazo máximo de un mes adoptará formas más horrendas, inspiradas en el terror de los grandes revolucionarios franceses. A nuestros enemigos no les esperará la cárcel, sino la guillotina».

Tan solo dos semanas después de la revolución, Máximo Gorki había sido testigo de los suficientes métodos bolcheviques como para proferir un juicio mordaz. «Lenin y Trotsky no tienen la menor idea del significado de la libertad o de lo que son los derechos del hombre —escribió en *Novaya Zhizn*—. Ya se han envenenado con la ponzoña nauseabunda del poder, cosa visible en su vergonzosa actitud hacia la libertad de expresión y el individuo y todas las demás libertades civiles por las que luchaba la democracia». Un mes después, los bolcheviques crearon la Checa, la policía secreta a la que se conocería por diferentes nombres, incluido el de KGB, para sustentar el monopolio del poder político utilizando los medios de violencia e intimidación más espantosos. Como escribió Nikolai Sujanov aquel mismo otoño, la dictadura de Lenin y Trotsky «descansa sobre las bayonetas de los soldados y los

trabajadores a quienes engañaron».

Pronto llegaría una decisión aún más fatídica. Tras la abdicación del zar en el mes de febrero, todos los partidos políticos manifestaron su apoyo a una Asamblea Constituyente, que se elegiría democráticamente y se reuniría para decidir cuál sería la nueva forma de gobierno del país. Lenin y los bolcheviques también suscribieron ese punto de vista. Las elecciones para la Asamblea Constituyente se celebraron en noviembre y arrojaron un resultado que no podía más que frustrar a los bolcheviques. Los Socialistas Revolucionarios (SR) obtuvieron el 38 por ciento de los votos. (Su apoyo se dividía entre los socialistas revolucionarios de izquierdas, que apoyaban a los bolcheviques, y los socialistas revolucionarios de derechas, que no los apoyaban; habían constituido una única lista, lo que dificultaba valorar el sentido último de los votos que obtuvieron.)^[14] Los bolcheviques cosecharon un 24 por ciento, seguidos por unos porcentajes muy inferiores de los mencheviques, los Kadetes y los socialistas revolucionarios ucranianos.

La votación supuso una derrota importante para el régimen bolchevique. Pospuso de inmediato la convocatoria de la Asamblea Constitucional, insistiendo en que no podría celebrarse hasta el 5 de enero. En el ínterin de varias semanas, los bolcheviques debatieron si podían o no permitir que se reuniera la asamblea; en cualquiera de los casos, Lenin jamás permitiría que unas elecciones generales anularan la toma del poder por parte de los bolcheviques. Se programó que la asamblea se reuniera en Petrogrado. El resultado difícilmente podía sorprender a nadie. Aquella mañana, decenas de miles de seguidores se reunieron a las afueras de la ciudad y empezaron a avanzar hacia el Palacio de Táuride. Sin previo aviso, los tiradores bolcheviques dispararon contra ellos, mataron a diez e hirieron a varias docenas.

Con su mayoría antibolchevique, la Asamblea Constituyente se reunió a última hora de aquella tarde en un clima de tensión profunda. Los delegados debatieron varias horas tratando en vano de poner freno al monopolio bolchevique del poder. Cuando se suspendió la sesión a primera hora de la mañana, los bolcheviques se aseguraron de que no se volviera a convocar la asamblea. Ahora, cualquier esperanza de reforma democrática en Rusia se había desvanecido. Trotsky apoyó de pleno la disolución de la Asamblea Constituyente; a su juicio, o bien sería un obstáculo para la revolución, o bien tendría un papel superfluo para su éxito. Ahora solo se interponían dos cosas en su camino: el ejército alemán estacionado en las fronteras de Rusia y las fuerzas armadas de oposición concentradas en el interior del país. Trotsky asumió la responsabilidad de frenar a ambos.

El gobierno de Lenin se dispuso a ocuparse de los alemanes. El decreto sobre la paz que este había emitido en octubre era el fundamento de su estrategia; formaba parte de su política de derrotismo revolucionario, que instaba a los trabajadores a derrocar a los gobiernos corruptos y burgueses y poner fin a la guerra. Trotsky compartía idéntica fe en las perspectivas de revolución en Europa. Aceptando el

puesto de comisario de Asuntos Exteriores, creía presuntuosamente en sus capacidades. Como le dijo a un amigo en aquella época, «¿qué labor diplomática somos aptos para llevar a cabo? Realizaré unas cuantas proclamas revolucionarias dirigidas a la población mundial y, luego, cerraremos el negocio». Pero las cosas no salieron así.^[15]

El 13 de noviembre, Trotsky ofreció a los alemanes tanto un armisticio parcial como su disposición a discutir un tratado de paz general. Al cabo de pocos días, la delegación soviética, encabezada por un amigo de Trotsky, Adolph Yoffe, y de la que también formaba parte Lev Kamenev, viajó a Brest-Litovsk, junto a la frontera polaca, donde se encontraba el cuartel general alemán. Ambos bandos encontraban ventajas en la firma de un tratado de paz independiente. Los alemanes confiaban en que la paz les permitiera desplazar soldados hacia el oeste, donde creían que podían obtener una victoria sobre Francia e Inglaterra. Para Lenin, un tratado de paz independiente proporcionaría a Rusia un balón de oxígeno para recuperarse de los trastornos de la guerra y la revolución; un armisticio general podría obligar a las potencias occidentales a reclamar también la paz. Pero a medida que las conversaciones progresaban, los alemanes se impacientaban. Sabían que tendrían ventaja en caso de que se reanudaran las hostilidades. Para impedir un avance alemán, Lenin envió a Trotsky a Brest-Litovsk a mediados del mes de diciembre con la esperanza de que sus dotes para la retórica prolongaran aún más las conversaciones y concedieran margen para que estallara la revolución en Europa. El conde Ottokar von Czernin, ministro de Asuntos Exteriores austriaco, se enfrentó a Trotsky al otro lado de la mesa de negociación y recordaba lo imponente que podía llegar a ser. «Trotsky es sin duda un hombre interesante e inteligente y un adversario muy peligroso. Exhibe unas dotes para la oratoria sobresalientes y una capacidad para la réplica ágil y eficaz que raras veces he visto, y presenta la insolencia típica de su raza». Para Czernin, Trotsky era en igual medida un judío impertinente y un bolchevique bravucón.

Pero los sucesos de Ucrania dieron al traste con los planes de Trotsky. Con el apoyo alemán, el Central Rada de Kiev (una especie de congreso nacional), alentado por los nacionalistas ucranianos, había declarado la independencia de Ucrania a finales de noviembre. Alemania estaba en condiciones de firmar un tratado de paz independiente con la Rada y de ocupar zonas de Ucrania, con lo que presionaba más a los bolcheviques. Entonces, los alemanes ampliaron sus exigencias e insistieron en que Polonia se separara de Rusia y que se otorgaran beneficios adicionales a Alemania en Lituania y Letonia.

Trotsky regresó a toda prisa a Petrogrado. Entre las filas de los bolcheviques emergían ahora tres facciones rivales acerca de cómo tratar a Alemania. La más extrema y popular, encabezada por Nikolai Bujarin, propugnaba ofrecer resistencia al ejército alemán en nombre de la revolución; confiaba en desencadenar un levantamiento en la propia Berlín. Trotsky defendía otro enfoque. Ansioso por

prolongar aún más las conversaciones, expuso el inteligente eslogan «ni guerra, ni paz». Propuso declarar unilateralmente el fin de la guerra, aun negándose a firmar un tratado de paz que reconociera la expansión territorial alemana. Solo Lenin estaba dispuesto a reclamar una paz inmediata, pese a que significara perder territorios muy valiosos. A Lenin lo único que le importaba era salvaguardar la revolución. Pero todavía tenía que aglutinar una mayoría. Así que Lenin transigió, se alineó con Trotsky para evitar una guerra suicida y volvió a mandarlo a Brest-Litovsk.

Pero los alemanes vieron aquí una oportunidad. El káiser ordenó a sus negociadores que formularan un ultimátum: o firmaba un armisticio o vería avanzar al ejército alemán. Trotsky estaba preocupado pero, entusiasmado aún con su capacidad para la retórica, afirmó que Rusia abandonaría la guerra pero se negaría a aceptar las exigencias alemanas de más territorio. Estupefactos y sin habla en un principio, los diplomáticos germanos detectaron enseguida la vulnerabilidad de Rusia: como no había ningún acuerdo de paz firmado, Alemania era libre de atacar.

Al cabo de pocos días, los ejércitos alemanes empezaron a avanzar a toda prisa y se apoderaron de Dvinsk, en Letonia, y de Lutsk, en Ucrania. Ante la vulnerabilidad de Petrogrado, los bolcheviques trasladaron la capital a Moscú, donde Lenin y Trotsky se mudaron a dependencias del Kremlin reclamando como propias las habitaciones privadas del zar. Lenin se impuso a sus colegas en la búsqueda de la paz. Envío un telegrama a Berlín aceptando las condiciones de Alemania. Cedió tanto territorio y tantos recursos agrícolas e industriales a Alemania que ningún dirigente soviético quería firmarlo, incluido Trotsky, que dimitió como comisario de Asuntos Exteriores.^[16] El tratado fue firmado el día 3 de marzo por un diplomático soviético de poco rango. La jugada de Trotsky solo sirvió para permitir a los alemanes apropiarse de más territorio. Fue Lenin quien mantuvo una comprensión más serena de la realidad política y militar. Pese al sacrificio territorial, estaba dispuesto a conceder territorios a cambio de paz. La revolución sobreviviría. Pero ahora, la guerra civil declarada y la intervención extranjera de aliados recientes de Rusia, así como de Japón, ponía en peligro todo lo que habían conseguido.

Los bolcheviques tenían que hacer frente a infinidad de enemigos armados. Los antiguos oficiales zaristas reunieron ejércitos en Ucrania y Siberia; la historia los ha denominado «rusos blancos». A ellos se unieron tropas nacionalistas que soñaban con la independencia de Ucrania, Georgia y Armenia, además de grupos de cosacos que anhelaban más autonomía para sus territorios tradicionales. En verano de 1918 habían surgido nada menos que dieciocho gobiernos insurgentes distintos, todos ellos decididos a resistirse al régimen bolchevique.

Al mismo tiempo, la intervención extranjera agravó la crisis. A principios de abril desembarcaron tropas japonesas en Vladivostok. Inglaterra, Francia y Estados Unidos enviaron tropas a través de los puertos septentrionales de Arcángel y Murmansk, así como a Odessa, a través del Mar Negro. En el interior de Rusia, una legión checa bien equipada compuesta por cuarenta mil hombres (soldados, estudiantes y antiguos

prisioneros de guerra) que se había alineado con Rusia contra los imperios centrales avanzaba ahora desde el Volga para atravesar Siberia y llegar a Vladivostok, donde tenía previsto embarcarse hacia el Frente Occidental para combatir a Alemania bajo el mando francés. Mientras atravesaban Rusia, los checos colaboraban con los movimientos antibolcheviques y llegaron incluso a veces a tomar el control del ferrocarril transiberiano.

Igualmente importante fue que en la primavera y el verano de 1918 la naturaleza del régimen bolchevique fuera quedando cada vez más al descubierto.^[17] La Checa se dedicaba a detener y asesinar a adversarios políticos; los campesinos estaban enfadados por la confiscación del grano; se esperaba que los trabajadores contribuyeran a revitalizar la producción industrial y dejaran a un lado las esperanzas de creación de unos sindicatos independientes. Fue en medio de este clima, en marzo de 1918, cuando el frente «iba convirtiéndose en un cerco cada vez más cerrado en torno a Moscú», cuando Trotsky fue nombrado comisario de Guerra y reunió a toda prisa al Ejército Rojo.

Sus iniciativas sirvieron para salvar la revolución. Trotsky, que carecía de cualquier tipo de experiencia militar, convirtió a sus tropas en un ejército regular. Fue decisión suya movilizar a la Guardia Roja que había defendido la revolución mediante bandas irregulares y desorganizadas en ciudades y fábricas. Fue decisión suya reclutar a millares de oficiales zaristas; hubo momentos en que representaron tres cuartas partes de la estructura de mando del Ejército Rojo. Luego estableció un mecanismo de mando dual asignando un comisario político bolchevique que los supervisara y convirtió a las familias de los oficiales en rehenes para garantizar su lealtad política. Kerenski también había utilizado la figura de los comisarios, pero fue Trotsky quien nombró uno para todos y cada uno de los niveles de mando y no solo para las escalas de mando jerárquicamente más altas. Y fue decisión suya ordenar el reclutamiento obligatorio en el verano de 1918, lo que incorporó al ejército a millones de campesinos.

Trotsky insistía en la disciplina rigurosa para limitar los motines y las desertiones. En un suceso acaecido en la pequeña ciudad de Svyazhsk, en la orilla del Volga opuesta a Kazán, Trotsky ordenó ejecutar a un oficial, un comisario y casi dos docenas de soldados por desertar. «Los cobardes, los egoístas y los traidores no escaparán a las balas del pelotón. Así os lo garantizo a la faz del Ejército Rojo». No había forma de confundir la decisión de Trotsky de ser despiadado. «Esto era poner un hierro candente en una llaga purulenta», como describió su decisión en *Mi vida*. Fue fiel a sus palabras y ordenó la ejecución de uno de cada diez hombres en las unidades que se negaran a combatir.

Fue Trotsky quien se convirtió en el testigo principal contra el almirante Schastny, el oficial al mando de la Flota del Báltico, en el juicio ante el Tribunal Revolucionario Supremo al que se le sometió acusado de sabotaje y de traición en junio de 1918; aquel fue el primer juicio público que se utilizó como instrumento de

terror bolchevique. Schastny fue acusado de organizar una conspiración para socavar el control soviético de la flota. Al almirante no se le permitió llamar a testigos de la defensa y fue ejecutado pocas horas después de emitido el veredicto, un mensaje inequívoco para que los oficiales zaristas garantizaran su lealtad a la causa bolchevique. Poco después de que el régimen hubiera decidido proscribir la pena capital, el caso produjo indignación profunda entre los demás partidos socialistas.

Nada ejemplificaba de forma más vívida el poder y el prestigio de Trotsky que su tren acorazado. Ensamblado a finales de la primavera de 1918, el convoy permitía a Trotsky acudir a toda prisa de un frente a otro (según algunas estimaciones, el tren recorrió 200 000 kilómetros durante la guerra civil) para evaluar la problemática militar de primera mano y elevar la moral de las tropas. El tren era tan pesado que requería ser propulsado por dos locomotoras. En un principio albergaba una imprenta, una estación de telégrafo, una radio y un generador eléctrico, un restaurante, una biblioteca, un garaje y un baño. En su despacho había sillones de cuero, un sofá, mapas en las paredes y máquinas de escribir ancladas en los escritorios de sus secretarios. Más adelante, cuando el tren se dividió en dos, Trotsky incorporó una unidad de aviación con dos pequeños aviones, varios automóviles y una banda de música. Preocupado por la posibilidad de sufrir emboscadas, Trotsky también viajaba muy protegido: le acompañaban en el tren una docena de guardaespaldas, mientras que una pequeña unidad de soldados lo rodeaba siempre cada vez que visitaba el frente.

A menudo viajaban a bordo periodistas, cuya presencia utilizaba Trotsky para transmitir la imagen de que era un comandante militar todopoderoso; se ocupó incluso de llevar una chaqueta de cuero diseñada por él mismo para subrayar la brutalidad de su eficacia. (Este uniforme se convirtió en el atuendo característico de los comisarios de la Checa). Una de las periodistas era Larisa Reisner, que estuvo con él en Svyazhsk. Fueron amantes en aquella época. En *Mi vida*, Trotsky rindió homenaje a su talento y su belleza: «cruzó por el cielo de la revolución, en plena juventud, como un meteoro de fuego. A su figura de diosa olímpica unía una fina inteligencia aguzada de ironía y la bravura de un guerrero». Reisner sobrevivió a la guerra civil, pero sucumbió al tifus en Moscú en 1926.

Los combates que estallaron en 1918 abarcaban grandes extensiones de Rusia y Ucrania. Al igual que sucede en todas las guerras civiles, la violencia fue cruel e indiscriminada. La causa de los rusos blancos demostró estar perdida. Los ejércitos blancos, encabezados por diversos oficiales zaristas, no lograron coordinar sus acciones en el inmenso territorio de Rusia, lo que dejó tiempo al Ejército Rojo para hacer saltar por los aires las líneas de comunicación interior. Los rusos blancos no podían aceptar la caída de la autocracia, ni suscitar el suficiente respaldo popular en un país donde la inmensa mayoría comprendía que Rusia no podía volver a la monarquía ni reanudar los combates contra los imperios centrales. Defendían a un régimen vergonzoso y moribundo y la actividad decidió su destino.

A veces, sin embargo, los rusos blancos planteaban una amenaza grave. El general Anton Denikin se apoderó en más de una ocasión de Kiev y de grandes zonas de Ucrania, y los combates solían ir acompañados de atroces pogromos que dejaron hasta 150 000 judíos muertos a manos de los nacionalistas ucranianos y los ejércitos blancos. Al desarrollar sus actividades en Siberia y en los Urales, la Legión Checa y el almirante Alexander Kolchak amenazaron Ekaterinburgo, donde en julio de 1918 permanecía retenido el zar. A principios de ese mes, Lenin y el Politburó habían aprobado la ejecución irrevocable del zar. Pero cuando la Legión Checa cercó la ciudad a mediados de julio, Lenin convenció a otros dirigentes bolcheviques, concretamente a Yakov Sverdlov, de que ordenara la ejecución del zar Nicolás II, de la zarina Alejandra, de sus hijos y sus criados. Los bolcheviques tenían que asegurarse de que no quedara ningún descendiente que restaurara a los Romanov y, después, utilizara al zar para aglutinar la oposición a su régimen. (Los checos tomaron la ciudad ocho días después de la ejecución). No está del todo claro cuál fue el papel de Trotsky en la ejecución; él afirmaba que se había enterado de la orden muy poco después de los asesinatos. Había soñado con someter al zar por sus delitos a un juicio en que él asumiría la función de fiscal jefe.

El año siguiente, en la primavera de 1919, los bolcheviques padecieron la amenaza más grave. Cerca de Moscú y Petrogrado se estacionaron unidades de rusos blancos. Lenin estaba tan nervioso que pensó en la posibilidad de abandonar la defensa de la antigua capital imperial. Pero Trotsky insistió en acudir en persona a Petrogrado y condujo a sus hombres él mismo a caballo para hacer retroceder a los blancos.

Durante algún tiempo, el prestigio de Trotsky fue inexpugnable. Bertrand Russell visitó Moscú en la primavera de 1920. Vio a Trotsky en la ópera del Bolshoi y quedó impresionado «por sus opiniones, su inteligencia relampagueante y su personalidad magnética». A juicio de Russell, Trotsky tenía «la vanidad de un artista o un actor», sobre todo cuando agradecía los vítores del público. Trotsky también cautivó a otra visitante británica, la escultora Clare Sheridan, que era prima carnal de Winston Churchill. Esta, simpatizante de los bolcheviques, llegó a Rusia en otoño de 1920 para trabajar en unos bustos de figuras destacadas del partido, incluidas las de Lenin y Trotsky. Parece probable que mantuviera una relación amorosa con este último. «Es una personalidad encantadora con un rostro sensible, contundente y preocupado y una voz particularmente deliciosa —escribió ella sobre Trotsky—. ¡Hemos discutido sobre toda clase de cosas, desde Shakespeare, Shelley y Sheridan hasta política internacional o rasgos comunes de nuestra personalidad! Tiene el intelecto sutil de un romano, capaz de transmitir cualquier cosa sin expresarla de hecho. Su conversación desborda imaginación e imágenes. Por supuesto que este lugar mima el cerebro de cualquiera, todo el mundo es tan brillante, pero Trotsky tal vez sea la persona más encantadora que yo haya conocido para conversar».

En *Mi vida*, Trotsky se enorgullecía de citar a un cosaco que había servido en el

Ejército Rojo. Un escritor ruso blanco había narrado cómo este cosaco había sido objeto de hostigamiento por haber prestado servicio «bajo las órdenes de un judío, Trotsky». El cosaco replicó de inmediato: «¡No es verdad!... ¡Trotsky no es judío! ¡Trotsky es un luchador!... Es de los nuestros... Es un ruso... —insistía el cosaco—. Lenin, sí; Lenin es comunista... es judío». Hasta Stalin reconocía la importancia de Trotsky. En un escrito publicado en *Pravda* con motivo del primer aniversario de la revolución atribuía a Trotsky el mérito de haber realizado «todo el trabajo de organización práctica de la insurrección [...] Se puede decir con certeza que la audaz ejecución de la labor del Comité Militar Revolucionario se la debe el partido principalmente y por encima de todo al camarada Trotsky». Bonitas palabras en 1918. Todo aquel que se atreviera a hacerse eco de semejante piropo no muchos años después sería condenado al exilio, la cárcel o algo peor.

No obstante, pese a sus éxitos militares, había dirigentes del partido que ponían en duda el criterio de Trotsky, sobre todo en lo relativo al reclutamiento de oficiales zaristas, a la rígida disciplina del ejército y al autoritarismo de la cadena de mando. Ante semejantes críticas a su dirección, Trotsky presentó su dimisión como comisario de Guerra, pero Lenin se negó a aceptarla y le dio carta blanca para continuar su labor. «Muéstrame a otro hombre capaz de organizar un ejército casi modélico en un solo año y de ganarse el respeto de los expertos militares —le dijo Lenin a Gorki—. Tenemos un hombre así. Lo tenemos todo. Y haremos maravillas».

Durante la guerra civil, Trotsky también tuvo que ocuparse de las actitudes antisemitas de la población. Hizo pública su preocupación por el elevado número de judíos que eran agentes de la Checa, sabiendo que su presencia no serviría más que para provocar odio hacia los judíos como colectivo. Logró reclutar a judíos para el Ejército Rojo porque estaban impacientes por vengarse de los ataques de pogromos, pero defendió en vano la creación de unidades judías con la esperanza de que contrarrestaran las afirmaciones antisemitas de que los judíos evitaban prestar servicio militar. Al menos en una ocasión, en julio de 1920, tuvo noticia de la existencia de una unidad de la Guardia Roja que había fijado como blanco a los judíos de Novorosiisk; su intervención puso fin al pogromo.

Al mismo tiempo, los periódicos que se distribuían en los territorios controlados por los blancos utilizaban la imagen de Trotsky para movilizar la oposición contra los bolcheviques. Los partidarios de Simon Petlyura en Ucrania eran famosos por gritar «¡Abajo Trotsky!» durante sus criminales ataques contra ciudades judías.^[18] Los panfletos de las Centurias Negras afirmaban que Trotsky estaba transformando las iglesias en salas de cine pero dejaba intactas a las sinagogas. Otros folletos clamaban que Lenin y Trotsky querían convertir a todos los campesinos en judíos y luego los circuncidaban, mientras que otro más describía que los judíos eran los agentes del bolchevismo, como si este les hubiera contaminado la sangre. En un país donde los judíos habían sido perseguidos y marginados durante tanto tiempo, debió de haber resultado inquietante para millones de personas ver a judíos entre los responsables del

gobierno.

En cierto momento, una delegación de judíos acordó reunirse con el general Denikin con la intención de suplicarle que acabara con los pogromos. A los judíos de a pie, le dijeron, no se les debía hacer responsables de Trotsky, del mismo modo que a los rusos ordinarios no se les debía hacer responsables de Lenin. Pero para los rusos blancos y los antisemitas era demasiado conveniente suscribir esa lógica, al menos en lo que se refería a los judíos.

Trotsky podía llegar a ser muy elocuente contra los pogromos, pero no obstante también podía manifestar desdén explícito hacia los intereses provincianos de los judíos. No tenía el menor deseo, por ejemplo, de proteger a las instituciones religiosas judías. No podía identificarse ni simpatizar con las sensibilidades subyacentes; él no tenía ninguna.

Trotsky carecía de *ahavat yisroel* (amor hacia el pueblo judío) o de compromiso con su continuidad histórica. Los judíos eran, sencillamente, otra pequeña minoría perseguida. Cuando era niño no se identificaba con sus compañeros judíos. Siendo adolescente en Odessa vivió con una familia judía declarada pero asimiló poco apego a sus orígenes, si es que llegó a asimilar algo. Cuando el encanto del marxismo cautivó su imaginación y su fe, Trotsky abandonó su identidad judía. A su juicio, era un paso necesario para abrazar al conjunto de la humanidad (o, al menos, al proletariado). De modo que afirmaba que los prejuicios contra los judíos no eran un elemento importante de su odio a la autocracia. Así, afirmó que era un marxista y un revolucionario ruso y, luego, renegó de su identidad como judío. Pero el rechazo a sus orígenes judíos era intrínsecamente una forma de compromiso. Aunque desdeñaba una religión mesiánica, adoptó una fe utópica alternativa: una fe secular y mucho más peligrosa.

Trotsky pasó buena parte de su vida adulta entre judíos: en Londres, París, Viena, Nueva York y la propia Rusia; su estrategia, deliberada o inconsciente, debió de haber sido incansable con el fin de resistir al atractivo de la nostalgia. Cuando ocupó un sillón en el Kremlin durante y después de la guerra civil, no recibió a delegaciones de comunidades judías ni a líderes religiosos que creyeran que podría ceder a peticiones especiales. Cuando el rabino Jacob Mase, de Moscú, recurrió a él en busca de ayuda, Trotsky declaró: «Yo no soy judío. Soy un internacionalista marxista [...] No tengo nada en común con los asuntos judíos y no quiero saber nada de ellos». A los ojos de Trotsky, los peticionarios judíos estaban dando por supuesto un vínculo íntimo que él se negaba a afirmar. Así que denegó peticiones de delegados judíos; representaban un recordatorio inoportuno de sus orígenes, un fragmento de su identidad que él consideraba haber dejado atrás, como si pudiera renegar del pueblo judío. Después de la reunión, se dice que el rabino Mase comentó: «Los trotskistas hacen la revolución y los Bronstein pagan la factura». (Zinoviev decía que en 1918 los rabinos de Odessa los habían excomulgado a Trotsky y a él). Trotsky no se avergonzaba de sus orígenes judíos ni tampoco de negarlos. En los formularios del

partido escribía «judío» como nacionalidad. Cuando llegó a México en enero de 1937 escribió la palabra «Ninguna» en el espacio blanco destinado en el pasaporte mexicano a la afiliación religiosa.^[19]

Cuando los bolcheviques consolidaron su poder en Rusia, las medidas represivas que impusieron incomodaron a muchos antiguos aliados de Europa occidental, entre los cuales se encontraban Rosa Luxemburgo y Karl Kautsky. Luxemburgo y Trotsky habían compartido en una ocasión cierto odio hacia la insistencia de Lenin en la formación de un partido disciplinado y centralizado. Ahora, en 1918, ella comprendió hasta dónde se estaban apoderando de Rusia las tácticas de Lenin. «Sin elecciones generales —escribió—, sin libertad de prensa y de reunión sin restricciones, sin una libre batalla de opinión, la vida agoniza en todas las instituciones públicas, se convierte en una mera apariencia, en la que solo la burocracia prevalece como elemento activo [...] La vida pública desaparece paulatinamente; solo gobierna una docena escasa de dirigentes del partido extremadamente enérgicos y enormemente idealistas [...] En el fondo de esto reside el régimen de una camarilla; una dictadura, es verdad, pero no la del proletariado, sino la de un puñado de políticos».

Karl Kautsky también intervino. En 1918 y 1919 publicó dos panfletos, *La dictadura del proletariado y Terrorismo y comunismo*. Como veterano socialista que era, Kautsky mantenía su fe en la democracia. Se burlaba de la dictadura de Lenin diciendo que no era más que un monopolio del poder en manos de un único partido político. Sin el apoyo de la mayoría, que tenía derecho a expresar su voluntad política, ningún movimiento político podía imponer el socialismo a una población que no lo quisiera. La tentativa no podía desembocar sino en una dictadura manifiesta que tendría que recurrir a la fuerza y la intimidación, el terror, para aferrarse al poder y moldear la sociedad a su antojo.

Kautsky tocó una fibra sensible. Tanto Lenin como Trotsky respondieron con panfletos. Este último no se estremeció. En *Terrorismo y comunismo* (un título copiado del de Kautsky), Trotsky hacía algo más que defender el uso de la fuerza durante una guerra civil; sostenía que esos métodos eran necesarios para crear el socialismo. «Quien desea el fin no puede rechazar los medios», sostenía. Sí, los rojos y los blancos se enzarzaron ambos en la violencia para alcanzar sus objetivos, pero lo que los bolcheviques tenían en mente estaba tan esencialmente encaminado al beneficio *de todos* que el uso de la coerción estaba justificado, mientras que los métodos similares empleados por los reaccionarios, que no beneficiaban más que a una relativa minoría, merecían ser condenados. «Una revolución —afirmaba— no se decide mediante votación [...] La represión [es] el medio necesario para quebrar la voluntad del bando opositor». Trotsky nunca se retractó de estas ideas, ni siquiera cuando formaba parte de una oposición perseguida y se convirtió en blanco principal de la ira de Stalin.

Las urgencias radicales de Trotsky eran inequívocas. Ese fue el quid de la tragedia, para él personalmente y, de manera más significativa, para la propia Rusia.

El país estaba ahora en manos de unos marxistas decididos que no se detendrían ante nada para mantenerse en el poder e imponer su perspectiva ideológica. En *Terrorismo y comunismo*, Trotsky sostenía que solo se podía interpretar que aquello que el partido defendía venía motivado en exclusiva por su compromiso con la defensa de la causa de la clase trabajadora. Con la revolución, todo era posible. Para defenderla, nada estaba prohibido.

El terrorismo, además, se podía utilizar en nombre de la revolución. «La intimidación es un arma política poderosa —escribió Trotsky desde su tren acorazado en 1920—. La guerra, como la revolución, se fundamenta en la intimidación. La victoria en una guerra, en términos generales, solo destruye una parte insignificante del ejército conquistado, intimidando al resto y quebrando su voluntad. La revolución actúa del mismo modo: mata a determinados individuos e intimida a millares». Censura, ejecuciones sumarísimas, tortura, prisión política y exilio... todo estaba justificado en nombre de la construcción del socialismo.

Hubo una época en la que Trotsky desconfió de los métodos de Lenin, cuando entendía que la insistencia en el control desembocaría inevitablemente en la dictadura y la ruina. Pero ahora había probado las mieles del poder. Al igual que Lenin, Trotsky podía mostrarse indiferente hacia el sufrimiento humano si se infligía en nombre de su credo marxista. Angela Balabanoff era una amiga desde hacía mucho tiempo. Al ver la transformación de Trotsky, no pudo evitar señalar que «era un neófito que quería superar en fervor y ardor a los propios bolcheviques, el neófito que quería ser perdonado por los muchos delitos contra el bolchevismo que había cometido en el pasado [...] volviéndose más intransigente, más revolucionario y más bolchevique que cualquiera de los demás». Ahora, el ansia por aferrarse al poder llevó a los dirigentes bolcheviques a un mundo cruel y criminal que acabaría consumiendo a muchos de ellos, también al propio Trotsky.

La guerra civil terminó en la primavera de 1921. Pero el descontento por los métodos bolcheviques recorrió el país. El hambre, las huelgas de los trabajadores urbanos y las revueltas campesinas pusieron obstáculos al régimen de Lenin. La economía estaba sumida en el caos, debilitada por los años de guerra y revolución, por la expropiación forzosa de grano para abastecer las ciudades y por los experimentos bolcheviques relacionados con el uso del trueque y la erradicación del dinero. Trotsky no resurgió de la guerra civil con la popularidad que sin duda esperaba.^[20] Las mismas cualidades que le valieron para ser eficaz como comisario de Guerra mermaron su popularidad en el seno del partido. Dada la fuerza de su intelecto y su elocuencia, Trotsky se apropiaba de la autoridad cada vez que se dirigía a la multitud. Aquello también le investía de cierta pátina de demagogo. Ahora se palpaba el resentimiento por sus métodos autoritarios, su vanidad personal, sus modales arrogantes y, a menudo, bruscos, y sus enfrentamientos con otros dirigentes del partido como Stalin respecto a estrategias militares. Los bolcheviques se fijaban en la Revolución francesa como guía para su propia revolución. Conscientes siempre

del papel de Napoleón, les preocupaba que Trotsky pudiera aprovechar su prestigio militar para dar un golpe de Estado. A juicio de los demás, Trotsky se había unido hacía demasiado poco tiempo a los bolcheviques, y su apego al Estado o al ejército parecían más fuertes que sus lazos con el partido. Sobre el papel, Trotsky siguió siendo comisario de Guerra, pero una vez concluida la guerra civil su poder como líder político empezó a declinar.

Trotsky dirigió entonces su atención a la economía, con esa aproximación autoritaria que ya había adoptado en el Ejército Rojo. Instó a la creación de batallones de trabajadores, en los cuales se asignarían soldados desmovilizados a labores agrícolas e industriales concretas. Combatió la idea de conceder a los sindicatos un mínimo grado de autonomía, convencido de que con el comunismo los trabajadores no necesitarían mejorar sus condiciones laborales ni defender sus derechos. Los trabajadores y los directores de las fábricas compartían el objetivo de incrementar la productividad, de la que todos se beneficiarían por igual. En marzo de 1920, Trotsky fue nombrado comisario de Transportes, responsable de la supervisión de los ferrocarriles. Aquí también recurrió a una planificación centralizada muy rígida, a medidas draconianas para combatir el absentismo y a cierta insistencia en que los trabajadores estuvieran dispuestos a sacrificar algunos sábados y domingos para realizar tareas no remuneradas.

Las ideas de Trotsky generaron protestas entre los trabajadores. El dirigente menchevique Raphael Abramovich acudió en defensa de estos últimos. En un discurso pronunciado en un congreso sindical celebrado en Moscú, comparó la militarización de Trotsky del trabajo con los métodos de los faraones para construir las pirámides. En respuesta, este retrocedió a una fórmula doctrinaria afirmando que Abramovich olvidaba que la naturaleza del gobierno era de clase. «La obligación que imponemos —le recordaba Trotsky— viene impuesta por un gobierno de trabajadores y campesinos». Esta retórica suscitaba oposición incluso en otros bolcheviques, como Mijail Tomsy o Grigori Zinoviev, partidarios de permitir que los sindicatos defendieran los derechos de los trabajadores. Lenin intervino en favor de los críticos de Trotsky, preocupado por si el enfoque de este y su estridente crítica de otros dirigentes del partido socavaba la unidad del mismo.

Muy pronto, se presentó ante el partido una crisis más grave. Los marineros de Kronstadt estaban cada vez más furiosos por la incipiente dictadura y las penurias de los campesinos; a salvo en su bastión insular fortificado, desataron un motín y reclamaron derechos democráticos. En una proclama desafiante denunciaron la Revolución de Octubre porque había esclavizado al pueblo ruso.

El poder de la monarquía, con su policía y su gendarmería, ha pasado a manos de los usurpadores comunistas, que no han dado al pueblo libertad, sino el miedo constante a la tortura de la Checa [...] A las protestas de los campesinos, manifiestas en levantamientos espontáneos, y a las de los

trabajadores, cuyas condiciones de vida los han obligado a declararse en huelga, han respondido con ejecuciones masivas y un derramamiento de sangre que supera incluso al de los generales zaristas.

El llamamiento contaba con el apoyo de los socialistas revolucionarios del interior y de las comunidades de emigrados de Europa. El régimen temía que se reanudara la guerra civil. Lenin y Trotsky no podían reconocer la legitimidad de las críticas de los marineros. Al contrario, las denunciaron calificándolas de animadas por el pensamiento de «la contraiteligencia francesa» y los «socialistas revolucionarios y las Centurias Negras». Trotsky fue enviado a Petrogrado para encabezar el contraataque. Pidió de inmediato a los rebeldes que se rindieran o, de lo contrario, deberían enfrentarse al Ejército Rojo. Como ignoraron el ultimátum, envió un voluminoso contingente a cruzar al golfo de Finlandia, congelado, y atacar la fortaleza; pero los marineros, que disponían de artillería y cañones navales, abrieron grandes aberturas en el hielo que hicieron que centenares de soldados, que trataban de avanzar durante una cegadora ventisca, cayeran al agua y se ahogaran.

El Ejército Rojo se reagrupó. El 16 de marzo, decidido a asaltar Kronstadt antes de que el deshielo primaveral volviera inexpugnable la fortaleza, un contingente muy superior de cincuenta mil soldados atravesó el hielo abierto. En esta ocasión lo consiguieron. La rebelión fue sofocada. A los marineros supervivientes se les hizo desfilar por las calles de Petrogrado. Dos mil fueron ejecutados inmediatamente después; otros sucumbieron a una muerte mucho más dolorosa en el nuevo campo de concentración de Solovki, en una isla del Mar Blanco.

El papel de Trotsky en la rebelión de Kronstadt afectó para siempre a su reputación. No había ninguna duda de su voluntad de matar para preservar la revolución. Él y Lenin se habían entregado de lleno a distorsionar de forma deliberada los motivos de los rebeldes para justificar la cruda represión, afirmaciones que repitió en los años posteriores. Una vez exiliado, Trotsky hizo todo lo posible por evitar debatir sobre aquel episodio. Negó incluso haber participado en el ataque a la fortaleza o en las represalias posteriores, mientras que sus partidarios, ansiosos por limpiar su nombre de cualquier tipo de nubarrón, negaron su participación después de que hubiera muerto. Nadie vinculado a Trotsky tenía interés por la verdad. Él mismo apenas lo mencionó en sus memorias y dedicó una única frase a Kronstadt en su libro sobre Stalin, donde descalificaba a los marineros diciendo que eran «unos cuantos anarquistas y socialistas revolucionarios sospechosos» que «auspiciaban a un puñado de campesinos revolucionarios y soldados en rebeldía».

El episodio del Kronstadt tuvo lugar durante el X Congreso del Partido. Asediados por las múltiples revueltas de trabajadores, campesinos y marineros, Lenin acometió dos medidas importantes. Sabiendo que tenía que rechazar el comunismo de guerra y revitalizar la economía, Lenin implantó la Nueva Política Económica (NPE), un conjunto de reformas que autorizaron el regreso de los métodos capitalistas. Lenin

también tuvo que afrontar la animadversión de facciones del partido: una Oposición Obrera, encabezada por Alexandra Kollontai, ponía reparos a los privilegios que el partido se había arrogado y reclamaba más democracia... tanto dentro del partido como en el conjunto de la sociedad. Kollontai y sus aliados pretendían enfrentarse a la élite burocrática que, cada vez más, dirigía el país. Lenin no aceptaría nada. Él era partidario de hacer desaparecer las facciones del partido, declarando ilegal que canalizaran la oposición a las políticas oficiales. Su propuesta fue aprobada por abrumadora mayoría, una calamitosa evolución a la que Trotsky prestó apoyo. La decisión no solo mermó el libre debate en el seno del partido, sino que también desembocó en la creación del cargo de secretario general, cuya misión consistía en imponer la disciplina del partido y reclutar nuevos miembros leales. Lenin designó a Iósif Stalin para ese cargo en abril de 1922. Stalin era poco conocido en aquella época. Al cabo de un año, empleó su cargo para asegurarse el control del partido.

En ocasiones, Trotsky también secundó la represión intransigente de la vida cultural. Durante el verano de 1922 respaldó el exilio forzoso impuesto a más de doscientos destacados intelectuales a los que se calificaba de contrarrevolucionarios y los expulsó del país en dos barcos. Lenin llevaba varios meses planificando esta medida; los bolcheviques se preocupaban cada vez más por el ejemplo que daban los poetas, escritores y filósofos que proclamaban sus ideas sobre la libertad individual y publicaban revistas independientes, sobre todo en Petrogrado. Imbuidos de cierto sentido del humanismo cristiano, pensadores individuales como Nikolai Berdyaev o Semion Frank trataban de imaginar una salida alternativa para el país en algún territorio situado entre los extremos de la autocracia rusa y la ideología bolchevique. Con todo, entre los bolcheviques no existía tolerancia alguna con semejantes ideas subversivas. Como expuso Trotsky en una entrevista concedida a la periodista estadounidense Louise Bryant, «los elementos a quienes estamos enviando o enviaremos [fuera] carecen de valor político en sí mismo. Pero son armas potenciales en manos de nuestros posibles enemigos. En el caso de nuevas complicaciones militares [...] todos estos elementos irreconciliables e incorregibles se convertirán en factores politicomilitares del enemigo. Y nos veremos obligados a fusilarlos». Para Trotsky, estos intelectuales no eran más que una quinta columna. Pero animó a Bryant a que interpretara la expulsión como un acto de misericordia y defendiera a los bolcheviques en la prensa occidental.

En realidad, los bolcheviques entendían y temían los valores que estos intelectuales representaban. Lenin y Trotsky habían surgido del mismo entorno social y cultural, pero su perspectiva utópica extrema les separaba de otros que sí conservaban cierto compromiso con la creatividad individual y la discrepancia intelectual; ese tipo de valores había estimulado la oposición al zar, y Lenin y Trotsky no podían permitir que ese conjunto de valores rivales se interpusieran en el camino de los dogmas deshumanizadores de los bolcheviques. Su ideología extrema era una traición a la tradición moral de la que habían surgido.

Aunque Trotsky era un estudioso de la literatura auténticamente sofisticado, no era ajeno a implicarse en críticas marxistas superficiales. En 1922, la línea más dura de los críticos marxistas pusieron a prueba sus puntos de vista sobre la poetisa Anna Akhmatova. Se la reconocía como una de las poetisas más destacadas del país; incluso *Pravda* había publicado un artículo positivo sobre ella, si bien sus versos carecían de todo contenido político y conjuraban un mundo de emociones privadas. Trotsky intervino en la polémica. En su recopilación de textos *Literatura y revolución*, se fijó como objetivos tanto a Akhmatova como a Marina Tsvetaeva, otra poetisa cuyos versos se habían granjeado la aclamación literaria:

Es aterrador leer la mayor parte de los libros de poesía, sobre todo los de las mujeres. En ellos verdaderamente no se puede dar un paso sin Dios. El mundo lírico de Akhmatova y Tsvetaeva [...] es extraordinariamente reducido. [...] Dios es una tercera persona muy cómoda y muy transportable, de uso doméstico, un amigo de la familia que de vez en cuando sirve de ginecólogo. Lo que es incomprensible es cómo ese individuo, que ya no es joven y está muy ocupado con encargos personales, casi siempre molestos, de Akhmatova y Tsvetaeva y las demás, puede dirigir el universo en sus ratos libres.

Pero es preciso ser justo con Trotsky y decir que, al menos en teoría, defendió una aproximación no doctrinaria a la censura. Como escribió en *Literatura y revolución*, «el arte no puede vivir ni desarrollarse en ausencia de un clima flexible de simpatía». Y en el párrafo más citado de este volumen, aconsejaba paciencia:

El arte debe abrirse su propio camino. Sus métodos no son los del marxismo. El partido dirige al proletariado, pero no el proceso histórico. Hay terrenos en los que dirige de un modo directo e imperativo. Hay otros en los que vigila y fomenta. Y otros, finalmente, en los que se limita a dar directivas. El arte no es una materia en la que el partido deba dar órdenes.

Sin embargo, para Trotsky las consideraciones políticas seguían invalidando las sensibilidades artísticas. No se podía tolerar ningún arte que se opusiera a la revolución, un principio que los diferentes censores interpretaban según criterios distintos. Para Trotsky, eso significaba mantener «un atento control revolucionario [...] alejado de todas las querellas de los círculos literarios», pero control en todo caso.

Literatura y revolución es también famosa por la expresión de la concepción utópica de Trotsky de la vida cultural bajo el comunismo.

Todas las artes —la literatura, el teatro, la pintura, la música y la arquitectura — darán a este proceso una forma sublime. Más exactamente, la forma que

revestirá el proceso de construcción cultural y de autoeducación del hombre comunista desarrollará al máximo los elementos vitales del arte contemporáneo. El hombre se hará incomparablemente más fuerte, más sabio y más complejo. Su cuerpo será más armonioso, sus movimientos, más rítmicos, su voz, más melodiosa. Las formas de su existencia adquirirán una calidad dinámicamente dramática. El hombre normal se elevará a las alturas de un Aristóteles, un Goethe o un Marx. Y por encima de estas alturas se elevarán nuevas cúspides.^[21]

En 1923, mientras Stalin acumulaba más influencia, Trotsky siguió escribiendo sobre infinidad de temas. El país se aprovechaba del ambiente relajado que había traído consigo la Nueva Política Económica. Trotsky y otros dirigentes bolcheviques creían que había llegado el momento de resaltar la necesidad de reformas culturales y sociales, junto con la transformación política del país. En la recopilación de ensayos *Problemas de la vida cotidiana*, Trotsky exploró el reto de la igualdad social de las mujeres en una época en que las relaciones familiares estaban desintegrándose. En una sociedad *post-revolucionaria*, había llegado el momento de reparar las infraestructuras del país, incrementar la alfabetización, «reducir el coste de producción de los zapatos en las fábricas soviéticas, combatir la indecencia, atrapar a los estafadores, llevar el tendido eléctrico al campo». Sus ideas provocaron discusiones y polémicas, pero remontándose a 1923, cuando Lenin agonizaba poco a poco y Stalin empezaba a tomar las riendas del poder, Trotsky garabateaba sobre problemas secundarios mientras se estaban decidiendo los destinos del país y el suyo propio.

Después de tantos años de retórica violenta contra Lenin, Trotsky estaba preparado ahora para amontonar elogios sobre él. Su admiración era auténtica. El 23 de abril de 1920, cuando Lenin cumplió cincuenta años, Trotsky escribió un elogio para la portada de *Pravda*. Su lenguaje pomposo contenía presagios del culto que posteriormente rodearía al nombre de Lenin:

La envergadura histórica del cometido que recayó sobre los hombros de Lenin requiere un sistema científico claro (la dialéctica materialista). Necesario, pero no suficiente. En este aspecto también es necesaria una fuerza creativa oculta, a la que denominaremos intuición: la capacidad de evaluar sucesos con rapidez, de diferenciar lo esencial y lo importante de la farfolla y las nimiedades, de completar con la imaginación las zonas que faltan de una imagen, de poner en cuestión a los demás, en especial a los enemigos, y de combinarlo todo y asestar un golpe tan pronto como la «fórmula» del golpe tome forma en la mente. Esta es la intuición para la acción. Sus obras científicas solo fueron preparativos para la acción. Si no hubiera publicado un solo libro en el pasado, habría ingresado en la historia como lo hace hoy:

como el líder de la revolución proletaria, el fundador de la Tercera Internacional.

Pero el partido tenía muchísima memoria; no se permitía que se desvanecieran las disputas del pasado. Un curioso incidente acaecido en diciembre de 1921 puso de relieve la creciente vulnerabilidad de Trotsky.

Los historiadores del partido encontraron documentos de las viejas polémicas de Trotsky con los bolcheviques, incluida la grave denuncia que había realizado contra Lenin. Una carta concreta, que Trotsky había enviado a Nikolai Chjeidze en 1913, aludía a Lenin como un «intrigante», un «desorganizador» y «un explotador del atraso de Rusia». Por deferencia a Trotsky, un archivero del partido llamado Mijail Olminsky le preguntó si se podía publicar el material, explicándole que carecía de sentido conceder demasiada importancia a viejas disputas olvidadas. El material no se dio a conocer a la opinión pública, pero aun así se distribuyó con cautela, un recordatorio vivo para los viejos bolcheviques de que no hacía tanto tiempo que Trotsky había sido un crítico acérrimo de Lenin. Como Stalin había reclutado nuevos miembros que no podían apreciar cómo habían discutido antes los socialdemócratas, la imagen de Trotsky como un segundón, como alguien que había denunciado en reiteradas ocasiones a Lenin, mermó su consideración en el seno de círculos cada vez más amplios del partido.

Trotsky no reparó en hasta qué punto su posición dependía de la salud de Lenin, quien tenía solo cincuenta y dos años cuando sufrió su primer ataque, en mayo de 1922. En un principio, el lado derecho del cuerpo quedó paralizado. Trotsky ni siquiera se enteró de la enfermedad de Lenin hasta pasados tres días, cuando Bujarin lo buscó para informarle. «Pero era evidente que no se trataba de una casualidad — escribió Trotsky años después—. Los que de tanto tiempo atrás se venían preparando para darme la batalla, y sobre todo Stalin, quisieron ganar tiempo». Al cabo de varios meses de convalecencia, Lenin recuperó poco a poco cierta fuerza hasta que sufrió más ataques. Stalin, en su papel de secretario general, controlaba el acceso a Lenin y supervisaba los cuidados médicos que recibía. Lenin también confiaba en él, sugiriendo a veces que Stalin le había administrado veneno para evitar una enfermedad degenerativa de larga duración. Acompañado de Kamenev y Zinoviev, Stalin buscó formas de obtener ventaja, de prepararse para la desaparición de Lenin y de impedir que Trotsky accediera al poder.

Curiosamente, Trotsky permaneció pasivo mientras Stalin acrecentaba su influencia en el seno del partido, sin importarle si los demás ya estaban enzarzados en una batalla por la sucesión. Los historiadores continúan discutiendo cuál era la actitud de Lenin en privado hacia Trotsky y Stalin. Había ocasiones, sin duda, en que Lenin favorecía a Trotsky, tal vez para promocionarlo como su sucesor predilecto. En abril de 1922, por ejemplo, Lenin propuso a Trotsky como vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. (Stalin había sido elegido secretario general del partido una

semana antes). Pero Trotsky rechazó la propuesta convencido de que semejante cargo, con poca autoridad propia y solapado con otras autoridades del gobierno y el partido, le concedía poca influencia sustancial. Como dijo en aquella época, «todos los comisarios están realizando demasiadas tareas y todas las tareas son llevadas a cabo por demasiados comisarios». La burocracia crecía demasiado y dejaba a Trotsky cada vez más marginado. Lenin reiteró la oferta varias veces aquel año, pero Trotsky la rechazó siempre. ¿Esperaba Lenin equilibrar la evidente autoridad del partido nombrando a Trotsky para que dirigiera el gobierno? Quizá. Pero cuando terminó la guerra civil, Trotsky no asumió otro cargo oficial que igualara en prestigio o poder al de cualquier otro puesto que hubiera ocupado anteriormente. Era uno de los principales críticos literarios del país. Daba conferencias sobre economía. Ejercía una influencia productiva sobre el curso de los éxitos diplomáticos iniciales de la Rusia soviética confiando en establecer lazos políticos y militares con Alemania y con restablecer negociaciones fructíferas con Gran Bretaña. A los ojos de la opinión pública, el país seguía estando dirigido por Lenin y Trotsky. El propio Stalin reconoció más tarde que, después de Lenin, Trotsky era el personaje más popular del país.

Pero el suelo que pisaba se movía. En cuanto Stalin se convirtió en secretario general, empezó a maniobrar para suceder a Lenin. Tenía siempre la mirada puesta en Trotsky, pero a este no le movía el ansia de poder. Sus partidarios podrían considerar que este detalle era una señal de su integridad, un indicador de que no albergaba pretensiones bonapartistas. Pero también se podría interpretar como una forma de arrogancia, como una reflexión de la presunción de Trotsky de que su estatura como revolucionario y dirigente militar le aseguraban que, llegado el momento, se le reconocería como el sucesor inevitable de Lenin. Estaba dispuesto a asumir el poder; pero no a luchar por él. Aquello le dejó mal preparado para la disputa consiguiente. Había una brecha trágica entre la brillantez estratégica de Trotsky en 1905 y 1917 y los errores tácticos garrafales que cometió durante los largos meses de enfermedad de Lenin. Ante cada giro de los acontecimientos, incluso cuando las ventajas le beneficiaban, actuó con poco sentido de la determinación. Cada mal paso le volvía más vulnerable que antes. Algunos años después, cuando escribió sus memorias, Trotsky trataba de explicar su falta de resolución. «Mi campaña se hubiera interpretado, o al menos hubiera podido interpretarse, como una batalla personal reñida por mí para conquistar el puesto de Lenin al frente del partido y del Estado. Y yo no era capaz de pensar en esto sin sentir espanto». Pero había más en juego que el lugar que ocupara Trotsky en la historia. Conocía lo bastante a Stalin para comprender que el destino de la revolución estaba en peligro. Pero no logró reunir la decisión suficiente para defenderla.

Trotsky también estaba fascinado por su interpretación del marxismo. Eran las fuerzas sociales, las masas, las que determinaban el destino de las revoluciones. A Stalin no le interesaban ese tipo de teorías; él quería hacerse con los mecanismos del

poder. Eso significaba tomar discretamente el control del aparato del partido y, luego, utilizarlo en beneficio propio cuando se presentara la ocasión.^[22] La estrategia de Stalin no se ajustaba a la teoría del poder de Trotsky. Es una ironía de la historia que en 1917, pese a su compromiso intelectual con una teoría marxista ortodoxa de la revolución, Trotsky organizara la toma de puentes e instituciones gubernamentales porque ese era el modo de apoderarse de Petrogrado. Pero cuando Stalin estaba apoderándose del partido, Trotsky no se dio cuenta de que estaba haciéndolo hasta que fue demasiado tarde. Parecía estar indefenso. Es una terrible ironía de su vida, casi incomprensible, que aquel cuyo nombre y presencia hacía crujir las vigas de las cancillerías demostrara ser políticamente ingenuo y vulnerable a las maniobras de Stalin. Nada menos que una figura como la de Milovan Djilas, el célebre marxista disidente yugoslavo, realizó una cruda valoración de la debilidad fundamental de Trotsky como político: «Trotsky, un orador excelente, un estilista brillante y un polemista superdotado, un hombre culto y de una inteligencia sobresaliente, adolecía solo de una cualidad: cierto sentido de la realidad». En el caso de Trotsky, su ceguera ante el desarrollo de los acontecimientos que le rodeaban contenía un elemento de autoengaño y contribuyó a su caída.

La actitud de Lenin hacia ambos todavía estaba cambiando durante el invierno de 1922-1923. Cuando sus fuerzas ya menguaban, Lenin fue preocupándose cada vez más por la sucesión. En diciembre empezó a redactar su testamento político. Con forma de carta dirigida al siguiente congreso del partido, redactó un texto donde examinaba a sus posibles sucesores (bolcheviques veteranos como Zinoviev, Kamenev, Yuri Piatakov o Bujarin, junto con Stalin y Trotsky) y le parecía que todos presentaban carencias en algún grado. Al ver que Trotsky y Stalin seguramente encabezarían bandos opuestos en cualquier disputa política relevante, Lenin parecía reacio a manifestar preferencia por alguno con la esperanza de evitar una escisión importante en el seno del partido.

El camarada Stalin, llegado a secretario general, ha concentrado en sus manos un poder inmenso, y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotsky [...] no se distingue únicamente por su gran capacidad. Personalmente, quizá sea el hombre más capaz del actual Comité Central, pero está demasiado ensoberbecido y demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de los asuntos.

Sin que Lenin lo supiera, una de sus secretarias compartía una copia con Stalin, que le ordenó destruirla. Pero quedaron copias al cuidado de Lenin.

Pasados diez días, Lenin sintió la necesidad de reconsiderar la decisión. Añadió un párrafo adicional, en esta ocasión fijando específicamente el blanco sobre Stalin y pidiendo que se le destituyera:

Stalin es demasiado brusco, y este defecto, plenamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, los comunistas, se hace intolerable en el cargo de secretario general. Por eso propongo a los camaradas que piensen la forma de trasladar a Stalin a otro puesto y de nombrar para este cargo a otro hombre que se diferencie del camarada Stalin en todos los demás aspectos solo por una ventaja, a saber: que sea más tolerante, más leal, más correcto y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc.

Lenin se había decidido. Impaciente por doblegar la autoridad de Stalin, convocó a Trotsky y lo animó a enfrentarse a este en el XII Congreso del Partido por sus métodos autoritarios en Georgia. La Rusia soviética había conquistado Georgia en 1921 arrebatando el control a un gobierno popular menchevique. Pero luego, Stalin dio un paso más y purgó a un grupo de bolcheviques georgianos con unos métodos tan arbitrarios que hasta Lenin se ofendió. Stalin, además, estaba proponiendo centralizar la autoridad del gobierno nacional hasta tal extremo que la *nueva* Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas empezó a parecerse a la *vieja* estructura administrativa de la Rusia zarista (la cárcel del pueblo) al negarse a reconocer los derechos de las pequeñas nacionalidades.

Lenin desconfiaba ahora del temperamento de Stalin y estaba enfadado por los insultos personales que Stalin había dirigido a su esposa, Nadezda Krupskaya, cuando estaba recopilando material sobre los sucesos de Georgia. Lenin había redactado una carta a Stalin en la que le amenazaba con «romper toda relación personal». Visto retrospectivamente, aquello supuso un momento potencialmente crucial; la historia posterior de la Unión Soviética pudo haber adquirido una orientación distinta. Pero Trotsky no se enfrentó a Stalin como Lenin hubiera deseado. Satisfecho con que él y Lenin estuvieran de acuerdo y con que Stalin aceptara las condiciones que le había propuesto, Trotsky simplemente pidió a Stalin que reelaborara el texto de su discurso ante el congreso, aplacara verbalmente a los georgianos y manifestara su oposición al chovinismo de la Gran Rusia. Su generosidad con Stalin llegó más lejos. Trotsky controlaba las notas de Lenin sobre el asunto de Georgia y, en caso de haberlas expuesto al partido, podría haber debilitado la aspiración de Stalin a la sucesión. Pero aquí, de nuevo, Trotsky no logró hacer valer su ventaja y dejó en manos del Politburó la decisión sobre qué hacer. Ni la carta personal de Lenin a Stalin, ni sus notas sobre Georgia acabaron siendo conocidas en el partido en general hasta que Nikita Krushev denunció a Stalin en 1956. Lenin había advertido a Trotsky de que no aceptara un «compromiso podrido» por mucho que Stalin le suplicara. Pero eso fue exactamente lo que hizo Trotsky. Por lo que se refiere al testamento político, se leyó a determinados dirigentes escogidos del partido pero no se dio a conocer a todos los delegados; los daños que pudiera sufrir Stalin quedaban limitados.

La curiosa pauta de pasividad de Trotsky ha suscitado desde hace mucho grandes debates entre los estudiosos de su trayectoria. Hasta Adolph Yoffe, íntimo amigo de

Trotsky, le reprendió por su falta de seguridad en sí mismo cuando la situación requería un asalto agresivo al poder, equiparable al del propio Stalin. Yoffe se suicidó en 1927, en parte desesperado por la expulsión de Trotsky del partido. En la nota que dejó al suicidarse, Yoffe escribió a Trotsky: «Siempre que creído que tú carecías de la *voluntad inquebrantable* de Lenin, de su *absoluta indisposición para ceder*». Como había presenciado Yoffe, Trotsky había retrocedido.

Pero no retrocedió por completo. En otoño de 1923, Trotsky y varias docenas de seguidores que se hacían llamar Oposición de Izquierda intentaron alzar un obstáculo frente a Kamenev, Zinoviev y Stalin. En una carta firmada por Trotsky y en una declaración posterior firmada por cuarenta y seis personalidades destacadas del partido, reclamaban mayor democracia en el seno de este, la inversión del curso de la rígida burocratización del mismo y más reformas económicas radicales. Trotsky fue capaz incluso de desarrollar sus puntos de vista en *Pravda* aquel mes de diciembre, con la vana esperanza de vencer la creciente ascendencia de sus adversarios. Pero se estaba quedando sin opciones y sin tiempo.

Lenin murió el 21 de enero de 1924. Era lunes. Trotsky estaba de viaje hacia el sur, a Sujumi, con la esperanza de recuperarse de una fiebre recurrente que le afectaba desde tres meses antes cuando había ido a cazar patos a una gélida ciénaga. Stalin informó a Trotsky de la muerte de Lenin y también confirmó que el funeral se celebraría ese mismo sábado, lo que impediría que Trotsky regresara a tiempo a Moscú. Este no sintió urgencia política para apresurarse a volver y no «atribuyó una importancia trascendental» al hecho de estar presente. Se negó a solicitar medidas extraordinarias: fletar un tren especial o limpiar la nieve de las vías que conducían al norte. En realidad, el funeral no se celebró hasta el domingo, un día después de lo previsto, lo que significaba que habría sido posible la asistencia de Trotsky. En ese momento estaba en Sujumi, pasando «días y días tumbado en un balcón con la cara vuelta al mar», escribió a un amigo en 1939. «Escuché salvas reiteradas en la ciudad. Pregunté cuál era el motivo. “Es la hora del funeral de Lenin”», le dijeron.

Según escribió en *Mi vida*, «la fiebre me había dejado fuera de combate en varios momentos críticos de la campaña, como si estuviese conjurada con mis adversario». Los médicos nunca lograron realizar un diagnóstico definitivo de su enfermedad; a veces creían que se trataba de un ataque de malaria. Pero Trotsky reconocía que la oportunidad de aquellas fiebres se había producido «en varios momentos críticos», lo que apuntalaba la sospecha de que los síntomas fueran resultado de una debilidad psicológica y no de un microbio. Tras la muerte de Lenin, cuando la carrera por el poder ya había comenzado, Trotsky no consiguió reunir la fuerza suficiente para reafirmar su presencia en la Plaza Roja. Como reconoció varios años después, «mi ausencia en las ceremonias de duelo [por Lenin] causó una impresión desagradable en muchos de mis amigos». Su debilidad física y la falta de resolución política, junto con la traición de Stalin, redujeron su envergadura en el país.

En el momento de la muerte de Lenin, Stalin, Kamenev y Zinoviev eran los

principales dirigentes del Kremlin. Trotsky estaba eclipsado. Estaba más que derrotado. Estaba condenado.

AL MARGEN DEL PODER

La sucesión no estaba decidida en el momento del fallecimiento de Lenin. Kamenev y Zinoviev mantuvieron la alianza con Stalin, si bien ambos parecían menospreciarlo. Estaban decididos a impedir que Trotsky accediera al poder y seguros de que su prestigio entre los camaradas bolcheviques les garantizaría imponerse. Kamenev, al fin y al cabo, dirigía el partido en Moscú, mientras que Zinoviev lo encabezaba en Leningrado y presidía el Comintern.^[23]

Trotsky sabía que carecía de un respaldo amplio en el partido. Tan solo unos cuantos días antes de la muerte de Lenin, un congreso del partido había denunciado sus opiniones calificándolas de «una desviación burguesa y mezquina del leninismo». Con la confianza de restablecer su autoridad, prometió lealtad al XIII Congreso del Partido en mayo de 1924. «Jamás he reconocido la libertad para las agrupaciones en el interior del partido, ni tampoco la reconozco ahora porque bajo las actuales circunstancias históricas las agrupaciones no son más que otro nombre para las facciones». Entonces, Trotsky trató de congraciarse con un partido que estaba cambiando delante de sus narices. «En última instancia, el partido siempre tiene razón, porque es el único instrumento histórico que posee la clase trabajadora para llevar a cabo sus tareas fundamentales [...] Sé que nadie puede tener razón contra el partido. Solo es posible tener razón con el partido y a través del partido, puesto que la historia no ha establecido ningún otro mecanismo para determinar cuál es la posición correcta». Trotsky, temiendo la humillación y la caída en una trampa que él mismo hubiera podido tender (un régimen controlado por un partido político dominante), se veía ahora obligado a luchar por el poder en el seno de un sistema donde su prestigio se esfumaba poco a poco.

Buscó un modo de afirmar su derecho sobre el legado de Lenin. En otoño de 1924 publicó el ensayo «Las lecciones de octubre». Impaciente por recuperar el lugar que le correspondía en la historia, describió su papel en la toma del poder bolchevique como el de colaborador principal de Lenin. También subrayó los errores de Kamenev y Zinoviev, que decepcionaron a Lenin en la primavera de 1917 cuando apoyaron al gobierno provisional y, luego, otra vez en otoño, cuando se opusieron al levantamiento armado. El propio Lenin había instado al partido a perdonar sus faltas. Pero Trotsky, por respeto a la verdad histórica o para saldar cuentas, los abochornó a ambos. Le salió el tiro por la culata. Si Trotsky estaba dispuesto a sacar a relucir los

errores de sus rivales, difícilmente se podía esperar que ellos ignoraran los suyos.

Stalin se aprovechó al máximo de la oportunidad que Trotsky le había brindado. Dirigió los ataques contra «Las lecciones de octubre» y se dedicó a introducir distorsiones en la historia que posteriormente cristalizaron en un ataque a gran escala contra la verdad histórica: Stalin, y no Trotsky, había estado en el centro de la planificación militar bolchevique. Stalin, y no Trotsky, había dirigido las unidades armadas que habían tomado el Palacio de Invierno. Con el apoyo de Stalin, Zinoviev declaró públicamente que «todo lo que se habla sobre el papel especial desempeñado por el camarada Trotsky es una leyenda propagada mediante rumores oficiosos “del partido”».

Trotsky había afirmado en «Las lecciones de octubre» que una conducta bolchevique en 1917 era el medio fundamental para valorar las credenciales de cualquier militante del partido. Nadie había trabajado más estrechamente con Lenin que él. Para contrarrestar la afirmación de Trotsky, Stalin y sus aliados desenterraron sus desacuerdos con Lenin, empezando por los de 1903 y llegando ininterrumpidamente hasta 1918, cuando discutieron sobre el tratado de Brest-Litovsk, y 1920, cuando discreparon sobre el papel de los sindicatos. La lógica de Stalin era contundente; nadie había insultado a Lenin como lo había hecho Trotsky; por tanto, nadie había traicionado a Lenin como Trotsky.

En sus memorias, Trotsky describe la estrategia de Stalin como una campaña basada en «puras invenciones» [sobre sus discrepancias con Lenin] «agrandadas telescópicamente». Cuando Lenin y Trotsky ordenaron al CMR que se apoderara de Petrogrado, el segundo subrayó al primero que era «necesario realizar un registro detallado de los acontecimientos de la revolución con el fin de evitar distorsiones posteriores». Lenin respondió con clarividencia. «No importa —le dijo a Trotsky—. Mentirán sin parar». Lenin estaba en lo cierto, pero no previó que las mentiras estarían orquestadas por uno de los suyos.

En 1925, el año siguiente a la muerte de Lenin, Kamenev publicó una recopilación de materiales que se centraban en las discusiones de Trotsky con Lenin. Las cartas y artículos eran auténticos, pero la recopilación estaba concebida para desacreditar a Trotsky, sobre todo entre los nuevos miembros del partido que carecían de recuerdos de la historia. En aquel momento, la afiliación al Partido Comunista rondaba las 400 000 personas, más de la mitad de las cuales se habían afiliado entre 1920 y 1924.

En la carta más citada de la recopilación, que Trotsky había enviado desde Viena al menchevique de Georgia, Nikolai Chjeidze, en enero de 1913 (cuando Lenin se acababa de apropiarse del nombre de *Pravda* para su periódico), se refería a este calificándolo de «un explotador profesional de todas las debilidades del movimiento obrero ruso» y afirmaba que «el edificio del leninismo está cimentado precisamente en mentiras e invenciones, y lleva en su interior las raíces venenosas de su propia descomposición».

Años después, Trotsky caracterizó con ironía esta carta diciendo que estaba «extraída del basurero de las disputas de refugiados políticos sobre la educación de los miembros más jóvenes del partido». Pero aun así le puso a la defensiva. Trató en vano de difuminar su efecto. «No puede servir más que para causar la impresión más terrible en todos los miembros del partido, sobre todo en aquellos que no han vivido las batallas anteriores a la guerra de facciones que se vivía en la emigración». Con todo, reconocía que «estas citas no me suenan a mí menos alocadas que a cualquier otro miembro del partido».

El episodio contribuyó a aislar políticamente a Trotsky en una época en la que Stalin vivía su ascenso. Trotsky no podía seguir manteniendo su cargo como comisario de Guerra, y dimitió en enero de 1925. Pero Zinoviev no quedó satisfecho y exigió que se le expulsara del Partido Comunista, una medida que Stalin consideró demasiado extrema y prematura; se negó a suscribirla. En aquella época Stalin dijo brindando clemencia: «La política de cortar cabezas es susceptible de ser “contagiosa”: se corta la cabeza a alguien hoy, a otro mañana, a un tercero pasado mañana y luego, ¿qué quedará del partido?». (Stalin sabía tener paciencia y esperó al momento oportuno para asegurarse de que su profética advertencia se hacía realidad más adelante). Ni Kamenev ni Zinoviev podían aprovecharse de la agudización del aislamiento político de Trotsky. Mantuvieron la alianza con Stalin, pero ahora se unió a ellos Nikolai Bujarin. Él ofrecía un fundamento teórico para la Nueva Política Económica y un programa de desarrollo económico gradual en el marco de un sistema mixto de propiedad privada y supervisión gubernamental. El programa se adaptó bien al espíritu del país tras los años de pobreza y trastornos. Como Stalin también lo suscribió, reforzó su imagen como dirigente moderado del partido.

Entonces Stalin presentó otro desafío ideológico a Trotsky. A finales de 1924 empezó a promover la idea de «socialismo en un país». La propuesta contrastaba con la opinión defendida por Trotsky desde hacía mucho tiempo (y que Lenin compartía), según la cual la revolución no podría sobrevivir sin el apoyo de nuevos Estados socialistas en Europa. Una vez más, aquí Trotsky descubrió que pisaba terreno movedizo. Ya no podía argumentar de forma persuasiva en defensa de la revolución inminente de Europa occidental cuando la oleada revolucionaria había pasado y no había dejado muestras de revitalizarse. Stalin tenía otra opinión. Después de años de levantamientos, el país necesitaba estabilidad. Después de años de guerra y revolución, el país necesitaba paz. Era Trotsky quien defendía la revolución permanente, como si la Unión Soviética no pudiera sostenerse en pie sin la ayuda de fuerzas exteriores. Al negar la posibilidad de construir el socialismo en un único país, Trotsky parecía poner en cuestión la capacidad del proletariado soviético. «Socialismo en un único país» pasó a ser un grito de guerra patriótico, mientras que el llamamiento a la «revolución permanente» se convirtió en un acto radical e irresponsable de aventurerismo. A los ojos del partido, Trotsky parecía entrampado en una creencia inconsolablemente optimista de la revolución. El país quería paz;

Trotsky ofrecía gloria.

Las argumentaciones de Trotsky y Stalin reflejaban la desesperada situación en que se encontraba el país. La Unión Soviética seguía siendo un país pobre y económicamente subdesarrollado en comparación con los países de Europa occidental. El proletariado había conseguido hacerse con el control del gobierno, pero la construcción de un sistema socialista de producción agrícola e industrial todavía estaba muy lejos. Trotsky, y también Lenin, creían firmemente que la revolución haría estallar levantamientos semejantes en otros lugares. Pero cuando aquello no sucedió, la opinión de Stalin (de que el socialismo se podía construir en el interior de las fronteras de la Unión Soviética) representaba una alternativa y, para muchos, una atractiva huida hacia adelante. La tesis de Stalin también llevaba consigo la ventaja adicional, una vez más, de que le hacía parecer un personaje moderado cuyas medidas encajaban con el estado de ánimo del país. No había ningún indicio de las medidas extremas que muy pronto impondría para llevar a cabo sus planes.

Y lo más importante, Trotsky seguía subestimando a Stalin, a quien consideraba una figura marginal de la revolución. Cuando escribió su biografía de Stalin en la década de 1930, Trotsky se dedicó a hacer una revisión sistemática de la historia del partido (congresos, conferencias, fundación y disolución de periódicos, correspondencia y reuniones clandestinas), todo para demostrar el modestísimo papel que Stalin había desempeñado en los años comprendidos entre 1904 y 1917. Trotsky se alegraba de desacreditarlo porque era «la más destacada mediocridad que hay en el partido». Stalin no era un intelectual, pero era un maestro de la intriga política; Trotsky era el único que quedaba fuera de su alcance. Sus brillantes ensayos y libros no lo acreditaban para reclutar y formar a las bases, sobre todo a los nuevos miembros que se afiliaban a un partido que estaban moldeando los valores de Stalin. Como escribió Trotsky en *Mi vida*, «los poderes burocráticos comprendían, cada vez con mayor evidencia, que Stalin era carne de su carne». Aun así, el testamento de Lenin seguía proyectando una sombra alargada sobre la preeminencia de Stalin. Pero incluso aquí, armado con una pistola cargada, Trotsky no podía convencerse de derribar a Stalin.

Su amigo Max Eastman, allí en Nueva York, publicó en 1925 un breve relato de lo que había presenciado en Moscú a principios de la década. Bajo el título de *Since Lenin Died*, fue uno de los primeros que describió la lucha por el poder, los ataques cínicos contra la reputación de Trotsky y una cándida evaluación de la falta de habilidad de este «para congregar a gente en torno a sí». A petición de Trotsky, Eastman también incluyó fragmentos del testamento de Lenin en su obra con la esperanza de llamar la atención del movimiento comunista de todo el mundo. Pero bajo presión del Politburó, Trotsky negó tener relación con el libro y aseguró que el testamento era una invención. Una vez más, escogió someterse y aceptar la humillación de mentir públicamente antes que aprovechar una ventaja evidente.

Stalin también recurrió a los prejuicios contra los judíos para asegurarse la derrota

de Trotsky. En 1917 Trotsky temía que los enemigos de la revolución utilizaran su origen para desacreditar a los bolcheviques, pero nunca previó que Stalin fuera a hacer uso del «Bronstein». En marzo de 1926 Trotsky se enteró de que los burócratas del partido estaban difamándolo con calumnias antisemitas. Escribió sus alegaciones, que hizo llegar a Bujarin con la esperanza de que interviniera. Trotsky describió lo que consideraba que era «una lucha soterrada que utilizaba toda clase de trampas y alusiones» para crear la impresión de que «los judíos del Politburó están montando un escándalo». Pero los miembros del Partido Comunista tenían miedo de informar a los órganos del partido sobre la agitación de las Centurias Negras, «temiendo que fueran ellos, y no las Centurias Negras, quienes serían expulsados». «¿Es verdad —preguntó Trotsky a Bujarin—, es posible que en nuestro partido, en Moscú, en las células de los trabajadores, la agitación antisemita pueda llevarse a cabo con impunidad?». El comentario de Trotsky transmite su sorpresa e ingenuidad. La revolución había triunfado, la autocracia y sus prejuicios habían quedado desacreditados, pero Trotsky no podía librarse del hándicap de ser judío. Con independencia de lo que Bujarin pensara acerca de la pregunta de Trotsky, no respondió.

Mientras tanto, Stalin siguió presionando a Trotsky, dificultándole que reuniera a sus partidarios. Además, sus fiebres seguían aquejándolo. En la primavera de 1926 el Politburó debatió si permitía a Trotsky recibir tratamiento médico en Berlín. La dirección del partido y la policía secreta aconsejaron no autorizarlo por temor a que atacaran a Trotsky o a que él intentara reunir adversarios de Stalin en Europa. La idea de expulsarlo del país «no se había alzado todavía en la cabeza policiaca de Stalin», escribió Trotsky en *Mi vida*. El Politburó dejó la decisión en manos de Trotsky; después de consultarlo con amigos, él y su esposa partieron hacia Berlín, donde viajaron con pasaportes diplomáticos falsos con el nombre de un oficial ucraniano. Pero el tratamiento médico de Alemania demostró ser inútil. A instancias de un cirujano, Trotsky se sometió a una tonsilectomía, que rememoró diciendo que era la desagradable experiencia de estar tumbado sobre una mesa «de espaldas, inmóvil, tragando sangre». Pero las fiebres no dejaron de aparecer. Mientras Trotsky se recuperaba de la cirugía, la policía le alertó de una supuesta tentativa de asesinato por monárquicos alemanes. Una vez que la clínica fue acordonada, Trotsky se vio obligado a buscar refugio en la embajada soviética. La policía alemana jamás fundamentó la afirmación y, muy pronto, Trotsky abandonó Berlín preguntándose si habría existido realmente una conspiración para asesinarlo.

Cuando la estrella de Trotsky empezaba a declinar, Stalin también desplazó a Kamenev y Zinoviev. Sus bases geográficas demostraban no ser rivales para la preeminencia de Stalin. A principios de 1926, ni Kamenev en Moscú ni Zinoviev en Leningrado volvieron a ser jefes del partido; ambos perdieron también sus cargos en el Politburó. Decididos finalmente a enfrentarse a Stalin, forjaron una nueva alianza con Trotsky —la Oposición Conjunta— con la confianza de plantarle cara dentro del partido.

Los acontecimientos fuera del país les brindaron posibilidades inesperadas. En mayo de 1926 estalló una huelga general en Inglaterra en solidaridad con los mineros británicos. Stalin y el Politburó prestaron apoyo al Consejo de Sindicatos, lo que significaba que el Partido Comunista y sus simpatizantes también apoyarían a la dirección sindical. Pero entonces el Consejo de Sindicatos, intranquilo por la eficacia de la huelga general, la desconvocó al cabo de nueve días sin haber obtenido concesiones sustanciales de los propietarios de la mina o del gobierno. Ahora la huelga se había convertido en un fracaso bochornoso para la izquierda. Trotsky y la Oposición Conjunta acusaron a Stalin de ser incompetente en la dirección: al apoyar a unos dirigentes sindicales demasiado propensos a transigir, el Politburó había desperdiciado una oportunidad sustancial para producir un cambio revolucionario.

En 1926 y 1927 se desató otra crisis, cuando Stalin estaba desarrollando una política compleja. Una vez clausurada la posibilidad de revolución en Europa, el Kremlin vio una oportunidad para un levantamiento revolucionario en Asia. El partido hegemónico de China, el nacionalista Kuomintang, liderado por Chiang Kai-shek, acogió de buen grado una alianza con un movimiento comunista mucho más pequeño y más débil. Stalin creía que Chiang recurriría ahora a sus aliados comunistas. Les dio instrucciones de que unieran sus fuerzas a las de Chiang, seguro de que entonces podrían socavar su liderazgo en el Kuomintang. Trotsky tenía otra opinión, convencido como estaba de que sería mejor que los comunistas siguieran siendo independientes de un movimiento político burgués, consejo que recordaba a las críticas que realizó a la política del Kremlin durante la huelga general británica. Sus preocupaciones en China demostraron estar justificadas. Ante la tentativa de los trabajadores y los aliados comunistas de tomar el control de Shanghái en abril de 1927, las fuerzas superiores de Chiang intervinieron y las aplastaron, lo que desembocó en una matanza a gran escala. (André Malraux inmortalizó estos acontecimientos en su novela *La condición humana*). Sin embargo, el Kremlin aconsejó al partido comunista chino que permaneciera en el Kuomintang. La política exterior de Stalin resultó ser fatídica para los camaradas revolucionarios. Trotsky, siempre alerta a la posibilidad de poner de manifiesto la incompetencia de Stalin y los catastróficos resultados de sus políticas, trató de sacar ventaja. Escribió llamamientos, distribuyó cartas e hizo campaña de muchas otras formas para plantear la cuestión en el partido y en el Comintern. Sus partidarios, no obstante, quedaron reducidos a organizar reuniones informales en fábricas, apartamentos privados y residencias de estudiantes. Tal vez Trotsky pensara incluso en la posibilidad de crear un partido nuevo e independiente que rivalizara con el de Stalin. Ninguna de las maniobras le condujo a ninguna parte.

La Oposición Conjunta siguió buscando modos de debilitar a Stalin. Una iniciativa fue publicar el testamento de Lenin en la Unión Soviética. Cuando fracasó el intento, fue la Oposición Conjunta, sin duda con la aquiescencia de Trotsky, la que difundió el texto completo en Occidente. Max Eastman lo publicó por primera vez en

The New York Times el 18 de octubre de 1926. Al cabo de pocos días, Stalin pasó a la contraofensiva acusando a la Oposición Conjunta de ser «una desviación socialdemócrata» e insistiendo en que sus dirigentes debían retractarse de sus opiniones. Trotsky no se dejó intimidar. Frente a los miembros del Comité Central condenó a Stalin calificándolo de «sepulturero de la revolución». Nervioso y enojado, el aludido abandonó la sala. La mañana siguiente, el Comité Central aprobó expulsar a Trotsky del Politburó. Sus amigos le expresaron sus temores. Yuri Piatakov le advirtió que «Stalin nunca le perdonaría hasta su tercera o cuarta generación». Fue una advertencia profética, pero en aquel momento ni Trotsky ni su esposa se la tomaron en serio.

En otoño de 1927, Trotsky, Kamenev y Zinoviev habían sido expulsados del partido, junto con cientos de sus partidarios. (Según Trotsky, Nadezda Krupskaya había contado a un grupo de figuras de la oposición en 1926 que Stalin habría encarcelado a Lenin en caso de que todavía viviera). Ese año el director de cine Sergei Eisenstein hizo una sátira de Trotsky en su emblemática película *Octubre*, su relato de la revolución, donde lo retrataba como un intelectual amanerado que había causado muy poco impacto en los acontecimientos que le rodeaban. Humillados, ni Kamenev ni Zinoviev podían seguir fuera del redil. Se retractaron de sus opiniones y suplicaron a Stalin que los readmitiera en el partido, petición que les concedió. Trotsky fue obligado a desalojar su apartamento en el Kremlin, pero Stalin tenía en mente una medida más drástica para él: deportarlo desde Moscú a Asia central.^[24]

Trotsky y su familia no se sometieron con facilidad. Uno de sus partidarios, el escritor y revolucionario Victor Serge, hizo una visita a Trotsky —«vigilado día y noche por camaradas que, a su vez, estaban vigilados por soplones»— pocos días antes de que se exiliara:

Trotsky trabajaba en una habitación pequeña que daba al patio y solo tenía por muebles una cama de campaña y una mesa [...] Vestido con una chaqueta muy gastada, activo y majestuoso, con su penacho de pelo casi blanco y su complexión enfermiza, hacía gala en aquella jaula de una energía contumaz. En la habitación contigua se mecanografiaban mensajes que él había redactado. En el comedor se recibía a camaradas llegados de todos los rincones del país; él hablaba con ellos apresuradamente entre llamada y llamada telefónica. Todos podrían ser detenidos en cualquier momento; y luego, ¿qué? Nadie sabía [...] pero todos estaban ansiosos por aprovechar estas últimas horas, pues sin duda eran las últimas.

Estaba programado que Trotsky y su familia partieran a última hora de la noche del 16 de enero de 1928. Millares de seguidores alertados para la ocasión abarrotaron las vías del ferrocarril ante el tren que supuestamente iba a llevárselo. El gobierno se echó atrás y llamó para informar de que su deportación se posponía dos días. Pero

entonces, la mañana siguiente, llegaron unos guardias armados y pillaron a Trotsky desprevenido, quien se atrincheró en el apartamento, se negó a franquear el paso y obligó al destacamento a echar la puerta abajo. Uno de los guardias resultó ser un soldado que había sido su guardaespaldas durante la guerra. Abochornado y confuso, suplicó a Trotsky que lo matara; Trotsky no pudo más que consolar al muchacho y animarlo a obedecer las órdenes. La resistencia pasiva se prolongó. Se negó a vestirse, lo que no dejó a sus carceleros más opción que cambiarlo de ropa. Se negó a salir por su propio pie, obligándolos a sacarlo por la puerta y bajarle por las escaleras hasta la calle. Llevaron a Trotsky y a su familia a la estación de Kazán, distinta de aquella en la que se habían concentrado sus partidarios la noche anterior. Una vez más, Trotsky se negó a subir al vagón; y la escolta armada volvió a cargar con él. Sus hijos lo acompañaban. Sergei, el pequeño, golpeó a uno de los guardias armados con el puño. Lev, el mayor, trató de llamar la atención de los trabajadores del ferrocarril, como si estos pudieran intervenir o protestar. Pero nadie movió un dedo. Trotsky había llegado a Moscú por primera vez en 1899, cuando era un joven revolucionario al que trasladaban de una cárcel de Odessa a otra en Moscú, desde donde los policías zaristas lo enviaron junto con su esposa a Siberia. Ahora volvían a exiliarlo, pero en esta ocasión no regresaría nunca.

Trotsky había vivido en dos ocasiones las mieles del exilio bajo el régimen del zar Nicolás II: el interminable viaje en tren hasta lo más recóndito de Siberia, la incertidumbre de no conocer el destino que le aguardaba y la vigilancia policial. Pero ahora era el régimen soviético el que organizaba su deportación. Cuando llegaron a Samara, el 18 de enero, Trotsky envió un telegrama iracundo al cuartel general de la policía secreta en Moscú.

Cuando estuve detenido en otros países, nunca ocultaron los hechos con engaños. El OGPU [por sus siglas en ruso, Directorio Político del Estado] está acumulando confusión y falsedades. Me dijeron que saldría el miércoles por la noche, pero me trasladaron el jueves por la mañana obligándome a abandonar objetos personales o medicamentos necesarios. En una noticia escrita se decía que me llevaban a Alma Ata, pero de camino cambiaron el destino por Tashkent, desde donde, según parece, nos enviarán a un lugar más lejano. En todo este camino voy con una esposa enferma y sin ropa de cama, sin medicamentos y sin la esperanza de recibirlos pronto.

Con todo, los soldados fueron considerados y, por el camino, le proporcionaron la ropa, toallas y jabón que necesitaba. En un principio sus hijos los acompañaron, pero Sergei, decidido a concluir sus estudios de ingeniería, regresó a la capital cuando el tren hizo la primera parada no muy lejos de Moscú. Lev siguió con sus padres. Cuando el grupo llegó a Frunze, tardó una semana en atravesar las montañas y avanzar sobre una gruesa capa de nieve para proseguir camino en autobús, camión,

trineo y a pie hasta llegar a Alma Ata, la capital de la república soviética de Kazajistán.

Fue allí donde Trotsky pasó su último año en la Unión Soviética. Aunque permaneció bajo estrecha vigilancia, el gobierno todavía podía imponer un sistema de control más meticuloso. Mantuvo abundante correspondencia con sus partidarios, muchos de los cuales sufrían exilio en Siberia. Por las cartas que recibió entendió que su deportación había ido acompañada de centenares o, tal vez, miles de detenciones. Un grupo de trotskistas de Siberia describía las humillantes condiciones de la cárcel y las celdas de aislamiento: cincuenta y tres prisioneros se hacinaban en una sala concebida para veinticinco. Se los alojaba con «especuladores, traficantes de divisas, contrabandistas, asesinos, espías, falsificadores, gentes que habían aceptado sobornos, bandidos, ladrones, ocultistas y desfalcadores». Trotsky respondía lo mejor que podía, impaciente por discutir las políticas económicas del país y sus relaciones exteriores: los pormenores de las discusiones internas del propio partido.

También remitió protestas frecuentes a la policía y a las autoridades del partido en Moscú, solicitando cambios en su alojamiento o en las condiciones del exilio. No estaba en la cárcel ni fue sometido a tortura física, pero vivió en sus carnes la humillación que Stalin quiso imponerle. En un principio, él y su familia se alojaron en un hotel, pero no tenían cocina y carecían del dinero necesario para comer en un restaurante. «Estas condiciones de encarcelamiento se pueden reproducir en Moscú y no tiene sentido exiliarme a cuatro mil verstas [4100 kilómetros]», protestaba Trotsky en un telegrama. Apenas llevaba una semana en Alma Ata cuando escribió a las autoridades de Moscú insistiendo en que se le permitiera salir de caza más allá del reducido límite que las autoridades locales habían establecido; se le concedió la petición. Esperaba cazar «codornices, avutardas, leopardos de las nieves y tigres». Pero los tigres estaban demasiado lejos y prometió no ponerlos en peligro.

Su exilio en Alma Ata y, luego, en Turquía sentó las bases de las profundas presiones políticas y psicológicas que dieron forma a su trabajo. Trotsky empezó a escribir sus memorias en Alma Ata. Stalin le había permitido trasladar sus archivos a Asia Central; de hecho, le seguían en un camión almacenados en grandes y pesados embalajes de madera. Pero aquellos documentos no eran bastante para sus fines y se vio suplicándole a su hija Zinaida, su hijo Sergei y demás miembros de su familia que le hicieran llegar libros, revistas, panfletos y periódicos, incluidos ejemplares bastante difíciles de encontrar. Expulsado del poder y aislado, Trotsky dedicó su fabulosa energía a sus proyectos literarios. Necesitaba ayuda, no obstante, y no era alguien a quien le sobraran los demás, incluidos sus hijos.

Al mismo tiempo, él y su esposa trataron de mantener la vida familiar. Lev se quedó con ellos y empezó a ayudar a su padre cuando se prohibió que los dos secretarios personales de Trotsky permanecieran en Asia Central. Había muchas cartas y telegramas procedentes de Leningrado y Moscú, con noticias sobre cuestiones familiares, preocupaciones de salud y dosis de quinina para Natalia

Sedova, que mostraba síntomas de malaria. Trotsky también tuvo noticia de su hermana Olga, que se había divorciado de Lev Kamenev y estaba teniendo dificultades en el trabajo; sus cartas le indicaban que la raíz de sus problemas era su relación con aquel hermano suyo condenado al ostracismo. El 20 de febrero, Zinaida envió noticias inquietantes sobre su hermana menor, Nina. «Ninushka se ha puesto muy enferma, con un resfriado atroz. El médico cree que tiene tuberculosis y quiere que piense en la posibilidad de ingresar en un sanatorio, donde pueda estar al aire libre. Necesita una radiografía para determinar cuál es el estado de sus pulmones». La vida de la propia Zinaida se volvía precaria. Había perdido su empleo como maestra «por miedo a que inoculara el trotskismo y educara en el espíritu del “neomenchevismo”».

Aquel mes de mayo, Trotsky intercambió correspondencia con su primera esposa, Alexandra Sokolovskaya. Ella le escribió desde Leningrado, donde, como vivía cerca de las hijas de ambos, seguía de cerca las novedades sobre él. «Querido amigo —le escribió—: Sabes que todas mis simpatías políticas coinciden siempre con las tuyas». Había sido interrogada hacía poco, con motivo de su reciente expulsión del partido, y le describió cómo había sido el interrogatorio. «Usted está incluso en contra de la expulsión de Trotsky», le dijeron. «Conozco a Trotsky desde hace treinta años y era el revolucionario más ferviente —replicó ella—. Siempre ha mantenido sus opiniones y no las ha cambiado ni por un instante». Sokolovskaya sabía que Trotsky había escrito a Zinaida pidiéndole una larga lista de libros. Ahora Sokolovskaya había asumido el encargo; ya le había enviado las memorias del conde Witte, pero encontraba dificultades para localizar otros libros sobre las décadas de 1880 y 1890. También le pidió que escribiera sobre su vida en Alma Ata e hizo pública la preocupación por el hecho de que estaba viviendo en una zona infestada de malaria.

Nina había estado enferma los dos últimos meses de «algo parecido a la malaria», proseguía su carta; la habían hospitalizado en dos ocasiones pero, por el momento, no había un diagnóstico concluyente. Pensando en sus hijas, Sokolovskaya expresó su desesperación por el futuro que les aguardaba. «¿Cómo van a vivir en este mundo?», le preguntaba a Trotsky. Hacía poco que había recibido copia de dos cartas que le había enviado a ella mientras estaba encarcelada en Odessa hacía treinta años. «De inmediato, devolvieron a la memoria cosas que sucedieron hace mucho, mucho tiempo». Sus sentimientos de cariño eran evidentes. Trotsky la respondió a finales del mes de mayo. Lo hizo en un tono administrativo; él no aludía a recuerdos compartidos. Necesitaba los libros porque estaba empezando a escribir sus memorias. Podía enviárselos en ruso, francés, alemán o inglés, mientras que los informes o los folletos podía remitírselos en otros cuantos idiomas, como italiano o español, e incluso en lenguas balcánicas. Le agradecía su ayuda, pero no le devolvía la ternura. Dos semanas después, Trotsky se enteró de que Nina había muerto de tuberculosis en Leningrado; no se le permitió asistir al funeral. Dejó un hijo y una hija, mientras que su marido, Man Nevelson, estaba exiliado en Siberia.

A medida que avanzaba el año, Stalin empezó a cambiar de estrategia. En la época del exilio de Trotsky, Stalin todavía estaba aliado con Bujarin; pero en el verano de 1928 el régimen ya había empezado a adoptar las medidas extremas que desembocaron en el primer plan quinquenal: industrialización acelerada y, lo más preocupante, colectivización forzosa de la agricultura. Conocidas con el apodo de «sendero izquierdo», estas medidas recordaban una versión más atroz de las que había defendido. Al abandonar la Nueva Política Económica, Stalin estaba dando comienzo a un impulso impaciente de modernización económica a expensas de los campesinos.

La evolución de la realidad política agravaba la tragedia personal de Trotsky. No todos sus seguidores eran inquebrantables. Aislado en Alma Ata, Trotsky se enteró de las concesiones de aliados y amigos de antaño. Yuri Piatakov, Anton Antonov-Ovseenko, Karl Radek y Yevgeny Preobrazensky, entre otros, firmaron la paz con las medidas de Stalin y abandonaron la oposición. Tuvo noticia de nuevas detenciones en Moscú y Jarkov, así como en otras ciudades de Siberia. En el mes de junio, un grupo de trotskistas moscovitas le describió el arresto de «trabajadores bolcheviques» en la capital. Condenaban el estado de la democracia en el partido. «Es imposible instaurar la democracia desde arriba y por decreto —le escribieron—. Tenemos que deshacernos no solo de los borrachos y los corruptos, sino de todos los burócratas y oportunistas [...] Y tenemos que detener de inmediato cualquier acto de represión, exilio y detención».

En otoño, el régimen empezó a endurecer los controles sobre Trotsky. Entre los meses de abril y octubre había enviado ochocientas cartas políticas y quinientos telegramas, mientras que había recibido un millar de cartas y setecientos telegramas, la mayoría firmados colectivamente. Todas las cartas se copiaban y analizaban, y luego se presentaba un resumen a Stalin. El régimen ya no podía tolerar un vínculo tan sólido entre Trotsky y sus partidarios. Las cartas y telegramas procedentes y destinadas a amigos y partidarios dejaron de entregarse. Y se identificó y detuvo a un mensajero que había estado llevando y trayendo mensajes escritos. Trotsky echaba de menos tener noticias de Zinaida, pero tampoco sus cartas conseguían llegarle. «Desde finales de octubre —escribió Sedova a un amigo—, padecemos un bloqueo postal. Las cosas no se detendrán aquí, como es lógico. Estamos esperando algo peor». Stalin no había acabado con ellos.

Ya no podía soportar la presencia de Trotsky en la Unión Soviética, pero el Politburó rehusaba expulsarlo del país. En una reunión celebrada a mediados de enero, tres miembros votaron en contra de la expulsión y, según algunos informes, Bujarin estalló en llanto vencido por la culpa por su conducta anterior con Trotsky. Además, tal vez Bujarin sintiera una especie de presagio de la siguiente medida que tomaría Stalin: con Trotsky, con él mismo y con cualquiera de ellos. Haciendo caso omiso de la oposición que encontraba, Stalin siguió adelante con su decisión. Trotsky tuvo noticia de la orden de expulsión el 20 de enero de 1929. Se le acusaba de

realizar «actividades contrarrevolucionarias que se manifestaban en la organización de un partido antisoviético ilegal, cuya actividad se había orientado últimamente a provocar actos antisoviéticos y preparar una lucha armada contra el poder de los soviets».

Dos días después, Trotsky, su esposa y su hijo Lev fueron trasladados por una escolta armada y depositados en un autobús que los llevó hasta la cordillera montañosa de Kurday. Ante las densas tormentas de nieve, se asignó al grupo un tractor especial para que tirara de nueve vehículos a través del puerto de Kurday. «Durante la tormenta —refería Trotsky— se quedaron helados en el puerto siete hombres y un buen golpe de caballos. Tuvimos que transbordar a varios trineos». Tardaron siete horas en recorrer treinta kilómetros. Un vagón de ferrocarril los trasladó a las inmediaciones de Moscú, donde, ante su insistencia, pudieron unirse a ellos su hijo menor y la esposa de Lev. Se informó a Trotsky de que se le expulsaba a Constantinopla. Se negó a firmar el consentimiento de la orden insistiendo en que se le enviara a Alemania. Por alguna razón, el régimen dudaba y le dejó a él y a su familia aislados doce días con sus noches en un vagón de ferrocarril mientras decidía qué iba a hacer. Se les administraba comida y combustible de calefacción a intervalos regulares, pero no se permitía que los exiliados salieran del tren. Leían novelas francesas y una historia de Rusia, jugaban al ajedrez y recibían periódicos que les hablaban de la detención de centenares de trotskistas. No fue hasta el 8 de febrero cuando un oficial informó a Trotsky de que Alemania se negaba a acogerlo. Con o sin su consentimiento, lo iban a llevar a Turquía.

Un tren más largo tardó dos días en llevarlos hacia el sur, hasta Odessa, donde Sergei acudió a despedirlos y regresó a Moscú. Nunca volverían a verlo. El tren los llevó directamente al puerto, donde embarcaron en un vapor, el *Illych* (patronímico de Lenin), que requirió la ayuda de un barco rompehielos para abrirse paso por el Mar Negro durante los primeros cien kilómetros. Trotsky y su esposa, junto con Lev, eran los únicos pasajeros a bordo, acompañados por dos agentes de la policía secreta para garantizar que estuvieran aislados.

El Kremlin guardó silencio sobre la expulsión, mientras que en la prensa occidental proliferaban los rumores. Los periódicos comunistas europeos informaban de que Trotsky abandonaba el país voluntariamente con un séquito considerable, tal vez porque le había encomendado una misión oficial o semioficial. Aquello era una tergiversación deliberada. A finales de enero de 1929 *The New York Times* empezó a informar de que se estaba deteniendo a partidarios de Trotsky: había una «guerra contra Trotsky» que desembocaba en el arresto de «indecisos que permanecían en la encrucijada», a quien se condenaría a «aislamiento riguroso». Walter Duranty, el principal corresponsal del *The New York Times*, cuya cobertura informativa de la Unión Soviética ha sido objeto de críticas feroces por aceptar la propaganda de Stalin sin ponerla en duda, comentaba en un artículo de portada que los detenidos habían planeado una guerra civil y habían fundado una imprenta clandestina. Además, se

decía de Trotsky que «era el jefe de un ejército apostado en la frontera afgana», afirmación que carecía de todo fundamento en la realidad. A juicio de Duranty, Trotsky era «el agitador más peligroso a los ojos del mundo». A principios del mes de febrero, Duranty citaba declaraciones oficiales según las cuales Trotsky había distribuido pasquines subversivos y había creado un «ferrocarril clandestino» para que se distribuyeran sus misivas. De manera que Stalin había decidido expulsarlo, del mismo modo que Lenin había echado del país a sus antiguos colegas, como los dirigentes mencheviques Yuli Martov y Fiodor Dan. Al cabo de pocos días, *The New York Times* informaba, de nuevo en portada, de que Trotsky había desaparecido a bordo de un barco durante «una tormenta huracanada espantosa» en el Mar Negro; su paradero seguía siendo un «misterio» y se temía (¿o se confiaba?), que quizá no hubiera llegado vivo a su destino.^[25]

La verdad era mucho más vulgar. El régimen no había anunciado en modo alguno sus planes con el fin de impedir manifestaciones como las que se habían producido en Moscú cuando Trotsky fue deportado a Alma Ata. Stalin también quería dejarse todas las puertas abiertas; pensó incluso en la petición de Trotsky de ser enviado a Alemania, y solo cuando este país denegó el acceso de Trotsky se le hizo desaparecer en Turquía. Cuando llegó a Turquía, a Trotsky se le entregó un sobre que contenía 1500 dólares, una suma de dinero insultante para el líder de la revolución y el fundador del Ejército Rojo. Pero Trotsky no tenía prácticamente dinero, así que se tragó el orgullo y aceptó el sobre. Al llegar a Turquía, protestó por las condiciones de su exilio creyendo que Stalin y el gobierno de Mustafá Kemal Atatürk cooperaban para tramar una conspiración contra él. Pero las autoridades turcas velaron por su seguridad y lo acogieron como huésped. Confiando en salvar la revolución que había contribuido a crear, Trotsky se propuso aglutinar en Occidente a comunistas y a radicales semejantes a él. Estaba seguro de que se podía derrocar a Stalin.

6

EL EXILIO

Desde el punto de vista político, Trotsky era un cartucho gastado, pero seguía despertando atención. La imagen de un revolucionario exiliado, el colaborador más estrecho de Lenin, sobrevivía en las capitales y cancillerías de Europa.

Trotsky volvió a recurrir a una estrategia que en otra ocasión ya había tenido éxito. Reunió una nueva red de marxistas militantes como él para plantar cara a los comisarios del Kremlin, del mismo modo que junto a Lenin se habían enfrentado primero al zar y, luego, al Gobierno Provisional. De todos modos, Trotsky no tenía que vérselas con una monarquía maltrecha y desorientada, sino con una maquinaria implacable que conocía las conspiraciones de primera mano; que, de hecho, había vivido la misma historia que Trotsky. En esta ocasión, un reducido grupo de revolucionarios desafectos y aislados lo tenía muy difícil.

Trotsky pasó varias semanas en el consultado soviético de Constantinopla, donde, para su sorpresa, fue tratado con deferencia y respeto. La prensa occidental estaba impaciente por tener noticias suyas. Condescendió en publicar artículos en periódicos británicos y estadounidenses, incluidos cuatro despachos en *The New York Times*. No se refrenaba: describió las exitosas maniobras de Stalin para hacerse con el poder mientras Lenin agonizaba; las condiciones de su exilio en Alma Ata, y la detención de otros dirigentes bolcheviques de antaño. También repitió el calificativo de Stalin como «sepulturero de la revolución». Solo cuando aparecieron los artículos respondió el Kremlin públicamente sobre la expulsión de Trotsky. Para explicar la decisión tomada, los periódicos moscovitas afirmaban que Trotsky había «utilizado imprentas ilegales», quería que «la población participara en manifestaciones antisoviéticas» y «era y seguía siendo un menchevique». Resulta difícil creer que tan endebles acusaciones pudieran haber convencido a un observador neutral de que Trotsky era un traidor. Pero a Stalin no le importaba la opinión pública occidental; era el movimiento comunista el que necesitaba explicaciones. Tildado de menchevique, a Trotsky se le podía relegar a la misma «papelera de la historia» en la que había depositado a Yuli Martov.

En todo caso, la expulsión produjo escalofríos entre los círculos radicales. Ese mes de abril, en Nueva York, *The New York Times* informaba de que cuarenta «estalinistas» habían invadido un club del Upper East Side en el que se reunían los trotskistas. Acudieron «armados con puños de hierro, cuchillos y largos tubos de caucho de manguera». Según esta versión, «cuando las unidades policiales pusieron

fin a la batalla se descubrió a un hombre al que, probablemente, habían matado a puñaladas, ocho dientes desperdigados por la tribuna de oradores y seis chaquetas de caballero y vestidos de mujer hechos jirones por el suelo». Por toda Europa se produjeron estallidos de violencia similares entre partidarios de Stalin y de Trotsky.

Cuando se vio obligado a desalojar las habitaciones del consulado, Trotsky se trasladó a un hotel. Trató durante varias semanas de obtener un visado para entrar en algún país de Europa occidental. En todas las partes los gobiernos democráticos le rechazaban. Los Países Bajos le denegaron la entrada, si bien en 1918 habían acogido al káiser alemán Guillermo II y, luego, se habían negado a entregarlo a los aliados cuando estos pretendían juzgarlo por crímenes de guerra. Francia apuntó que Trotsky había sido expulsado de allí en 1916, recordándole que la orden jamás había sido revocada. Noruega manifestó su respeto por el derecho de asilo, pero puso de relieve preocupaciones por su seguridad. Otro informe afirmaba que Trotsky había pedido a Máximo Gorki que intercediera en su nombre ante las autoridades italianas con la esperanza de que pudiera reunirse con él en Capri; nada funcionaba.

Las tentativas de entrar en Alemania tampoco fueron fructíferas. Los comunistas decían odiarle y prometían «volver inofensivo a Trotsky en cuanto cruzara la frontera alemana». Además, en *Illustrierte Beobachter* (El Observador Ilustrado), una de sus revistas, los dirigentes nazis escribieron: «Trotsky, el sabueso soviético judío, desea residir en Berlín durante su exilio. Tendremos que mantenernos ojo avizor con este asesino y criminal judío». Dos meses más tarde, los nazis advirtieron que si Trotsky acudía a Alemania, «lo abatirían a tiros como a un perro enloquecido». Al final, Alemania también rechazó a Trotsky; según informaba *The New York Times*, «una vez admitido, tal vez fuera incapaz de expulsarlo en caso de que su presencia acabara considerándose reprobable».

Depositó sus esperanzas en Inglaterra. George Bernard Shaw, H. G. Wells y John Maynard Keynes firmaron manifiestos en su favor. Otras figuras destacadas, como Rudyard Kipling o el científico *sir* Ernest Rutherford, rechazaron categóricamente sumar su voz a la petición. El gobierno británico prefirió evitar la polémica y lo rechazó. A juicio de Shaw, «quienes tenían un pavor irracional [de Trotsky] como si se tratara de un león enjaulado» deberían permitirle entrar en Gran Bretaña «aunque retuvieran la llave de la jaula». Harto, Shaw declaró que un gobierno turco daba «ejemplo de liberalidad» al británico.

Para Trotsky, todas las frustraciones demostraron constituir una valiosa enseñanza sobre los métodos de las democracias occidentales. «La prensa democrática y la socialdemócrata [de Alemania] —escribió en *Mi vida*— hacían resaltar, no sin cierta fruición, el hecho de que un defensor de la dictadura revolucionaria se viera obligado a buscar asilo en un país democrático». Trotsky siguió reclamando un visado y enviando solicitudes a gobiernos y personajes públicos con la esperanza de encontrar refugio más cerca del centro de la vida política... completamente en vano. «Por todas partes oigo decir que mi vicio más imperdonable es la falta de fe en la democracia —

señalaba Trotsky—. [...] Pero el caso es que cuando a mí se me ocurre pedir que me den una lección práctica de democracia todo el mundo se excusa».

En el mes de abril, Lev Sedov encontró un lugar seguro para sus padres en la isla de Prinkipo, en el mar de Mármara, a una hora y media en barco de Constantinopla. Trotsky se adaptó a su nueva vida en una «villa espaciosa y destartalada alquilada a un pachá arruinado», según expuso Isaac Deutscher. Las autoridades turcas demostraron ser unos anfitriones gentiles. Rodearon la villa con guardias para protegerlo de los agentes estalinistas y de los rusos blancos emigrados en busca de venganza; jamás interfirieron con el flujo continuo de visitantes y correspondencia que recibía. Al cabo de unas semanas, celebró el Primero de Mayo con una visita de los socialistas británicos Sidney y Beatrice Webb. Sin embargo, en Moscú, el Kremlin mantenía sus feroces ataques contra él. El desfile del Primero de Mayo en la Plaza Roja incluía dos carrozas con caricaturas de Trotsky: en una se le representaba como «un centauro que llevaba a lomos a *sir* Austen Chamberlain, el secretario de Asuntos Exteriores británico, ataviado con monóculo y chistera»; en la otra, se le veía vestido con atuendo campesino bailando al son de la música interpretada por capitalistas burgueses.

En la prensa occidental, los reportajes falsos servían para confundir a la opinión pública. En julio de 1929, por ejemplo, *The New York Times* contenía un artículo en el que afirmaba que el exilio de Trotsky en Turquía no era más que una artimaña: «Todo este asunto de la mala sangre entre Stalin y Trotsky es una cortina de humo con el fin de allanar el camino a este último para desarrollar el juego comunista en las capitales europeas». El despacho concluía que Trotsky estaba «en comunicación constante con Stalin» y que regresaría muy pronto a Moscú ahora que el plan que Stalin y él habían tramado —sembrar la agitación en los países europeos— había fracasado.

Trotsky temía que el gobierno de Kemal Atatürk se cansara de brindarle acogida. Pero Turquía siguió siendo un refugio fiable. Trotsky permaneció allí cuatro años y medio, un periodo que demostró ser inusualmente productivo. (Cuando el Kremlin lo despojó a él y a su familia de la ciudadanía soviética, en febrero de 1932, Turquía le expidió documentos para desplazarse, lo que le permitió realizar los viajes posteriores). Para ganarse la vida, firmó contratos para la publicación de sus memorias y de un relato de la revolución. Los editores occidentales le pagaron decenas de miles de dólares, lo bastante para que Trotsky contratara a secretarios y traductores, diera empleo a una cocinera y una limpiadora y brindara apoyo a pequeños grupos de seguidores en Occidente. En la década siguiente, Trotsky mantuvo correspondencia con docenas de ellos. Dedicó un tiempo considerable a asesorar, animar, reprender, orientar hacia la izquierda y la derecha... todo con el objetivo de intentar fraguar un movimiento viable. Fue una labor agotadora y solo un revolucionario decidido podía sostener semejante esfuerzo. Para descansar, disfrutaba de paseos al aire libre y de extenuantes salidas en barca para cazar en otras islas o adentrarse en el mar para pescar.

En el mes de julio, Trotsky lanzó otra revista con la ayuda de su hijo Lev, el *Bulletin of the Opposition*. (Ese mismo verano, Lev realizó una tentativa infructuosa de obtener permiso para regresar a Moscú con el fin de ver a su esposa e hijo, a quienes había abandonado allí, pero le denegaron la solicitud). El *Bulletin* había sido concebido para aglutinar a los seguidores de Trotsky y denunciar la naturaleza criminal del régimen de Stalin. Aunque la tirada jamás superó el millar de ejemplares, se leía en los círculos del partido, introducido en la Unión Soviética por diplomáticos y periodistas. Se dice que Stalin leía todos los números con mucha dedicación. En realidad, estaba obsesionado con Trotsky. Según el difunto Dmitri Volkogonov, que tuvo acceso a materiales del archivo de Stalin férreamente vigilados, este ordenó que le tradujeran casi todo lo que escribía el propio Trotsky o lo que se escribía sobre él en la prensa occidental. Y leyó la obra de Trotsky en ruso con mucha atención, subrayando con frecuencia fragmentos y anotando comentarios en los márgenes.

Trotsky empleó el *Bulletin* como un canal de información procedente de la Unión Soviética y para realizar sus propios análisis de las crisis políticas. En sus veinte números se narraba la historia de una década. En el primero de ellos, Trotsky publicó un reportaje sobre sus seguidores que realizaban trabajos forzados en un campo de Siberia próximo a Tobolsk. A finales de 1929, Christian Rakovsky, íntimo amigo y colaborador de Trotsky, señalaba (desde el exilio) cómo el cambio político impuesto por Stalin, su sendero izquierdo, desmoralizaba a los trotskistas.

Al distribuir el *Bulletin* y mantener correspondencia con partidarios de Europa y América del Norte, Trotsky volvía a un tipo de acción política que le resultaba familiar. No cabe duda de que creía que las maniobras estratégicas cuidadosas podían debilitar a Stalin. En aquella época, mientras escribía *Mi vida*, recordó sus primeros panfletos revolucionarios, cuando elaboraba materiales para los trabajadores de Nikolaiev. «¿Qué hubiera pensado cualquier persona “cuerda” que hubiese posado la mirada desde lo alto en aquel grupo de mozos apiñados en la penumbra alrededor del mísero copista, sabiendo que les congregaba allí el propósito de derribar a un Estado poderoso y secular?». ¿Por qué no podía volver a funcionar semejante estrategia? Según recordaba, desde 1897 «he batallado casi siempre con la pluma en la mano». Pero los escritos de Trotsky jamás representaron una amenaza para Stalin, ni siquiera cuando Lev se trasladó a Berlín en febrero de 1931 para fundar una empresa editorial para el *Bulletin*.

Tan solo unas semanas antes de la marcha de Lev, Zinaida, la hija mayor de Trotsky, logró llegar a Prinkipo junto con Seva, su hijo de cinco años. Trotsky la había invitado y ella confiaba en encontrar un lugar para sí misma en el seno de la oposición para trabajar codo a codo con su padre como hacía su hermanastro Lev. Tuvo que abandonar a su marido, Platon Volkov (que estaba exiliado), y a una hija de un matrimonio anterior. A la niña la atendía su abuela, Alexandra Sokolovskaya, que también criaba a los dos hijos de la fallecida Nina. La extensa familia no estaba haciendo más que iniciar su calvario.

Durante los años que pasó en Turquía, Trotsky vio desplegarse dos acontecimientos trascendentales, uno en el interior de la Unión Soviética y, el otro, en Alemania. Con la implantación del primer Plan Quinquenal de Stalin, Trotsky se enteró de las devastadoras consecuencias de la colectivización obligatoria. Era un ejercicio de ingeniería social descomunal y cruel: la transferencia forzosa de millones de campesinos, cuyo medio de vida se basaba en el cultivo de pequeñas parcelas, a granjas colectivas. Sumió al campo en el caos y desembocó en la muerte de millones de campesinos, entre ellos los *kulaks*, a quienes se acusaba, a menudo injustamente, de poseer demasiadas propiedades y de explotar a otros campesinos. El axioma del partido era que en algún momento sería necesario exprimir a los campesinos para abastecer a las ciudades, recaudar los impuestos necesarios para mantener el crecimiento industrial y hacer posible, por el momento, que los jornaleros se desplazaran a los centros urbanos, donde podrían trabajar en factorías y centrales eléctricas de nueva creación. Gran parte de la estrategia económica recordaba a la del propio Trotsky. Pero este había defendido las medidas graduales; en 1920 había propugnado en la economía reformas similares a las de la Nueva Política Económica todo un año antes de que Lenin iniciara un programa parecido. Cuando a finales de 1929 comenzó la colectivización, Trotsky manifestó recelos sobre el coste humano insistiendo en que debería llevarse a cabo mediante medidas paulatinas y voluntarias. Reclamaba que se pusiera fin a la *deskulakización* e, incluso, apoyó la existencia de mecanismos de mercado (que habían formado parte de la Nueva Política Económica) para tratar de hacer avanzar a la economía. No obstante, con este tipo de afirmaciones pretendía distinguirse de Stalin; Trotsky nunca explicó cómo el mero convencimiento podría obrar que unos campesinos reticentes y apegados a la tradición abandonaran sus pequeñas propiedades para trasladarse a inmensas granjas colectivas. En realidad, con la aparición del primer Plan Quinquenal, muchos que antes habían sido sus partidarios dejaron de apoyarle y adoptaron como estandarte el estalinismo reconociendo que los objetivos expresos del plan (sobre todo el énfasis en la industrialización acelerada) eran equiparables a la retórica anterior de Trotsky. Esta aparente semejanza entre la estrategia económica anterior de Trotsky, de la década de 1920, y el sendero izquierdo de Stalin impidió que Trotsky y sus partidarios se unieran a Bujarin, que se oponía a los elementos más crudos y coercitivos del primer Plan Quinquenal; una alianza así podría haber representado un obstáculo para el monopolio de Stalin en el poder. Tal vez Trotsky también fuera incoherente en lo relativo a la condena de los padecimientos vinculados a la colectivización. En un escrito de 1936 desestimaba los informes sobre la violencia masiva. «En el momento actual —afirmaba— apenas nadie sería tan estúpido como para repetir las bobadas de los liberales de que la colectivización en su conjunto se ha conseguido por la fuerza bruta».

Trotsky tuvo que hacer frente a menos dilemas ideológicos cuando presencié el ascenso al poder de Hitler en Alemania. Aquí pudo ver de inmediato el fracaso de las

medidas de Stalin. A finales de la década de 1920, el Kremlin había empezado a impartir instrucciones a los partidos comunistas occidentales para que se negaran a cooperar con los socialdemócratas, que no eran más que «fascistas sociales», el equivalente ideológico de los mismísimos nazis. En Alemania, la medida se tradujo en una catástrofe inmensa. Cuando los nacionalsocialistas de Hitler adquirieron fuerza electoral, las políticas de Stalin mutilaron a la izquierda escindiendo deliberadamente a los comunistas de los socialdemócratas; las consecuencias fueron desastrosas y completamente previsibles. Trotsky no tenía más que quejas sobre las medidas de Stalin y la actitud de antiguos partidarios, como Karl Radek, que ahora seguían la orientación de Stalin. Como escribió Trotsky en el *Bulletin of the Opposition* con su habitual genio mordaz:

Las diferencias entre las morenas y las rubias no son tan grandes; de hecho, son llamativamente pocas, como las diferencias entre un ser humano y un mono. Anatómica y fisiológicamente, las rubias y las morenas pertenecen a la misma especie; pueden tener la misma nacionalidad, e incluso pertenecer a la misma familia. Por último, pueden ser igual de sinvergüenzas. Y aun así, el color de la piel y el color del pelo tienen relevancia, no solo en un pasaporte, sino en general, en la vida cotidiana. Radek [...] pretende demostrar que una morena es, en realidad, una rubia, pero con la piel morena y el pelo negro.

Trotsky mantuvo la coherencia en sus advertencias sobre Alemania. En caso de que Hitler alcanzara el poder, entendía que era probable que en Europa hubiera una guerra generalizada. Hitler era plenamente consciente de la premonición de Trotsky. En 1931, con motivo de la visita de los editores de un periódico conservador, Hitler despotricó ante ellos sobre sus enemigos «dando puñetazos en la mesa, a veces gritando y aludiendo a los comunistas, el Vaticano, los judíos, la francmasonería, la prensa, Karl Marx, Trotsky y la ciudad de Berlín».

Apartado de la Unión Soviética y viviendo semiaislado, Trotsky se dedicó a escribir. Siempre había sido prolífico, pero ahora escribía para ganarse la vida y para defender su lugar en la historia. Stalin había empezado a distorsionar de forma sistemática la historia, una campaña calculada para ensombrecer y desprestigiar el papel de Trotsky en la revolución bolchevique y para ensalzar el suyo propio. Trotsky reaccionó ante la campaña con el libro *La escuela de Stalin de falsificación*. Recurriendo a material de archivo, publicó discursos de Moscú de la década de 1920 y correspondencia con Lenin. También revivió los sucesos de la revolución para confirmar su fundamental papel en la toma del poder.

Su proyectos más ambiciosos eran sus memorias, *Mi vida*, y los tres volúmenes de la *Historia de la Revolución rusa*. Ambos se leyeron mucho y se tradujeron a muchos idiomas; ambos eran también ejercicios de política. La narración que hacía Trotsky de la revolución desempeñó un papel crucial en la forma en que se

recordarían los acontecimientos de 1917: multitudes arremolinadas, soldados y marineros heroicos, toda una población transportada por la Historia, impulsada por sus padecimientos y atraída por sus esperanzas.^[26] También inició un tercer proyecto importante, una biografía de Stalin, más tarde, en la década de 1930; quedó inconclusa en su escritorio en el momento en que fue asesinado, en agosto de 1940.

Los tres libros (las memorias, la historia de la revolución y la narración de la vida de Stalin) compartían un motivo coherente. Trotsky seguía convencido, y decidido a convencer a los demás, de que el régimen que él y Lenin habían tratado de instaurar jamás había pretendido desembocar en una dictadura como la que Stalin estaba moldeando. Esta opinión tenía al mismo tiempo dimensiones históricas e intensamente personales y fue central para el dilema que Trotsky debió afrontar en el exilio. Aunque se dedicaba a documentar el papel que había desempeñado junto a Lenin en la creación del primer Estado socialista, se sentía obligado a afirmar que también tenían en mente un especie de dictadura. A su juicio, no se debía considerar el estalinismo una consecuencia natural o inevitable del bolchevismo. Trotsky no podía aceptar la idea de que Stalin fuera el auténtico heredero de Lenin y, por tanto, por paradójico que resulte, suyo. De modo que redactó descripciones muy vívidas de los crímenes de Stalin e hizo caso omiso de los de Lenin. Parecía trastornado por el temor de que, junto a su sueño de una utopía socialista, pudiera haber contribuido a fundar el sistema que estaba desintegrando a su familia. Sostenía que la violencia que él había desplegado para defender la revolución pretendía apagarse cuando la guerra civil hubiera concluido y, por consiguiente, no se podía relacionar con los propósitos corruptos y egoístas que regían el estalinismo. Friedrich Engels había anticipado el dilema. En 1885, en una carta dirigida a Vera Zasulich, señalaba que «la gente que alardea de que *hizo* la revolución siempre ve al día siguiente que no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, que la revolución *hecha* no se parece en absoluto a la que les hubiera gustado hacer. Eso es lo que Hegel denomina ironía de la historia, una ironía de la que pocas personalidades históricas escapan». Este dilema perturbó a Trotsky durante la última década de su vida.

Trotsky disfrutó de un viaje inesperado durante la época que vivió en Turquía. A finales de 1932, un grupo de estudiantes daneses de izquierda le invitaron a pronunciar una conferencia con motivo del décimo quinto aniversario de la revolución bolchevique. Al tener conocimiento de la invitación, la monarquía danesa hizo explícita su oposición: los bolcheviques habían asesinado a dos hijos y a los nietos de la princesa danesa Dagmar, quien había sido emperatriz rusa y madre de Nicolás II. De todas formas, Trotsky y su esposa embarcaron en Constantinopla el 14 de noviembre rumbo a Copenhague. La prensa europea cubrió su viaje, sin dejar de permitirse formular especulaciones de que se reuniría discretamente con un enviado del Kremlin o se alistaría en una conspiración para derrocar a Stalin. En realidad, el viaje fue un reflejo de su aislamiento. Las autoridades griegas no le permitieron visitar Atenas. El gobierno italiano (presidido por Mussolini) le permitió desembarcar

en Nápoles y visitar con escolta policial las ruinas de Pompeya. Desde allí viajó a Marsella. Las autoridades francesas reaccionaron con nerviosismo ante su llegada. Lo obligaron a desembarcar en un lugar muy alejado de los pasajeros ordinarios. Un coche y un tren lo trasladaron a toda prisa a Dunkerque, junto al Canal de la Mancha, donde se embarcó en otro buque rumbo a Dinamarca.

Trotsky pronunció la conferencia (un resumen de su historia de la revolución) ante un público de dos mil personas. Fue la última vez que habló ante una multitud tan numerosa. Trotsky era la encarnación viva de la revolución bolchevique, y su conferencia, impartida en alemán, electrizó a la audiencia. Pero el resto de sus ocho días de estancia en Dinamarca careció de interés. Bajo una estrecha vigilancia policial, apenas pudo ver Copenhague y, pese a haberse esforzado sin descanso, no logró ampliar su estancia ni obtener autorización para viajar por el país. Acudieron a verlo docenas de seguidores procedentes de toda Europa. También dedicó buena parte del tiempo a hablar por teléfono con Lev, que estaba en Berlín. Zinaida también se encontraba en la capital en ese momento. Trotsky la instó a que se trasladara allí para recibir tratamiento para un trastorno psicológico grave (quizá padeciera esquizofrenia). Seva se quedó en Prinkipo y Lev coincidía cada vez más con sus padres en que no podían enviarle al niño; no estaba en condiciones de cuidarlo.

Incapaz de quedarse en Dinamarca, Trotsky se dirigió en barco a Amberes y, luego, en tren hacia París. Las autoridades francesas le aseguraron que podía permanecer brevemente allí para ver a Lev; pero una vez en la capital francesa se le volvió a obligar a marcharse súbitamente. Trotsky solo pasó unas horas con Lev en Marsella antes de que él y Sedova fueran depositados a toda prisa en un barco que los llevó a Italia. Para su sorpresa y alivio, el ministro de Asuntos Exteriores italiano les facilitó un visado de tránsito. Una vez que Trotsky llegó a Italia, la tensión emocional asociada al viaje impuso su precio. Según escribió Natalia Sedova a Lev, que estaba en París, «Papá y yo permanecimos sentados mucho tiempo en el compartimento llorando a oscuras». Pudieron ver Venecia antes de regresar finalmente a Prinkipo el 12 de diciembre. Al cabo de pocas semanas, sus vidas estaban hechas pedazos por un cúmulo de tragedias personales y políticas.

Pese a las advertencias de Lev, en un intento mal encaminado de proporcionar cierto fundamento a la vida de Zinaida, Seva fue enviado junto a su madre, en Berlín, a finales del mes de diciembre. Ella era incapaz de cuidar del chico. Además, la policía insistía en que abandonara el país en menos de un mes, antes de que las elecciones generales situaran a Hitler en el poder. A ella también la desesperaba la incapacidad de Trotsky para acogerla con calidez o encontrarle una misión en su tarea. Adoraba a su padre en la lejanía desde hacía mucho. Ahora, todo se desmoronaba a su alrededor. El 5 de enero, sumida en una depresión, apartada de su marido, Zinaida atrancó la puerta de su apartamento y, a continuación, abrió la llave del gas de la cocina. Lev telegrafió a sus padres para informarles del destino de su hermana. Según describía Trotsky, el telegrama traslucía «una tensión moral

insoponible en cada renglón», pues Lev estaba sentado «solo junto al cadáver de su hermana mayor». Lev también pudo telefonar a su hermano en Moscú para darle la noticia; fue la última vez que los pobres hermanos hablaron. Trotsky culpó a Stalin de la muerte de Zinaida haciendo hincapié en que había perdido su patria y la ciudadanía soviética. Escribió a la madre de Zinaida, Alexandra Sokolovskaya, para informarle de esta última desgracia. «Abrazo tu cabeza plateada con fuerza, mucha fuerza, y fundo mis lágrimas con las tuyas», le escribió. Él y su esposa se recluyeron, incapaces de abandonar su dormitorio, apenas capaces de comer o comunicarse con el servicio. Cuando Trotsky reapareció varios días después, parecía mucho mayor y su pelo, mucho más blanco.

La respuesta de Sokolovskaya le llegó a finales de agosto. Ella también estaba desolada por la muerte de su «palomita deslumbrante». Mirando a sus nietos, le confesó a Trotsky que ya no creía en la vida y que dudaba de que «los niños lleguen a ser adultos». Hacía responsable a Trotsky de la muerte de Zinaida, la cual necesitaba más de él: más tiempo, más atención y más cariño. Sokolovskaya reconocía lo frágiles que Nina y Zinaida se habían sentido a principios de 1928, cuando su padre había sido enviado a Alma Ata y su bienestar físico y emocional se vio amenazado. «¿Cómo van a vivir en este mundo?», le preguntó. Él no tenía respuesta. Cinco años después, sus dos hijas estaban muertas.

Los sucesos de Alemania agravaron la desolación. A finales de enero, Hitler se había convertido en el canciller alemán. Trotsky se preocupó mucho por Lev. Los nazis prohibieron el *Bulletin* y Lev, temiendo por su vida, se escondió. Tuvo que salir de Alemania; en algún momento del mes de marzo logró llegar a París.

Primero desde Turquía y, luego, desde Francia, adonde se trasladó en julio de 1933, Trotsky redactó sin cesar denuncias contra Hitler y Stalin. Con Hitler en el poder, «el mundo nacido de Versalles se ha convertido finalmente en una casa de locos», escribió Trotsky. Era responsabilidad de Stalin, pues «la política del partido comunista era una farsa absoluta. Su liderazgo nacía del absurdo concepto de que la socialdemocracia y el nacionalsocialismo representan dos modalidades de fascismo, como si, siguiendo la desafortunada fórmula de Stalin, “no fueran contrarios, sino gemelos”». Al Comintern le agradó declarar que sus medidas se habían mantenido al margen de los reproches y desestimó la importancia de la victoria de Hitler. Pero Trotsky estaba mejor informado. A su juicio, la victoria de Hitler era un revés decisivo para la clase trabajadora de Europa. «Sí, cinco millones de comunistas consiguieron en todo caso, uno por uno, abrirse paso hacia las urnas —escribió Trotsky en el *Bulletin of the Opposition*—. Pero en las fábricas y en las calles no se deja sentir su presencia... El terror burocrático del estalinismo ha paralizado su voluntad antes incluso de que el terror delincuente del fascismo haya iniciado su trabajo».

Trotsky no se hacía ilusiones con Hitler y se preguntaba si Stalin sería un adversario fiable del nazismo. Pero seguía siendo fiel a la Unión Soviética. En marzo

de 1933, Trotsky ofreció ayuda personal a los miembros del Politburó. Les escribió diciendo que Stalin estaba llevando al país a la catástrofe y lo comparaba con Kerenski y con el dictador español Primo de Rivera en vísperas de la caída de su gobierno. «Considero mi obligación hacer una tentativa más de apelar al sentido de la responsabilidad de quienes rigen el gobierno soviético en la actualidad». Pero nadie le respondió.

Aunque los años que pasó Trotsky en Turquía fueron los más productivos de su exilio, anhelaba aproximarse al centro de la vida política europea. Ya había vivido en Francia y estaba decidido a solicitar asilo en ese país. Ayudado por infinidad de amigos, consiguió que se rescindiera la orden de expulsión de Francia de 1916. Logró obtener permiso de residencia en Francia, pero las condiciones comportaban restricciones importantes: no podía viajar a París y tenía que vivir en un distrito meridional, evitar los actos públicos, dar a conocer su identidad y aceptar la estrecha vigilancia policial. Es difícil afirmar si con semejantes condiciones se pretendía proteger a Trotsky o si, más bien, se reflejaba un auténtico temor a que pudiera derrocar a la república francesa.

Trotsky llegó a Marsella a mediados de julio acompañado de su esposa y tres secretarías; desde allí se trasladaron a St. Palais, una pequeña ciudad a orillas de la costa atlántica, donde permanecieron varios meses. Lev insistía en tomar unas precauciones tan sustanciales que ni la prensa ni los agentes estalinistas sabían dónde estaba Trotsky. Con ayuda de Lev, varios autores e intelectuales destacados acudieron a visitarlo. André Malraux pasó una tarde con Trotsky; Simone Veil también acudió allí. Realizaron sus visitas discretamente y no dieron a conocer dónde lo vieron. El gobierno francés, impresionado por las escasas repercusiones de la estancia de Trotsky, suavizó las restricciones y le permitió mudarse a Barbizon, más cerca de París. Pero las preocupaciones por su seguridad no cesaban. Quienes querían verlo tenían que atravesar un sofisticado anillo de seguridad. Un izquierdista británico redactó una descripción de cómo le llevaron a ver a Trotsky en 1934. «Todo resultaba bastante sobrecogedor», recordaba.

Conducido a medianoche hasta una estación de París, subido a un tren pero sin decirme cuál es el destino, bajado del tren siguiendo las instrucciones recibidas en determinado momento, reconocido por un camarada armado que tenía una descripción nuestra recibida por telégrafo, trasladados dando un rodeo para despistarnos en un trayecto adicional, aceptados después de diversos obstáculos y, finalmente, recibidos de todo corazón y efusivamente por el propio Leon Trotsky. El ambiente de secreto y conspiración, que nos habría hecho estremecer cuando íbamos a la escuela, no era más que un sombrío recordatorio que repetía que las amenazas de asesinato requerían estas cautelas impertinentes.

Pese a todas aquellas precauciones, la identidad de Trotsky se filtraba de vez en cuando y, a continuación, la prensa se lanzaba sobre él. Despojado de su refugio, tenía que trasladarse de una ciudad a otra; por fin, su esposa y él vivieron tranquilamente casi un año en una aldea remota de los Alpes, cerca de Grenoble, sin secretarios ni guardaespaldas, en la casa de un maestro de escuela. Podía leer, pero apenas era capaz siquiera de escribir.

Trotsky se encontraba en Francia cuando se enteró de que su hijo menor, Sergei Sedov, había sido detenido en Moscú en marzo de 1935. Había sido arrestado durante la oleada de represión desatada tras el asesinato de Sergei Kirov, el jefe del partido en Leningrado, el 1 de diciembre de 1934. En pocos meses, el partido emprendió una purga generalizada de todos los antiguos partidarios de Trotsky, Zinoviev y Kamenev. Trotsky siguió las secuelas del asesinato de Kirov con preocupación, apreciando que Stalin aprovecharía el incidente para sus despiadados fines. Sergei Sedov era ingeniero. Se había quedado en la Unión Soviética para continuar sus estudios, convencido de que su indiferencia hacia la política le proporcionaba ciertos márgenes de seguridad. Tras la detención de Sergei, el Kremlin garantizó públicamente que no se encontraba en prisión, sino bajo «vigilancia», con el fin de evitar el contacto con sus padres. Según Sedova, solo habían intercambiado mensajes irrelevantes acerca de la salud que tenían. Ella trató de enviar algún dinero a la esposa de su hijo, una libertaria de Moscú, pero el banco noruego devolvía el dinero porque «no se podía localizar al beneficiario en la dirección indicada». La esposa de Sergei también fue arrestada después. Para Sedova, la detención de la esposa de su hijo era un acto de «venganza personal».

Entonces, a principios de 1937, Trotsky reveló otra faceta de la detención de Sergei. La prensa soviética afirmaba que el apellido de Sergei era Bronstein, y no Sedov, para resaltar «su aire judío», según apuntaba Trotsky. «Mi hijo está acusado, ni más ni menos, de una tentativa de exterminar a los trabajadores. ¿Se diferencia tanto realmente de la acusación contra los judíos de utilizar sangre cristiana?». Como Trotsky sabía muy bien, Stalin había empleado el antisemitismo para luchar por el poder contra la oposición. La detención de Sergei le brindó otra oportunidad para el cinismo.

En febrero de 1937 todavía se desconocía el paradero de Sergei. En una carta abierta dirigida «A la conciencia del mundo», Sedova decía que Sergei había sido «detenido junto a varios miles de personas, [...] [había] pasado ocho meses en una cárcel moscovita y, luego, había sido enviado a Krasnoyarsk», donde se le había permitido trabajar en una fábrica. Pero esta concesión aparente se prestaba a ser interpretada como un subterfugio, pues fue en Krasnoyarsk donde se le acusó de «urdir el envenenamiento masivo de trabajadores». Angustiada, Sedova hizo un llamamiento público para pedir ayuda. Pero Stalin no se iba a dejar influir. Con independencia de lo que sospecharan, los padres de Sergei jamás supieron la verdad de su destino: fue ejecutado el 29 de octubre de 1937 disparándole una bala en la

nuca.

La estancia de Trotsky en Francia nunca fue segura por completo. Los militantes comunistas y las autoridades de derechas presionaban para que se le expulsara. Tras el asesinato de Kirov, *L'Humanité*, el órgano del Partido Comunista Francés, declaró que «las manos de Trotsky están manchadas con la sangre de Kirov». Trotsky temía que los vientos variables de la política interior y la diplomacia francesas —el gobierno derechista de Edouard Daladier y Pierre Laval firmó una alianza con el Kremlin en la primavera de 1935— se tradujera en que lo deportaran, seguramente a la colonia insular francesa de Madagascar, pues ningún otro país estaba dispuesto a aceptarlo. Desesperado, Trotsky pidió asilo en Noruega, donde un gobierno socialdemócrata acababa de asumir el poder. Tras muchas solicitudes, se le concedió un visado.

Llegó a Noruega el 18 de junio de 1935 y, de inmediato, padeció restricciones semejantes a las que se le impusieron en Francia. Dada su notoriedad, no logró encontrar un lugar adecuado en el que vivir de alquiler. Le correspondió a un editor socialista, Konrad Knudsen, ofrecerle un refugio seguro en su propia casa, en una pequeña aldea situada unos cincuenta kilómetros al norte de Oslo. Como solía suceder, la tensa incertidumbre de la vida de Trotsky debilitó su salud. Estuvo enfermo todo el verano y, en octubre, tuvo que ser hospitalizado seis semanas para recuperarse de una fatiga severa.

Solo entonces pudo reanudar su labor de escritura; en un año terminó *La revolución traicionada*, su análisis descarnado de la Unión Soviética en la cima de la dictadura de Stalin. Al igual que gran parte de los escritos de Trotsky sobre el régimen, *La revolución traicionada* exponía muchos sentimientos e ideas dispares. Trotsky defendía la colectivización calificándola de «una inmensa revolución en la agricultura socializada». Elogiaba «el ritmo, sin precedente en la historia, del desarrollo industrial de Rusia [...] El socialismo —escribió— ha demostrado su derecho a la victoria [...] no en el lenguaje de la dialéctica, sino en el del hierro, el cemento y la electricidad». Pero Trotsky también denunciaba la violencia arbitraria del Kremlin. Quizá pensaba en su hijo, Sergei, cuando escribió que «todo lo que la juventud tiene de indocilidad y de cualidades es sistemáticamente reprimido, eliminado o físicamente exterminado». Este es un «régimen totalitario basado en el terror, la mentira y la adulación», que descansa en campos de concentración, celdas de aislamiento y exilio en Siberia para intimidar a la oposición y a la población en general. No podía evitar concluir que el estalinismo y el fascismo guardaban una «semejanza asombrosa». Muy poca gente en aquel momento estaba dispuesta a reconocer la verdad subyacente al perspicaz comentario de Trotsky.

Para Trotsky, había dos motivos fundamentales que sustentaban la tragedia. Lenin no había previsto el aislamiento prolongado de Rusia después de que tuviera lugar la primera revolución proletaria. Las revoluciones no llegaban a estallar en Europa, lo que dejaba a Rusia vulnerable y sola: vulnerable al recurso de Stalin a una burocracia

despiadada y arraigada y sola entre Estados capitalistas hostiles empeñados en estrangularla; era Stalin quien la había traicionado. Trotsky solo se animaba mediante la firme creencia en que los progresos económicos del país y el control de las fábricas y los recursos naturales por parte del Estado superarían algún día las consecuencias de la dictadura personal de Stalin.

Trotsky se encontraba en Noruega cuando irrumpieron en la escena mundial los sucesos de Madrid y Moscú. En julio de 1936, el ejército español, encabezado por el general Francisco Franco, se sublevó contra el gobierno; fue el principio de la Guerra Civil española. Y el 5 de agosto dio comienzo en Moscú el primero de los tres célebres «juicios ejemplares». Dieciséis acusados, entre los que se encontraban Lev Kamenev y Grigori Zinoviev, fueron acusados de alta traición, conspiración y tentativa de asesinato de Stalin. La acusación se llevó al extremo de afirmar que Trotsky, ayudado por su hijo Lev, se encontraba en el núcleo de la trama terrorista. El cargo principal era la creación de un «centro trotskista-zinovista», al que se hacía responsable del asesinato de Kirov. Durante cinco días, los acusados, que adoptaron el papel de traidores arrepentidos, confesaron unos delitos inverosímiles. Zinoviev, que otrora fuera uno de los colaboradores más estrechos de Lenin, declaró que él «no hizo más que secundar a Trotsky» en la organización de una trama para asesinar a Stalin, Voroshilov y otros dirigentes. «Mi bolchevismo defectuoso acabó transformándose en antibolchevismo y, a través del trotskismo, llegué al fascismo. El trotskismo —concluía Zinoviev— es una modalidad de fascismo». Otro acusado, Ivan Smirnov, que había sido un estrecho colaborador de Trotsky y contribuido a derrotar al almirante Kolchak en la guerra civil, afirmó que Trotsky se había dedicado a enviar «orientaciones e instrucciones sobre terrorismo y considera que el nuestro es un Estado fascista [...] Está al otro lado de las barricadas».

Trotsky intentó comprender lo que sucedía. El segundo día de sesión empezó a emitir declaraciones: se brindó a someterse a una Comisión de Terrorismo Político auspiciada por la Sociedad de Naciones, e incluso aceptaba ser extraditado a Moscú en el caso de que una comisión independiente le considerara culpable de los delitos que el Kremlin le imputaba. Comparó el juicio con el relato de Edgar Allan Poe «El pozo y el péndulo». «La templanza del ser humano —escribió—, hasta la más poderosa, tiene una capacidad limitada de soportar la tortura moral». Las autoridades soviéticas presionaron para que fuera expulsado de Noruega aduciendo que Oslo no debería ofrecer asilo a un criminal tan notorio. Sin embargo, no solicitaron la extradición basándose en la acusación del juicio porque eso habría supuesto celebrar una vista imparcial ante un juez noruego.

Si bien las autoridades de Oslo se resistían a expulsarlo, se sentían cada vez más incómodas por tenerlo en su entorno. En aquel momento, el ministro de Justicia noruego era Trygve Lie, que posteriormente fue el primer secretario general de Naciones Unidas. Bajo las presiones del Kremlin y de los simpatizantes nazis, Lie ordenó que se internara a Trotsky y a su esposa. Fueron sacados por la fuerza de la

casa de Knudsen y alojados bajo arresto domiciliario con la custodia de veinte policías. Se les censuró el correo y no se les permitía recibir periódicos. Todo servía a los propósitos de Stalin. Tras la estela de los primeros juicios de las purgas, Trotsky padecía ahora graves ataques públicos auspiciados por el Kremlin y sus partidarios. Pero apenas pudo responder; durante más de tres meses, él y su esposa padecieron un confinamiento arbitrario. Su único solaz fue un breve libro que Lev escribió en París (con la ayuda de Victor Serge, liberado del exilio hacía poco y a quien se le permitió marchar a Francia), en el que ponía de manifiesto las contradicciones en que incurría el juicio, entre ellas la afirmación de la fiscalía según la cual Lev se había reunido con su padre para conspirar en el hotel Bristol de Copenhague en noviembre de 1932; el hotel había sido demolido en 1917 y Lev jamás había puesto un pie en Copenhague.

Las autoridades noruegas se mostraron inflexibles y cedieron a las presiones del Kremlin y los activistas locales proalemanes. Insistían en que Trotsky había violado las condiciones de su estancia al hablar de asuntos políticos de diversos países. En cierta ocasión, Trotsky perdió la paciencia y acusó a Trygve Lie con unas palabras que resultarían proféticas. «Es su primer acto de rendición al nazismo en su propio país. Lo pagará —afirmó para que todos lo supieran—. Se creen ustedes a salvo y con libertad para mercadear a su antojo con un exiliado político. Pero se acerca el día, ¡recuerde esto!, se acerca el día en que los nazis les expulsarán de su propio país». Cuatro años más tarde, cuando los alemanes se habían apoderado de Oslo, Lie y otros ministros, a los que se unió el rey Haakon, aguardaban en la costa a que llegara un barco que los trasladara a Inglaterra. Fue entonces cuando el rey les recordó «la maldición de Trotsky».

Ningún país parecía dispuesto a acogerlo. Los gobiernos temían albergar a un revolucionario tan llamativo y muchos liberales, que tal vez en otras condiciones podrían haber simpatizado con él, vacilaron a la hora de manifestar su apoyo. A principios de ese año Hitler había enviado tropas alemanas a Renania, lo que representaba una violación explícita del Tratado de Versalles, que exigía la desmilitarización de la región; ni Francia ni Inglaterra dieron un paso para hacer cumplir el tratado y frenar el primer avance militar de Hitler. Todos estos acontecimientos redundaron en beneficio de Stalin; con el auge del nazismo, muchas personas dudaron a la hora de criticar la política soviética en un mundo cada vez más dividido entre la lealtad a Stalin o a Hitler. Trotsky quedó atrapado en medio.

Lo salvaron un par de insólitos ángeles. Los artistas Diego Rivera y su esposa, Frida Kahlo, lograron que se autorizara su solicitud para que el gobierno de México, presidido por Lázaro Cárdenas, concediera un visado a Trotsky.^[27] Trygve Lie le informó de la noticia el 18 de diciembre; el día siguiente, Lie puso a Trotsky y a su esposa en un petrolero con rumbo al otro lado del Atlántico. El buque arribó a la costa mexicana el 9 de enero de 1937. Kahlo acudió a recibirlo acompañada por autoridades mexicanas y por Max Shachtman, un seguidor norteamericano de

Trotsky. Este y su esposa fueron conducidos en el convoy ferroviario presidencial hasta Ciudad de México, donde Rivera y Kahlo les brindaron la hospitalidad de su hogar en las afueras de Coyoacán. El clima, los fabulosos paisajes y la acogida franca y distendida de las autoridades mexicanas imprimieron en ellos un sentimiento de auténtica renovación. «Respirábamos aire puro —escribió Sedova a unos amigos—. Un automóvil nos llevó hasta el tren; [...] En él atravesamos palmerales y grandes extensiones de cactus hasta llegar a Ciudad de México; una casa azul, un patio repleto de plantas, habitaciones espaciosas, colecciones de arte precolombino, cuadros de todas partes: estábamos en otro planeta, en la casa de Rivera». Vivieron allí dos años, pero Trotsky no daba la menor muestra de relajación: era incansable. Tras los meses de arresto domiciliario en Noruega, tenía libre acceso a la Casa Azul y su amplio jardín. La escritora estadounidense Eleanor Clark solía verlo caminar «de un lado a otro, de un lado a otro, como un león del zoo».^[28] Igual que hiciera en Turquía, reunió enseguida a un equipo de traductores y taquígrafos. Sus partidarios norteamericanos reclutaron voluntarios que quisieran trabajar como guardas. Dos semanas después de su llegada, el 23 de enero, dio comienzo en Moscú el segundo juicio ejemplarizador.

Entre los acusados había en esta ocasión figuras del partido que anteriormente habían sido aliados fieles de Trotsky: hombres como Karl Radek, Yuri Piatakov o Christian Rakovsky. Ahora se volvieron contra él: acusaron a Trotsky de planificar sabotajes industriales y la desmembración de la Unión Soviética con el fin de repartir las piezas entre la Alemania nazi y el Japón imperial; afirmaban que Trotsky se había reunido en secreto con Rudolf Hess, estrecho colaborador de Hitler. Esta vez implicaron también a sus dos hijos: Lev era el principal esbirro de su padre, mientras que Sergei pretendía envenenar a los trabajadores.

Radicado en México y con acceso directo a la prensa norteamericana e internacional, Trotsky se lanzó a una actividad desenfundada realizando declaraciones y enviando infinidad de instrucciones a Lev, en París, y a sus partidarios, en Nueva York. Insistía en que le mandaran recortes de viejos periódicos soviéticos y otros materiales para refutar las afirmaciones del Kremlin. Resultó fácil contradecir varias declaraciones autoinculpatorias de los acusados. Piatakov, por ejemplo, afirmaba que había viajado desde Berlín a Oslo en diciembre de 1935 con el único propósito de ver a Trotsky para organizar la conspiración. Pero Trotsky comprobó que no había aterrizado ni un solo avión en Oslo en todo ese mes, una prueba de lo rudimentaria que era la aviación comercial durante el invierno europeo. Así que «el OGPU obligó a Piatakov a volar para encontrarse conmigo en un avión imaginario, exactamente igual que la Santa Inquisición obligaba a las brujas a acudir a sus citas con el demonio montadas en una escoba —escribió Trotsky—. Todas las demás confesiones, particularmente en lo que me afectan —insistía—, se fundan en el mismo tipo de subterfugios y falsificaciones miserables. [Pero Stalin] no puede parar. Parece un hombre que bebe agua salada para aplacar la sed».

Trotsky también señaló la dimensión antisemita de los juicios, especialmente el hecho de que la prensa soviética había destacado los apellidos originales de Kamenev y Zinoviev: Tozenfeld y Radomyslsky. En Nueva York, el periodista yiddish B. Z. Goldberg respondió enfurecido. «El mero hecho de que [Trotsky] haya descubierto de repente a los judíos con un asunto judío, con el yiddish e, incluso, con un territorio judío, me parece raro [...] Para vencer a Stalin, Trotsky considera que tiene derecho a volver antisemita a la Rusia soviética [...] Para nosotros se trata de una cuestión muy grave [...] Estamos acostumbrados a considerar que la Unión Soviética es nuestro único consuelo en lo relativo al antisemitismo». Hasta Stephen Wise, el rabino estadounidense más célebre de su generación, consideraba que la acusación de antisemitismo que Trotsky vertía contra Stalin era «un recurso cobarde». Pero Trotsky no se retractó. Ante los comentarios a menudo hostiles de los apologistas occidentales del régimen soviético, reclamaba la creación de una comisión internacional imparcial que examinara las pruebas en busca de «personas que irrefutablemente gocen de autoridad y de prestigio público».

Los juicios de Moscú, la tensión cada vez mayor que se vivía en Europa, la inesperada presencia de Trotsky en México y sus elocuentes alegatos de inocencia acrecentaron la confusión de muchas figuras liberales y radicales estadounidenses, que ya estaban de por sí desconcertadas por los dilemas políticos e ideológicos de la década. Para muchos intelectuales, la Gran Depresión y las victorias de Hitler y Mussolini minaron su confianza en la democracia; una confianza que el gobierno de Roosevelt, pese al dinamismo de su energía, no podía restablecer. Como vivía en México, Trotsky se mantuvo al tanto de los debates de las revistas de izquierda. No fue una relación fácil en ninguna dirección. Trotsky tenía poca paciencia con los liberales de mentalidad reformista, mientras que los radicales de Nueva York, que querían considerar a Trotsky uno de los suyos, encontraron dificultades para reconocer que, a diferencia de sí mismos, este era un auténtico revolucionario.

Dos semanarios norteamericanos, *The Nation* y *The New Republic*, le sacaron de quicio con su crédula actitud ante los juicios de Moscú. En un editorial del mes de febrero de 1937, *The New Republic* se preguntaba: «¿Qué sabemos en realidad sobre los juicios?». Como los acusados habían «confesado sin reservas la culpabilidad por todos los cargos», parecía haber pocos motivos para poner en duda la integridad del procedimiento. Malcolm Cowley, que era editor de *The New Republic* desde 1931 y fue uno de los críticos más admirados en Estados Unidos, no logró evitar hacer una defensa burda de los juicios. Para Cowley, «los liberales que caen presa de la polémica por criterios morales son unos títeres y unos imbéciles». Dando por válidas las acusaciones y las confesiones, Cowley escribió un extenso comentario de la transcripción del segundo juicio que se publicó pocas semanas después de que finalizara. En abril de 1937, señalaba en *The New Republic* que «las confesiones eran sin duda sinceras»; que los juicios confirmaban «la escrupulosidad y la buena fe de las autoridades soviéticas»; y que:

el odio que Trotsky siente hacia Stalin le hizo inclinarse demasiado rápido por aquellos que aceptaban su liderazgo; los implicaba en conspiraciones, asesinatos y actos de sabotaje; los separaba de las masas. Y el egocentrismo de Trotsky, su ausencia de lealtades personales, le llevó a renegar de los trotskistas rusos en cuanto fueron descubiertos y detenidos [...] No era el gran dirigente quien había sido traicionado por sus seguidores: había sido el gran dirigente quien traicionaba y empujaba a la muerte a sus partidarios.

Y por lo que se refería a la Unión Soviética, «sigue siendo la potencia más progresista del mundo».

La información de *The Nation* era igualmente tendenciosa. Tras el primer juicio ejemplarizante de agosto de 1936, un editorial afirmaba que «no se puede dudar de que la dictadura de Rusia agoniza y que está naciendo una nueva democracia». En el mismo número, Louis Fischer, que había pasado varios años en Moscú, comentaba la nueva constitución soviética. A juicio de Fischer, «la crueldad y el terror han dejado de ser las armas más fiables del Estado [...] El mundo ha visto cómo una serie de regímenes parlamentarios se han convertido en dictaduras. La dictadura bolchevique es la primera en renegar de su naturaleza en aras de la democracia». Con posterioridad, en enero de 1937, *The Nation* proseguía con sus comentarios ingenuos, cuando no deliberadamente tergiversados. Citaba los reportajes de Walter Duranty en *The New York Times* como argumento para aceptar sin ambages las confesiones de los acusados. «Radek podría haber dicho unas palabras para refutarlas en un tribunal ante la presencia de la prensa extranjera y los cuerpos diplomáticos, y con esas palabras habría dejado estupefacto al mundo entero —especulaba un editorial—. El hecho de que no lo hiciera es prueba de una convicción considerable».

Enojado ante semejantes comentarios, Trotsky se negó a aceptar la visita de Freda Kirchwey, editora de *The Nation*. Según le escribió a Herbert Wolow en febrero de 1937, «no puedo discutir en persona con un hombre o una mujer que duda de que yo no haya sido aliado de Hitler y del Mikado. La autorizo por entero a que padezca con sus dudas en su casa, pero no en la mía». Trotsky estaba decidido a «quebrantar la condición de neutralidad en lo que se refería a *The Nation* y *The New Republic*», para «acabar con su influencia en el pensamiento radical». Sus editores eran «grandilocuentes, pretenciosos e hipócritas» y «se interponen en el camino de cualquier avance».

Por lo que sabemos hoy, es casi imposible ponerse en el punto de vista prevaleciente en la época en determinados círculos intelectuales de Occidente. Escritores y profesores de mentalidad crítica, y por lo demás inteligentes, se sentían tan cautivados por la Rusia de Stalin que daban por válidas acusaciones desaforadas contra hombres que habían sido colaboradores muy estrechos de Lenin: que habían querido asesinar a Lenin y Stalin, entregar a su país a Alemania y Japón, sabotear la industria, hacer descarrilar trenes o envenenar a los trabajadores. Trotsky tuvo que

defenderlos a todos, incluso a quienes, como Kamenev y Zinoviev, habían conspirado contra él en alguna ocasión.

Tan solo unos meses después de llegar a México, Trotsky mantuvo correspondencia con los fundadores de *The Partisan Review*, una revista antiestalinista que confiaba en rebatir la información de los defensores del Kremlin. En un principio acogió de buen grado la nueva revista y aceptó su invitación para colaborar con la esperanza de que «apuntara sin piedad contra la ponzoña ideológica tanto de la Segunda como de la Tercera Internacional, veneno que no resulta ser menos nocivo en el ámbito de la cultura, la ciencia y el arte como en la esfera de la economía y la política». Pero comprendió enseguida que la mezcla de comentarios políticos y reseñas literarias que exhibía la revista no era de su gusto. Como escribió al crítico Dwight MacDonald en enero de 1938, «mi impresión general es que los editores de *The Partisan Review* son personas competentes, cultas e inteligentes, pero *no tienen nada que decir*». Cuando lo invitaron a participar en un congreso sobre marxismo, Trotsky no vio utilidad alguna en hacerlo. «Algunos [participantes] son cadáveres políticos. ¿Cómo se puede confiar a un cadáver la decisión de si el marxismo es o no una fuerza viva?».

Trotsky también mantuvo correspondencia con el crítico Philip Rahv, que, al igual que MacDonald, era un editor de *The Partisan Review*. Reconocía que la revista era independiente de los puntos de vista estalinistas:

Pero la independencia sola no basta —advertía a Rahv—, hay medidas que son necesarias para luchar contra la teoría incorrecta; otras, para la lucha contra las epidemias de cólera. El estalinismo está infinitamente más próximo al cólera que a la teoría incorrecta. La lucha debe ser intensa, agresiva, inmisericorde. En esta lucha no solo son válidas ciertas dosis de «fanatismo», sino que también son saludables. Dejaremos a los filisteos que se mofen del «fanatismo». En la historia no se ha logrado nada importante sin fanatismo.

La polémica de los juicios desencadenó discusiones encendidas. El filósofo Sidney Hook, que otrora fuera un marxista convencido, hizo campaña para refutar las acusaciones contra Trotsky por respeto a la verdad. En febrero de 1937, Hook escribió a Albert Einstein a Princeton a fin de recabar su apoyo para la creación de una comisión internacional que examinara las acusaciones. Einstein aceptó de inmediato que «todo acusado debe tener la oportunidad de demostrar su inocencia», pero no comprendía de qué modo podía ayudar a Trotsky un juicio público. Ante la insistencia de Hook, que llegó incluso a visitar a Einstein para presionarle, se negó a firmar un manifiesto semejante; solo podía reconocer que «tanto Stalin como Trotsky son unos gánsteres políticos».

Pero la petición de Trotsky de que se convocara una comisión de investigación no se atendió. En marzo de 1937, una delegación de europeos y norteamericanos

presidida por el filósofo John Dewey acudió a México para entrevistar a Trotsky y examinar los materiales de que disponía.^[29] La comisión se reunió en la Casa Azul de Rivera y Kahlo, en las afueras de Coyoacán, donde recogieron testimonios durante casi una semana. El de Trotsky puso fin a la visita. Habló con los comisionados durante casi cuatro horas en un inglés defectuoso y entrecortado, dispuesto a solventar su falta de fluidez hablando una lengua que comprendieran. Se había preparado con meticulosidad y había recurrido a Lev, en París, para que rastreara una serie interminable de artículos que demostraran la falsedad de las acusaciones de Stalin. Durante toda esa semana, Dewey y Trotsky habían guardado cierta distancia, sobre todo para preservar la objetividad de las reuniones. Pero cuando Trotsky acabó de prestar testimonio, ambos tuvieron la oportunidad de conversar y manifestarse el mutuo respeto que sentían el uno hacia el otro. Albert Glotzer, un estadounidense que trabajó codo a codo con Trotsky en México y taquigrafió las sesiones, vio a los dos hombres sentados en una fiesta esa misma noche, poco más tarde. Según informaba, Dewey señaló a Trotsky que «si todos los comunistas fuesen como usted, yo sería comunista». Y Trotsky, igualmente cortés, le respondió: «si todos los liberales fuesen como usted, yo sería liberal». La comisión de Dewey hizo público su informe a final de año; en él afirmaba que los juicios de Moscú no eran más que «una trampa» y que Trotsky era inocente de las acusaciones que se vertían contra él. Dewey era muy famoso en Estados Unidos, lo que aseguró cierta cobertura informativa al informe de la comisión. Pero en Europa, la tensión por el resurgimiento de Alemania preocupaba a la prensa; se habló muy poco de la comisión Dewey. Para entonces, además, las certidumbres ideológicas de la época dificultaban que el extenso informe de Dewey, con su inequívoca declaración de inocencia de Trotsky, convenciera a los más intransigentes.

Esa misma primavera de 1937, en medio de su frenética actividad, Trotsky se permitió un breve esgarce amoroso con Frida Kahlo. Fue una aventura temeraria. Aunque Kahlo y Rivera no eran famosos por ser fieles, Rivera era celoso hasta la extenuación; en caso de que hubiera tenido conocimiento de la aventura, seguramente habría expulsado a Trotsky... si es que no le hubiera pegado un tiro antes. Una ruptura así habría causado dificultades políticas a Trotsky en México, como su equipo se sintió obligado a recordarle. La aventura con Kahlo produjo una grieta en la relación de Trotsky con Sedova. Trotsky ya había buscado a otras mujeres con anterioridad, pero ahora él y su esposa habían vivido juntos todo un abanico de calamidades emocionales: la derrota política, el exilio, la muerte de las hijas de él y la desaparición del hijo pequeño de ambos. En cierto momento del mes de julio, Trotsky se marchó en solitario para alojarse en un pequeño hotel, sin dejar de remitir a Sedova cartas frecuentes en las que le manifestaba su disgusto y su entrega. Una de esas cartas era una expresión del amor juguetón y apasionado que sentía por ella e incluía elocuentes detalles eróticos. En otras misivas y llamadas telefónicas, acaso arrepentido de su conducta y con el deseo de abochornarla por lo que podría haber

sido un episodio de infidelidad por parte de ella, recordaba a Sedova que en 1918, cuando vivían en el Kremlin, la había pretendido un hombre más joven. Era lo máximo que Sedova había llegado a hacer para tratar de eludir los celos inagotables de Trotsky. Se reconciliaron y volvieron a salir a merendar al campo con Rivera y Kahlo como si nada hubiera sucedido.

Lev siguió siendo el colaborador más estrecho de su padre. En París, su labor consistía en editar el *Bulletin of the Opposition*, mantener contactos con un buen número de partidarios y llevar a cabo fielmente los numerosos e insistentes encargos de su padre. El Kremlin tenía conocimiento del papel que desempeñaba Lev y pergeñó un modo de perturbar sus tareas enviando a un emigrado ruso llamado Mark Zborowski para que se introdujera en su círculo de colaboradores. En otoño de 1936, Zborowski llegó a asumir responsabilidades importantes: trabajando con Lev en la confección del *Bulletin*, distribuyendo correspondencia o archivando documentos de material relacionado con la oposición. Zborowski tramó sin duda el robo de los archivos de Trotsky en París en noviembre de 1936, cuando desaparecieron ochenta kilos de documentos. No fue la primera vez que el Kremlin conseguía infiltrarse en el entorno de Trotsky. En la actualidad se sabe que varios guardaespaldas que Trotsky había seleccionado en Turquía eran agentes del Kremlin, a quienes se había encargado vigilarlo de cerca pero sin hacerle ningún daño.

En el invierno de 1937-1938, Lev empezó a encontrarse mal. Vivía sometido a muchas presiones: de su padre, para que trabajara sin parar; de su vida privada, por una serie de complicaciones; de la continua falta de financiación (en una ocasión se quejó a Trotsky de que, a veces, «ni siquiera tenía dinero para comprar sellos») y de las tensiones políticas generalizadas de la época. En el mes de febrero, sus médicos, quienes sospechaban que tenía apendicitis, le sugirieron que se sometiera a una cirugía abdominal. Ingresó bajo seudónimo en una pequeña clínica privada entre cuyo personal había rusos emigrados. La operación transcurrió con normalidad y Lev parecía recuperarse, pero al cabo de varios días sufría unos dolores espantosos y lo encontraron dando tumbos por los pasillos, profiriendo gritos ininteligibles y expulsando espuma por la boca. Los médicos trataron de ayudarlo, pero murió enseguida.

Diego Rivera se enteró de la noticia por la radio y corrió a buscar a Trotsky, que había ido a pasar varios días con unos amigos a otro barrio de las afueras. Cuando Rivera le dio la noticia, Trotsky regresó a toda prisa a Cayoacán para contárselo a su esposa. La muerte de Lev Sedov fue un golpe demoledor. Con sus hijas fallecidas y Sergei encarcelado y presuntamente muerto, ahora todos sus hijos, *todos*, habían desaparecido. Para Trotsky, la muerte de Lev tuvo unas consecuencias muy particulares. Él no había sido el padre ni el colaborador más fácil. Todas las desagradables dificultades que vivieron otros, las había soportado Lev con mayor intensidad aún. Trotsky no se contenía y exigía mucho a los demás, y cuando tenía que hacer alabanzas solo era generoso a regañadientes. Como vio con sus propios

ojos Eleanor Clark, «cualquier pequeño inconveniente para él era un contratiempo para el mundo». Solía reprender a Lev por los problemas de la edición y la impresión del *Bulletin* y por el retraso en la distribución. En febrero de 1937, cuando Trotsky recopilaba material sobre el segundo juicio de Moscú, envió una elocuente carta a Lev diciéndole que su trabajo era tan descuidado que rozaba «la traición» y, luego, proseguía aduciendo: «resulta difícil decir cuáles son los peores golpes, si los que vienen de Moscú o los que vienen de París». En enero de 1938, cuando Trotsky aguardaba con impaciencia un número del *Bulletin* que daba cobertura al informe de la comisión Dewey, reprendió a Lev calificando su gestión de la revista como «un delito flagrante» y amenazándole con trasladar la oficina editorial a Nueva York.

Abatidos por el dolor, Trotsky y Sedova se recluyeron; apenas salieron de su habitación durante una semana. Pese a todo, Trotsky no se rindió. Enseguida preparó un homenaje muy sentido a Lev en el que reconocía las tensiones a que estaba sometida su relación y los riesgos que había afrontado en París. Insistía en que los agentes del Kremlin eran responsables de su muerte, «ya fuera porque los amos de Moscú recurrieran a la química o porque todo lo que habían hecho con anterioridad hubiera sido suficiente». Por lo que se refería a su esposa y a él, dejaba patente la magnitud de su sufrimiento: «Junto con nuestro hijo ha muerto todo lo que nos quedaba de juventud». Decidido a denunciar una presunta conspiración, exigió una investigación a fondo. Los médicos franceses informaron de que no podían encontrar ninguna prueba de que Lev hubiera sido envenenado o de que el tratamiento médico se hubiera prescrito con malicia. Trotsky no compartía esta opinión y presionó a través de abogados y partidarios políticos para que se siguiera investigando. A mediados de la década de 1950, una confesión parcial del propio Zborowski sirvió de ayuda a los especialistas occidentales para que confirmaran que había sido un agente estalinista quien perfectamente pudo haber dispuesto de los medios para asesinar a Lev o asegurarse de que muriera. Lev había sido el colaborador político más importante de su padre. No cabe duda de que Stalin quería quitarlo de en medio; hay algunas evidencias de que hubo agentes que trataron de secuestrar a Lev para llevarlo a Moscú, donde sería juzgado y condenado. En todo caso, nadie ha podido confirmar con precisión qué le sucedió a Lev Sedov durante aquellos días de febrero de 1938.

La sed de sangre de Stalin no era fácil de saciar. Como le comentó en una ocasión a un colega, «el mayor placer consiste en escoger al enemigo, prepararlo todo, vengarse meticulosamente y, luego, marcharse a dormir». Además de las dos hijas y los dos hijos de Trotsky, cuya muerte estuvo causada directa o indirectamente por Stalin, hubo un buen número de parientes de Trotsky que fueron encerrados en una prisión o ejecutados: su primera esposa,^[30] un hermano mayor, una hermana menor, una sobrina, tres sobrinos y tres yernos fueron fusilados; hubo otras sobrinas y sobrinos y un nieto que padecieron cárcel y exilio; se desconoce cuál fue el destino de dos nietos suyos (de su hija Nina) y de su nieto (de su hijo Lev). Era como si alguien hubiera reunido el árbol genealógico de Trotsky y, luego, lo hubiera despojado

sistemáticamente de todas las hojas. También fueron blanco de ataques otras personas que habían colaborado de cerca con Trotsky. Erwin Wolf había trabajado para él en Noruega; acudió a España en 1936, donde fue asesinado por agentes estalinistas. Rudolf Klement, un emigrado alemán que había sido secretario de Trotsky en Francia y, después, secretario de la Cuarta Internacional, fue secuestrado y asesinado en París en el verano de 1938; encontraron su cuerpo mutilado en el Sena.

Tras la muerte de Zinaida en Berlín, de su hijo Seva se ocupó el tío Lev, quien le buscó hogares u orfanatos donde vivir. Pero cuando murió Lev, Seva se mudó con la compañera de siempre de Lev, Jeanne Martin Molinier, que se había separado del grupo principal de seguidores de Trotsky. Hicieron falta muchos esfuerzos de activistas y amigos de Trotsky para conseguir la custodia de Seva y organizar su viaje a México, donde se reunió con sus abuelos en agosto de 1939; en ese momento tenía trece años. Trotsky había manifestado en una ocasión su preocupación por si Seva olvidaba la lengua rusa mientras aprendía francés y alemán en las escuelas europeas. Pero cuando el chico llegó a México, Trotsky comprendió que Seva debía tener la oportunidad de llevar una vida normal. Dio instrucciones a todo el personal de la casa, incluida Sedova y los guardaespaldas, de que jamás hablaran a Seva en ruso ni discutieran de política con él. Se crió en Ciudad de México con el nombre de Esteban Volkow, asistió a una escuela privada fundada por refugiados españoles, estudió química y acabó siendo investigador de la industria farmacéutica; se casó y tuvo cuatro hijas.

Cuando se celebraron los juicios de las purgas en Moscú, algunos pensadores de la izquierda empezaron a reconsiderar su interpretación del estalinismo y sus orígenes en las medidas extremas del propio Lenin. Inevitablemente, aquello llevaba a preguntarse por el ejercicio del poder de Trotsky. Algunos de sus críticos, entre ellos la anarquista Emma Goldman, subrayó su papel en la represión de la rebelión de Kronstadt en 1921. «No se le ocurre [a Trotsky] —escribía Goldman— que se pueda detestar la barbarie del Kremlin y su régimen atroz y, sin embargo, no exonerar a Leon Trotsky del delito contra los marineros de Kronstadt». Goldman se negaba a reconocer diferencias importantes entre Stalin y Trotsky. El primero «no cayó del cielo sobre el indefenso pueblo ruso —insistía—. No hace más que mantener las tradiciones bolcheviques, aun cuando lo haga con modales más despiadados».

Otro crítico fue el escritor Victor Serge, uno más del puñado de partidarios de Trotsky que había tenido la valentía de enfrentarse a él. Nacido en Bélgica, Serge se había incorporado a la causa bolchevique en Petrogrado en 1919. Pero después de apoyarlo en la década de 1920, cayó víctima de la represión de Stalin y fue detenido en 1933, tras lo cual se le exilió en Orenburg. Sus partidarios en Occidente se concentraban para defenderlo con manifestaciones; esos esfuerzos consiguieron que se le pusiera en libertad en 1936 y se le autorizara a marcharse a París. Serge trabó contacto enseguida con Lev Sedov e inició una correspondencia con Trotsky, en México. Pero Serge acabó comprendiendo muy pronto que la oposición a Stalin

estaba teñida de intolerancia ideológica cada vez que necesitaba defender la libertad política. En *Memorias de un revolucionario*, Serge exponía que le había suplicado a Trotsky que «incluyera en el programa de la oposición una declaración de libertad para todos los partidos que aceptaran el régimen soviético [...] El único problema que, entre los años transcurridos entre 1917 y 1923, no logró tener en cuenta abiertamente fue el de la libertad, la única declaración que tuvo que hacer de nuevas y que nunca hizo es la Declaración de los Derechos del Hombre».

En uno de sus intercambios epistolares, en abril de 1936, poco después de que Serge llegara a París, Trotsky manifestó su tradicional hostilidad hacia los mencheviques, aliados otrora de los bolcheviques en el movimiento socialdemócrata y que se habían apartado de Lenin en 1917 por la cuestión del gobierno de partido único. Sin embargo, muchos de sus cuadros lucharon junto a los bolcheviques durante la guerra civil contra las tropas de rusos blancos. En los años posteriores, tuvieron que sufrir la represión tanto de Lenin como de Stalin. Sin embargo, Trotsky conservaba la animadversión hacia ellos. Cuando le preguntaron cuál sería la política de la Cuarta Internacional hacia los mencheviques en caso de que adquiriera más poder, Trotsky no dudó en ofrecer una respuesta cargada de cinismo. «Si los partidarios de los mencheviques encarcelaran y mataran a los nuevos Liebknecht [el comunista alemán Karl Liebknecht había sido asesinado junto a Rosa Luxemburgo en Berlín en 1919], entonces nosotros, sin duda alguna, no felicitaríamos a los mencheviques». Pero estos no eran responsables del asesinato de los dirigentes comunistas alemanes, y unos cuantos de estos se habían unido a los rusos blancos durante la guerra civil. Aquello no fue nada más que una respuesta demagógica por parte de Trotsky.^[31]

Trotsky rechazó las críticas de Serge y rompió relaciones con él, aunque este se mantuvo igualmente firme. En sus memorias, escribió lo siguiente:

Llegué a la conclusión de que nuestra oposición había albergado siempre dos orientaciones significativas contradictorias. Para la gran mayoría de sus miembros había supuesto la resistencia al totalitarismo en nombre de los ideales democráticos expuestos al principio de la revolución; para una serie de nuestros viejos dirigentes bolcheviques significaba, por el contrario, la defensa de la ortodoxia doctrinaria, que, aunque no excluía cierta tendencia democrática, era autoritaria hasta la médula [...] Si [Trotsky], exiliado de la URSS, [...] se hubiera proclamado ideólogo de un socialismo renovado, de apariencia crítica y menos temeroso de la diversidad que del dogmatismo, tal vez habríamos alcanzado nuevas cotas de grandeza. Pero era prisionero de su propia ortodoxia, mas aún cuando las concesiones a la heterodoxia estaban siendo denunciadas como traición. Consideró que su papel consistía en introducir en el mundo en general un movimiento que no solo era ruso, sino que se había extinguido en la propia Rusia, asesinado en dos ocasiones, tanto

por las balas de sus verdugos como por las transformaciones de la mentalidad humana.

En respuesta a las críticas, Trotsky escribió *Su moral y la nuestra*, un panfleto que publicó a principios de 1938 (dedicado a la memoria de Lev Sedov). Se hacía eco de sus ideas de 1919, cuando defendía el monopolio del poder de los bolcheviques y recurría al terror revolucionario. Una vez más, presentaba una defensa pormenorizada de la coerción al servicio de las ideas políticas, siempre que fueran, a su juicio, las más recomendables. «El medio solo puede ser justificado por el fin —escribió—. Pero este, a su vez, debe ser justificado. Desde el punto de vista del marxismo, que expresa los intereses históricos del proletariado, el fin está justificado si conduce al acrecentamiento del poder del hombre sobre la naturaleza y la abolición del poder del hombre sobre el hombre». A juicio de Trotsky, era una cuestión de fe que la lucha de clases fuera el único modo de alcanzar la libertad universal. Prácticamente cualquier medio podía estar justificado, siempre que estuviera concebido honestamente para profundizar en la lucha de clases. Después de toda la tragedia y el sufrimiento que le había tocado sufrir a su familia, y después de los millones de personas destrozados por la revolución que había liderado, siguió siendo un firme defensor de la toma del poder de los bolcheviques y un opositor a la democracia parlamentaria y disciplinada basándose en el respeto a las libertades civiles y los derechos de las minorías. Siguió estando convencido de que la justicia se podía establecer mediante una dictadura o, al menos, mediante el tipo de dictadura que él tenía en mente. Y siguió negando toda responsabilidad moral por la pérdida de vidas inocentes que él y sus ideas habían causado.

John Dewey sintió la necesidad de responder a *Su moral y la nuestra*. Conocía y admiraba a Trotsky, pero entendió la falacia subyacente a su argumentación:

La selección de la lucha de clases como medio debe estar justificada, sobre la base de la interdependencia de medios y fines, mediante un análisis de las condiciones reales de su utilización [...] Que semejante medio es válido debe demostrarse no por «deducción» a partir de una ley, sino por el examen de las relaciones reales entre medios y consecuencias; un examen en el que, si el fin es la liberación de la humanidad, debe darse una búsqueda libre y sin prejuicios de cuáles son los medios por los que se puede alcanzar.

Pero Trotsky no veía las cosas así. Su fe en la lucha de clases tenía más en común con la certidumbre teológica, con esa fe que caracteriza a las creencias religiosas, que con una atención escrupulosa al análisis científico o histórico. Aunque el ensayo de Dewey le decepcionó, no respondió en un medio impreso.

George Orwell también lo sopesó. En un escrito de 1939 era muy consciente de la oposición de Trotsky a Stalin, pero no sucumbió a los encantos del primero.

«Seguramente es tan responsable [de la dictadura rusa] como cualquier otro ser vivo, y no hay certidumbre de que hubiera sido un dictador preferible a Stalin, aunque sin duda tiene un intelecto mucho más interesante. Lo esencial —concluía Orwell— es el desprecio a la democracia; es decir, a los valores subyacentes a la democracia; una vez que se ha pronunciado uno en otra dirección, Stalin o, en todo caso, alguien *igual* que Stalin, está ya en ciernes».

Emma Goldman, Victor Serge, John Dewey, George Orwell... Todos eran firmes opositores al estalinismo y todos, pese a la consideración que tenían por la valentía de Trotsky, se distanciaban de él en cuestiones relacionadas con la moral y la democracia. Como el propio Serge comprendió, Trotsky era «prisionero de su propia ortodoxia».

Pero la devoción de Trotsky al marxismo-leninismo le planteaba un reto espinoso: si, al menos formalmente, seguía o no siendo partidario de la Tercera Internacional. Había sido una creación de Lenin, una iniciativa emprendida en 1919 para reemplazar a la Segunda Internacional, que había sido una coalición de partidos socialistas. La Tercera Internacional, o Comintern, estaba concebida para movilizar a los partidos comunistas revolucionarios de Europa con el fin de que siguieran los pasos de los victoriosos bolcheviques. Tras el triunfo de Hitler en Alemania, Trotsky y sus partidarios se calificaban a sí mismos como miembros de la Cuarta Internacional, aun cuando esta no se fundó formalmente hasta septiembre de 1938 con una reunión en Francia a la que asistieron veintiún delegados. Trotsky solía declarar en público sus grandes expectativas sobre esta nueva coalición. En una carta dirigida a Victor Serge en abril de 1938, Trotsky insistía en que «solo la Cuarta Internacional será un factor revolucionario en el futuro más próximo». Y en el mes de octubre, cuando se dirigió a un grupo de partidarios en Nueva York mediante un discurso grabado, Trotsky garantizó a la audiencia que «en los próximos diez años el programa de la Cuarta Internacional se convertirá en la guía de millones de personas, y esos millones de revolucionarios sabrán cómo hacer temblar cielo y tierra». Pero no iba a suceder; su erróneo optimismo no podía ensombrecer el hecho de que la Cuarta Internacional, dividida entre corrientes ideológicas enfrentadas e infiltrada por agentes estalinistas, jamás resultaría atractiva para más de unos pocos miles de partidarios y no representaría ninguna amenaza sustancial para el orden político de Europa o Norteamérica.

Cuando Alemania se rearmó y Franco consiguió cobrar ventaja en España, Trotsky comprendió las probables implicaciones del conflicto que se avecinaba. «Cada día, la prensa escudriña el horizonte en busca de humo y llamas —escribió en su artículo “En el umbral de una nueva guerra mundial”—. [...] Los fusiles dispararán, pero nadie sabe quién apuntará a quién». Y mientras la diplomacia soviética luchaba por obtener un acuerdo de seguridad con Inglaterra y Francia, Trotsky anticipaba la probabilidad, nada menos que en agosto de 1937, dos años antes del pacto Molotov-Ribbentrop, de que si no se alcanzaba semejante acuerdo «no solo acabará siendo

posible una unión entre Hitler y Stalin, sino que será inevitable». Pero en caso de guerra, se debía defender a la Unión Soviética. Seguía siendo un Estado de trabajadores porque los medios de producción seguían en manos del pueblo, como si, para Trotsky, ese solo hecho bastara para definir el socialismo.

Ante la probabilidad de que estallara la guerra, el destino de los judíos penetró en su conciencia. En febrero de 1932, Trotsky escribió a un editor de Nueva York diciéndole que era «contrario al sionismo y a todos los demás aspectos de aislamiento voluntario por parte de los trabajadores judíos». A finales de 1933, Trotsky declaró a *The New York Times* que consideraba que la persecución de los judíos por parte de Hitler era un mecanismo para distraer a la población de los problemas sociales del país. Pero sabía que no había estudiado «la cuestión judía» adecuadamente.^[32] Cinco años más tarde, en septiembre de 1938, cuando la situación en Alemania era aún más grave, Trotsky instó a sus partidarios de la Cuarta Internacional a plantar cara al antisemitismo. «Antes de agotar a la humanidad o sumirla en un baño de sangre, el capitalismo contamina la atmósfera mundial con los vapores venenosos del odio racial y nacional. Hoy día, el antisemitismo es una de las conmociones más malévolas de la agonía mortal del capitalismo». Tres meses después, en la estela de la *Kristallnacht*, los temores de Trotsky adquirieron mayor urgencia. «El número de países que expulsa judíos aumenta sin cesar. El número de países capaz de acogerlos disminuye —escribió en “La burguesía judía y la lucha revolucionaria”—. No es muy difícil imaginar lo que aguarda a los judíos con el mero estallido de la futura guerra mundial. Pero, aun sin guerra, el próximo paso de la reacción mundial significa casi con certeza *el exterminio físico de los judíos*». No podía imaginar otra alternativa. La idea de establecerse en Palestina era «un espejismo trágico». Birobidjan, el distrito autónomo judío soviético próximo a la frontera con China, era «una pesadilla burocrática». Manifestó al mismo tiempo una angustia profunda por el destino de los judíos y unas prescripciones ideológicas obtusas acerca de lo que debían hacer. «Ahora, más que nunca, el destino del pueblo judío, no solo su destino político, sino también físico, está indisolublemente vinculado a la lucha de emancipación del proletariado internacional».

Solo en una ocasión, en enero de 1937, después de llegar a México, cuando respondió a una serie de preguntas de la revista neoyorquina *Forward*, consciente de la persecución de los judíos en Alemania, dio marcha atrás en la idea que desde hace tanto tiempo tenía de que fueran asimilados en sus países de residencia. Incluso bajo el socialismo, reconocía ahora, los judíos podrían perfectamente requerir una solución territorial temporal. Pero una lectura detenida de la entrevista y de otras cartas y declaraciones deja patente que era un reconocimiento de la realidad a regañadientes y no una transformación profunda de su pensamiento o cierta conciencia de que él mismo era un judío vulnerable. Mantuvo el escepticismo, cuando no el antagonismo, hacia la idea de una patria judía en Palestina. La amistad de Trotsky con Diego Rivera había sobrevivido a la aventura con Frida

Kahlo. Pero a principios de 1939 irrumpieron sus diferencias políticas y la propia ambición de Rivera. Ese año, el pintor mexicano empezó a mantener contactos con grupos anarquistas y sindicalistas marginales enfrentados a Trotsky. Anunció que abandonaba la Cuarta Internacional y denunció a Trotsky por no apoyar a un candidato de izquierda que sucediera al presidente Cárdenas cuando tuviera que dejar el cargo. Rivera fundó entonces su propio partido.^[33] Trotsky, que había prometido no inmiscuirse en los asuntos internos de México, concluyó que tenía que renunciar al amparo de Rivera y abandonar la Casa Azul. No sin esfuerzo, su equipo encontró una casa adecuada, un complejo situado a varias manzanas en la avenida Viena, que se podía adecuar y reformar en dos meses. Trotsky se trasladó allí en mayo, y fue desde ese domicilio desde donde siguió el estallido de la guerra en Europa.

Después de la firma del Pacto Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939, la Unión Soviética ocupó el este de Polonia y, a continuación, reclamó a Estonia, Letonia y Lituania (que se habían independizado tras la Primera Guerra Mundial) el derecho a establecer tropas en sus fronteras, exigencia que no pudieron evitar. En la primavera de 1940, Stalin había incorporado a los tres Estados bálticos a la Unión Soviética. Trotsky se negó a condenar la anexión, convencido de la necesidad de defender a la Unión Soviética pasara lo que pasara. En noviembre de 1939 la guerra llegó a Finlandia cuando Stalin la invadió al sentir la necesidad de ampliar el cerco defensivo en torno a Leningrado. Pero los fineses resistieron animosamente y pusieron de manifiesto la ineptitud del Ejército Rojo y, con ello, alentaron a Hitler. Las tropas soviéticas se impusieron únicamente tras un centenar de días de combates encarnizados. Trotsky siguió defendiendo la ofensiva de Stalin, llegando incluso a afirmar, contra todas las evidencias disponibles, que el Ejército Rojo estaba interviniendo en nombre del combativo proletariado finés. Su tortuosa argumentación desconcertó a sus partidarios de Nueva York y de todas partes.

En el Frente Occidental, las defensas francesas se vinieron abajo en junio de 1940, lo que permitió que la Wehrmacht ocupara París. Trotsky comprendió que la victoria de Alemania socavaba la estrategia de Stalin, que se basaba en que los franceses mantuvieran ocupados a Alemania en una guerra prolongada, igual que habían hecho en la Primera Guerra Mundial. Ahora, Alemania no estaba empantanada en el oeste. Era una catástrofe. Trotsky insistía en señalar «el criminal y siniestro papel desempeñado por el Kremlin». Stalin había calculado que el Pacto de No Agresión con Hitler le daría tiempo para prepararse para la guerra, pero cometió un error estratégico gravísimo. Al aceptar la división de Polonia, como Trotsky reconocía, Stalin permitió que el parachoques polaco desapareciera, lo que dejó a Alemania «una frontera común con la URSS». Ahora, las «victorias [alemanas] en el oeste solo son preparativos para un desplazamiento gigantesco hacia el este». Stalin quería evitar la guerra, pero eso no significaba que «la guerra prescindiera de Stalin».

Ante las lúgubres noticias procedentes de Europa, Trotsky logró emplear su incisiva pluma. Tenía que ganar dinero para mantener su vivienda, con sus numerosos

traductores, mecanógrafos y guardias; le habían pagado muy bien para que escribiera una biografía de Stalin, pero el manuscrito llevaba en ese momento más de un año de retraso. Cada vez le resultaba más difícil trabajar. Tenía la tensión alta y suponía que moriría de un infarto. Los médicos le repetían que descansara, que diera paseos por las tardes. Solía empezar el día dando de comer a las gallinas y a los conejos en las jaulas que había instalado en el patio del complejo. Otras veces, cuando se sentía con ánimos, salía al campo a comer o a merendar, o a buscar cactus raros, que trasplantaba a su casa.

En los últimos años de su vida, Trotsky trabajó incansablemente con objeto de obtener permiso para acudir a Estados Unidos. El país le había fascinado desde su estancia allí en 1917; también creía que viviría más seguro. En la primavera de 1938 mantuvo contacto con su editor, Cass Canfield, de Harper and Brothers, buscando algún modo de trabajar en Nueva York, donde podría acceder a periódicos antiguos. Se dirigió a algunos de sus partidarios, como James Cannon, para estudiar la posibilidad de visitar California. Llamó a Roger Baldwin, el dirigente del Sindicato Estadounidense por las Libertades Civiles. Nada funcionaba. En una entrevista concedida a *The Daily News* en diciembre de 1938, Trotsky manifestó su decepción ante la negativa estadounidense a admitirlo. En una ocasión había viajado a Nueva York «¡sin ningún pasaporte, sin visado alguno, sin ninguna de esas formalidades absurdas y humillantes! A sus autoridades de inmigración les preocupaba que no tuviera tracoma, pero les daban absolutamente igual mis ideas». Luego, trató de obtener un visado a través de una fuente inverosímil.

Martin Dies era un congresista reaccionario, un demócrata de Texas que presidió el Comité de Actividades Antiamericanas entre 1938 y 1944. En otoño de 1939, su equipo mencionó la idea de invitar a Trotsky para que prestara testimonio sobre la historia del estalinismo. Los partidarios de Trotsky se pronunciaron en contra de esa colaboración (su testimonio se interpretaría como un acto de complicidad con la extrema derecha estadounidense), pero él tenía tantas ganas de conseguir un visado de entrada en Estados Unidos, aunque fuera temporal, que hizo todo lo posible por complacer al comité.^[34] Había planes para recibir a Trotsky en Austin en octubre de 1939. Pero Dies canceló enseguida la invitación aduciendo que México no garantizaría el regreso de Trotsky. Aun así, este y su equipo siguieron sondeando cualquier posible vía. Se reunió discretamente con las autoridades consulares estadounidenses en México, a quienes ofreció compartir información delicada sobre el Partido Comunista de México y los agentes estalinistas en Estados Unidos. Tal vez intentara hacerse valer ante los servicios de inteligencia estadounidenses con el fin de obtener el visado, o quizá, dadas las presiones a las que estaba sometido, creía que cuanto más supieran las agencias estadounidenses, más seguro viviría él.

Los contactos de Trotsky con la Comisión Dies facilitaron que los estalinistas de México lo atacaran. Siguiendo directrices del Kremlin, hacía mucho tiempo que a Trotsky se le retrataba como un agente del imperialismo occidental; luego, con el

ascenso de Hitler, la propaganda soviética lo vinculó con el fascismo. Su aparente disposición para cooperar con el comité del congreso estadounidense ofreció a los estalinistas de México otra oportunidad. Empezaron a difundir el rumor de que Trotsky iba a divulgar información sobre las actividades comunistas en América Latina e, incluso, a hablar de la industria petrolera mexicana, un asunto delicado en el interior del país y con Estados Unidos. Todo aquello contribuyó a comprometer a Trotsky en los círculos izquierdistas, donde, desde su llegada, había crecido y menguado una campaña para expulsarlo de México por considerarlo un extranjero indeseable.

Pero los estalinistas mexicanos tenían en mente propósitos más siniestros; lo querían muerto. A primera hora de la mañana del 24 de mayo de 1940, veinticinco hombres armados hasta los dientes prepararon un ataque sorpresa al complejo en que vivía Trotsky. Su jefe era el artista mexicano David Alfaro Siqueiros. Este, estalinista convencido, había luchado contra Franco en las Brigadas Internacionales y, a continuación, había regresado a México decidido a trabajar para el Kremlin. Reunió a los agresores. Vestidos con uniformes del ejército y la policía mexicanas, aturdieron a una unidad de cinco policías que tenía encomendado proteger a Trotsky desde una pequeña vivienda exterior a los muros del complejo; la mayoría estaban dormidos y los atacantes lograron someterlos sin disparar un solo tiro. Ayudados por Robert Sheldon Harte, uno de los guardaespaldas estadounidenses llegado recientemente de Nueva York, los asaltantes accedieron al complejo a través de la puerta corredera del garaje en torno a las cuatro de la madrugada, lo que les permitió introducirse en el complejo y encerrar a los guardaespaldas en su modesto barracón. Decididos a matar a Trotsky, dispararon ráfagas automáticas y arrojaron bombas incendiarias en los dormitorios. Sedova sacó de la cama a Trotsky de un empujón y se tumbó encima de él. (Como este padecía insomnio, se había tomado un somnífero aquella noche, lo que dificultó mucho que se despertara).

Seva también se tiró desde la cama al suelo, donde se agachó en un rincón. Aun así, sufrió una herida leve en un tobillo por una bala que atravesó el colchón. Una bomba incendiaria desató el fuego en el dormitorio, contiguo al de sus abuelos; Sedova tuvo que sofocarlo con una manta. El ataque se prolongó unos quince minutos. Los asaltantes dispararon más de trescientas balas antes de huir en los dos coches de Trotsky. Cuando llegaron la policía y los periodistas, Trotsky estaba listo para hablar con ellos y su actitud animosa y embravecida (acababa de sobrevivir a un ataque criminal del que había salido solo con unos arañazos causados por los vidrios rotos) hizo sospechar a los oficiales de la policía que el tiroteo estaba preparado. La investigación confirmó muy pronto que el guardaespaldas estadounidense había desaparecido, presumiblemente secuestrado por los asaltantes. Pero cuando se acumularon pruebas contra Harte, Trotsky insistió en defenderlo, aun cuando se encontrara su cuerpo en una guarida. El ataque puso en peligro la posición de Trotsky. La policía seguía sospechando que él mismo había urdido el ataque para

contrarrestar las presiones a que se veía sometido para abandonar el país. Interrogaron a los residentes en el domicilio y pusieron bajo custodia a dos guardias de Trotsky con la esperanza de que lo delataran. La prensa comunista reprodujo idéntica versión de la historia.

Una semana después del ataque, Trotsky apeló al presidente Cárdenas. Había sobrevivido a una «maquinaria asesina monumental», mientras que su nieto necesitaba atención médica diaria para curarse una herida en la pierna. Pero ahora la policía cometía «un error injusto» convirtiendo a las víctimas «en los acusados», escribió. Cárdenas intervino y dio orden de que se pusiera en libertad a los hombres de Trotsky.

Decidido a repeler cualquier otro posible ataque, Trotsky hizo incrementar la seguridad en torno al complejo. Entre las diez de la noche y las siete de la mañana no se permitía entrar a ningún mecanógrafo. Por la noche, los guardias tenían que permanecer despiertos, llevar las armas cargadas y hacer rondas cada quince minutos. El 22 de junio, en el inventario de armas había una escopeta, una ametralladora Thompson y varios rifles y pistolas, incluido un Colt de calibre 38 para Trotsky y una pistola automática para su esposa. Cinco días después, pensaron en solicitar permiso para disponer de más armas: doce granadas de mano, cuatro rifles automáticos, dos ametralladoras, cuatro máscaras de gas y veinte cohetes. Todo estaba pensado para desbaratar un ataque como aquel al que acababan de sobrevivir. No obstante, Stalin estaba planeando algo más taimado.

En otoño de 1938, un español llamado Ramón Mercader, con el nombre falso de Jacques Mornard, empezó a cortejar a una seguidora estadounidense de Trotsky, joven e inocente, llamada Sylvia Ageloff. Los presentó en París un amigo de Sylvia que formaba parte de una trama para penetrar en el domicilio de Trotsky. Su hermana, Ruth Ageloff, había sido una ayudante ocasional de Trotsky en México, donde había trabajado como mecanógrafa, traductora e investigadora. Mornard decía ser un empresario de origen belga. En realidad, era español descendiente de cubanos y había luchado contra Franco en la guerra civil.^[35] A medida que su relación se fue estrechando, él fue ganándose la confianza de ella y, en 1940, la acompañó a México, donde visitó a su hermana en el complejo de Trotsky. Para entonces, Mornard había entrado en Norteamérica con un pasaporte falso que llevaba el nombre de Frank Jacson; Sylvia, siempre crédula, aceptó su explicación de que tenía que adoptar otra identidad para evitar el reclutamiento militar obligatorio en Bélgica. Disciplinado, paciente y atento a su objetivo, Jacson tuvo la cautela de no pedir penetrar en el complejo. Hizo pequeños favores a los Trotsky y sus amigos utilizando su coche para hacer recados o llevar personas al aeropuerto. De ese modo se introdujo en el domicilio de manera muy parecida a como Zborowski se había ganado la confianza de Lev Sedov.

En la primavera de 1940, Trotsky se sentía tan cómodo con la pareja como para invitarlos a merendar acompañados por guardaespaldas armados. El asalto del mes de

mayo puso al complejo en alerta máxima, pero Trotsky se negaba a cumplir los protocolos de seguridad diseñados por sus guardias. A Jacson se le permitía entrar en el complejo sin que le cachearan. Ese mes de agosto pidió a Trotsky que revisara un artículo que había escrito sobre la evolución política de Francia. Trotsky, dispuesto siempre a ayudar a un partidario potencial, aceptó y recibió a Jacson en su estudio. Para este, aquello fue un ensayo general. A Trotsky no le impresionó el artículo y expresó cierta decepción a su esposa. Pocos días después, el 20 de agosto, Jacson regresó al complejo. Aunque era verano, llevaba traje y abrigo. Una vez más, los guardias no lo cachearon. Jacson se unió a Trotsky en el jardín, donde Sedova los vio cerca de las jaulas de los conejos. Luego, se retiraron al estudio.

Poco después, Sedova oyó un alarido estremecedor. Acompañado por los guardias, acudió a toda prisa al estudio, donde encontraron a Trotsky con el rostro chorreando sangre, en pie ante un Jacson postrado. Trotsky les dijo que Jacson le había disparado con un revólver y ordenó a los guardias que no le hicieran daño para que pudiera hablar. Gravemente herido, Trotsky perdía fuerza y enseguida se tumbó en el suelo. Quedó claro cómo le habían atacado. Mientras leía el artículo, Jacson se había colocado detrás de su silla y le había asestado un golpe en el cráneo con el piolet, suponiendo que el golpe mataría rápida y silenciosamente a Trotsky. Pero el «anciano» se había puesto en pie y abalanzado sobre Jacson, le había arrebatado el piolet y lo había golpeado contra el suelo. Así es como Sedova y los guardias los habían encontrado. Trotsky estaba consciente y conservaba el control de sí mismo. Pero sabía que el golpe había sido fatal. «Creo que esta vez lo han conseguido», le dijo a Sedova golpeándose en el pecho.

Justo en ese momento, Seva regresaba a casa procedente del colegio. Vio a su abuelo en el suelo ante Sedova, que levantó la mirada, reparó en él y ordenó que se lo llevaran. Trotsky había estado trabajando esa semana en la biografía de Stalin. «Parte del manuscrito del fragmento inacabado se encontraba en el estudio de Trotsky, desperdigado en largas tiras de muchas hojas pegadas por sus extremos —escribió Charles Malamuth, su traductor estadounidense, el año siguiente—. En el forcejeo con el asesino algunos trozos del manuscrito no solo quedaron salpicados de sangre, sino que acabaron completamente destrozados».

Trotsky fue conducido al hospital a toda prisa. Cuando las enfermeras empezaron a desnudarlo, pidió a su esposa que lo hiciera ella. Todavía consciente, le manifestó su amor y, a continuación, susurró: «Por favor, di a nuestros amigos que estoy convencido de la victoria de la Cuarta Internacional. Adelante». Esas fueron sus últimas palabras. Los cirujanos se esforzaron durante cuatro horas por salvarlo. Pero el piolet había cumplido su misión y había causado una herida profunda en el cráneo y el cerebro. Falleció al día siguiente, veintiséis horas después del ataque.

En los meses anteriores a su muerte, Trotsky había afirmado su fe en la revolución. «Moriré siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico y, en consecuencia, un ateo irreconciliable. Mi fe en el futuro comunista de

la humanidad no es hoy menos ardiente, aunque sí más firme, que en mi juventud». Después de todo el sufrimiento que había causado y soportado, la lealtad inquebrantable constituye la tragedia que subyace en el corazón de la vida de Leon Trotsky: había comenzado con un idealismo contagioso y había acabado envuelta en un sueño mortífero.

EPÍLOGO

Saul Bellow iba a reunirse con Trotsky al día siguiente del ataque. Estaba de visita a México con su esposa y otra pareja, y los dos hombres tenían una cita para ver a Trotsky aquella tarde. A sus veinticinco años, Bellow se creía un trotskista. Todavía no se había publicado su primer relato en *The Partisan Review*. Al enterarse de la agresión, Bellow y su amigo acudieron a toda prisa al hospital, donde la policía, creyendo que eran periodistas, les indicó que entraran en la habitación. Allí vieron el cadáver de Trotsky en un féretro descubierto. «Las mejillas, la nariz, la barba, la garganta... estaban surcadas de sangre y de resplandecientes gotas secas de yodo», recordaría Bellow años después.

El asesinato de Leon Trotsky conmovió al mundo. Decenas de miles de personas se agolparon en las calles de Ciudad de México, tanto por curiosidad como por simpatía, mientras el coche fúnebre se abría paso entre la multitud. Los titulares de prensa proclamaban aquel final espeluznante. En Nueva York, *The New York Times* reconocía la valentía de Trotsky ante las incesantes amenazas de Stalin: «Sabía quién le había matado y por qué. El largo brazo del OGPU de Stalin le había perseguido durante años por Estambul, Noruega y, finalmente, la remota México. Le habría perseguido hasta la luna». Pero la tragedia de su muerte no impidió a *The New York Times* realizar algún ejercicio de periodismo irresponsable. En el obituario afirmaba que Trotsky había sido expulsado de la escuela cuando tenía quince años por «profanar un icono sagrado, una imagen de la Iglesia ortodoxa rusa», y que su padre había sido químico. Ambas aseveraciones eran falsas. La nota necrológica proseguía afirmando (influida, sin duda, por Walter Duranty) que cuando Trotsky fue exiliado a Turquía en enero de 1929 «se estaba preparando para recuperar el poder mediante una revolución»; era una información periodística muy manida para un personaje histórico tan relevante, por controvertido que fuera. Y en un editorial deseoso de evitar el sentimentalismo, el periódico lo dibujaba como «una figura patética en su exilio, a quien se le habían muerto sus hijos, sin dinero, cuyo nombre había sido vilipendiado y cuyos discípulos vivían consumidos en una banda malamente aglutinada que se hacía llamar “la Cuarta Internacional”».

En Moscú, como era previsible, la prensa soviética superó las mentiras proclamando el «deshonroso fin» de «un asesino, un traidor y un espía internacional». En los días posteriores a su muerte, *Pravda* publicó: «Trotsky, que ha traspasado los límites de la degradación humana, acabó atrapado en su propia red y fue asesinado por uno de sus discípulos». Esa acabó siendo la línea oficial del partido durante décadas.

A su muerte, la esposa de Trotsky solicitó al gobierno estadounidense que autorizara el traslado de sus restos a Nueva York, donde sus partidarios pudieran

rendirle honores. Pero el Departamento de Estado denegó la petición. Trotsky fue incinerado y sus cenizas fueron enterradas en la tierra de su último domicilio, donde un monumento de granito alto e imponente decorado con una hoz y un martillo conmemora su recuerdo a pocos metros de donde fue asesinado.

La policía mexicana interrogó a Frank Jacson, que en un principio recibió tratamiento en el hospital donde Trotsky yacía agonizante. Jacson, también conocido como Jacques Mornard, también conocido como Ramón Mercader, cerró la boca y jamás difundió información sobre quiénes eran sus jefes políticos. Cumplió una condena de veinte años. Según un reportaje de *The New York Herald Tribune*, en la primera década que pasó en la cárcel disfrutó de «un apartamento alfombrado de lujo» con «una biblioteca bien surtida, una cocina pequeña en la que podía preparar tentempiés y un dormitorio privado». Su abogado mexicano había pagado abultadas sumas de dinero para cubrir los gastos de mantenimiento, con unos fondos presumiblemente procedentes del Kremlin. Sin embargo, Mercader vivió continuamente aterrorizado, convencido de que los partidarios de Trotsky encontrarían un modo de vengarse o de que los agentes de Stalin lo harían callar para siempre; agredía físicamente a los visitantes y periodistas que acudían a verlo. Pero a principios de 1952 un nuevo alcaide trasladó a un gran grupo de internos privilegiados, incluido Mercader, desde sus aposentos especiales a celdas ordinarias. Cuando fue puesto en libertad en 1960, Mercader fue trasladado en un principio a La Habana de Castro, después a Praga y, finalmente, a Moscú, donde en una ceremonia secreta celebrada en el Kremlin, Leonidas Breznev le impuso tres condecoraciones importantes: la de Héroe de la Unión Soviética, la de la Orden de Lenin y la Estrella de Oro. Durante el resto de su vida, Mercader dividió su tiempo entre La Habana y Moscú. Murió en Cuba en octubre de 1978 y fue enterrado en Moscú. Hasta hoy, ocupa un lugar de honor en el Museo del KGB de Rusia.

A David Alfaro Siqueiros le fue mucho mejor. A la policía mexicana le costó más de cuatro meses dar con él después de que hubiera participado en el ataque con metralletas al complejo residencial de Trotsky. Pero cuando se le juzgó, Siqueiros atacó al tribunal acusando al antiguo presidente Cárdenas de cobijar a un contrarrevolucionario cuya presencia en el país había puesto en peligro la estabilidad y la seguridad de México. Siqueiros quedó absuelto de las acusaciones principales que se vertían contra él, incluido el asesinato de Robert Sheldon Harte y la tentativa de asesinato de Trotsky. El presidente Manuel Ávila Camacho le permitió eludir la pena de cárcel si abandonaba el país rumbo a Chile, pero regresó a México a principios de 1943 y vivió allí hasta que murió, en 1974; tanto en vida como después de muerto, México lo trató como una gloria nacional.

Fue Stalin, y no Trotsky, quien sobrevivió a sus enemigos. Diez meses después de la muerte de Trotsky, Stalin, ante la persuasiva información de los servicios de inteligencia de que Hitler estaba planificando una invasión, permitió que la Wehrmacht lanzara un ataque sorpresa contra la Unión Soviética. Pero Moscú y sus

aliados democráticos se impusieron en última instancia y dejaron a Stalin el control de Europa oriental. La predicción de Trotsky no había caído en saco roto; Stalin y su régimen sobrevivieron a la guerra, fundaron el Pacto de Varsovia y se enfrentaron a Estados Unidos por la supremacía política. Stalin falleció por causas naturales en marzo de 1953. Aunque su muerte sembró la agitación en el Kremlin, sus herederos se mantuvieron en el poder hasta 1991, cuando la Unión Soviética siguió el destino de sus regímenes satélites con destino el basurero de la historia.

A los partidarios de Trotsky no les fue tan bien como a sus enemigos. Una semana después de la firma del Pacto Molotov-Ribbentrop en septiembre de 1939, Trotsky auguró que «las masas trabajadoras formarán una federación mundial de naciones socialistas encabezadas por la Cuarta Internacional con el fin de reemplazar a los sistemas de gobierno actuales». Pero la Cuarta Internacional jamás fue más que una recopilación maltrecha de marxistas ortodoxos, a veces críticos con Stalin y, a veces, defensores de sus herederos. Es una larga historia de disputas continuas entre cada vez menos personas, donde cada grupo afirmaba que entendía mejor que los demás la filosofía de Trotsky y, por consiguiente, tenía más derecho a reivindicar su toga.

En una ocasión, quien escribe estas líneas fue testigo de cómo algunos miembros de la Juventud Espartaquista Trotskista se enfrentaban al disidente soviético ucraniano Leonid Pliusch cuando pronunciaba unas palabras en Harvard a finales de la década de 1970; Breznev había confinado a Pliusch en una institución de salud mental por sus actividades no violentas. Aquellos jóvenes activistas que tanto veneraban a Trotsky y su interpretación de la revolución bolchevique no podían reconocer la simple veracidad de la experiencia de Pliusch. A su modo, estaban tan lejos de la realidad como su héroe lo había estado a veces mientras vivió. Hasta Natalia Sedova, que mantuvo el compromiso de preservar el legado de Trotsky, se hartó de las ardorosas tentativas de los discípulos de retorcer la realidad para que se amoldara a sus conceptos ideológicos preconcebidos. En 1950, cuando la dirección de la Cuarta Internacional celebró la Guerra de Corea porque la consideraba un combate contra el imperialismo estadounidense, Sedova dimitió del Comité Ejecutivo. «No veo sus ideas en vuestra política», les escribió. Sin embargo, ha habido historiadores rigurosos y observadores políticos, como Isaac Deutscher, para quienes el desprecio que Trotsky sentía por Stalin había contribuido a alimentar su fe en el marxismo y su compromiso para superar el oneroso legado de Stalin que pesaba sobre el alma sepultada del socialismo.

Los herederos de Stalin también quedaron confundidos acerca de qué hacer con Trotsky. Bajo la política de *glasnost* o transparencia de Mijail Gorbachov, a finales de la década de 1980, cuando el régimen empezó a permitir que se estudiara con mayor honestidad la historia soviética, había dificultades para reconciliarse con Trotsky. Su nombre había quedado fuera de la cuarta edición del *Soviet Encyclopedic Dictionary* de 1987, y el propio Gorbachov, en un discurso pronunciado con motivo del septuagésimo aniversario de la Revolución de noviembre, afirmó que tras la muerte

de Lenin, Trotsky «reivindicó desmesuradamente la dirección del partido, [...] negó la posibilidad de construir el socialismo en condiciones del cerco capitalista, [mientras] en política exterior [él y sus partidarios] depositaban su fe en exportar la revolución». Trotsky, en resumen, fue «un político excesivamente seguro de sí mismo que siempre vaciló y engañó». No fue hasta enero de 1989 cuando la *Literaturnaya Gazeta* (Gaceta Literaria) de Moscú reconoció que el Kremlin había sido el responsable del asesinato de Trotsky.

Tal vez su legado político sea débil en la actualidad, pero Trotsky sigue habitando en la mentalidad popular. George Orwell creó la imagen del «renegado». Emmanuel Goldstein, el principal enemigo del Gran Hermano en 1984, cuyo rostro se proyecta en las pantallas de toda Oceanía para suscitar el odio y el miedo de los ciudadanos. Goldstein había sido «una de las figuras principales del Partido, casi con la misma importancia que el Gran Hermano», pero ahora era «el traidor por excelencia, el que antes y más que nadie había manchado la pureza del partido. Todos los subsiguientes crímenes contra el partido, todos los actos de sabotaje, herejías, desviaciones y traiciones de toda clase procedían directamente de sus enseñanzas». Pero los escritos de Goldstein seguían circulando clandestinamente entre la oposición, corrompiendo la vida de Oceanía, tal como Stalin acusaba a Trotsky de hacer en Moscú.

Hollywood y el cine no han olvidado a Trotsky. Richard Burton lo interpretó en 1972 en una película de Joseph Losey. El filme *Frida* subraya la aventura amorosa de la pintura con Trotsky. Y en el año 2010 la producción canadiense *The Trotsky* contaba la historia de un estudiante de secundaria que moldea su vida y sus incursiones en la política estudiantil a partir de la biografía de Leon Trotsky. Algunos grupos europeos de música pop lo recuerdan en sus letras, sobre todo el éxito «No More Heroes», de la banda británica The Stranglers, y «Jew and God», del *chanteur* francés Serge Gainsbourg, que enumera un repertorio de judíos creativos y revolucionarios desde Jesucristo hasta Marx, Trotsky y Einstein. Entre las obras literarias, Saul Bellow imagina al personaje de Augie March (1953) encontrándose con Trotsky en una ciudad de provincias mexicana; a Augie se le pide enseguida que adopte el papel de sobrino de Trotsky en una trama para garantizar la seguridad del «anciano». El escritor estadounidense Isaac Rosenfeld describe un sueño muy vívido en su relato «The World of the Ceiling» (1956): un Trotsky tísico, recién fugado de Siberia, oculta panfletos subversivos de los saqueadores cosacos en una calle rusa. La época que pasó Trotsky en Nueva York sirve de base para un capítulo de la novela *Fin de las noticias del mundo* (1983), del escritor británico Anthony Burgess, y la novelista estadounidense Barbara Kingsolver los sitúa en la vivienda de Rivera y Kahlo de Ciudad de México en *The Lacuna* (2009). Kingsolver pone en su boca la siguiente frase dirigida a uno de los criados: «En 1917 dirigí un ejército de cinco millones de hombres. Ahora estoy al mando de once gallinas».

Casi un siglo después de la revolución bolchevique y transcurridas varias décadas desde su muerte, Leon Trotsky y las ideas que sirvieron de inspiración a su vida y su

trayectoria parecen cada vez más remotas. La revolución que tanto hizo por crear se desmoronó bajo el peso de su legado histórico. Nos queda la contundente imagen de un revolucionario implacable, un periodista brillante, un historiador y panfletista elocuente que jamás suavizó su fe en el marxismo dogmático, nunca puso en duda la necesidad de emplear mecanismos de coerción violenta como instrumento del progreso histórico y jamás se preguntó si su sueño de una dictadura del proletariado podía ser realmente la respuesta a todas las deficiencias políticas, económicas y sociales.

Los años que pasó en el exilio, sus críticas directas a Stalin, el destino de sus cuatro hijos y su propio asesinato merecen algo más que cierta simpatía reticente. Hostigado, amenazado, prácticamente indefenso, Trotsky acabó siendo una figura demasiado humana cuando tanto los dirigentes políticos soviéticos como los occidentales se mofaban de él. Trotsky, por su parte, jamás renegó de su vocación: la de ser un revolucionario. Su valentía y determinación fueron al mismo tiempo tanto el manantial de su atractivo como la fuente de su perdición. Una vez apartado del poder, Trotsky no llegó a ser una amenaza tan importante para Stalin como el Kremlin temía o sus partidarios creían. Pero se negó a renunciar a la revolución que, primero, lo traicionó y, a continuación, lo aniquiló. No podía renunciar a sí mismo.

NOTA SOBRE LAS FUENTES

He recurrido a infinidad de fuentes primarias para explorar la vida y la trayectoria de Leon Trotsky. Fue un escritor prolífico y ninguna biografía estaría completa si prescindiera de sus memorias, *Mi vida*; su descripción de la revolución, 1905: *Resultados y perspectivas* y la *Historia de la Revolución rusa*; así como de sus libros sobre Lenin y Stalin. Las crónicas de Trotsky sobre las guerras balcánicas han sido traducidas al inglés para el volumen *The War Correspondence of Leon Trotsky: The Balcan Wars, 1912-1913*, edición de George Weissman y Duncan Williams. También tuve el privilegio de pasar muchas semanas en la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard, que alberga un voluminoso archivo con sus documentos, entre los que se encuentran cartas y artículos de su época de exilio, tanto en Alma Ata como en el extranjero. He consultado material en el archivo del Instituto YIVO de Nueva York. También he examinado material en el Lavon Institute-Labour Archives and Library de Tel Aviv.

Me gustaría agradecer las conversaciones que mantuve con dos personas que conocieron a Trotsky en persona: su nieto Esteban Volkow me recibió en el Museo Trotsky de Ciudad de México y compartió cortésmente conmigo algunos recuerdos de su abuelo. También conocí a Lillian Pollak en Nueva York; en calidad de partidaria de Trotsky y amiga de las hermanas Ageloff, lo visitó en México a finales de la década de 1930. Quizá sean las últimas personas que tengan recuerdos de él de primera mano.

Hay una ingente cantidad de obras sobre Trotsky escrita por personas que lo conocieron. Entre esos libros mencionaría la narración de G. A. Ziv, *Trotsky: un perfil del personaje basado en recuerdos personales*; dos de Max Eastman: *Leon Trotsky: The Portrait of a Youth and Since Lenin Died*; *Memoir of a Revolutionary*, de Victor Serge; y el volumen que Serge editó con la viuda de Trotsky, Natalia Sedova, que lleva por título *The Life and Death of Leon Trotsky*.

Además, he consultado gran cantidad de fuentes secundarias, sobre todo la célebre biografía en tres volúmenes escrita por Isaac Deutscher, publicada en las décadas de 1950 y 1960. Aunque Deutscher es un escritor excelente y realizó una investigación amplísima y sin precedentes, considero que su descripción es demasiado indulgente con el apoyo que Trotsky y Lenin prestaron a la represión política violenta cuando esgrimieron el poder. En otras ocasiones, el análisis que hace Deutscher de la sagacidad política de Trotsky traspasa algunos límites e incurre en la hagiografía. También discrepo de la valoración que hace Deutscher de Stalin y su legado. *The Social and Political Thought of Leon Trotsky*, de Baruch Knei-Paz, que sin duda es la descripción más exhaustiva de la obra teórica de Trotsky, fue una

fuentes de información muy productiva. La obra de Robert S. Wistrich, incluida su biografía de Trotsky y su libro *Revolutionary Jews*, me parece particularmente sugerente. La biografía de Irving Howe sirvió como una especie de modelo sobre cómo explorar la vida de Trotsky y su labor como periodista y teórico marxista en un único volumen. También resultó valioso leer otras narraciones más recientes de la vida de Trotsky —de Joel Carmichael, Ian Thatcher, Dmitri Volkogonov, Robert Service y Bertrand Patenaude—, que se basaban en el acceso a material que Deutscher no pudo haber consultado. Si bien no siempre comparto sus apreciaciones (concretamente, Service suele enzarzarse en críticas gratuitas del temperamento y la personalidad de Trotsky, que no comparto y, a mi juicio, no consigue entender toda la complejidad de la relación de Trotsky con sus orígenes judíos), su obra me ayudó a comprender mejor algunos aspectos de su trayectoria. El volumen *Trotsky and the Jews*, de Joseph Nedava, ofrece una revisión completa del material relativo a la relación y las actitudes de Trotsky hacia sus orígenes y a los obstáculos que sus compañeros judíos tuvieron que afrontar en la vida. A menudo he recurrido a este libro para que me oriente en una u otra dirección, pese a que a menudo percibí que discrepaba de Nedava acerca de cómo evaluar el material que él descubrió. Una tesis doctoral de Joseph Kester, de la Universidad de Tel Aviv, sobre los temas judíos en la vida de Trotsky (publicada en hebreo) también demostró ser muy útil, como lo fue una tesina de Leonard Rubenstein que redactó en la Universidad Wesleyan.

Hay infinidad de narraciones en inglés sobre la Revolución rusa. He utilizado la obra de Adam Ulam, Alexander Rabinowitch, Orlando Figes, Mijail Heller, Alexander Nekrich y Rex Wad. También he consultado *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed; *La Revolución rusa: 1917*, de Nikolai Sujanov; y *Stormy Passage*, de Wladimir Woytinsky; los tres estuvieron en Petrogrado en 1917 y vieron a Trotsky en acción en numerosos momentos de la historia.

Una obra escrita en ruso titulada *Kniga Pogromv: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeyskoy chasti Rossii v period Grazhdanskoy voiny 1918-1922* (El libro de los pogromos: Los pogromos de Ucrania, Bielorrusia y los territorios judíos de Rusia durante el periodo de guerra civil, 1918-1922; Moscú, 2007), editada por L. B. Milyakova, demostró ser una referencia valiosísima sobre la utilización de la imagen de Trotsky contra las comunidades judías más vulnerables.

La obra de Lesley Chamberlain, *Lenin's Private War the Voyage of the Philosophy Steamer and the Exile of the Intelligentsia*, proporciona información importante sobre la actitud de Trotsky hacia los intelectuales rusos independientes; Elizabeth A. Wood, del Instituto Tecnológico de Massachusetts y colega del Davis Center For Russian and Eurasian Studies de Harvard, me habló de su libro, *The Baba and the Comrade: Gender and Politics in Revolutionary Russia*, donde analiza los escritos de Trotsky sobre las costumbres rusas y la vida ordinaria; *Intimate Enemies: Demonizing the Bolshevik Opposition, 1918-1928*, de Igal Halfin, desvela ejemplos poco conocidos del hostigamiento que padecieron Trotsky y otros; Gennady Estraikh, de la

Universidad de Nueva York, me alertó de algunos incidentes de la vida de Abe Cahan y de la revista *Foverts* relacionados con la trayectoria de Trotsky; y el doctor Henry Cohen compartió conmigo un artículo de *Esquire* sobre la actitud de Trotsky hacia los camareros en Nueva York. Pavel Ilyin tuvo la amabilidad de ofrecerme información sobre el cambio de nombre de ciudades y pueblos en honor de dirigentes soviéticos. Maxim Shrayner, del Boston College, llamó mi atención sobre un poema compuesto en honor de Trotsky por la prima de este, Vera Inber.

Terry Brotherstone y Paul Dukes editaron *the Trotsky Reappraisal*, que contiene muchas entradas dignas de consultar, incluido un artículo del sobrino de Trotsky, Valery Bronstein, sobre el destino de sus parientes bajo el régimen de Stalin.

En ruso apareció publicado en *Otechestvennaya istoriya* (Historia autóctona; n.º 4, 1995) un artículo de William Chase titulado «Trotsky in Mexico: Toward a history of His Discreet Contacts with the U. S. Government (1937-1940)»; analiza los intentos de Trotsky, desconocidos hasta entonces, de entrar en Estados Unidos.

Durante mi investigación volví a revisar números de *The New York Times*, *The Nation*, *The New Republic*, *Pravda* e *Izvestia*, además de consultar infinidad de artículos académicos en un buen número de revistas.

AGRADECIMIENTOS

Estoy particularmente agradecido a Anita Shapira y Steven J. Zipperstein, los editores de la colección «Vidas Judías», por plantearme el reto de escribir este libro. Su consejo y su criterio contribuyeron a orientarme mientras surcaba esta senda a través de un ejemplar difícil de la historia y la personalidad. Ieene Smith y Sarah Miller, de Yale University Press, también me animaron cuando me aproximaba a la línea de meta. Ronald Aronson, de la Wayne State University, y Susan Weissman, del St. Mary's College, leyeron el manuscrito y realizaron críticas y sugerencias rigurosas y bien fundadas, como también hicieron mis amigos Boris Katz y Susana Kaysen. Todos se esforzaron al máximo para convencerme de lo que podría estar mal y acepté la mayoría de sus consejos.

Como siempre, me siento agradecido por estar asociado al Davis Center for Russian and Eurasian Studies de Harvard, donde los debates en curso y la interacción con colegas demuestran tener un valor impagable. También tengo el privilegio de tener acceso a la Biblioteca Widener, donde el bibliotecario eslavo Luba Dyky ha sido un auténtico amigo. El personal de la Biblioteca Houghton de Harvard, que alberga los Archivos de Trotsky, se mostró invariablemente paciente y bien informado para responder a mis infinitas peticiones de documentos. Y mis colegas de Amnistía Internacional de Estados Unidos hicieron gala de su apoyo cuando me concedieron un año sabático en las primeras fases del proyecto.

Mi agente, Robin Strauss, volvió a expresarme algo más que el mero entusiasmo profesional por el libro. Y mi esposa, Jill Janows, y nuestro hijo, Ben, siguieron exhibiendo fortaleza y comprensión mientras yo asumía el trabajo de investigación y redacción de este libro.



JOSHUA RUBENSTEIN (18 de julio de 1949, New Britain, Connecticut, Estados Unidos), miembro del Davis Center for Russian Studies de la Universidad de Harvard, es director de la región noroeste de EE. UU. de Amnistía internacional. Colaborador de *Nation*, *Wall Street Journal* y *The New York Times*, entre sus obras destacan *Stalin's Secret Pogron: The Postwar Inquisition of the Jewish Anti-Fascist Committee* (2005), *The KGB File of André Sakharov* (2005) y *Lealtades enmarañadas. Vida y época de Iliá Ehrenburg* (2012).

Notas

[1] Al igual que muchos otros escritores y poetas, en la década de 1920 Inber escribió versos elogiosos sobre Trotsky. Pero cuando lo expulsaron del país, la obligaron a denunciarlo a él y a otras figuras de oposición e, incluso, a solicitar que lo ejecutaran.

<<

[2] En lugar de nombrar explícitamente el prejuicio antisemita del gobierno, Trotsky prefería emplear un eufemismo más vago: «desigualdades raciales». <<

[3] Mark Liber, dirigente del Bund, se enfrentó de inmediato a Trotsky con una acotación sarcástica: «con quienes nunca han trabajado». <<

[4] En su relato de la revolución de 1905, Trotsky escribió sobre los factores sociales y políticos que despertaron los pogromos. <<

[5] Djughashvili adoptaría el nombre de Stalin en enero de 1913. <<

[6] Los caraitas se apartaron de la corriente principal del judaísmo en torno al siglo VIII, cuando rechazaron la autoridad de los rabinos. En la actualidad perviven pequeñas comunidades de caraitas en Israel y otros lugares. <<

[7] Scheglovitov fue asesinado durante una oleada de ejecuciones llevada a cabo por los bolcheviques en Moscú que siguió a una tentativa fallida de asesinar a Lenin en agosto de 1918. <<

[8] En sus memorias, Trotsky escribió que el 13 de enero era sábado. <<

[9] [9] Con independencia de la descripción que hiciera Emma Goldman, Trotsky tenía la barba y el pelo oscuros. <<

[10] La noticia debería haber dicho «L. D. Trotsky», pues su nombre era Lev Davidovich. <<

[11] [11] Trotsky era un orador tan destacado en los círculos radicales de Nueva York que a una esquina del norte de Central Park se le puso el apodo de «el rincón de Trotsky» en honor a su elocuencia. <<

[12] Alexander Kerenski, cuyo gobierno sería derrocado por Lenin y Trotsky en octubre, los vio por primera y única vez en este congreso. <<

[13] Trotsky empleó el vocablo ruso *svalka*, que significa «vertedero». <<

[14] Algunas semanas después, las elecciones para el Soviet de los Diputados de los Campesinos otorgaron una mayoría abrumadora a los socialistas revolucionarios de izquierda. <<

[15] Durante y después de la revolución, el diplomático francés Louis de Robien se estableció en Petrogrado, donde celebró varios encuentros con Trotsky. Al verle promulgar decretos como comisario de Asuntos Exteriores, De Robien creía que Trotsky estaba «sumido en sus ensoñaciones, que, para él, conforman la realidad y sobre las que fundamenta todas sus acciones». Véase Louis de Robien, *The Diary of a Diplomat in Russia 1917-1918* (Nueva York, 1967), p. 174. <<

[16] Años más tarde, Trotsky calificó el tratado de paz como «la capitulación de una revolución desarmada ante un ladrón poderoso». Véase «Joseph Stalin», en *Life*, 2 de octubre de 1939, p. 73. <<

[17] Los rusos blancos también estaban llevando a cabo una campaña atroz de asesinatos políticos. <<

[18] Simon Petlyura (1879-1916) fue un nacionalista ucraniano y adversario de los bolcheviques a quien se ha acusado desde hace mucho tiempo de organizar atroces pogromos contra las comunidades judías de Ucrania durante la guerra civil rusa. Fue asesinado en París el 25 de mayo de 1926. <<

[19] En la Unión Soviética se reconocía a los judíos una nacionalidad independiente, de modo que no era en absoluto incoherente que Trotsky se reconociera de nacionalidad judía al mismo tiempo que negaba tener afiliación religiosa alguna. <<

[20] En diciembre de 1919, la pequeña ciudad de Ivashchenkovo, próxima a Samara, fue rebautizada con el nombre de Trotsk en honor a Trotsky y en 1913 la ciudad de Gatchina, cerca de Petrogrado, también recibió el nombre de Trotsk. Antes de ese momento, solo Lenin había sido tan aclamado y varias ciudades y aldeas fueron rebautizadas también con su nombre durante su vida; Petrogrado se convirtió en Leningrado en 1924, a la muerte de Lenin. Ninguna ciudad fue rebautizada con el nombre de Stalin hasta marzo de 1924, cuando Yuzovka del Donbass pasó a ser Stalin, y luego, poco más tarde, Stalino. Volvió a recibir el nombre de Donetsk en 1957, cuatro años después de la muerte de Stalin. Tsaritsin fue rebautizada como Stalingrado en abril de 1925. <<

[21] Durante algún tiempo, el joven Saul Bellow se sintió particularmente atraído por los puntos de vista de Trotsky sobre la cultura. «Me había vuelto loco —escribió Bellow a un amigo en una ocasión—. Pobre de él, y de nosotros». <<

[22] Como reconoció Trotsky cuando se aproximaba el final de su vida, la estrategia de Stalin había representado «un caso único en la historia del mundo: ¡Stalin había conseguido concentrar poderes dictatoriales en sus manos antes de que el uno por ciento de la población conociera su nombre!». <<

[23] La Internacional Comunista, o Comintern, fue fundada en Moscú en 1919 con la finalidad de aglutinar a los socialistas que rechazaban las políticas reformistas de la Segunda Internacional. Siempre fue un instrumento de la política exterior soviética.

<<

[24] En lo que resulta ser un indicador de lo confusa que parecía la situación política para los observadores occidentales, *The New York Times*, anticipándose al exilio de Trotsky, comentó que «la oposición derrocada defendía la perpetuación de las ideas y condiciones que han aislado a Rusia de la civilización occidental». Se prefería a Stalin, pues estaba llevando «a Rusia en la dirección de la sensatez». Véase *The New York Times*, 1 de enero de 1928, E4. En Occidente, semejante actitud estaba asombrosamente generalizada. Abraham Cahan, el mítico editor de *Forverts* en Nueva York, escribió a un amigo en septiembre de 1926 diciéndole que se sentía satisfecho con la victoria de Stalin sobre las «tácticas alocadas y sangrientas y la retórica de Zinoviev y Trotsky». A juicio de Cahan, la ascendencia de Stalin mejoraría las posibilidades de desarrollo democrático en la Unión Soviética y la relación del régimen con el movimiento socialista internacional. Posteriormente se arrepintió de su equivocada valoración. <<

[25] En una carta dirigida el 27 de octubre de 1937 a Herbert Solow, uno de sus partidarios estadounidenses, Trotsky calificaba a Duranty como «uno de los mentirosos más miserables de la prensa actual». <<

[26] Al margen del mito bolchevique, el día siguiente al golpe, la mayoría de los habitantes de Petrogrado no se enteraron de que el Gobierno Provisional había caído y que los bolcheviques estaban tomando el poder. <<

[27] Rivera había sido expulsado del Partido Comunista de México en 1919 en el marco de una purga generalizada y bastante indiscriminada urdida desde Moscú; después se declaró trotskista. <<

[28] En 1937, Eleanor Clark pasó varios meses en el domicilio de Trotsky, donde ejerció de traductora; tenía dieciocho años en aquella época. Posteriormente, rememoró los días que pasó con Trotsky en su novela *Gloria Mundi* (1979). <<

[29] Sidney Hook convenció a Dewey de que aceptara la presidencia de la comisión. Dewey y los demás miembros fueron objeto de infinidad de amenazas y llamamientos por parte de los estalinistas norteamericanos, que les instaban a no participar en la comisión. A Dewey también le ofrecieron realizar un viaje por la Unión Soviética para comprobar de primera mano lo maravillosa que era la situación, pero rechazó la propuesta de plano. <<

[30] Si bien Trotsky había dejado a Sokolovskaya y a sus dos hijas pequeñas en Siberia cuando huyó por primera vez en 1902, ella siguió siéndole fiel hasta el final. Nada menos que en agosto de 1935, cuando Trotsky estaba en Francia, le escribió para referirle las penosas condiciones que padecían algunos miembros de su familia. Luego le agradecía que le hubiera proporcionado algún apoyo material: «Estoy muy conmovida, como siempre, por tu considerada actitud hacia mí». Posteriormente, fue enviada a Siberia y ejecutada en 1938. <<

[31] En el exilio, Trotsky mantuvo su antagonismo con los mencheviques. La situación le llevó a cometer un pernicioso error de valoración en 1931, cuando condenó a varios mencheviques destacados durante el juicio que sufrieron en Moscú. Acusados de sabotaje y de conspirar con sus colegas emigrados contra el régimen de Stalin, fueron sentenciados basándose en confesiones y pruebas falsas, con métodos muy semejantes a los posteriores juicios ejemplares. Cinco años más tarde, Trotsky manifestó públicamente su arrepentimiento por esta decisión. <<

[32] En una carta dirigida a Herbert Solow el 29 de enero de 1934, Trotsky escribió que «“la cuestión judía” adopta ahora un novedoso carácter urgente. De todas partes me piden que diga algo sobre el asunto. Por desgracia, lo he estudiado muy poco». Escribió esta carta poco después de que Hitler ascendiera al poder. <<

[33] Rivera era un ignorante redomado en política. Tras la Segunda Guerra Mundial, refirió a un joven activista estadounidense que fue a visitarlo que Trotsky había sido asesinado por orden de Hitler porque, según aseguraba, Stalin estaba a punto de convocar a Trotsky a Moscú, donde... ¡asumiría el mando del Ejército Rojo! Estoy agradecido al profesor Hilary Putnam, de Harvard, por rememorar su encuentro con Rivera en Ciudad de México. <<

[34] Freda Kirchwey, de *The Nation*, calificó en una ocasión a Dies como «el órgano unipersonal de la Gestapo de Texas». <<

[35] Una vez derrotada la República española, más de un millar de veteranos de las Brigadas Internacionales se refugiaron en México durante el invierno de 1939-1940. Trotsky tenía buenas razones para temer que entre sus filas hubiera muchos estalinistas convencidos, cualquiera de los cuales podía ser un asesino potencial. De hecho, le atacaron dos: Siqueiros y Mercader. <<